

# REVISTA

# CONSERVADORA

## DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

### OCTUBRE 1970

### 121

ORIGEN  
del vocablo  
AMERICA  
Santiago. I. Barberena

NICARAGUA  
CUNA  
DE AMERICA  
Jorge Espinosa Estrada

¿CRISTOBAL COLON  
desembarcó  
EN HONDURAS O NICARAGUA?  
Marco Aurelio Soto  
José Milla

EFIGIE DE COLON  
al natural

ORIGEN DE COLON  
Fernando del Valle Lersundi

ISABEL LA CATOLICA  
MADRINA  
DE AMERICA  
José Gutiérrez Rave

UNA GEOGRAFIA  
DELIRANTE  
Carlos Pereyra

BIOGRAFIA  
de  
CRISTOBAL COLON  
Kunk Wagnalls

LIBRO DEL MES  
LA PRIMERA GEOGRAFIA  
DE  
CENTROAMERICA  
Juan López de Velazco



NICARAGUA: CS 5.00  
EXTRANJERO: Dls. 1.50

Revista

Conservadora

del Pensamiento Centroamericano

OL. XXIV --- No. 121 --- MANAGUA, D. N., NIC. --- OCTUBRE, 1970  
SEGUNDA EPOCA

SUMARIO

Página	
1	Octubre 12
2	Origen del Vocablo América.
3	Nicaragua Cuna de América.
14	Voz Oficial Nicaragüense.
15	Cristóbal Colón desembarcó en Honduras ó en Guatemala? .
18	Pequeño Medallón de bronce. con la efigie de Cristóbal Colón. copiada al natural.
20	Origen de Cristóbal Colón.
34	A Isabel la Católica "Madrina de América"
36	Una Geografía Delirante.
48	Cristóbal Colón

LIBRO DEL MES

- 1a. Geografía de Centroamérica  
Juan López de Velazco.

DIRECTOR:

JOAQUIN ZAVALA URTECHO

Asesores:

XAVIER ZAVALA  
Económico

JORGE EDUARDO ARELLANO  
Literario

CARLOS MOLINA ARGUELLO  
Histórico

FRANCISCO PEREZ ESTRADA  
Folklórico

Créditos Fotográficos

Archivo de  
REVISTA CONSERVADORA

Prohibida la reproducción  
total o parcial sin autorización  
del Director

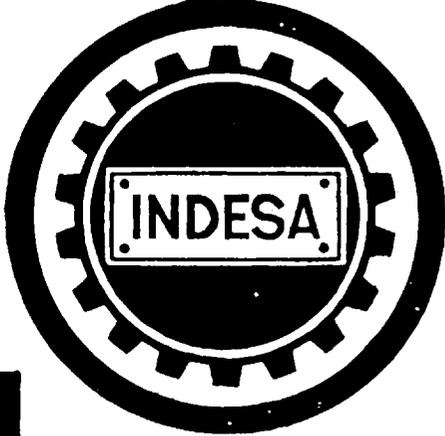
CASA EDITORA:



Publicidad Directa S. A.  
Edificio Casa Rigüero.  
Avenida Roosevelt.  
Apto. No. 308  
Tels. 2-2151 - 2-2152

INVIRTIENDO EN  
**INDESA** UD. GANA MAS Y NICARAGUA PROGRESA

SEGURIDAD ABSOLUTA MAXIMOS INTERESES  
AHORROS GARANTIZADOS, EN

**1**  **1**  
**2** %

INSTITUCION FINANCIERA Y DE INVERSIONES ORGANIZADA POR EL  
**BANCO NICARAGUENSE**

OFICINA PRINCIPAL SEGUNDO PISO DEL BANCO NICARAGUENSE, MANAGUA, O EN  
CUALQUIER SUCURSAL DEL BANCO NICARAGUENSE EN TODO EL PAIS.



*¿ES USTED UN MODERNO ANUNCIANTE?*

ENTONCES NECESITA DEL MO-  
DERNO EQUIPO ROTATIVO

**OFF-SET FAIRCHILD**

COLOR KING

**NITIDEZ Y ECONOMIA**

CONSULTE A SU AGENTE

PUBLICITARIO O LLAME A:

**NOVEDADES**

TELEFONO No. 2-57-37

APARTADO POSTAL 576



"NESTLÉ". calidad y seguridad al servicio del consumidor centroamericano. Productos Nestlé S.A. (Guatemala). Productos Nestlé S.A. (El Salvador). Productos Nestlé S.A. (Costa Rica). Nestlé Hondureña S.A.D.R. Ballantyne y Cía. Managua, Nicaragua.

LA  
VOZ  
DE  
LOS  
ESTADOS  
UNIDOS  
DE  
AMERICA

EN ESPAÑOL

BANDAS: 49, 31, 25, 19, 254 m

HORAS DE MANAGUA:

De 5:00 a.m. a 7:00 a.m.

De 5:00 p.m. a 10:00 p.m

NOTICIAS -

COMENTARIOS -

DEPORTES -

MUSICA

Hogares

Comercio

Agricultura

Industria



**GAS LICUADO DE PETROLEO**

**SERVICIO EN TODO**

**CENTRO AMERICA**

**Librería**

Tel. 22227



**Universal**

- Apdo. 653 -

Managua calle 15 de Septiembre No. 301

## COLUMNA BIBLIOGRAFICA

Lewis Hale—Hombres y Naciones .....	CS 3.50	Kurt London—La Crisis Permanente .....	CS 5.00
Paul D. Zooke—Desarrollo Económico y Comercial Internacional .....	CS 3.50	Richard Neusdat—El Poder Presidencial: La Dirección de un Gobierno .....	CS 3.50
Carol Mooreland—Igual Justicia bajo La ley .....	CS 3.50	Adam B. Ulam—Nuevas Características del Totalirismo Soviético .....	CS 3.50
Charles Frankel—En Defensa al Hombre Moderno .....	CS 3.50	J. Harvey Robinson—La evolución de la Mente y el Pensamiento Humano .....	CS 3.50
Joseph A. Birne—Nuevos Horizontes del Trabajo Norteamericano .....	CS 3.50	Hatch & Coster—Actividades de Orienta- ción en la Escuela Primaria .....	CS 3.50
Eveline M. Burs—Seguridad Social y Acción Pública .....	CS 7.50		
Eirich Hoffer—El Fanático Sincero .....	CS 3.50	<b>BUSQUELOS TAMBIEN EN NUESTRAS SUCURSALES:</b>	
David Loth—Qué tan alto es Arriba? .....	CS 5.00	LEON Librería de Alicia Icaza y Actual.	
Max Nomad—Herejes Políticos del Plantón a Mao .....	CS 5.00	CHINANDEGA Librería Rosa Ma. Martínez R.	
John W. Garner—Evolución Constante: El individuo y la Sociedad .....	CS 3.50	ESTELI Librería Mercedes Argeñal.	
G.H. Adams—Cambios Sociales en América Latina .....	CS 7.50	RIVAS Librería María Rodríguez.	
Jack Barbash—Las Raíces del Obreroismo .....	CS 5.00	MATAGALPA Librería Soledad Cano.	
Lyndon B. Johnson—Nuestras Esperanzas. . .	CS 3.50	MANAGUA Supermercado "La Criolla" No. 3.	

Librería Lempira Lanuza.  
Calle Candelaria



# **AHORA PUEDE USTED IRRIGAR SUS CAMPOS CON ECONOMIA!**

Desde Febrero de 1968  
ENALUF ha rebajado sus  
Tarifas para irrigación  
en un 20%. Haga producir  
más su tierra usando Energía  
Eléctrica para Irrigación

**EMPRESA NACIONAL DE LUZ Y FUERZA  
ENALUF**

**TEL. 2-66-11**



- \* *MODELO ESPACIOSO*
- \* *CAMBIO DE MARCHA*
- \* *145 HP. COMODIDAD Y ECONOMIA*

**CAPOTA METALICA**



*Los portones de lona  
y de acero se abren  
por el centro*

# TOYOTA LAND CRUISER



- CHASSIS ROBUSTO \***
- FACILIDADES DE CAMBIOS \***
- 145 HP \***
- PARA CARGA Y PASAJEROS \***

**CAPOTA DE LONA**

# CASA PELLAS



Sencillo

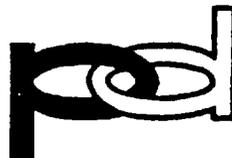
SENCILLO

PERO HACE MARAVILLAS!

UN DESARMADOR mantiene  
un avión supersonico...  
o repara el triciclo de  
un niño...es la mano  
derecha del mecanico...  
le resuelve problemas.

LA PUBLICIDAD DIRECTA  
le vende su mercadería..  
atrae clientes a su  
lugar de negocio...  
le encuentra uevos  
clientes...  
los mantiene informados...  
produce una demanda...  
HACE MARAVILLAS!

ES SENCILLO  
cuando Ud. necesite  
vender, comprar, anunciar  
atraer, recordar...  
use el medio de propaganda  
más eficaz y económico.



PUBLICIDAD  
DIRECTA, S. A.

TELS. 22151 - 22152  
APARTADO 308  
MANAGUA, D. N.

# Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano

SE LLAMA CONSERVADORA UNICAMENTE EN EL SENTIDO DE QUE NO ES ANTIRRELIGIOSA, NI ANTICAPITALISTA, VA EN MARCHA HACIA LA INTEGRACION DE CENTROAMERICA Y PANAMA, POR ENCIMA DE LAS DIVISIONES PARTIDISTAS

# 12

# Octubre

El joven nicaragüense, Jorge Espinoza Estrada, se ha dado a la tarea de reivindicaciones históricas sobre nuestro Continente con el estímulo del "Consejo Consultivo Hispánico Reivindicador del Nombre de América," con sede en Buenos Aires. El joven investigador se empeña en demostrar que el nombre de América se origina en la cadena de las montañas de Nicaragua que se llamaron Amerrique en la región de Chontales, cuando supone que Colón, navegando nuestras costas, se detuvo en esa área.

Jules Marcou, miembro de la Academia de Ciencias de París escribió un artículo sugiriéndolo en 1875. Siete años después el historiador guatemalteco José Milla, en carta que aquí mismo se publica, externó al presidente de Honduras Marco Aurelio Soto una interesante opinión que se relaciona con el tema. "Es de creer — afirma — que el desembarco de que se habla haya tenido lugar en la costa de Nicaragua, pasado ya el Cabo de Gracias a Dios y la línea divisoria que vino a separar muy poco después, aquella provincia de Honduras, que era el río Yare o Segovia".

Entusiasmado con la teoría un eminente diplomático colombiano, Fernando Londoño y Londoño, escribió hace poco a un nicaragüense colega suyo, lo siguiente:

"Ya hace mucho tiempo que el navegante, o cartógrafo, o dibujante italiano Américo Vesputio no tiene paz en su tumba, removidas como están las antiguas afirmaciones sobre la calidad de su participación en el Descubrimiento. Se sucede la crítica histórica sobre la cuestión, y la docta biografía es a cada paso más seria y copiosa. Podríamos, decir con tono familiar, que

mientras crecen las aguas de la investigación y de la crítica, estas van sumergiendo la imagen del brillante, audaz y afortunado italiota. Yo diría que el agua de la historia le está dando al cuello.

"No hay ninguna duda, que la América toda debió haberse llamado COLOMBIA, aún se profesase que el desdichado Almirante de la mar oceana llegase aquí por acaso, y no supiese en sus días la exacta posición del Nuevo Mundo. No importaría tampoco, que se le hubiese acusado y cargado de cadenas, para que las tres Américas llevasen su nombre".

Para nuestras patrias, — la suya y la mía — hay dos grandes consuelos y motivos de orgullo: Para Nicaragua el de haber extendido a todo el Continente el primitivo nombre de su tierra o de su pueblo, y para Colombia la amorosa fidelidad con que guarda la memoria del navegante caballero de la poca ventura. Y mientras eso, los intelectuales de su patria y de la mía — entre los cuales destaco a Germán Arciniegas que ya escribió sobre el tema — ilustran aquellos hechos y confirman estas glorias.

Jorge Espinoza Estrada, ha colocado su folleto entre los documentos de que habrá de servir el empeño reivindicador que ahora se inicia.

En esta edición dedicada a la fecha del Descubrimiento de América damos cabida al folleto que ha movido al actual gobierno de Nicaragua a tomarlo en serio, agradeciendo el interés que sobre este asunto ha demostrado el mencionado "Movimiento Hispánico Reivindicador del Nombre de América."

# ORIGEN DEL VOCABLO AMERICA

SANTIAGO I. BARBERENA

*Historiador Salvadoreño.*

181.— Voy ahora a exponer, aunque sea un tanto a la ligera, lo que pienso y creo acerca del tan debatido origen del vocablo *América*.

Reputábase indiscutible que se deriva del nombre del cartógrafo florentino *Amérigho Vespucci*, más en 1876 el geólogo francés M. Jules Marcou, sabedor de que en Nicaragua hay un monte y una tribu llamados *Amerrique*, tuvo la feliz idea de relacionar este término con el nombre de nuestro Continente, idea que desarrolló en varias publicaciones, logrando demostrar con mucho ingenio que es cierto, que la voz “América” se deriva del nombre de dicho cartógrafo, pero convertido ese nombre en *Américo*, para relacionarlo con el vocablo *Amerrique*.

Esa es la tesis que sostuvo M. Marcou y la que yo tengo por más plausible, sin perjuicio de no aceptar algunas de sus aserciones<sup>197</sup>.

Como se ve tenemos los centroamericanos, en particular los nicaragüenses, la satisfacción de que sea originario de estos países el término que se combinó con el nombre de Vespucci para bautizar el Continente Occidental<sup>198</sup>.

Hace cuarenta años nadie tenía noticia de que existieran la sierra y tribu de *Amerrique*, hasta que el geólogo inglés Tomás Belt, que residió algunos años en Nicaragua, hizo mención de ellas en su estimable obra *The Naturalist in Nicaragua*, publicada en Londres en 1874. Tan ignorada era la existencia de esos montes que todavía en 1888 decía el historiador nicaragüense D. José Dolores Gámez que no sabía que hubiese ni que hubiera habido nunca “cordillera montañosa conocida con el nombre de *América*”.

Hoy nadie duda de la realidad de la existencia de *Amerrique*, entre el Lago de Nicaragua y la Mosquitia; que es una región en que hay bastante oro, muy maleable, y que la tribu que allí habita se extendía en otro tiempo hasta la costa atlántica.

En la citada obra del señor Gámez se dice que el vocablo *Amerrique* quiere decir “país del viento”; a mi entender es voz de origen quiché, y significa “pueblo o lugar extenso”. Se compone de *am o ame*, raíz de *amag* — pueblo, y de *riq* — extensión, extenderse.

La forma *Amerrisque* usada por algunos en Nicaragua es una simple corruptela; los indígenas de la localidad de que tratamos dicen *Amerrique*.

Hemos de estar que la noticia de la existencia de *Amerrique*, la obtuvieron los conquistadores desde antes de 1504, y aún puede decirse que fué vulgar durante algunos años, y después cayó en olvido, por haber pasado el vocablo a designar al Nuevo Mundo entero. M. Marcou formuló tres hipótesis respecto a la época y medio como se obtuvo esa noticia. En primer lugar apeló al problemático “primer viaje de Vespucci”<sup>199</sup>, verificado, según dicen, del 10 de mayo de 1497 al 18 de octubre de 1498, siendo jefes de la expedición, según Varnhagen, Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, quienes llegaron de Camarias al Cabo de Gracias a Dios, y recorrieron la costa hasta cerca de la laguna de Caratasca, y tuvieron ocasión de hablar con algunos de los indios de la comarca, algunos de los cuales ostentaban adornos de oro, quitados a sus vecinos, con quienes vivían en guerra. Marcou cree probable que los españoles hayan oído en esa ocasión mencionar el nombre *Amerrique*, como lugar de procedencia del precioso metal, y que así empezó a conocerse y a adquirir fama el país de *Amerrique*. Desgraciadamente ese primer viaje de Vespucci tiene todas las apariencias de apócrifo, dicho sea con perdón de éste, de quién el cándido de Colón decía que era “mucho hombre de bien”. El mismo señor Marcou, en una de sus primeras publicaciones respecto al origen del nombre de este

Continente, avanzó la hipótesis de que Vespucci vino a Gracias a Dios después de sus cuatro primeros viajes, y que respecto a ése último nada publicó. La verdad es que todo lo relativo a esos viajes está envuelto en sombras.

También considera plausible el señor Marcou que la noticia la hayan adquirido los españoles cuando Hojeda hizo su primer viaje, en 1499, que fué cuando trajo a Vespucci y a de la Cosa, probablemente en la travesía de la costa de Paria a la provincia de Coqui-bacoia y cabo de la Vela; más a mi se me dificulta creer que los indios de esa costa conociesen el nombre de *Amerrique*. Según el ilustrado geólogo la isla imaginaria que se ve en el mapa de Cantino (dibujado en Lisboa en 1502), con la doble designación de *Tamarrique* (que está muy clara) y de *Ilha Riqua* (que no me parece diga así la leyenda), es la tierra de *Amerrique*. pues *Tamarrique* está por *T. Amarique*, o *Terra Amarique*. Y a decir verdad, la posición de la isla no deja de corresponder a la posición en que realmente está la sierra de *Amerrique* respecto a Arqua de Bocoia, o provincia de Paraguaná.

Harrise sospechaba y Marcou lo cree probable que Vespucci sugirió a Cantino la colocación de esa isla, y como la voz *Amerrique*, se parece al nombre de Vespucci, algunos creyeron que el cartógrafo florentino hacía poner su nombre en las cartas. Shoner, en 1533, lo acusó formalmente de esa falta. Ya veremos que cabe sospechar haya habido malicia en la supresión de una r de la voz *Amerrique*, caso de ser cierto que él haya sugerido a Cantino la colocación de la isla, y que *Tamarique* quiera decir "Tierra de Amerique".

Mucha más propicia ocasión para adquirir noticias de la montaña y tribu de *Amerrique*, y de la riqueza aurífera de esa región, fué el cuarto viaje del Almirante, por más que el tal nombre no figure en la *lettera rarísima* de Colón, exhumada por el Conde Luis Bossi en 1816, y que citamos ya en el capítulo anterior. (La fechada en Jamaica, el 7 de Julio de 1503). Que entonces hayan oído hablar a los indios acerca de la sierra de *Amerrique*, es cosa muy aceptable, y tanto Colón como sus 150 acompañantes pudieron difundir después en España la fama de esa región aurífera, que por esta sola circunstancia se ha de haber hecho notoria y vino a ser el nombre con que se designaba a toda esa costa, a las tierras descubiertas por Colón en su último viaje.

El estado de abatimiento y de postración en que se encontraba el Almirante cuando escri-

bió dicha carta justifica su olvido de ciertos detalles y el poco orden que emplea en la exposición de los hechos, advertido ya por Humboldt, sin que sea preciso suponer en Colón (como lo supone M. Marcou) cierto despecho por el poco provecho que sacó de la expedición.

Bién puede ser también, como sospecha M. Marcou, que Vespucci haya contribuído a popularizar la fama de *Amerrique*, consignando este nombre en algunas de las cartas que hacía. 182.— Vespucci, era, a no dudarlo, uno de esos hombres que se pirran por llamar la atención del mundo, y no omitía medio alguno de ponerse en exhibición. Mostró decidido empeño en dar a conocer sus viajes, valiéndose de diversos artificios para aparecer siempre en primera línea.

Había escrito una relación minuciosa de sus cuatro navegaciones, la cual nunca logró publicar, ni ha llegado hasta nosotros; pero sí un resumen o compendio de esa relación, el cual remitió a diversos personajes. Una de las copias, traducida al francés, fué enviada a René, rey de Sicilia y de Jerusalén, y duque de Lorena, en 1506, acompañada del mapa correspondiente, que se ha perdido, en el cual supone M. Marcou figuraba el nombre *Amerrique*.

El rey dió el manuscrito a su secretario Gaultier o Guatrin Lud, para que lo tradujese al latín y éste lo puso en manos de su amigo el canónigo Juan Basín, persona reconocida como eminencia literaria, y a éste se debe la versión latina titulada *Quatuor Navigationes*

En Saint-Dié existía por entonces un club o academia escolar, llamado "*Gymnasium Vosagense*", fundado por Gaultier Lud, y al cual pertenecían los principales personajes de la abadía y de la ciudad, entre ellos Nicolás Lud, Juan Basín, Matías Ringmann, Martín Waltzemüller o (Waldscemuller) etc., etc. En la época de que tratamos el Gimnasio vosagiano estaba preparando una traducción latina de las obras de Tolomeo, para lo cual contaba con una imprenta, de la que era corrector de pruebas (*castigator*) el mencionado Waltzemüller, que también era hombre de ciencia, que firmaba sus escritos con el nombre de *Martinus Hylacomylus* o *Hylacomylus*.

Este Gimnasio creyó oportuno anteponer a la traducción de los viajes de Vespucci una introducción geográfica con un planisferio, trabajo que fué hecho por varios de los miembros, y que constituye la famosa *Cosmographiae Introductio*.

La parte que nos interesa, en que está "el pasaje fatal" fué escrita por Basín, el cual pasaje dice así, traducido literalmente al espa-

ñol: Más ahora que estas regiones han sido más detalladamente exploradas, y cuatro nuevas partes han sido descubiertas por “Americus Vespuccius, como se verá adelante, me parece muy justo llamarlas *Amerige*, esto es, tierra de *Americ* de *Americus* el descubridor, hombre de pensamientos elevados, o mejor *América*, ya que Europa y Asia tienen nombres femeninos.

La forma *Amerige*, desde luego se reconoce que fué sacada del nombre de pila de Vespucci<sup>200</sup>, más la segunda, *América*, parece que fué sugerida por el término *Amerrique*, que es probable haya figurado en la carta que acompañaba a la versión francesa, y que por entonces era bastante conocido, como antes dijimos, gracias sobre todo a los 150 individuos que acompañaron a Colón en su cuarto viaje; que lo han de haber difundido.

Se daba gran importancia a los descubrimientos de Vespucci y por eso se creyó justo poner su nombre a las tierras recién descubiertas, más a causa del parecido que tienen su nombre *Amérigo* y el vocablo *Amerrique*, se confundieron ambos términos, formándose el nuevo vocablo *Americus* y su forma femenina *América*. Tanto es así, que Vespucci, a quien naturalmente halagaba en gran manera la ocurrencia del Canónigo Basín, para acentuar más el antedicho parecido, dió en firmar *Amérigo*

*La Cosmographiae Introductio* apareció en 1507 (de la que se hicieron varias ediciones); cuya redacción se apropió Waltzemüller, en términos que hoy generalmente se le atribuye la obra.

*La Cosmographiae Introductio* se publicó con su correspondiente carta de la cual no existe ahora más que un ejemplar conocido (aún no descubierto cuando escribió M. Marcou sus citados folletos), en el palacio de Wolfegg, residencia del príncipe regente de Waldurg, Wolfegg-Walsee, donde lo descubrió el año de 1900 el R. P. Jos. Fischer, S. J. Esa es la “partida de bautismo” de América, (por la cual han llegado a ofrecer al príncipe hasta 200,000 dólares) por ser el primer mapa en que aparece con ese nombre<sup>201</sup>.

Y, cosa rara, el nombre “América” no figura en la carta del Nuevo Mundo agregada por Waltzemüller a su *Tolomeo* publicado en 1513.

*La Ca Cosmographiae Introductio* vulgarizó el nombre con que el canónigo Basín bautizó nuestro Continente, en términos que, según Schoener, era ya de uso popular en 1515.

Ahora bien, pocos días pasaron sin que se empezase a hacer justicia a Colón, en cuanto a la prioridad de su descubrimiento: el mismo Gimnasio vossiano, al publicar su *Tolomeo*, de 1512, declara que Colón fué el descubridor del Nuevo Mundo.

A pesar de eso, nadie pensó en cambiar el nombre, sino hasta algunos años después, debido sin duda, a que el vocablo “América” hacía también alusión al nombre “Amerrique”, con que se empezó a designar la tierra firme del Continente Occidental.

M. Marcou hacía hincapié, y con mucha razón, en una circunstancia que revela a las claras que al fraguar el canónigo Basín el nombre “América”, trató de asociar en un solo vocablo el nombre *Amerrique*, y el nombre de pila de Vespucci, y es la siguiente: si se hubiera tratado simplemente de tomar el nombre de éste, se hubiera adoptado el apellido, no el nombre, según se acostumbra en esos casos, salvo que se trate de personas de sangre real.

- 197 La primera publicación de su idea la hizo M. Marcou en el *Atlantic Monthly*, de marzo de 1876; más sus dos folletos principales respecto a esa cuestión son los titulados: *Amerriques – Amerigho Vespucci – et – Amerique*. París, 1892, y *origin of name América*”, publicado en el *Goldthwaite’s Geographical Magazine* y en folleto separado, Nueva York, febrero de 1893. Muchos de sus trabajos han sido traducidos al español y a otras lenguas; y sus aseveraciones han sido ampliamente discutidas. Entre los americanistas españoles el más notable de sus competidores fué D. Marcos Jiménez de la Espada.
- 198 Nuestro Continente era designado en un principio con el nombre de “Indias”, con el de *Alter Orbis o Mondo Nuovo* (Nuevo Mundo), introducido por Pedro Mártir de Angleria; con el de *Terra Sanctae-Crucis*, y otros por el estilo.
- 199 *Amerigho o Amerigo Vespucci*, nacido en Florencia el 18 de Marzo de 1452, se dedicó durante muchos años al comercio, y como a la postre le fué mal, se convirtió en cosmógrafo, marino y, sobre todo, cartógrafo, al servicio de España. Respecto a la verdadera forma de su nombre hay muchos datos contradictorios más las dos que principalmente usó, y de que hay constancia auténtica, son las dos preindicadas, y aún *Alberico*, salvo después de 1507, que empezó a firmar *Amerigo*.
- 200 Todavía en 1535 el geógrafo Nicolini de Sabio, en la edición que publicó en Venecia de la *Cosmographiae Introductio*, aboga por que se prefiera la forma *Amerige*, derivada directamente del nombre de Vespucci.
- 201 M. Marcou reputaba como primer mapa en que aparece el nombre de América, el de Apiano (Pedro Bienewitz), inserto en el *Polyhistor* de Solino, en 1520; extrañándose no haya visto que también figura ese nombre en la carta de Juan Schoener, (de 1515) cuya *Luculentissima quaedam terrae totius descriptio* cita repetidas veces. M. Beuchat considera como primer mapa con el nombre de América el atribuido a Leonardo de Vinci, que remonta a 1514, fecha en que apareció el globo de Luis Boulenger, en el cual la voz América designaba la tierra firme al Sur de las Antillas. Según Beuchat fue hasta 1541 cuando se publicó la primera carta en que dicha voz aparece como nombre del Continente Occidental entero: la de Mercator.

# NICARAGUA

## CUNA DE AMERICA

JORGE ESPINOSA ESTRADA.

Nicaragüense

En 1875, Jules Marcou, miembro de la Academia de Ciencias de París, publicó un artículo sugiriendo que el nombre América se originaba de la cadena de montañas Nicaragüenses, Amerrique (forma actual de deletrearse), puesto que Colón había navegado la costa habiéndose detenido en esa área. El Almirante había oído de "Americ" (forma en que los Indios pronunciaban la palabra) la que significa "Tierra del Viento"; y como encontró oro en esa región la palabra quedó impresa en las mentes de los marineros de la expedición, quienes al regresar a Europa popularizándola mientras se desplazaban de los puertos a lo profundo del corazón de Europa. (1)

Esta solución parece ilógica por razón del silencio de Fernando Colón, el hijo del Almirante.

Fernando Colón, quién vivió muchos años después de la muerte de su padre, el Almirante, guardó silencio cuando el mapa de Waltzemüller apareció en 1507. Fernando, quién tenía una copia del mapa de Waltzemüller, podía haber hecho irrefutablemente claro que América debía haber sido llamada como su padre y no como Vespuccio, si él, Fernando, y su padre

habían sido los primeros Europeos en tocar la costa Nicaragüense (Centroamericana) en 1502. Fernando se mantuvo quieto. ¿Porqué no insistió en que el Nuevo Mundo fuera nombrado como su padre? Quizás los marineros que viajaron con Colón en 1502, podrían haber aclarado el asunto, y sus razones para no hacerlo son de considerable interés.

Está bien establecido que Vespuccio y Cristóbal Colón eran amigos, y que cuando el Almirante se acercaba a la muerte, sus relaciones eran buenas. Si Waltzemüller había nombrado a América por Vespuccio, Fernando Colón habría atacado a Vespuccio al encontrarse con el mapa de Waltzemüller. ¿Por qué no lo hizo? La respuesta no es tan fácil como Arce, Marcou y muchos otros lo han propuesto; todas las teorías sacadas a luz antes están muy lejos de la verdad.

Durante el curso de mis estudios, me encontré con un documento inglés que contenía la palabra América; entonces procedí a estudiar con gran detalle el viaje de Caboto en 1497. La polémica referente a Caboto nunca había sido antes relacionada con la disputa sobre el origen de la palabra América. Pronto me dí cuenta

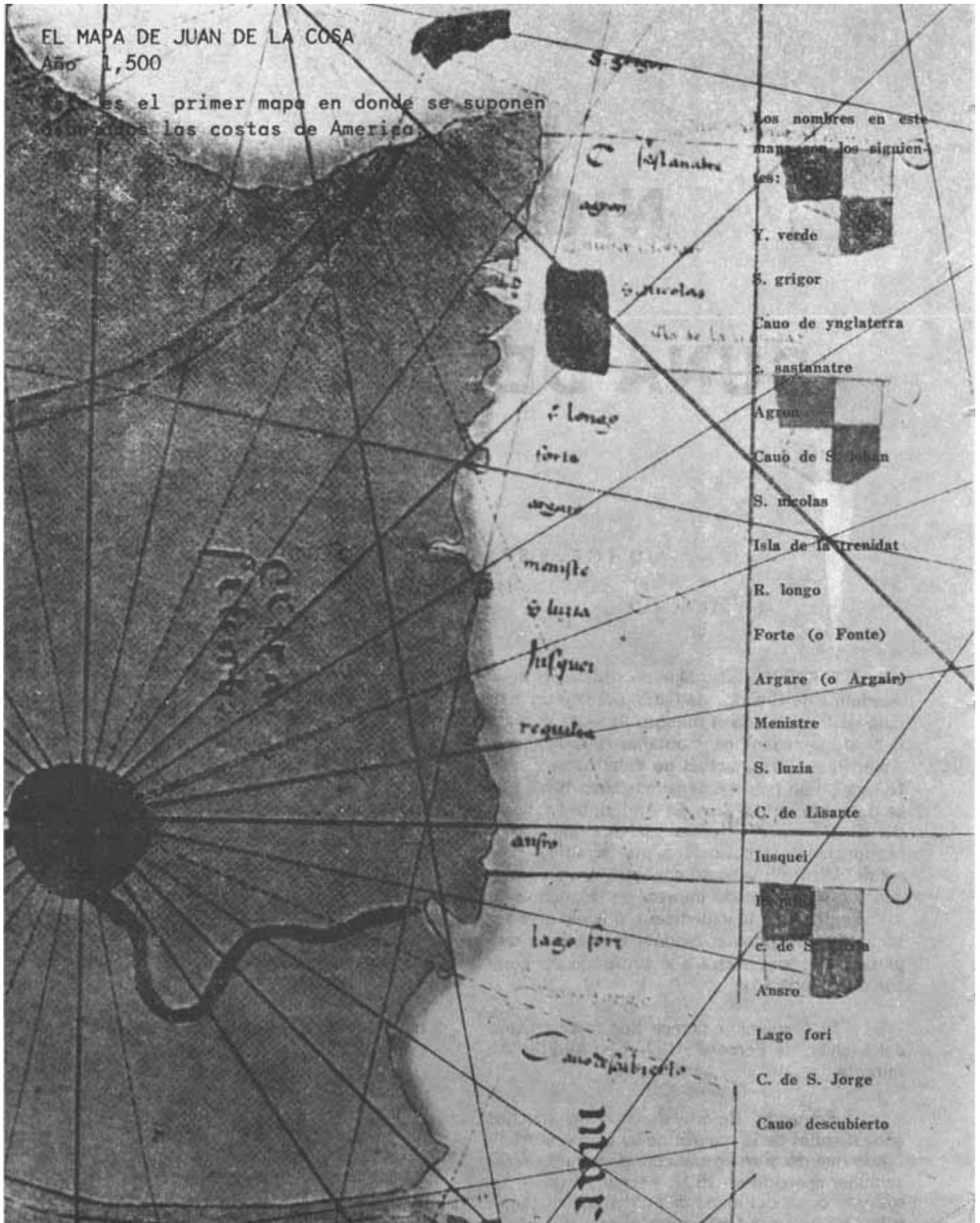
EL MAPA DE JUAN DE LA COSA

Año 1,500

Es el primer mapa en donde se suponen  
dibujadas las costas de America.

Los nombres en este  
mapa son los siguientes:

- Y. verde
- S. grigor
- Cauo de ynglaterra
- c. sastanatre
- Agron
- Cauo de S. Johan
- S. nicolas
- Isla de la trenidat
- R. longo
- Forte (o Fonte)
- Argare (o Argair)
- Menistre
- S. luzia
- C. de Lisarte
- Iusquei
- c. de S. Juan
- Ansro
- Lago fori
- C. de S. Jorge
- Cauo descubierto



La costa Atlántica de Nicaragua dibujada en el mapa de Juan de la Cosa del año 1500.  
Las banderas Inglesas están colocadas sobre el territorio Atlántico Nicaragüense.  
Claramente podemos distinguir la Bahía de San Juan del Norte y la Bahía de Bluefields.  
Esta costa sólo puede ser la de Nicaragua.  
Don Cristóbal Colón viajó hacia Nicaragua motivado por este mapa.

que los dos problemas estaban íntimamente ligados y que su relación resolvería problemas que han sido discutidos por más de cuatro siglos y medio.

Caboto se dió a la vela el 2 de Mayo de 1497, desde Bristol, en una pequeña embarcación llamada "Mateo" con una tripulación de 18 o 20 hombres.

Llego a la conclusión que el 24 de Junio de 1497, Caboto entró de arribada en lo que hoy se llama, Bahía de San Juan del Norte, Nicaragua, entonces conocida como la tierra América por los nativos de la región.

Maurice Toby dice en su narración: "1496 (3). En este año, en el día de San Juan Bautista, la tierra América fué encontrada por los mercaderes de Bristol que venían en un buque proveniente de Bristol llamado Mateo; este buque salió de Bristol el dos de Mayo y regresó a casa el seis de Agosto". (4)

La narración de Maurice Toby es auténtica. Caboto y sus hombres habían oído de los Indios la palabra "América" que Toby asoció con el año 1497.

Debemos considerar que en ese puerto, Bristol, habían muchos marineros que levaban anclas deseosos de llegar al Oeste. Caboto no difundió dónde había estado, primero, porque se perdió, y segundo, por el peligro de que muchos navegantes aventureros se harían a la vela para encontrar las montañas de América donde los Indios habían dicho a Caboto que existía oro. Además, los planes de acción nacionales de aquel tiempo eran secretos y Caboto no podía divulgar asuntos de importancia.

Los historiadores y geógrafos han intentado durante siglos localizar el lugar que Juan Caboto visitó, pues las latitudes de las tierras descubiertas por Caboto nunca fueron determinadas. Algunos eruditos han establecido el probable punto de recalada como la costa de Labrador. La evidencia y la lógica están contra esta tesis. Pedro Mártir, quién más tarde entrevistó a Sebastián Caboto, supo que Juan Caboto se dirigía hacia el Norte en 1497, cuando los témpanos lo hicieron virar hacia el Oeste, luego hacia el Sur y enseguida hacia el Oeste de nuevo; y de que había navegado a la izquierda de Cuba (5). Los pocos documentos existentes que mencionan el viaje de Caboto en 1497, nos indican que Caboto podía haber llegado a Nicaragua. La

fertilidad del suelo, la temperatura de las moderadas brisas marinas, los peces, las mareas, las especies, etc., son todas indicaciones de que esto es lo que sucedió.

Cualquier navegante que entra al Mar de las Antillas sin ver las Antillas Mayores (Cuba, Santo Domingo, Jamaica, Puerto Rico) y sin ver la costa de la América del Sur, es que ha pasado por el canal central del Mar Caribe. Los vientos y la corriente le trazarán un curso que lo llevarían a un punto de recalada a lo largo de la Costa Atlántica de Nicaragua.

El sitio donde el famoso navegante Juan Caboto desembarcó fué la Bahía de San Juan del Norte, la que se identifica sin lugar a dudas por su preciosa curvatura costera y la que fué designada Cavo descubierto, como aparece en el mapa que Juan de la Cosa dibujado en el año de 1500. Los documentos nos dicen que durante el viaje de regreso vieron dos islas grandes y fértiles (6) Sin duda dos de las Antillas Mayores.

El factor distancia es el que menos debe considerarse. Todas las cartas que nos han dejado y que se refieren al viaje de Caboto muestran distancias diferentes, y tan pronto como Caboto regresó, comenzó la controversia.

La más lógica aclaración respecto al viaje de Caboto apareció hace pocos años cuando L. A. Vigneras descubrió una carta relativa al viaje de Caboto en los archivos de Simancas en 1956. El documento estaba bajo una cubierta que decía: Viaje de Caboto al Brasil. En este documento la distancia se afirma ser de 1800 millas (7).

La carta estaba dirigida al Gran Almirante y estaba firmada por el inglés Johan Day. En esta carta Day relata la misma información contenida en las cartas de Soncino y Pascualengo, que cerca del lugar donde vieron tierra seca, desembarcaron e izaron dos banderas.

Day también revela que la brújula de Caboto estaba rota: ". . . Y habiendo llegado hasta allí, la aguja de su brújula marinera falló"

La carta de Day dice del viaje de regreso: "El tenía el viento a su favor y él llegó a Inglaterra porque los marineros le hicieron cambiar de dirección diciendo que se estaba dirigiendo muy hacia el Norte". Si Caboto hubiese estado en la costa de Labrador no podría haber navegado lejos hacia el Norte, debido a las condiciones del

hielo y al severo frío.

Debido, primero, a la irregularidad de las distancias dadas; segundo, navegar con una brújula rota; tercero, el casi amotinamiento por razón del curso nórdico que estaba tomando en el viaje de regreso; cuarto, a la evidencia de una tormenta severa (peculiar al Mar Caribe) dos o tres días antes de que el Mateo tocara tierra; quinto, a la luz de la narración de Pedro Mártir acerca del curso del viaje y a la desviación meridional debido a los témpanos; sexto, a las islas divisadas al frente del Mateo al regreso; y séptimo, la evidencia cartográfica de Juan de la Cosa, puede afirmarse con algún grado de certeza que Juan Caboto no llegó a Labrador sino a la costa nicaragüense el 24 de Junio de 1497. (8)

Si la carta de Day estaba dirigida a Cristóbal Colón como ahora se cree, (9) y puesto que la carta contiene una afirmación que dice: "Estoy enviando el otro de Marco Polo y la copia de la tierra que ha sido descubierta". podemos decir que cuando el Almirante partió en su cuarto y último viaje, llevaba consigo uno o dos mapas de Nicaragua. Tomando en cuenta la comunicación que había tenido con Day, Colón, sin duda alguna, conocía la costa (la curvatura de la bahía de San Juan del Norte, y probablemente algunos de los promontorios, ríos, etc) en sus mínimos detalles.

Colón que había estado en Cuba en sus dos primeros viajes y en las costas de la América del Sur en el tercero, se guió en su cuarto viaje por los detalles que conocía del viaje de Caboto y por el mapa de la Costa de Nicaragua dibujado por Juan de la Cosa que tenía en su poder.

Después de recibir los documentos de Day, el sabía que había tierra al Suroeste de Cuba, (la tierra que Caboto había descubierto el 24 de Junio de 1497).

Al llegar a Honduras, Colón navegó a lo largo de la costa hacia el Sureste, siempre motivado por el documento que llevaba. Quería saber de una vez por todas si era verdad que en 1497 los marineros de Bristol habían descubierto la tierra que era llamada América. Muchos eruditos creen que Colón debería haber navegado hacia el Norte. ¿Por qué navegó hacia el Sureste?

Cuando Colón llegó al Cabo Gracias a Dios, ordenó a varios de sus hombres construir una pequeña plataforma en la parte superior de su pequeña embarcación, desde donde

poder dirigir el curso. (10) Dice: "Desde el pequeño resguardo, que yo ordené se fijara sobre el puente, yo dirigí el curso". Nunca antes había ordenado construir una plataforma. ¿Porqué la ordenó ahora? El Almirante subió a lo alto de la pequeña embarcación para poder observar la costa y hacer comparaciones entre el mapa que tenía y la costa que navegaba. Se detuvo en la boca del Río Grande (en el centro de la Costa Atlántica de Nicaragua) y continuó en su rumbo hacia el Sur. El Almirante comenzó a darse cuenta que el mapa era de la costa que navegaba. Cuando llegó a Cariái, los Indios pueden haberle dicho que ya habían sido visitados por hombres blancos; el escribano Porras intentó anotar lo que se insinuaba, pero Colón se puso sumamente contrariado. Más tarde en el viaje, Porras se amotinó contra el Almirante. Cuando éste continuó su viaje hacia el Sur, vió la curva de la Bahía de San Juan del Norte y guiado por algunos Indios que tomó de Cariái, llegó a la boca del Río San Juan, logrando el Almirante establecer indisputablemente que él no era el descubridor de terra firma, puesto que el lugar había sido visitado por Caboto años antes. Después de dejar atrás la boca del Río San Juan, Colón realizó el viaje más amargo de su vida, pues como uno puede imaginarse los marineros hacían comentarios sobre el asunto. Existe la posibilidad de que el Almirante hubiese juramentado la tripulación entera.

Ahora es posible interpretar una parte de la carta del Almirante dirigida al Rey y a la Reina (esta carta fué más tarde publicada bajo el título "Muy rara carta de Don Cristóbal Colón"), la que dice: "Este castigo me inclina ahora solo a decir lo que he oído de los nativos de la tierra. De una cosa me atrevo a hablar, porque existen muchos testigos, y esto es, que en esta tierra de Veragua vi la más grande evidencia de oro en los dos primeros días que en la Española en cuatro años, y que las tierras en esta región no podrían ser más bellas o mejor cultivadas, ni podría las gentes ser más tímidas, y allí existe un buen puerto y un precioso río y es defensible contra todo el mundo". El texto original dice: "Este castigo me hace agora que no diga salvo lo que io oigo de los naturales de la tierra, de uno oso dezir, porque ai tantos testigos, i es que io vide en esta tierra de Beragua maior señal de oro en dos días primeros, que en la Española en cuatro años, i que las tierras de la comarca no pueden ser más fermosas, ni mas labradas, ni la gente más cobarde, i buen puerto, i fermoso río, i defensible al mundo". Y continúa diciendo: "En cuanto al resto, de lo que me refreno ha-

blar, he dicho porque me puse en guardia. De conformidad, no menciono la sexta parte en todo lo que he dicho y escrito, no lo afirmo como verdad ni declaro que yo estoy en lo cierto". El texto original dice: "Del otro que io dexo de dezir, ia dixé por qué me encerré: no digo así, ni que io me afirme en el tresdoble en todo lo que io aia jamas dicho i escrito, i que io estó a la fuente". (11). Lo que el Almirante no podía decir era que en la costa nicaragüense había visto u oído acerca de dos banderas Inglesas que Caboto había dejado cinco años antes. Existía sólo un camino abierto al Almirante: Tenía que defender a su Rey porque, de otra manera, admitir lo que había sido insinuado, significaría que Inglaterra, sobre la base de previo descubrimiento, podría reclamar todo el continente de América.

Podemos finalmente deducir que Colón ya sabía que Cuba era una isla por razón de su familiaridad con el mapa de la Cosa. Por su descubrimiento en la costa de Nicaragua, sin embargo, fué forzado a mantener que Cuba fue tierra firme, para poder defender los derechos de su Rey, aunque sabía que Cuba era realmente una isla.

El Almirante trató de evadir el hecho de que se había acercado a las fuentes del San Juan. Algunos historiadores se han dado cuenta de esto.

Carl Orvin Sauer en su libro, *La Primitiva Tierra Firme*, (12) menciona el hecho de que Colón viró hacia las Islas del Maíz, pero el Almirante nunca pudo ver estas islas por que ellas están muy lejos de la costa y es imposible verlas desde el sitio donde Colón estaba. (Las Islas del Maíz están a 42 millas de la costa nicaragüense) Además, el Almirante andaba en busca de un estrecho o paso y se mantuvo muy cerca de la costa de Nicaragua. Dice Sauer: "Tal giro hacia el Este explicaría el porqué no hace mención del río más grande, el Río San Juan, salida del Lago de Nicaragua". (13) Pero no es eso lo que pasó, porque Colón se condenó a sí mismo por error. En Cariai, los Indios dijeron que existía una provincia llamada Ciguare en el interior del país y de que estaba rodeada de agua. Ciguare era la Isla de Ometepe que se encuentra en el Lago de Nicaragua. En Ometepe existía una de las más avanzadas civilizaciones que Nicaragua tenía en aquel tiempo. (14).

La isla era el centro que atraía a los Indios al comercio, puesto que de allí podían comunicarse con todas las tribus que bordean el

Lago. Un estudio detallado sobre la posición de Cariai, lo sitúa cerca de Punta Mico. (Monkey Point).

Algunos eruditos han sido confundidos por documentos publicados por la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. Estos documentos sitúan a Cariai cerca de Puerto Limón, Costa Rica. Historiadores nicaragüenses están de acuerdo en situar a Cariai en la costa nicaragüense. Es interesante notar que algunos de los más destacados historiadores Costarricenses (Carlos Gagini, Manuel de Peralta y otros), sitúan a Cariai cerca del Río Rama en Nicaragua. (15).

Samuel Eliot Morison afirma: "Extendiendo los brazos y luego tocándose los dedos, los Indios querían expresar la idea de una bahía, lago o ampliación del río; pero los confiados Europeos entendieron que querían decir el Océano Indio, el Gran Mar del Sur o alguna salida oceánica por allí". (16). Morison creyó que Colón estaba en Costa Rica, mientras que ellos estaban en los alrededores de Punta Mico. (Monkey Point). Los Indios trataban de describir el Lago de Nicaragua. Colón estaba aún en la costa nicaragüense.

Poco tiempo después de la llegada de Colón a España, como es de suponer, la noticia fue recibida por el Rey Fernando y en 1505, llamó a Colón, Vespuccio, Yañez Pinzón y Juan de la Cosa a una conferencia privada que fué llamada el Consejo de Toros y Burgos. Los historiadores sólo han logrado determinar que el propósito de la conferencia estaba relacionada a asuntos de las tierras descubiertas al Oeste. Uno de ellos, quizás el Almirante mismo, insinuó que el nombre Amerigo (una forma del nombre de Vespuccio) se parecía al de América; entonces el Rey ordenó a Vespuccio que alterara los documentos y mapas y que dedicara su tiempo a una secreta (camuflada) propaganda ligando el nombre de América con el suyo propio. Hasta entonces Vespuccio había escrito su nombre así, Albericus. Después de este consejo privado que Vespuccio y sus otros compañeros tuvieron con el Rey en 1505, Vespuccio procedió (por orden del Rey) a poner el nombre Americus en los mapas subsiguientes.

Existe una serie de documentos que fueron alterados después de 1505, esto es, después de que Colón regresó de su cuarto viaje. Vespuccio obedeció al Rey de España y poco tiempo después quizás como remuneración, fue nombrado Piloto Mayor de España.

Los 18 o 20 hombres que habían acompañado a Caboto en su primer viaje se embarcaron de nuevo con él en 1498. Nunca se supo más de ellos o de Juan Caboto. Su desaparición no dejaba a nadie para defender el derecho de Inglaterra a las tierras descubiertas por Caboto, así que los Españoles tomaron ventaja de la situación y guardaron silencio.

El Rey y los cuatro navegantes acordaron en su reunión de 1505 que el viaje de Vespuccio fuese inventado y puesto que tenían conocimiento de que Caboto había descubierto a Nicaragua el 24 de Junio, fijaron la fecha de salida del viaje de Vespuccio el 10 de Mayo de 1497 y 37 días más tarde como la fecha en que él habría de reclamar el descubrimiento de terra firma. Esto quiere decir que si alguien protestaba, ellos podrían alegar que habían llegado primero, por apenas unos pocos días, pero primero.

Juan de la Cosa, sin embargo, localizó correctamente la tierra descubierta por Caboto en 1497, al colocar las banderas Británicas en la Costa Atlántica de Nicaragua en su mapa de 1500.

De la Cosa no supo la posición de la tierra descubierta por Caboto, aunque creyó que estuviese al Norte de las descubiertas por los Españoles, por esa razón colocó el área descubierta por Caboto en la parte superior de su mapa.

Después de haber sido llamado por el Rey a la reunión de 1505, de la Cosa comenzó a recoger los mapas que había hecho, pero no completó cabalmente su tarea, pues uno de sus famosos mapas apareció en una tienda de antigüedades en París a mediados del siglo XVIII. La alteración de documentos dió origen a interminables debates, los que aún tienen repercusiones en los anales de la historia.

Herrera comenzó este debate con su historia publicada en 1601, en la que describe el viaje de Vespuccio en 1499 bajo el mando de Alonso de Ojeda. Herrera dijo que Vespuccio iba como un simple mercader y que después de haber regresado de este viaje, él, muy hábilmente, falsificó el documento para establecerse a sí mismo como el descubridor de terreno sólido. (17).

Pero Herrera no presentó documentos; era solamente su palabra contra la de Vespuccio. Herrera era el historiador del Rey y recogió su información directamente de los archivos reales.

El año de 1601 no era el momento para dar crédito a los Ingleses por haber descubierto terra firma; esto hubiera significado presentar documentos que hubieran desacreditado a España. El Padre Las Casas atacó a Vespuccio, arguyendo que no había hecho el viaje en 1497. (18).

Las Casas también atacó a Fernando Colón y lo amenazó con llevarlo a juicio sino defendía el honor y la gloria de su padre. Más Fernando guardó silencio, el había estado con su padre y sabía lo que había sucedido en la costa nicaragüense. Pedro Mártir, Fernando de Oviedo y Valdez, Francisco López de Gómara y otros historiadores, también permanecieron en silencio acerca de todo el asunto.

El Padre Las Casas escribió: "Me sorprende que Don Fernando Colón el hijo del Almirante mismo, y una persona de buen seso y prudencia, y quién tenía en su poder aquellas mismas relaciones de Amerigo, como lo se de cierto, no se haya dado cuenta de este robo y usurpación que Amerigo Vespuccio había cometido contra su padre". (19)

El Padre Las Casas no sabía lo que le había pasado al Almirante, Cristóbal Colón, en Nicaragua.

Jules Marcou dedicó muchos años de su vida intentando establecer el hecho de que el nombre de América había nacido en Nicaragua.

Americ, Amerrique o Amerique es el nombre dado en Nicaragua a las tierras altas o cadena de montañas que yace entre Juigalpa y La Libertad, en Chontales, y las que llegan por un lado al territorio de los Indios Carcas y por el otro al de los Indios Ramas. El Río Mico, Antigua y Carca, que forman el río Bluefields; el Río Grande de Matagalpa y los Ríos Rama e Indio, que fluyen directamente hacia el Atlántico; así como los Ríos Camoapa, Mayales, Acoyapa, Ajocuapa, Oyale y Terpenaguatapa, que desembocan en el Lago de Nicaragua, todos tienen sus fuentes en la cadena de Americ". (20).

Es bien sabido que los naturales de Nicaragua usaban las terminaciones "ique", "ica" o "ic" para denotar lugares que fuesen prominentes, elevados, extensos, grandes, etc. Amerrique, Amerique, americ, américa, cacic cacique, nicaragua, todas son palabras usadas por los naturales.

Fué aquí donde más tarde se encontra-

ron las minas de la Libertad y Santo Domingo.

Cuando los Europeos preguntaban a los naturales de esta región dónde encontrar el metal amarillo, ellos contestaban: "Americ", y afirmaban a los inquiridores que allí abundaba la sustancia que buscaban.

"En el distrito de Chontales, entre las montañas que separan las aguas que fluyen hacia el Lago de Nicaragua y aquellas que caen en el Río Escondido, las minas de oro se encuentran en abundancia. Existen numerosas pruebas de que las minas fueron en su mayoría trabajadas por los aborígenes. El metal se encuentra principalmente en vetas de cuarzo. Las pepitas de oro son a menudo tan grandes como para recogerse después de una o dos lavadas y con frecuencia de un tamaño que se pueden discernir mientras se está cavando, y un hombre con buena suerte puede encontrar suficiente oro en una semana como para mantenerlo confortablemente todo el año". (21)

Marcou decía que Cariai se asemeja grandemente a Carcai, hogar de los Indios Carcas de Nicaragua. Esto es más que probable puesto que el deletreo de estos nombres a menudo variaban o sufrían alteraciones, más la fonética original se conservaba.

La solución de Marcou fue atacada en diferentes formas, siendo las principales refutaciones que Saint Die estaba muy lejos del centro de los descubrimientos Españoles y que habría sido muy difícil para Waltzemuller haber oído el nombre de Americ; el hecho de que Colón no haya mencionado a Americ en ninguno de sus documentos y que Fernando haya guardado silencio y no haya defendido los derechos de su padre al ver el mapa de Waltzemuller. Estos ataques y críticas dirigidas contra Jules Marcou no tienen mérito y son completamente sin importancia si se presenta a Juan Caboto como el descubridor de Nicaragua y de la región América visitada por Cristóbal Colón en 1502.

Su Majestad, el Rey de Inglaterra, no sólo autorizó un segundo viaje a Juan Caboto, sino que también le dió una flota de barcos mercantes. Parece ilógico que todo lo que Caboto haya enseñado al Rey hubiese sido una red y una aguja. En mi opinión, Caboto había enseñado al Monarca Inglés algunas piezas del metal amarillo obtenido en "America".

Ahora puede sostenerse que el nombre

de "América" fué usado en Europa para designar la primera porción del continente descubierta por un Europeo. Los pocos hombres de Caboto habían perecido con él y estos eran los únicos que podrían haber corregido el uso del nombre de Vespuccio por Waltzemuller. Por otra parte, algunos de los marineros de Colón estuvieron vivos por muchos años y quizás varios de ellos leyeron la insinuación de Waltzemuller, pero se quedaron quietos para defender el derecho de España.

Los toponímicos dados por los Indios permanecieron con los habitantes aún después de las conquistas. Las montañas de Amerrique han retenido su nombre hasta los tiempos actuales. Las áreas que las rodean son, como siempre las tierras de Americ, por lo tanto, cuando los descubridores llegaron, oyeron el nombre de "América" por primera vez en estos sitios. América estaba en Nicaragua, el nombre fué difundido en Inglaterra y el Norte de Europa por los hombres de Caboto en 1497, continuó con Colón en una forma trágica y secreta, y terminó con la conspiración de Vespuccio.

Por el año de 1507, antes de que Waltzemuller publicara su *Introducción a la Cosmografía*, la palabra América había sido ya oída en una forma u otra a través de la mayor parte de Europa.

Cuando apareció el folleto de Waltzemuller, en el que proponía que las tierras descubiertas deberían llamarse América uno de aquellos que participaron en la estructura de *Introducción a la Cosmografía* ya estaba familiarizado con el nombre de América. El libro contiene diversos estilos de escritura y los eruditos han llegado a la conclusión de que fue una serie de escritores los que participaron en su preparación.

Estos eruditos de Saint Die (Alemania) conocían la forma latina del nombre de pila de Vespuccio, *Albericus*, y este no tenía parecido alguno con el nombre de América.

La propuesta de Waltzemuller de que el Nuevo Mundo fuese nombrado América no tenía significado ni lógica alguna, al menos de que hubiese oído la palabra "América" de alguno de sus compañeros; lo normal hubiese sido que propusiera Vespuccia como nombre de las tierras recién descubiertas. Aún Colombia podría ha-

ber sido propuesto, pero nunca Cristoforia o Cristobalia.

La equívoca propuesta de Waltzemuller apareció y obtuvo gradual aceptación. Años después que comenzaron las protestas, ya había alcanzado popular aceptación.

Existe la creencia que Vespuccio estableció relaciones con algunos de los hombres que escribieron la *Introducción a la Cosmografía*. Esta posibilidad es muy remota puesto que estaban muy lejos, pero si eso sucedió, era porque Vespuccio estaba cumpliendo órdenes.

El nombre de la hermana República de Nicaragua, Brasil, cuyo origen está envuelto en el misterio, es también un nombre que muy posiblemente se haya originado en Nicaragua; los árboles que los hombres de Caboto vieron en Nicaragua eran llamados Brasil. Como todos los hombres de Caboto perecieron en 1498, el nombre de Brasil entró en la leyenda.

Muchos de los marineros habían hablado con los hombres de Caboto, ellos conocían la descripción de los árboles, simplemente transfirieron el nombre. Soncino envió un mensaje al Duque de Milán en su carta del 18 de Diciembre de 1497, "Dicen que la tierra es excelente, y creen que la madera de Brasil sea natural de la región". En 1860, E. G. Squier informaba de numerosas exportaciones de madera Brasil procedente del área del Río San Juan (22)

Qué extraña coincidencia de la historia, que los Ingleses hayan ocupado la Costa Atlántica de Nicaragua en oposición obstinada a España mucho años después de que Caboto la hubiese descubierto en servicio del Rey de Inglaterra.

Fue durante la presidencia del General José Santos Zelaya que mi tío abuelo, el Doctor Adolfo Altamirano, firmó un famoso tratado (19 de Abril de 1905) por el que se establecía definitivamente que Inglaterra abandonaba todos sus derechos en Nicaragua.

El Rey de España conspiró en contra del Rey de Inglaterra; Colón conspiró contra Caboto y Vespuccio fue el instrumento de su conspiración. Mas estos hombres conspiraron en contra de nuestra patria, Nicaragua, y en el proceso, sus maquinaciones encubrieron al verdadero des-

coverido y oscurecieron el nombre, netamente nicaragüense, que le fue dado a nuestro Continente.

La prueba léxica documental que nos dejó Cristóbal Colón es, incuestionablemente, un documento que comprueba las ideas expuestas en este resumen.

Además de la carta de Day, tenemos la relación de Maurice Toby y el valioso mapa de Juan de la Cosa. Y decimos que no existe otro pedazo de tierra en todo el Continente Americano con las características geográficas de la Costa Atlántica de Nicaragua. La naturaleza vertical de la costa y la curvatura de la Bahía de San Juan del Norte, están reproducidas en el mapa de Juan de la Cosa. Lo que Nicaragua y el mundo entero necesita es un cambio en sus libros de texto, porque el nombre de América no se originó con Vespuccio y Cristóbal Colón no fue el descubridor de Nicaragua.

Los eruditos del mundo quedan invitados a revisar los hechos. La verdad es que el nombre de América no procede de Vespuccio. Este figura como de cuarta o quinta categoría entre los descubridores españoles.

Como puede uno imaginarse que un marino de tal categoría pueda haber dado nombre al más vigoroso continente que la humanidad haya visto? El nombre de América nació en un sitio que está en el verdadero corazón de las Américas: Nicaragua, de la que Rubén Darío dijo que "está hecha de vigor y de gloria".

Nosotros proponemos que en la más alta cumbre de Americ, el sitio que le dió su nombre a nuestro continente, se construya un monumento para perpetuar este hecho para la presente y futura generaciones de Americanos.

Por lo que le sucedió a Cristóbal Colón en la costa de Nicaragua, Vespuccio cambió su nombre de pila "Albericus" por el nombre nicaragüense "Americus". Si Waltzemuller hubiera tenido la intención de nombrar al Nuevo Mundo por Vespuccio, le habría llamado "Vespucchia". Algunos intelectuales creen que es demasiado tarde para remediar el error. Nosotros no creemos que esto sea así. Nosotros levantamos un grito de protesta contra el engaño que ya ha sido popularizado.

Prometeo le dió el fuego a los hombres y fue encadenado por siglos a una roca. Nicaragua dió el nombre de América al Hemisferio Occidental y fué encadenada por una conspiración, de más de cuatro siglos y medio de edad.

Con el tiempo Prometeo fue desencadenado, no sabemos cómo. Mi Patria será desencadenada, y con este modesto trabajo anhelo contribuir a que desaparezca pronto esa conspiración.

Jules Marcou, "ORIGEN OF THE NAME AMERICA". Atlantic Monthly, (Enero-Junio, 1875, páginas 291-296

- |   |  |    |   |
|---|--|----|---|
| 3 | El año Municipal de Bristol comienza el 15 de Septiembre de 1496 y termina el 14 de Septiembre de 1497.  | 9  | En la publicación de la Sociedad Hakluyt, 1961 LOS VIAJES DE CABOTO Y LOS DESCUBRIMIENTOS DE BRISTOL BAJO ENRIQUE VII, se afirma en la página 63: "Es, por lo tanto, bastante seguro que fuese Cristóbal Colón".  |
| 4 | Hakluyt Society, LOS VIAJES DE CABOTO Y LOS DESCUBRIMIENTOS DE BRISTOL BAJO ENRIQUE VII, 1962, p. 206  | 10 | Sociedad Hakluyt, DOCUMENTOS SELECTOS ILUSTRATIVOS DE LOS CUATRO VIAJES DE COLON, No. LXX, 1932, Vol. 11, p. 78,  |
| 5 | Henry Harrise, EL DESCUBRIMIENTO DE NORTE AMERICA, (1961) p. 10  | 11 | Este párrafo no está correctamente traducido en Hakluyt. La palabra "tresdoble" según se definía en los diccionarios españoles del siglo XV y tal como fue usada en la primera parte de la frase, significa que Colón estaba encubriendo algún hecho. Sociedad Hakluyt, DOCUMENTOS SELECTOS ILUSTRATIVOS DE LOS CUATRO VIAJES DE COLON, No. LXX, 1932, Vol. II, págs. 102 y 103 |
| 6 | No se encuentran "extensas y fértiles" islas en el Atlántico Norte, entre la península de Labrador e Inglaterra.   | 12 | University of California Press, 1966, p. 125.   |
| 7 | L. A. Vigneras, "NUEVA LUZ EN EL VIAJE DE CABOTO A AMERICA EN 1497". REVISTA HISTORICA HISPANO AMERICANA, Vol. XXXVI, Noviembre, 1956, págs. 507-509   | 13 | LA PRIMITIVA TIERRA FIRME, p. 125.  |
| 8 | Existe un verdadero valor en la sugestión de que Caboto pueda haber sido atraído hacia el suroeste por las variaciones entre el polo magnético y el polo geográfico. Este punto, junto con la observación de que las prevalencias condiciones climáticas y oceánicas de los vientos, mareas y corrientes, debe tomarse en cuenta. Es interesante demostrar cómo muchos factores necesita considerar el cuidadoso estudiante de historia. Cada uno de esos factores lleva consigo la posibilidad de condiciones excepcionales, peculiares a un solo día o temporada, las que pueden fácilmente haber alterado todo el curso de un viaje, tanto en 1497 como en cualquier otro tiempo." George Parker Winship, | 14 | Dr. Wolfan Haberland, OMETEPE, NICARAGUA INDIGENA, No. 37, Julio-Diciembre, 1963, pp. 7-10.   |
|   |  | 16 | Samuel Eliot Morison, ALMIRANTE DEL GRAN OCEANO, 1942, p. 606   |
|   |  | 17 | Herrera, HISTORIA DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DE EL MAR OCEANO, dec. i, 14, c. 1-4.  |
|   |  | 18 | Fray Bartolomé de las Casas, HISTORIA DE LAS INDIAS, Capítulo CXXXIX.   |
|   |  | 19 | Germán Arciniegas, AMERIGO Y EL NUEVO MUNDO, 1955, pp. 302-303<br>Es defensor de Vespuccio y cree que las Casas era un fanático.  |
|   |  | 20 | Véase Documentos Públicos del Gobierno de Nicaragua y EL NATURALISTA EN NICARAGUA, por Tomás Belt, 8vo.   |
|   |  | 21 | NICARAGUA, por E. G. Squier, 1860, p. 654   |
|   |  | 22 | E. G. Squier, NICARAGUA, 1860, p. 653. El Brasil es un árbol tropical y no crece alrededor del área de Labrador.  |

## VOZ OFICIAL NICARAGUENSE

**Impresionante y sugestivo el título del libro en referencia, donde el joven autor enfoca con una serie de argumentos, producto de investigaciones exhaustivas por él realizadas, el origen, la raíz, la fuente etimológica del nombre de AMERICA, el que blasona orgulloso este Continente desde hace varias centurias.**

**Afirma el autor de que Nicaragua es la cuna de AMERICA y esgrime con justa razón, el nombre de una región montañosa conocida y llamada por nuestros antepasados, desde antes que Cristóbal Colón llegase a costas nicaragüenses, como AMERRIQUE, ubicada en la extensa región de Chontales.**

**En cuanto a que el nombre de AMERICA provenga de Américo Vespuccio, el autor del libro "NICARAGUA, CUNA DE AMERICA", somete a los eruditos en investigaciones históricas el estudio de sus conclusiones y así reivindicar de manera firme, concluyente y definitiva el origen nicaragüense del nombre de nuestro Continente.**

**La cita de fechas históricas contenidas en la obra, sobre el viaje de Colón y de Vespuccio, colocan a éste en una posición dudosa de que haya venido a nuestras costa del Océano Atlántico; pero estos hechos que vendrán a levantar el velo de la historia, sobre una afirmación talvez mantenida erróneamente durante siglos, corresponderá al veredicto de eruditos a quienes seguramente les será sometido este precioso encargo, talvez el más valioso de todos los tiempos.**

**Con modestia conjugo con el pensar del Joven Espinoza Estrada y estoy con él en cuanto a que, el rigor de las investigaciones científicas, se establezca si está ajustada a la certeza su afirmación de que Nicaragua es Cuna de América; corresponderá, pues, al Movimiento Hispánica Reivindicador del Nombre de América, al Instituto Panamericano de Geografía e Historia, con sede en México, a las Universidades de Nicaragua, a las tribunas Culturales, a la Asociación Patriótica Española, al Ateneo Ibero Americano, al Instituto Cultural Español, al Instituto Argentino Hispánico, al Ateneo Valenciano de Cultura y a otras prestigiadas agrupaciones de historia y geografía, realizar esta profunda y valiosísima investigación que nos traiga la verdad sobre este trascendental aspecto del origen del nombre de AMERICA.—**

**IVAN OSORIO PETERS**

**SECRETARIO DE INFORMACION Y PRENSA  
DE LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA**

# ¿CRISTOBAL COLON DESEMBARCO EN HONDURAS O EN NICARAGUA? LA CONSULTA DEL PRESIDENTE HONDUREÑO MARCO AURELIO SOTO AL HISTORIADOR GUATEMALTECO JOSE MILLA

Señor don José Milla.            Guatemala.

Valle de Angeles, junio 27 de 1882.

Muy estimado don Pepe:

Aprovecho gustoso la oportunidad que me presenta el viaje a esa República de mi amigo y Secretario, el señor Palma, para enviar a Ud. mis afectuosos recuerdos, y hacerle una consulta histórica, que espero me resuelva con su acostumbrada benevolencia.

Tenía el proyecto de crear un Departamento en el litoral de la costa de Trujillo y ponerle este nombre, cuando comencé a leer su magnífica "Historia de la América Central", y me fijé en el párrafo que se encuentra en la página 4o. que dice así: "Continuando la navegación tocó la escuadrilla en tierra firme, el domingo 14 de agosto, y habiendo *desembarcado* el Almirante con algunos de los que lo acompañaban, asistieron a la misa que se celebró aquel día por primera vez en el suelo centroamericano. Suceso digno de recordación, pues era el principio del establecimiento del nuevo culto que iba a sustituir a la falsa y sangrienta religión que por tantos siglos había dominado en esta sección del Nuevo Mundo. Aquel lugar que se llamó entonces punta de Caxinas es el mismo donde se estableció después el puerto de Trujillo".

En la excelente obra de Squier, reputado por gran americanista y anticuario, había también leído estas palabras: "En Honduras fué donde primero puso los pies Colón en el Continente de América". Así dice en el capítulo IV de sus "Apuntamientos sobre Centro América".

Las respetables autoridades de U. y de Mr. Squier, me sugirieron la idea de bautizar al nuevo Departamento con el nombre de Colón, como un testimonio de gratitud a la memoria de este grande hombre, y para fijar el interesante recuerdo histórico del lugar donde había puesto por primera vez *sus piés* en el Continente americano el inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

La obra de U. ha creado en mi afición decidida a los estudios de nuestra antigua historia, y los he abrazado con entusiasmo. En varios autores que he leído, no he encontrado el fundamento en que U. se apoya para decir que el Almirante *desembarcó* en punta de Caxinas; y he aquí de donde han dimanado mis dudas sobre el particular, y la consulta que ahora me permito hacerle.

Colón en su carta a los reyes de España en que les refiere cuanto le aconteció en su cuarto y último viaje, no hace ninguna referencia a su desembarco en punta de Caxinas, y ni aún mienta este nombre. Diego de Porras en su relación datada a 7 de noviembre de 1504, después de relatar el descubrimiento de la Guanaja, dice: "De esta isla pareció otra tierra muy alta y cercana (la costa de Trujillo,) fué a ella por el Sur; estará de esta isla diez leguas: de aquí se tomó un indio para llevar por lengua a esta tierra grande y este dijo algunos nombres de provincia de esta tierra: *tomó puerto* al cual nombró el Almirante la punta de Caxinas" (punta Castilla, puerto hoy de Tujillo). Este relator tampoco habla del desembarco de Colón en ese lugar. Al pasar por allí estaba el Almirante en situación tan lastimosa que lo obligaba hasta mandar desde su lecho de dolor el derroterro. El mismo dice: "Yo había adolecido y llegado farta veces a la muerte. De una camarilla, que yo mandé hacer sobre cubierto, mandaba la vía." Razón es esta para creer que Colón no estaba entonces para desembarcos.

Herrera, en el capítulo VI, Década 1a. dice: "Salió domingo a 14 de agosto el Adelantado con mucha gente de los navíos a oír misa & &." Nada dice del Almirante.

Washington Irving, en el capítulo II, libro IV, dice: "Al salir de Guanaja tomó al Sur para tierra firme y a pocas horas de navegación, descubrió un cabo a que puso el nombre de Caxinas por estar cubierto de árboles frutales llamados así por los indios. En la actualidad se conoce con el nombre de Cabo de Honduras. En él *desembarcó el Adelantado* el domingo 14 de agosto con los capitanes y muchos marinos para oír misa que se celebró solemnemente bajo los árboles de la costa, según la piadosa costumbre del Almirante, cuando las circunstancias lo permitían. El 17 desembarcó el Adelantado de nuevo en un río a quince millas del punto anterior & &". Irving asegura el desembarco del Adelantado, pero no del Almirante.

El Conde Roselly de Lorgues, en su obra titulada. "Historia de la vida y viajes de Colón" dice en el capítulo II del Libro IV, tomo I: "Desde la isla de Guanaja dirigióse el Almirante al Sur en busca de la tierra firme. Descubrióla cerca de un cabo cubierto de árboles que producían una especie de manzanas de hueso esponjoso, que los indígenas llamaban cáxina, cuyo nombre siguió dándole. Así que lo hubo doblado renovóse la tempestad. Frecuentes aguaceros y súbitas rachas de viento fatigaron de nuevo la escuadrilla. Sin embargo, el domingo 14 de agosto, víspera de la Asunción, *detenido siempre el Almirante en su lecho*, mandó que bajasen el Adelantado, el estado mayor y las tripulaciones para asistir al santo sacrificio que celebró el Padre Alejandro; pero no pudieron proceder a la toma de posesión, sino que fue preciso volver a las carabelas, y comenzar otra vez el combate contra los elementos. Finalmente, el 17 de agosto en un breve espacio de calma, atracaron en tierra a quince leguas del cabo en las orillas de un río y el Almirante dió orden de que tomasen posesión de la comarca en la forma acostumbrada, levantando una cruz grande. Por esta circunstancia dióse al río el nombre de "Río de la Posesión".

Las autoridades citadas contradicen claramente el aserto de que Colón desembarcó *puso sus pies*, en punta de Caxinas, como lo afirman Ud. y Mr. Squier. Esta circunstancia ha incitado más mi deseo de saber en qué se apoyó Ud. para hacer esa afirmación: y ha llegado a tal punto mi curiosidad, que no he vacilado en molestar la atención de Ud., suplicándole me diga los datos que ha tenido a la vista para asegurar el desembarco de Colón en el punto en que hoy está Trujillo.

Para mí Colón *tomó puerto* en la bahía de Trujillo, pero no desembarcó. Creo que se ha confundido al Adelantado, que fué el que desembarcó, tomándolo por el Almirante. No habiendo desembarcado en punta de Caxinas, ni tampoco pisado el Continente cuando estuvo en el golfo de Paría, puesto que él dice en una de sus cartas haberse negado a desembarcar entonces, resulta que Colón puso sus plantas en tierra firme del inmenso Continente que había descubierto. Punta de Caxinas y el golfo de Paria son los puntos sobre que más se ha contendido en la cuestión del desembarco. Negados éstos, no he hallado memoria de otro lugar del Continente en que Colón haya desembarcado. Deseoso de esclarecer este punto histórico, suplico a U., se sirva darme sobre él surespetabilísima opinión.

Nadie mejor que U., que ha hecho tan profundos estudios de nuestra antigua historia, y que con tan claro talento mira en las oscuridades de nuestro pasado aborígene y colonial, puede ilustrarme en esta materia, que es para mí tan difícil como interesante.

Esperando su respuesta, me es grato suscribirme de U. con la más distinguida consideración y aprecio, su atento seguro servidor y amigo.

Marco A. Soto.

Señor don Marco A. Soto.  
Presidente de la República de Honduras.  
Tegucigalpa.

Guatemala, agosto 10 de 1882.

Mi muy estimado don Marco:

El señor Palma me entregó la interesante carta que U. se ha servido dirigirme con fecha 27 de junio y que he leído con el detenimiento que corresponde.

Ha llamado la atención de U. que en dos pasajes del tomo I de mi "Historia de la América Central" se diga que el Almirante Colón desembarcó en ciertos puntos de la costa

de Honduras, hecho que no encuentra U. apoyado en el testimonio de otro alguno de los escritores que han hablado de aquella expedición. Sólo Squier ha dicho de una manera afirmativa, que Colón *puso sus pies* en esta parte del Continente..

Las numerosas investigaciones que U. ha hecho para aclarar este punto histórico, y el juicio que ha formado de que Colón tomó puerto únicamente en Punta de Caxinas y "no desembarcó en el Continente que había descubierto", me han hecho consultar de nuevo los documentos relativos al cuarto y último viaje del Almirante. Encuentro efectivamente que fué el Adelantado D. Bartolomé, quién por orden de su hermano don Cristóbal, desembarcó el 14 de agosto de 1502, en punta Caxinas para asistir a la misa, y él también, quien tomó posesión del país el 17 en Río Tinto. Si alguna vez llega a hacerse una segunda edición de la Historia"", deberá sustituirse en las páginas 4a. y 5a. del tomo I la palabra "el Almirante" por la de "el Adelantado" y advertirse por medio de una nota que se debe a U. esa rectificación.

Ahora que el Almirante, no haya desembarcado en el Continente, no me parece exacto. Volviendo a leer la carta que él dirigió a los reyes desde Jamaica el 7 de julio de 1503, (Colección de Navarrete, páginas 296 a 313) encuentro que dice, hablando de Cariay, (Costa de Mosquitos): (1) "Llegué a tierras de Cariay, a donde me detuve a remediar los navíos y bastimientos y dar aliento a la gente que venía muy enferma. Allí supe que de las minas de oro de la provincia de Ciamba que yo buscaba. Dos indios me llevaron a Carambarú, a donde la gente anda desnuda y al cuello un espejo de oro" etc. Y en otro pasaje dice, hablando de la misma tierra de Cariay: "Allí *vide* una *sepultura en el monte*, grande como una casa y labrada y el cuerpo descubierto, y mirando en ella". Agrega que vió muchas gallinas, leones, ciervos, corzo y aves.

Todo esto prueba de una manera innegable, a mi juicio, que si Colón no desembarcó personalmente en punta de Caxinas y Río Tinto, por estar muy enfermo cuando tocó en aquellos puntos, lo hizo muy pocos días después en un lugar más hacia el Sur, puesto que asegura haber visto una sepultura en el monte, y da razón de animales que no era fácil le llevaron a los buques. Es de creer que el desembarco de que se habla haya tenido lugar en la costa de Nicaragua, pasado ya el Cabo de Gracias a Dios y la línea divisoria que vino a separar muy poco después, aquella Provincia de la de Honduras, que era el río Yare o Segovia.

En cuanto a la idea de Ud., de dar a un Departamento que se formara en el litoral de la costa de Trujillo el nombre de Colón, me parece harto justificada con el hecho de haber sido ese el punto a donde arribó aquel hombre en su cuarto y último viaje, y en el que hizo, por medio de la gente que iba a sus órdenes, tomar posesión del país. Así, aún cuando na haya desembarcado él mismo en aquella tierra, a ella corresponde la gloria de haber sido el primer punto del Continente descubierto por Colón y tiene a mi juicio derecho a honrarse con su nombre.

Permítame Ud., amigo don Marco, que lo felicite cordialmente, porque en medio de las múltiples atenciones del puesto que ocupa, consagre algunos momentos al estudio de nuestra historia antigua. Personas de la inteligencia e instrucción de Ud. no pueden dejar de suministrar un valioso contingente para el adelanto de ese ramo interesante, al cual se ha prestado hasta ahora poca atención entre nosotros. Yo celebro que Ud. le haya tomado afición y me alegraré de que continúe dedicándole algunos ratos.

Pronto espero tener el gusto de remitir Ud. el II tomo de la Historia, cuyo primer volumen ha juzgado Ud. con tanta indulgencia. En el 2o. no habrá ya aquellos brillantes episodios de la conquista que dan cierto carácter épico a la narración de algunos sucesos de aquella época. Es la exposición sencilla del trabajo de la colonización durante el primer siglo de la dominación española; estudio que no carece de interés, pues hace ver bajo que condiciones y con cuántas vicisitudes tuvo en sus principios esta sociedad.

Temo haber quitado a Ud., demasiado tiempo, por lo que saludándolo muy afectuosamente, me repito su afectísimo amigo y seguro servidor.

José Milla.

## HISTORIA

UN PEQUEÑO MEDALLÓN DE BRONCE, DE GUIDO MAZZONI, CON LA EFIGIE DE CRISTÓBAL COLÓN. COPIADA DEL NATURAL.

Los griegos y los romanos no conocieron las medallas ni los medallones.) Estos últimos sólo están cincelados por una cara. Las medallas más antiguas que se conservan son las del emperador Constantino el Grande (306—337 d. C.), que elevó el cristianismo a religión del Estado, y del emperador Heraclio (610—641 d. C.), que llevó la cruz de Cristo a Constantinopla. Estas dos piezas figuran exactamente descritas en el inventario de la colección del duque de Berri y duque de Borgoña, correspondiente a los años 1408—1416. Las efigies de ambos emperadores no son retratos del natural, sino obras de fantasía. Pero estas medallas ya eran conocidas en Italia a principios del siglo XV.

En noviembre de 1504, murió la Célebre reina Isabel de España. ¿Cabe suponer que Mazzoni, que había trabajado con gran éxito para los de Nápoles, de la casa de Aragón, decidiera trasladarse a España para brindarse a realizar el monumento funerario de la reina Isabel? Colón regresó a España, de su último viaje a América, en octubre de 1504. Durante el invierno de 1504-05, permaneció enfermo en Barcelona, como sabemos por numerosas cartas dirigidas a su hijo Diego. Hasta mayo de 1505 no volvió Colón a la corte del rey de España para luchar por su rehabilitación.

El pequeño medallón de bronce, reconocido por los historiadores de arte como obra de Mazzoni, demuestra que las consideraciones anteriores son bien fundadas.

En la corte de España debió encontrar Mazzoni a su famoso compatriota y pudo fijar su imagen en la arcilla, para conservarla como boceto para él. Seguramente no pasó entonces por sus mientes hacer la medalla para una tercera persona. La figura es tan severa, que sin duda contiene exageraciones. Colón aparece en ella como un luchador duro, insensible e Intransigente, y puede imaginarse muy bien así en el puente de mando de un navío en medio del Océano.

\*1) La obra sobre mi investigación: *Christophoro-Colombo, His portrait from life sculptured by Guido Mazzoni* (d. 1518) se ha publicado en el número de julio de la revista de arte londinense "The Connoisseur".

1) Hill, George Francis: *A Corpus of Italian Medals of the Renaissance before Cellini*, Londres, Museo Británico, 1930.

2) *Raccolta di Documenti e Studi della R. Commissione Colombiana per il Quarto Centenario della Scoperta dell'America*, Roma 1892/94.





Cristóbal Colón. Pintor desconocido. Detalle. Palazzo Comunale, Génova · Cristóbal Colón, de Sebastiano del Piombo. Detalle: Metropolitan Museum of Art, Nueva York · Cristóbal Colón, Pintor desconocido. Detalle. Galleria Giovanica, de Como.

El conocimiento de la técnica del vaciado y del tratamiento de las piezas hechas por este procedimiento, de la aleación del bronce, material empleado con preferencia para las medallas italianas son importantes para la clasificación de las piezas, que muchas veces no llevan indicación de fecha. A esto viene a sumarse el hecho de que en Italia, ya en el siglo XVII y siguientes, se reprodujeron las medallas de los siglos XV y XVI.

Veamos ahora el medallón grabado por una sola cara, con la inscripción *Christophoro-Colombo*. Apareció por primera vez reproducido en litografía, en la obra de Gaetano Avignone: *Medaglie dei Liguri e della Liguria*, Génova 1872. Nada dice Avignone de la antigüedad de la pieza. En la gran publicación del Estado italiano<sup>2)</sup>, la parte correspondiente a las medallas de Colón ha sido editada por Umberto Rocci. Como más antigua presenta la de Avignone, y la atribuye al siglo XVII. El ejemplar de Avignone tenía un diámetro de 53 mm. y era de forma circular. Como a la muerte de éste la medalla ya no se encontraba en su colección, supongo que la pieza descubierta en el Gabinete de las Monedas de Viena, de 53 mm. de diámetro y adquirida entre 1880—90, es la correspondiente a la colección de Avignone. Esta medalla fue vaciada ulteriormente en el siglo XVII.

En 1935, adquirí de una vieja colección principesca de Holanda el ejemplar que me indujo a emprender mis investigaciones, y que procedía a su vez del comercio de monedas alemán. Esta pieza ovalada, horizontalmente tiene sólo un diámetro de 50 mm. y se ve claramente que un extremo de la obra original ha sido cortado de una manera tosca. Para hacer desaparecer en lo posible las huellas del corte, se había raspado el borde, hasta la inscripción, con una lima gruesa. Por esta razón, el diámetro horizontal es sólo de 50 mm. Pero el carácter del vaciado corresponde a los alrededores de 1500, así como el burdo raspado.

La inscripción dice *Christophoro-Colombo*. Como se ve, el nombre figura en italiano. Colón está representado como un anciano. Se sabe que, después de 1478, ya no volvió

a Italia. Más tarde negó incluso su origen italiano y se hizo llamar Christóbal Colón. En el pequeño medallón, Colón viste un sayal y su espalda está encorvada. Un artista no hubiera representado nunca así a su modelo, si hubiera realizado la obra después de la muerte de éste, siguiendo únicamente su fantasía. Debía tratarse de un retrato del natural. Existen testimonios de que Colón llevaba siempre un sayal en los últimos años de su vida. Como cosa insólita, en este busto la boca no está completamente cerrada. Al revisar las planas del Corpus, de Hill, no encontramos una sola efigie que tenga la boca siquiera ligeramente abierta.

La forma italiana del nombre nos dice que la pieza fue creada por un italiano. Entre los artistas de este país había un grupo de escultores que representaba a sus hombres y mujeres con la boca abierta. Son los naturalistas de Padua, como los ha llamado Leo Planiscig, en su obra sobre Riccio. El artista que reprodujo la efigie de Colón debía pertenecer a este grupo. Sólo uno de ellos ha trabajado fuera de Italia. Es Guido Mazzoni, nacido en Módena, alrededor de 1450, y fallecido en esta misma ciudad, en 1518. Según documentos fidedignos, aparece por primera vez en la corte del duque de Ferrara, en 1473. Entonces creó para las iglesias de Ferrara, Módena y Venecia, grandes grupos de carácter religioso, en arcilla cocida, que todavía se conservan hoy. En 1489, le encontramos en la corte de los reyes de Nápoles, de la casa de Aragón. Los duques de la casa de Este se hallaban emparentados por matrimonio con los monarcas aragoneses de Nápoles. Esto explica sin duda la presencia de Mazzoni en Nápoles. Otras informaciones posteriores, basadas en documentos, demuestran que Mazzoni trabajó en los años siguientes para los reyes de Nápoles. Cuando el rey Carlos VIII de Francia, al invadir Italia, en 1495, llegó hasta Nápoles, se llevó consigo a París al célebre artista Mazzoni. Después de ennoblecérle, le encargó que esculpiera su monumento funerario. El rey murió en 1498. A fines de 1504, Mazzoni terminó dicho monumento. Aquí hay un hueco de dos años en que no se tienen noticias de Mazzoni.



# EL ORIGEN DE CRISTOBAL COLON

Fernando del Valle Lersundi, ilustre escritor e historiador, correspondiente de la Real Academia de la Historia, ha realizado un extraordinario estudio de investigación en torno al origen de Colón. Sobre este debatido e interesante tema, el señor Valle Lersundi presentó un documento informe a la Academia. El rigor y la lógica de los argumentos aducidos por el historiador son innegables. Manejando fuentes de primera mano, tras demostrar la falsedad de muchos documentos utilizados por varios historiadores que se copiaron unos a otros, Fernando del Valle Lersundi desarrolla una teoría brillante y rigurosa que podría resultar decisiva en la investigación del origen de Cristóbal Colón. Por su extraordinario interés, publicamos a continuación, íntegro, el trabajo del señor Valle Lersundi.



# COLON ERA SOBRINO DEL ALMIRANTE FRANCES GUILLERMO DE CASENOVE, DE SOBRENOMBRE «COLON»

EN LAS NAVES DE SU TIO, CRISTOBAL COLON ATACO LOS NAVIOS Y LOS COSTAS DE FERNANDO EL CATOLICO

Esto explica el misterio de que se rodeó el Descubridor al llegar a España.

QUEDA TOTALMENTE DESCARTADA LA TESIS GENOVESA, QUE ES UNA PATRAÑA HISTORICA. CRISTOBAL COLON NADA TUVO QUE VER CON ITALIA

COMO SU TIO, EL ALMIRANTE FRANCES, COLON ERA GASCON

**AÑO 1475: EL CORSARIO ALMIRANTE FRANCES COLON COMIENZA A FIGURAR EN LA HISTORIA DE ESPAÑA.**

El 11 de octubre del pasado año, víspera del Día de la Raza, tuve el honor de presentar a la Real Academia un informe en el que hacía la siguiente afirmación.

“El apellido del Descubridor de América no tiene relación alguna con los Colombo genoveses, ni con los Colom de Córcega o de nuestras tierras de Levante, ni con alguno de los considerados, hasta ahora, como ascendientes del Descubridor. El Colón de Don Cristóbal es, simplemente, otra forma más del sobrenombre de “Coulon” o “Coullon”, con que fue conocido en Francia su pariente el vicealmirante de Luis XI, Guillermo de Casenove”.

Mi afirmación no pudo ser más clara y sencilla, y pasado mi informe a la Comisión de Indias, tuve la satisfacción de escuchar, en la sesión siguiente, que la Comisión consideraba interesante el informe por mi presentado y me pedía lo documentara.

En apoyo de lo que afirmaba, ya hice en mi informe una ligera exposición de cuáles eran los documentos base de mi tesis. Considero que la mejor manera de documentar ésta, es ir aportando las pruebas cronológicamente, tal como fueron apareciendo en crónicas e historias. Y como, en realidad, versan en su mayor parte sobre el primero de los Almirantes Colón, famoso corsario gascón, al servicio de Francia, comenzaré refiriéndome a Alonso Fernández de Palencia, primer cronista castellano que lo cita, en el capítulo VII del libro 24 de su famosa obra “Los treinta libros de los anales de España”, escrita en latín y traducida al castellano por el ilustre archivero señor Paz y Melia.

La acción que transcribimos ocurrió a mediados del año 1475, antes de que se firmara el Tratado de alianza de 8 de septiembre de dicho año, entre don Alfonso V de Portugal y Luis XI de Francia.

“Infestaba el mar de Occidente un pirata llamado Colón natural de Gascuña, al que sus afortunadas expediciones habían permitido reunir gruesa armada y ostentar el título de Almirante del rey de Francia. Por él se habían hecho los franceses aptos para la navegación, porque como antes se les consideraba o desconocedores de tal ejercicio, o poco experimentados en las expediciones marítimas. Después de combatir largo tiempo en Francia con los ladrones, casos adversos de fortuna le sumieron en la desgracia, y ya hacia la mitad de su vida, se consagró a la del mar y se enriqueció rápidamente merced a sus crueles y pérfidos procedimientos de pirata”.

“Buscó para compañeros a algunos vascongados, gascones, ingleses y alemanes, aficionados a aquella vida; cosntruyó una gruesa nave reforzada en las bandas con fuertes vigas, para resistir el choque de las máquinas enemigas; inventó otras de diversos géneros y en épocas determinadas salía del puerto de Harfleur, plaza de Normandía, en la costa del océano, frontera a Inglaterra, y atacando furiosamente a cuantas naves mercantes se encontraba en la travesía, se apoderaba de sus riquezas”.

“En esas correrías había llegado a las costas de Portugal y al Estrecho de Cádiz, dirigiendo sus principales ataques contra portugueses y genoveses, por lo que el rey de aquella nación, don Alfonso, aliado entonces del inglés contra Francia, había enviado una armada en persecución del pirata. . .”

“Entre tanto, el rey Luis, ya amigo de don Alfonso de Portugal, deseando desahogar con España un innato prurito de guerra, antes de declararla, mandó a Colón que se reuniera con los marinos portugueses. Arribó el

pirata a las costas de Lisboa y entró en la desembocadura del Tajo, con siete gruesas naves, y púsose en espera de los mercaderes vascongados que llevaban a Flandes vino, aceite y otros géneros. Muy ajenos estaban ellos de temer nada de Colón, con quién tenían frecuentes tratos, a quien algunas veces habían acogido benignamente y en cuyas naves iban muchos marineros de Vizcaya. Confiados, además en el afecto que los de estas provincias se profesan cuando están lejos de ellas, nada recelaban el pirata, pero éste, al divisarlos, cuando doblaban el Cabo de San Vicente, puso hacia ellos las proas. Seguros entonces de que venían a su encuentro marchaban confiados a recibir al que creían amigo, sin cuidarse, por tanto de tomar las armas, y según costumbre de la gente de mar, le preguntaron con qué intención venían en su busca. Colón, dándose por muy amigo de los patrones de las naves, se limitó a indicar pasasen a la suya para ver por las relaciones de carga, si entre la de los andaluces habían introducido alguna los genoveses. Sin demora obedecieron los incautos vascongados y el período pirata les obligó traidoramente a que le entregasen las nueve naves. Dos lograron huir merced a la astucia de cierto vascongado, pero se apoderó de las otras siete y envió a Inglaterra a vender el cargamento de vino y aceite, géneros de que allí se carece”.

La amistad del corsario con los capitanes vizcaínos, y el hecho de llevar en su armada una buena parte de la marinería vizcaína y gascona, parece indicarnos como lugar de su nacimiento, algún pueblo próximo a la frontera franco-española.

La miserable acción que acabamos de relatar, cometida como hemos indicado a mediados de 1475, debió de tener gran resonancia en el pueblo vascongado con el que siempre, hasta entonces, había estado en excelentes relaciones.

## AÑO 1476: MES DE JULIO, EL ALMIRANTE FRANCÉS COLÓN ATACA LAS COSTAS DE ESPAÑA.

Al año siguiente, declarada ya la guerra entre España y Francia, salió el almirante Colón de Harfleur, con nueve grandes naos, camino de Fuenterrabia, y al pasar por Erest, encontró en su puerto cuatro naos de súbditos del Rey Católico, logrando apoderarse de dos de ellas, a cuyas tripulaciones aniquiló. Las otras dos pudieron huir. Llegado a Fuenterrabia el día 8 de julio, en ayuda del ejército de tierra del rey de Navarra, estuvo diez días a la vista de dicho puerto, y desembarcó su gente. “y con la que había en la Fuerza de la villa (cuenta Isasti en su Compendio Historial de Guipúzcoa), hubo un recio encuentro y volvió el corsario a sus navíos con pérdida de cien hombres”.

Seguimos con los “Anales de España”, de Alonso de Palencia, que no relata en su libro XXVII, capítulos IV, V, y VI la segunda aparición del almirante Colón por las costas de España. El Capítulo IV termina con los párrafos siguientes referentes al corsario y a su partida de Fuenterrabia.

“Al dirigirse a Bermeo, una recia tormenta arrojó al mayor de sus navíos contra la costa enemiga, y viendo a los otros empujados sobre las rocas a punto de

estrellarse, dió rápidamente orden de salir a alta mar. Al dar vista a las costas de Asturias y Galicia, trató de compensar con alguna presa la pérdida de su navío, más al querer atacar a Ribadeo, los vecinos, ya prevenidos a la defensa con tropas auxiliares, le mataron mucha gente, y de tal modo le escarmentaron, que amedrentado con el doble descalabro huyó a Portugal en busca de tranquilo refugio”.

Efectivamente debió de huir, sin detenerse a ayudar a Pontevedra, Vivero y Bayona, que se habían alzado en Galicia a favor del rey de Portugal, y que fueron, pocos días después, tomadas por la Escuadra de treinta navíos que, al mando de don Ladrón de Guevara había ordenado el Rey Católico se organizara en Guipúzcoa y Vizcaya para salir en persecución del corsario, y que sólo se tardó días en organizar, Isasti, en su Compendio historial antes citado nos cuenta este episodio y agrega que “el rey don Fernando se hallaba entonces en Galicia y visto lo que hicieron los guipuzcoanos alabólos mucho con palabras públicas, de grande honor y agradecimiento, porque en estas guerras derramaron tanta sangre propia y de sus enemigos, en servicio de su Real Corona”.

## MES DE AGOSTO, COMBATE NAVAL DEL CABO DE SAN VICENTE.

En el capítulo siguiente, V del mismo libro, nos describe Palencia el terrible combate del Cabo de San Vicente, que tuvo lugar, aproximadamente, un año después de la traición llevada a cabo por el corsario Colón a sus amigos los vascongados, y en el mismo emplazamiento de aquel suceso, el 7 ó el 12 de agosto de 1476.

“Exasperado Colón con el naufragio de su nave junto a Bermeo y con el daño recibido en el ataque a Ribadeo, anunció al rey de Portugal en cuanto entró en el puerto de Lisboa, que había resuelto barrer de las costas andaluzas hasta el Estrecho de Gibraltar, cuantas embarcaciones encontrase. Llegó de seguida la noticia del ataque del Castillo de Ceuta y entonces don Alfonso reunió gran número de sus nobles y a toda prisa despachó dos galeras que habían escapado a los pasados desastres, la “Real” y la “Lope Yáñez”, las tripuló con gran número de protugueses que también embarcaron en las once de Colón y las envió a la defensa de aquella plaza. Al mismo tiempo zarparon del puerto de Cádiz, con rumbo a Inglaterra, tres gruesas naves genovesas, una galera grande y otro navío flamenco llamado de Pasquerio, sin temor a otro peligro que el de las tormentas, por la magnitud de las embarcaciones y la numerosa tripulación, aumentada entonces por la previsión de experimentados genoveses para asegurarse contra los ataques de Colón. La fortuna lo dispuso de otro modo. Al divisar estas cinco embarcaciones, las trece unidades del rey de Portugal y de Colón, destacó éste una carabela a enterarse de quiénes eran y que se proponían. Contestaron los genoveses que bien conocía Colón la firme alianza que con los franceses tenían, en cuya virtud disfrutaban de libre navegación por todos los mares. Pero él con igual astucia que la empleada con los obedientes vascongados, dijo que el almirante, los maestros de las naves y los principales mercaderes podí-

an pasar a la suya para enseñarle sus papeles. Como los genoveses no habían olvidado la pérfida conducta del pirata, se negaron a lo propuesto y empuñaron las armas. Adelantóse entonces Colón con la "Real" contra una de las tres galeras genovesas: la "Lope Yáñez" se arrió al costado de otra, y una tercera clavó su arpón en la elevada, borda de la flamenca de Pasquiero. Las otras dos galeras genovesas, seguras de los ataques de las naves más pequeñas del pirata, auxiliaron a los suyos. Ante la tenaz resistencia de las galeras genovesas, Colón dió orden a otra de las suyas, también atestada de combatientes escogidos, de arrimarse al otro costado, a fin de apoderarse antes de ella entre las dos. No vefa otro recurso más eficaz para combatir que el empleo de los artificios de fuego, con los que haciendo volar por los aires llamas de azufre y chispas encendidas, aterraba y vencía a sus enemigos. En aquella ocasión, sin embargo, unos y otros sufrieron el daño, porque cuatro naves del pirata, la "Real", la pegada al costado de la genovesa, la que combatía con la galera grande y la que trataba de incendiar la flamenca, fueron, como las enemigas, presa de las llamas. Siete quedaron casi destruídas, y también hubieran sido las otras dos genovesas al no haber logrado extinguir rápidamente el fuego que empezaba a prender en ellas. Al defenderse de los ataques de otras embarcaciones, perdieron gran parte de la gente. También perecieron todos los genoveses y alemanes de las otras galeras, menos ciento cincuenta que se salvaron a nado y recogieron las carabelas portuguesas, cuyos tripulantes miraban, desde la playa de Lagos, qué término tendría aquel encarnizado combate que duraba diez horas. Quinientos nobles portugueses perdieron allí la vida, hundidos en las aguas a causa del peso de las armaduras. Además dos mil franceses y portugueses perecieron entre las llamas o al filo de las espadas. Colón, con unos pocos, logró a duras penas subir a otras naves. Tal fue el terrible desastre de este pirata, tan funesto también para los ladrones franceses y para la nobleza lusitana."

"Perdiéronse siete grandes naves, a saber: cuatro de Colón y portuguesas, una de las tres mayores genovesas y la urca y la corbeta de Flandes. Lograron arribar a Cádiz dos de las genovesas, cuya tripulación lamentaba tristemente la pérdida de la mayor parte de sus compañeros en el combate. Ocurrió éste el 7 de agosto de 1476, no lejos del Cabo de Santa María, en la costa andaluza, a unas noventa millas de Sanlúcar de Barrameda, Achacaban algunos el desastre de las dos armadas a la fortuna del rey don Fernando, por ser genoveses y portugueses enemigos de la Corona aragonesa y del poder de Castilla. Don Fernando, sin embargo, lamentó mucho el descalabro de los primeros, porque trataba de reconciliarlos con los catalanes y hacerlos amigos de los castellanos, siguiendo los consejos de su tío don Fernando de Nápoles, que, a la sazón, negociaba alianza con los genoveses y quería tener a su lado por auxiliar en esta negociación a su sobrino".

El relato del mismo combate que nos da Mosén Diego de Valera en el capítulo XXI de su "Crónica de los Reyes Católicos", en nada difiere de la anterior, por cuyo motivo lo omitimos, no sin indicar que Mosén Diego nos señala como fecha la del 12 de agosto, en

lugar del 7 que nos fija Palencia.

Cotejando estos relatos con los de fray Bartolomé de las Casas, en su "Historia de las Indias", y don Fernando Colón, en la Biografía de su padre, nos encontramos que éstos señalan la presencia de Cristóbal Colón en el combate (cosa que Palencia y Valera ignoraron) y que afirman, al mismo tiempo, que Cristóbal Colón era pariente del almirante corsario. Como estas afirmaciones tienen una importancia capital en nuestra prueba, vamos a dar cuenta de ellas, transcribiéndolas literalmente. Comenzamos por las de fray Bartolomé.

"Según todos afirman, este Cristóbal era genovés de nación; sus padres fueron personas notables, en algún tiempo ricos, cuyo trato en manera de vivir debió ser por mercaderías por la mar, según el mismo da a entender en una carta suya: otro tiempo debieron ser pobres por las guerras y parcialidades que siempre hubo y nunca faltan en Lombardía. El linaje de suyo dicen que fue generoso y muy antiguo, procediendo de aquel Colón de quien Cornelio Tácito trata en el libro XII al principio, diciendo que trujo a Roma preso a Mitridates, por lo cual le fueron dadas insignias consulares y otros privilegios por el pueblo romano, en agradecimiento a sus servicios. Y es de saber que antiguamente el primer sobrenombre de su linaje dicen que fue Colón: después el tiempo andando, se llamaron Colompos los sucesores de dicho Colón romano o capitán de los romanos. . . , pero este ilustre hombre, dejado el apellido introducido por la costumbre, quiso llamarse Colón, restituyéndose el vocablo antiguo".

Hace más de sesenta años que Henry Vignaud en sus "Etudes Critiques sur la vie de Colomb". pág. 50 descubrió que este cuento, que relatan Don Fernando y Fray Bartolomé, del Colón, capitán romano, citado por Cornelio Tácito "en su Libro XII, al principio", no tenía base alguna. El historiador francés demostró que en el texto de Tácito el que lleva preso a Roma a un Rey Mitridates, y recibe como premio las insignias Consulares, se llama Junius Cibo, y no Colón. Difícilmente podría derivarse de Cibo el apellido Colombo, pero no menos difícil sería el explicarnos cómo Don Cristóbal, "dejado el apellido introducido por la costumbre, quiso llamarse Colón, restituyéndose al vocablo antiguo".

También conviene señalar en este párrafo de fray Bartolomé, el parecido existente de los antecedentes de los padres de Colón, "personas notables, en algún tiempo ricos", con los que del propio Guillermo de Casenove, nos dejó Alonso de Palencia: y la afirmación que sigue de "cuyo trato en manera de vivir debió ser por mercaderías por la mar, según él mismo da a entender en una carta suya", tan distinta de la supuesta en la tesis genovesa.

Después de estudiar lo que, referente al origen del apellido Colón aparece en el capítulo II de la Historia citada de fray Bartolomé, pasamos ahora al capítulo IV en que nos hace una relación del combate, dándonos cuenta antes de la razón por la cual don Cristóbal tomaba parte en él.

"Como fuese, según es dicho, Cristóbal Colón tan dedicado a las cosas y ejercicios de la mar, y en aquel tiempo anduviese por ella un famoso varón, el mayor de los corsarios que en aquellos tiempos había, de su nombre y linaje, que se llamaba Columbo Junior, a diferen-

cia de otro que había sido nombrado y señalado antes, aqueste Junior trajese grande armada por la mar contra infieles y venecianos, y otros enemigos de su nación, Cristóbal Colón determinó ir e andar con él, en cuya compañía estuvo y anduvo mucho tiempo. Este Columbo Junior, teniendo nuevas que cuatro galezas de venecianos eran pasadas a Flandes, esperólas a la vuelta entre Lisboa y el Cabo de San Vicente, para asirse con ellas a las manos; ellos juntados, el Columbo Junior acometerles y las galezas defendiéndose y ofendiendo a su ofensor, fue tan terrible la pelea entre ellos, asidos unos con otros con sus garfios y cadenas de hierro, con fuego y con las otras armas, según la infernal costumbre de las guerras navales, que desde la mañana hasta la tarde, fueron tantos los muertos, quemados y heridos de ambas partes, que apenas quedaba quien de todos ellos pudiese ambas armadas, del lugar donde se toparon, una legua mudar. Acaeció que en la nao donde Cristóbal Colón iba o llevaba quizá a cargo y la galeza con que estaba aferrada, se encendiesen con fuego espantable ambas, sin poderse la una con la otra desviar, los que en ellas quedaban aún vivos ningún remedio tuvieron sino arrojarse a la mar; los que nadar sabían pudieron vivir sobre el agua algo, los que no, escogieron antes padecer la muerte del agua que la del fuego, como más afflictiva y menos sufrible para la esperar; el Cristóbal Colón era muy buen nadador y pudo haber un remo que a ratos le sostenía mientras descansaba, y así anduvo hasta llegar a tierra que estaría poco más de dos leguas de donde y adonde habían ido a parar las naos con su ciega y desatinada batalla". . .

"Ansí que llegado Cristóbal Colón a tierra a algún lugar cercano de allí y cobrando algunas fuerzas del tullimiento de las piernas, de la mucha humedad del agua y de los trabajos que había pasado, y curado también, por ventura, de algunas heridas que en la batalla había recibido, fuese a Lisboa que no estaba lejos".

Vemos lo que nos refiere don Fernando Colón sobre el por qué se halló su padre en el combate de San Vicente. No recojemos el relato que hace de este combate por parecerse extraordinariamente al que hemos transcrito de fray Bartolomé. En el capítulo V nos dice don Fernando lo siguiente: "El principio y causa de la venida del Almirante a España y ser tan dado a las cosas del mar, fue un hombre muy señalado de su apellido y familia, muy nombrado por mar por la Armada que gobernaba contra los infieles y también la de su patria. Tal era su fama que espantaba con su nombre hasta a los niños en la cuna. Es creíble que este sujeto y su Armada fueron muy grandes, pues una vez apresó con ella cuatro galeras venecianas gruesas, cuya grandeza y fortaleza no será creída, sino de quien las hubiera visto armadas. Llamaron a este general Colombo el Mozo, a diferencia de otro más antiguo que fue gran hombre de mar".

Antes, en el capítulo I de la Biografía de su padre, nos declara su incertidumbre sobre el origen de su apellido con las siguientes palabras:

"El Almirante, conforme a la patria donde fue a vivir a empezar su nuevo estado, limó el vocablo para conformarle con el antiguo y distinguir los que proce-

dieran de él, de los demás que eran parientes colaterales, y así se llamó Colón: esta consideración me mueve,

a creer que así como la mayor parte de sus cosas fueron obradas por algún misterio, así en lo que toca a la variedad de semejante nombre y sobrenombre no deja de haber algún misterio".

Del cotejo de estas cuatro relaciones resulta evidente que fray Bartolomé y don Fernando hacen referencia con su almirante Colombo el Joven al almirante corsario Colón, falseando su nacionalidad y su sobrenombre y falseando al mismo tiempo las nacionalidades del atacante y del atacado. El combate, como se demuestra claramente por los relatos de Palencia y Valera, fue entre la escuadra aliada franco-portuguesa, a las órdenes del pirata y la escuadra genovesa. Es de suponer que en esta acción iba don Cristóbal a las inmediatas órdenes de su pariente, y es seguro que el recuerdo de su participación en esta batalla le quemaba de remordimientos su conciencia, cuando al otorgar en Valladolid, viendo ya cercana su muerte, en 19 de mayo de 1505, agregó a continuación de su codicilo, una Memoria o relación de ciertas personas a quienes manda se entreguen determinadas cantidades, indicando "háseles de dar en tal forma que no sepa quien se las manda dejar", y en ella figuran parte de los propietarios de los navíos genoveses atacados en el combate del Cabo de San Vicente.

Por otra parte, al atribuir Fernando Colón al Almirante, genovés que llama "Colombo el Joven", entre sus hazañas, la de las cuatro galeras venecianas que los historiadores franceses la cuentan como una de las más famosas del Almirante corsario Colón lo identifica claramente con éste.

Entre los partidarios del Colón genovés hay todavía quien sostiene, para no aceptar que el Descubridor venía en la Armada del corsario, que don Cristóbal formaba parte de una de las tripulaciones de Génova. Don Salvador de Madariaga, autor de la a mi juicio mejor biografía que se ha escrito sobre el Descubridor (obra que he consultado muchas veces para escribir este trabajo), siempre ecuánime, como debe ser un verdadero historiador, da en su nota 9 al capítulo V de su "Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón" dos argumentos en contra de los que afirman figuró éste como combatiente genovés. El primero que como han probado eruditos italianos no figura el nombre de Colón en la lista de ninguna de las tripulaciones genovesas, y el segundo que si Vignaud aduce que en el testamento de Colón, como es cierto, lega ciertas cantidades de dinero a algunos genoveses, lo hace, como ya indicamos anteriormente, movido indudablemente por remordimiento de conciencia. También resulta para la tesis genovesa, no menos extraordinario, que don Bartolomé Colón, hermano de don Cristóbal, hijo según esa tesis, de modestos artesanos genoveses, viviera hospedado un año aproximadamente en el Palacio Real de París, en la parte de él en que habitaba madame Ana de Beaujeu, hermana entera de Luis XI y regente que había sido de Francia. Esto es comprensible siendo don Bartolomé sobrino del vicealmirante Casenove, pero no de una modesta familia de taberneros italianos. Recuérdese que esto sucedía en el siglo XV.



Retrato de Cristóbal Colón—a la izquierda—que se conserva en el Museo Naval de Madrid. El dibujo de un grabado de la "Historia de América", de Th. de Bry—a la derecha—, está hecho sobre el retrato pintado por orden de los Reyes Católicos y grabado por Amboise Tardieu. Ambos han sido muy reproducidos.

### III

#### CRISTOBAL COLON EN PORTUGAL

Llegado a nado Cristóbal Colón, según nos cuenta don Fernando y fray Bartolomé, al puerto de Lagos, de aquí pasó a Lisboa, donde conoció según manifiesta fray Bartolomé "en un monasterio que se decía de Santos, donde había ciertas Comendadoras (de que Orden fuese, no puede haber noticia) donde acaeció tener práctica y conversación con una Comendadora de ellas, que se llamaba doña Felipa Moñiz, a quien no faltaba nobleza de linaje, la cual hubo finalmente con él de casarse. Esta era hija de un hidalgo que se llamaba Bartolomé Moñiz del Perestrello, caballero criado del infante don Juan de Portugal".

Ignoramos si fue verdad lo del monasterio, pero sí lo fue el matrimonio con doña Felipa, y probada la nobleza de su linaje, a poco que se conozca la organización social del siglo XV, con la diferenciación de que un aventurero genovés, hijo de un tejedor tabernero, se casara con una noble portuguesa, relacionada con la familia real. Su parentesco con el almirante corsario Colón fue lo que sin duda le facilitó el situarse en el lugar que le correspondía y abandonar su arriesgada profesión de

corsario. Más tarde, sus tratos con navegantes portugueses algunos de ellos descubridores, le llenaron su imaginación, ya de natural fantástica, de ensueños de llevar a cabo grandes descubrimientos. Atrivióse como consecuencia a proponer al rey don Juan II sus proyectos. Como estaban basados en el cálculo erróneo de don Cristóbal sobre la longitud del grado ecuatorial, no fueron aprobados, por lo cual, y habiendo muerto doña Felipa, pasó a España en el otoño de 1484, pensando que quizá en ella encontraría la ayuda que necesitaba.

### IV

#### AÑO 1484: CRISTOBAL COLON, HACIENDOSE LLAMAR CRISTOBAL COLOMO, LLEGA A ESPAÑA.

Llegados a tierras, de Huelva, parece lógico suponer que su primera visita fuera en ellas, dedicada a sus dos conuñados que residían en aquella ciudad, Pedro Correa y Miguel de Muliart, y que éstos fueran los que le recomendaran visitar en el convento de Santa María de la Rábida al padre franciscano fray Juan Pérez. Hay que pensar que el Descubridor llevaba consigo, además de un equipaje en el que abundaban los libros, a su hijo Diego, de cinco años de edad. La llegada de don Cristóbal Colomo extranjero, presentado como tal por fray Juan Pérez a los duques de Medinasidonia y Medinaceli, y al que este último sigue llamando Colomo en 1493, al regreso triunfante del Descubridor, hace pensar que recién llegado a La Rábida, fray Juan Pérez su-

po, o sabía ya de antemano, quién era su visitante. En cuanto el asunto pasó a manos de los Reyes Católicos, fray Juan Pérez debió exponer a éstos la verdad. No era el Rey Católico persona fácil de engañar, y es seguro que si no se lo hubiera declarado el religioso, lo hubiera él averiguado, ordenando se hicieran toda clase de pesquisas con objeto de conocer la procedencia y cuanto en su vida había realizado el Descubridor.

En el año 1487, el 5 de mayo, figura cobrando "Cristóbal Colomo extranjero" tres mil maravedís de la tesorería de los señores Reyes Católicos. En 17 de agosto se le paga por la misma tesorería otros cuatro mil maravedís más. Al año siguiente de 1488, en 16 de julio, Cristóbal Colomo cobra otros tres mil maravedís. Pero no terminan en esto las ayudas prestadas a Cristóbal Colomo "extranjero" por los Reyes Católicos, pues el 11 de mayo de 1489, por una real cédula, ordenan que tanto a Colomo como a los suyos "se les den buenas posadas sin dineros".

Al parecer cobrando como "Cristóbal Colomo extranjero", cosa desusada entonces en la Tesorería Real, sin expresar la naturaleza del cobrador, hace creer se trata de algún secreto de Estado, que convenía, cuando menos de momento, no aclarar. Al firmar las capitulaciones redactadas, como se sabe, por el gran protector del Descubridor, fray Juan Pérez, y el tesorero de Aragón Coloma, firma por primera vez el futuro Almirante como "Cristóbal Colón", con el sobrenombre con que hasta entonces era conocido en el extranjero.

El Rey Católico perdonó, sin duda, y dió al olvido los ataques que de los dos corsarios Colón, Cristóbal y su pariente, había recibido en sus navíos y en las costas de sus territorios.

#### AÑO 1488: SE CONFIRMA EL PARENTESCO DEL ALMIRANTE FRANCES CON DON CRISTOBAL

Ahora bien, en 10 de marzo del año 1488, es decir, un año anterior a la Real Cédula citada. Cristóbal Colón había recibido una carta del rey de Portugal, en la que, contestando a una que Colón le había dirigido, le daba aquel monarca seguridades para su ida a aquel reino. En ella el rey en el sobreescrito dice:

"A Xpoual Colón noso especial amigo en Sevilla", y en el texto de la carta aparece dirigida a Xpoual Colón".

"Nos Don Joham, per graza de Deos Rey de Portugal, é dos Algarbes: da aquem é da allem mar om Africa; Senhor de Guinee vos envamos muito saudar". . . a XX días de marzo de 1488. El Rey.

Esta carta de don Juan II es la que más valor tiene para la prueba del parentesco de don Cristóbal Colón con el corsario Colón, vicealmirante de Francia. Don Juan II de Portugal fue encargado por su padre el rey don Alfonso V, en el año de 1474, de la dirección de las Armadas y descubrimientos geográficos del reino vecino. Fue, por tanto, quién con el corsario francés organizó el ataque a los puertos españoles en el estrecho de Gibraltar, que no llegó a realizarse como consecuencia del desastre de la Armada franco-portuguesa en el combate antes citado del cabo de San Vicente. El corsario había muerto en 1483, y el hecho de concederle, tanto en la carta como en el sobreescrito, los sobrenom-

bres de Colón y Collón, que usó el corsario, demuestra claramente— a mi modo de ver que el rey don Juan le constaba el cercano parentesco que unía al Descubridor con el almirante francés, y que le daba dos de los sobrenombres que éste usó y con los que fue conocido, pareciendo considerarle hasta cierto punto como uno de sus herederos. Este testimonio del parentesco es el tercero, ya que anteriormente hemos señalado las declaraciones sobre el mismo, dadas pro fray Bartolomé y por don Fernando.

Existe un cuarto testigo de este parentesco y es el propio don Cristóbal, que en la carta que lleno de amargura escribió al llegar a España preso en 1500, a doña Juana de la Torre, ama del príncipe don Juan, le dice: "Yo no soy el primer almirante de mi familia". Y esto era cierto, porque el primer almirante Colón conocido en España fue, como queda demostrado, el corsario francés, y el segundo almirante que llevó el sobrenombre de Colón fue don Cristóbal.

#### V SE ACLARA QUIEN FUE EL ALMIRANTE FRANCES COLON

Precisa averiguar ahora cómo se llamaba el que hasta entonces, sin nombre propio, figuraba como almirante francés Colón.

El historiador francés Henry Vignaud nos dice en sus "Etudes critiques sur la vie de Colomb", en el capítulo I, que se titula: "Colombo, corsaire fameux, grand homme de mer". Guillamume de Casenove, dit Coullon". "Son veritable nom", "Fernand Colom, comme on l'a vu, parle de deux Colombo célèbres membres de sa famille, dont l'un, marin redoutable, était appelé le Jeune, pour le distinguer de l'autre qui était également un grand homme de mer. C'est tout ce qu'il dit de ce dernier. Mais dans les documents et écrit du temps, on trouve nombre de mentions de ce personnage sous les noms de Colombo, Columbus, Cullam, Colon et même Coror. En France, il était connu sous le nom de Coullon, dont les Italiens ont fait Colombo. Nous savons que c'est bien de lui que Fernand Colom a voulu parler, parce qu'il eut souvent maille à partir avec les Siciliens, les Flamands, et les Castellans, et que les documents contemporains où ces incidents sont mentionnés le désignent sous les différents noms qui viennent d'être rappelés.

On sait aujourd'hui que c'était un cader de Gascogne qui s'appelait de son véritable nom, Guillaume de Casenove".

Como se ve el origen gascón señalado por Alonso de Palencia en sus Anales queda confirmado con lo que nos dice Henry Vignaud. Probado como queda anteriormente el parentesco de don Cristóbal con el corsario Casenove, del cual heredó su sobrenombre de Colón, dicho parentesco y herencia hacen presumible el origen también gascón de don Cristóbal. Las manifestaciones de diversos testigos de que al Descubridor se le sentía extranjero en Castilla y que en su manera de hablar el castellano se le conocía que no era natural del Reino de los Reyes Católicos eran, desde luego, ciertas y lógico el que se lo notaran. Su idioma nativo fue probablemente el gascón, o acaso el vascuence, idiomas que hablara con sus familiares y con la marinería. Los gas-

otros de ellos la comunidad de origen. Cuánto se investigue y se llegue a saber sobre esos corsarios tiene, pues, que traer luz respecto al Gran Almirante de Indias.

### 3. — CASENOVE-COULLON EN EL MEDITERRANEO.

El tercer grupo de documentos á que he aludido lo forman apenas dos ó tres publicados ya varias veces y reunidos en la *Raccolta Colombina* (299). Por ellos se sabe que el Almirante corsario Casnove-Cotillon, el "famoso Colombo" de los italianos, á servicio de Luis XI, atravesó en octubre de 1473 el Estrecho de Gibraltar y llegó hasta Almería, en persecución de unos barcos mercantes venecianos. Compiétanse estos documentos con aquel de entre los del Señor Carreras en que se habla, como ya dije, de un corsario de nombre *Colom* y de nacionalidad indeterminada.

Es también una carta de los Cónsules, pero escrita en forma de circular, la que da ese nombre, y tiene ella por objeto advertir á las autoridades marítimas catalanas la presencia de dicho *Colom* en Alicante, en los últimos días de septiembre del citado año. De la coincidencia de fechas, del número casi igual de naves indicado en la circular y en los otros documentos, y de algunas circunstancias más, se impone la conclusión de que el atacante de los barcos venecianos y el *Colom* á que aluden los Cónsules no son sino un mismo corsario. No nos sorprenda la grafía *Colom*: ya sabemos que es la traducción catalana, ó el equivalente, del francés *Coullon*.

Para la aparición de Casnove en el Mediterráneo cerca de las costas de Cataluña, mepe dicho en las costas de Valencia, en 1473, sugiere nueva reflexión no fue entonces que *Colom* se le unió? No es allí donde comienza el *Colombo el joven de las Historias* y del Senado de Venecia, pariente del otro *Colombo*?

Como quiera que sea, del conjunto concordante de noticias y documentaciones de tan diversa proveniencia y de tan distinta índole como las expuestas en los dos capítulos y en este capítulo del presente libro, brota irrefutablemente este convencimiento: hubo un corsario Juan *Sin Fil de Aragón*, y él no pudo ser sino catalán. Vamos á comprobar ahora que ese corsario fue quien descubrió más tarde el Nuevo Mundo.

Luis Ulloa y Cisneros es autor del conocido libro "El predescubrimiento hispano catalán de América en 1473", del que reproducimos estas páginas.

Fue autor de esta litografía el gran dibujante madrileño Vicente de Urrabieta, padre del gran pintor, considerado en los Estados Unidos como el mejor dibujante mundial del siglo XIX, Daniel de Urrabieta Vierge, nacido también en Madrid. En ella se representa a Cristóbal Colón salvándose a nado, apoyándose en un extraño remo, después del terrible combate naval del cabo de San Vicente, último episodio de su vida de capitán de corsarios. En él tomó parte atacando, a las órdenes de su pariente el almirante corsario Guillermo de Casenove, de sobrenombre "Coullon", que mandaba una armada franco-portuguesa, a una armada genovesa. Este episodio lo refieren con toda clase de detalles, falseando la nacionalidad del atacante y del atacado, don Fernando Colón, en la biografía que escribió de su padre, y fray Bartolomé de las Casas en su "Historia de las Indias", libro como se sabe, de celebridad universal.



ment authentique sur ce point. — *Couleurs de Henri IV. Incarnat, Blanc et Bleu.* — « Pour trois laisses de fine soie *Incarnat, Blanc et Bleu*, pour servir, à sçavoir à deux rats de Barbarie, et une plus grosse à un chien de la chambre du Roy. » *Argenterie du Roi, 1591.* (Arch. de l'Emp. KK. 147.) — « Trois aulnes taffetas *Tanné cramoisy* (couleur qui tenoit du rouge brun) pour faire banderolles aux troupes de la compagnie de Monseigneur le duc d'Orléans. Une aulne dud. taffetas pour faire la cornette de lad. compagnie. Onze aulnes de velours tanné cramoisy à quatre poils, pour faire les deux casques des trompettes. Un quart et demi de toille d'argent pour faire les quatre croix aux casques des trompettes. Sept aulnes de serge d'escot cramoisy pour doubler les casques. Quatre-vingt-dix aulnes de galon d'or fin pour border et chamarrer les casques. Neuf aulnes de frange de soie Tannée cramoisy à mettre aux banderolles des trompettes, cordons, houppes, crépines, etc. de soie tannée cramoisy. Frange d'or autour de la cornette. » *Argenterie du R. 1607, quartier d'oct., nov. et déc.* (Arch. de l'Emp. KK. 149, fol. 4.) — On trouve plus loin (fol. 18) mention d'un habit fait pour Henri IV, « de sept aulnes de satin Tannée cramoisy; une juppe de velours Tannée cramoisy, doublée de panne de soie de la mesme couleur; jarrettière de rubans de la mesme couleur ». (KK. 147.) Le Tannée cramoisy était donc une des couleurs qu'affectionnait le Roi Henri IV. — Dans les comptes de 1591, on voit mentionnées plusieurs écharpes de taffetas *Blanc* pour le Roi. En 1595 (KK. 148) une enseigne fut faite pour les gardes françaises de « dix aulnes de taffetas *Blanc* ». Le blanc était la couleur de la France. — *Couleurs de Louis XIII. Incarnat, Blanc et Bleu.* — « Pour vingt-six pourpoints, vingt-six paires de grègues » (calottes) « et vingt-six paires de bus à botte, de serge blanc (*sic*) et vingt-six jupes de chamois et casquins doublés de revêche rouge, la tout chamarrés de galons ou de dentelles de soie *Incarnat, Blanc et Bleu*, pour servir aux cochers, postillons, valets de chiens, etc. » *Argenterie de Louis XIII.* (Arch. de l'Emp. KK. 200, fol. 25.) — On a vu plus haut que notre tricolore était la livrée de Henri IV et de Charles IX; il fut celui des Rois qui succédèrent à Louis XIII, jusqu'à Charles X et au Roi Louis-Philippe. L'Empereur Napoléon I<sup>er</sup> prit le vert pour sa couleur; l'Empereur Napoléon III l'a pris aussi. — *Couleurs de la Reine Marguerite de France, dite la Reine Margot.* « *Vert naissant, Jaune doré, Blanc et Bleu* », telles étaient les Couleurs de cette princesse, qui fut femme de Henri IV. Elles étaient aussi celles de l'Ordre du Saint-Esprit, à sa création. (Voy. ESPART (ordre du St-).) — *Couleurs de Charles-Quint.* — « ... Puis venaient les pages de l'Empereur qui pouvoient monter à vingt-quatre seulement, tous superbement vêtus de velours *Jaune, Gris et Violet*, tant pour leurs ces couleurs, montés sur des très-beaux chevaux ». *Brunetius; Charles-Quint*, entrée de l'Empereur à Bologne 1535 (?). On a vu ci-dessus que les Couleurs de François I<sup>er</sup> étaient le jaune, le violet et l'incarnat, qui est une des bases du violet. — Voy. HÉROQUE, FERRÉAUX.

COULLON (GUILLAUME DE CASANOVA, dit).

1473-81.

« Nous Guill<sup>e</sup> de Casanova dit Coullon (*sic*) escelier d'occurse du Roy nostre Seigneur » (Louis XI)

« Visadmiral de France, Maître enquesteur et reformateur de ses eaux et forêts en Normandie et Picardie, confessaons noir ou et receu de honorable homme et seige Jehan Lamoigne, receveur ordinaire de la vicomté de Rouen, la somme de dix livres tournois qui deve nous estoit, au terme de Pasques mil cecc quatre vingt et vng, pour moictié de xx l. 1<sup>re</sup> que nous auons acoustumé prendre et avoir par chacun an sur lad. vicomté et recepte à cause et pour raison des gaiges de nostre dict office de maistre des eaux et forests, de laquelle somme de dix livres tournois nous tenons à contens et bien paies et en quitons le Roy nostre d. seigneur, led. receveur et tous autres. En temoing desquelles choses nous auons signé ces présentes de nostre main et fait sceller de nostre scel. Donné le xxv<sup>e</sup> jour de janvier l'an mil cecc quatre vingts et vng » (signé ainsi).

COULLON

L'original de cette quittance que j'avais acheté, le 6 octobre 1852, d'un marchand d'autographes, nommé Danquin, est entré dans la collection de M. Boutron, à qui je l'ai donné en échange de la communication que me fit cet amateur, le 7 novembre 1852, de lettres originales de Du Quesne et de Toursille. — Guillaume de Casanova, vice-amiral de France pendant le règne de Louis XI, sous le nom de Coullon, Coullon ou Colomb, n'est pas nommé par le P. Fournier (*Hydrographie*, 1643); il est resté inconnu au Père Anselme et à tous les auteurs de *Biographies*. Tout ce que j'ai pu apprendre de lui, le voici. En 1473, il courut la mer avec quelques marins appartenant au Roi de France, lorsque, près des côtes d'Espagne, et à la hauteur d'un port nommé Vivero (*apud portum Hispaniarum quæm Vicarium nominant*), il rencontra, combattit et prit deux grandes galères qui revenaient d'Angleterre, après avoir porté, par ordre de Ferdinand III, Roi de Sicile, des marchandises en Flandre et dans la Grande-Bretagne: (*Duas nostras magnas trirèmes, quæ mercatorum gratia... in Flandriam, Britanniamque nostro jussu navigaverant, cum redirent a Colombo... apud portum... vi expugnatas, captas esse, ac remigibus cæterisque mercatoribus spoliatas, Normandiam versus esse deductas.*) Les équipages et les marchands amenés en Normandie par Coullon firent parvenir leurs doléances à Ferdinand, leur souverain, qui, le 9 novembre 1473, écrivit à Louis XI, 1<sup>er</sup> page au plaidre de cet abus de la force, commis par le sujet de Sa Majesté le Roi de France, en pleine paix et sans provocation, 2<sup>e</sup> pour demander la liberté de ces marins et marchands, et la restitution des navires et de tout ce qu'ils contenaient, au moment de la prise faite si évidemment par le commandant français. La lettre apportée par le Roi d'Armes de Ferdinand fut remise, le 28 janvier 1474, à Louis XI, qui, le 24, répondit, afin d'annoncer Coullon (Colomb), que celui-ci, sachant que les soldats de Ferdinand traitaient maltraités les Français dans le Roussillon.

Fotocopia del "Dictionnaire Critique" del historiador francés Agustín Jal, en la que figura la firma del almirante francés corsoero "Guillaume de Casanova, dit Coullon", y su biografía. Nos relata Jal que el citado corsoero, sin dudar en la retirada de su expedición al Mediterráneo, organizada en ayuda del Rey Renato de Anjou, pretendiente a las Coronas de Aragón y Sicilia, junto al puerto de Vivero, dos galeras de don Fernando, entonces Rey de Sicilia, por orden de su padre, Don Juan II de Aragón. Don Fernando envió su protesta por este hecho a Luis XI, exigiendo la devolución de los navíos con cuanto contenían y la libertad de los tripulaciones. La protesta fue escrita, en latín, el 9 de noviembre de 1473, y llevada por un rey de Armas. Entregóse el 26 de enero de 1474, y Luis XI contestó el 31 del mismo mes, alegando los razones que habían dado lugar al apresamiento; pero que, no obstante, daba orden al corsoero para que devolviera las galeras con sus mercaderías y pusiera en libertad a sus tripulantes. Hechos todos ellos de importante significación histórica.

malgré la paix qui existait entre les deux nations, et ayant appris d'ailleurs que les deux galères dont il s'agissait avaient porté des marchandises à Charles, duc de Bourgogne, sujet rebelle et désobéissant du Roi, et aux Anglais, les ennemis invétérés de la couronne de France et des Français » (*Anglorum, nostrorum et coram francisi inoctratorum hostium*) « ledit Coulomb avait agi selon l'usage et le droit de la guerre, en se saisissant de ces bâtiments qui trafiquaient avec des gens nos ennemis. Louis XI cependant, pour manifester son désir de bien vivre avec le Roi de Sicile, déclara à Ferdinand qu'il donnait ordre qu'on rendît à leurs propriétaires les deux galères retenues dans un port de Normandie, et tout ce qu'aurait pu prendre au dit Couillon, leur capteur.

Les lettres de Ferdinand et de Louis XI que je viens d'analyser m'ont été obligamment communiquées par M. Bouthery, qui en possède une copie que l'on peut croire du dix-septième siècle.

Pourquoi Guillaume de Caseneuve ou Caseneuve prit-il le surnom de Coulomb, Coulomb ou Couillon, comme il l'écrivait lui-même, sans souci peut-être de la véritable orthographe de son nom? Il serait difficile de le dire. Serait-ce par une sorte d'euphémisme? et aurait-on appelé Coulomb ce guerrier par cela même qu'il y avait en lui plus de l'aigle ou de l'autour que du pigeon ou coulomb, comme on disait alors?

COUPERIN (Les). XVII<sup>e</sup> et XVIII<sup>e</sup> siècles.

• Chez l'illustre Couillon...  
Dont le vers pleins et les brillantes moines  
Serpentent Chambouinière, Haridel, les Couperins.

Ces Couperin, dont La Fontaine, dans son *Épître à M. de Noyet sur l'Opéra*, crut devoir altérer le nom, pour la perfection d'une rime placée à la fin d'un vers qui n'est pas heureux, ces Couperin furent, de père en fils, d'oncle en neveu, de très-habiles joueurs de clavecin et d'orgue. Ils étaient originaires, dit-on, de Châmes, en Brie. Le premier dont les biographes aient conservé le souvenir est Louis, pour qui le Roi Louis XIII, selon une tradition sur laquelle je n'ai aucune information précise, créa une charge de *Deaux de viole*. On prétend qu'il mourut en 1665, âgé de trente-cinq ans — né, par conséquent, vers 1630. Je n'ai pu trouver l'acte de son décès, et n'ai rien à dire au sujet des dates que j'emprunte à la *Biographie-Michoud*, qui les tint de J. Benjamin de La Borde (*Essai sur la musique*). Lui-même les tenait peut-être du dernier Couperin le rival de Miroir, à en croire les vieux amateurs qui me vantaient Miroir et Couperin, en 1816 en 1817. Louis Couperin, ce que n'ont pas en ceux qui ont écrit sa biographie réduite à trois ou quatre lignes, était fils de « Charles Couperin et de Marie Andry ». Il eut deux frères, musiciens comme lui, et probablement comme leur père : François et Charles. Les trois frères demeuraient sur le territoire de Saint-Gervais; un d'eux cependant quitta le quartier de l'hôtel de ville pour l'île Saint-Louis; c'est François. Il y était établi, lorsque, le 25 juin 1662, il se maria à Saint-Louis en l'île, épousant Madeleine Joutteux. L'acte de son mariage, qui fut rédigé en présence de « Pierre Théveny, facteur d'orgues », et de Charles Lemaire, organiste à Paris », dit « François Couperin, fils de défunt Charles Couperin et de Marie Andry. » François signa : « Couperin », sans addition de prénom ou d'initiale de prénom. Il eut deux enfants, et son

frère Louis, n'assista à la cérémonie qui dut avoir de très-nombreux témoins. Quatre mois auparavant, François Couperin avait assisté au mariage de son frère Charles. L'acte ne mentionne pas la présence de Louis Couperin à la sacristie de Saint-Gervais; il est signé par François et Charles. La signature de celui-ci semble être celle d'un garçon encore novice dans l'art d'écrire. Je n'ai pu trouver les baptisaires des enfants que François Couperin eut, de 1663 à 1677, j'ai vu seulement que, le 16 novembre 1677, il fit baptiser à Saint-Louis en l'île « Marie Anne, née le 11, fille non pas de Madeleine Joutteux, mais de Louise Bougard, seconde femme de Couperin. Cette enfant eut pour parrain « François Couperin, fils de Charles Couperin, organiste de Saint-Gervais ». On mit que Marie-Anne embrassa la profession religieuse, et qu'elle fut organiste du couvent dans lequel elle termina sa vie. Le 25 octobre 1678, François I<sup>er</sup> Couperin fit baptiser « François-Hieronyme, né la veille ». François quitta bientôt l'île Saint-Louis, et retourna au quartier Saint-Gervais. Il y demeura rue des Rosiers, quand le 20 décembre 1680 naquit « Nicolas », qu'on baptisa le 22 décembre. Nicolas épousa Françoise de La Coste, qui, le 25 février 1725, lui donna un garçon, baptisé le lendemain à Saint-Gervais, dont Nic. Couperin était l'organiste. Cet enfant reçut les noms d'« Armand Louis ». Outre les trois enfants que j'ai nommés, François Couperin eut une fille, dont le baptisairer m'a échappé, « Louise », qui fut, selon les biographes, amatrice et claveciniste habile, et mourut en 1728, âgée de cinquante-deux ans. Les biographes ajoutent qu'elle fut « attachée trente ans à la musique du Roy ». Je n'ai pu vérifier cette assertion. Louise Couperin était née vers 1676.

Charles Couperin, frère de Louis et de François I<sup>er</sup>, épousa « Marie Guerin »; ce fut le 20 février 1662 qu'eut lieu la cérémonie à l'église de Saint-Gervais. Je ne connais pas tous les enfants de Charles Couperin, j'ai trouvé l'acte du baptême de celui qu'il m'importait le plus de connaître, « François II », qui fut le plus renommé des membres de cette famille célèbre. François II Couperin naquit, rue du Monceau Saint-Gervais, le 10 novembre 1668, et fut baptisé le 12, tenu par son oncle François I<sup>er</sup> Couperin, organiste. « Charles Couperin mourut, dit-on, en 1690; François I<sup>er</sup> mourut d'une chute, âgé de soixante et dix ans. » Je n'ai vu l'acte mortuaire d'aucun de ces deux frères; mais voici une petite difficulté. En supposant que François I<sup>er</sup> Couperin mourut en 1668, après le baptême de son neveu, il aurait né en 1618, quand son frère Louis serait né en 1630? Ce n'est pas impossible sans doute, mais c'est peu vraisemblable.

François II Couperin épousa Marie-Anne Anault, et je vois que le 14 mars 1699 il en eut une fille, qui fut nommée, à Saint-Gervais, « Marie Madeleine ». Couperin demeura alors rue du Monceau; il était organiste de Saint-Gervais ». (*Reg. de Saint-Gervais, bapt. 13 mars 1699.*) Ce Couperin signa en toutes lettres :

*François Couperin*

Fotocopia del "Dictionnaire Critique" del historiador francés Agustín Jal, en la que figura la firma del almirante francés corsario "Guillaume de Caseneuve, dit Couillon", y su biografía. Nos relata Jal que el citado corsario, sin duda en la retirada de su expedición al Mediterráneo, organizada en ayuda del Rey Renato de Anjou, pretendiente a las Coronas de Aragón y Sicilia, apresó, junto al puerto de Viviers, dos galeras de don Fernando, entonces Rey de Sicilia, por orden de su padre, Don Juan II de Aragón. Don Fernando envió su protesta por este hecho a Luis XI, exigiendo la devolución de los navíos con cuanto contenían y la libertad de las tripulaciones. La protesta fue escrita, en latín, el 9 de noviembre de 1473, y llevada por un rey de Armas. Envióse el 28 de enero de 1474, y Luis XI contestó el 31 del mismo mes, alegando las razones que habían dado lugar al apresamiento, pero que, no obstante, daba orden al corsario para que devolviera las galeras con sus mercaderías y pusiera en libertad a sus tripulantes. Hechos todos ellos de importante significación histórica.

cones, vascones romanizados, de origen ibérico, es decir, hispano, habían ocupado en la antigüedad toda la Aquitania, que comprendía desde el nacimiento del Garona en los Pirineos hasta su desembocadura en Burdeos, y la costa del llamado golfo de Gascuña hasta la provincia de Labourd.

Dadas las relaciones que Guillermo tenía con los vizcaínos y los gascones, según hemos podido ver en los textos de Alonso de Palencia, el nacimiento de estos dos almirantes Colón debió tener lugar en el antiguo reino de Navarra, frontera con la provincia de Guipúzcoa, o acaso en la misma Guipúzcoa. Calculando los años en que ambos actuaron, si nacieron en Navarra, es muy posible fuera en tiempos en que el rey don Juan II de Aragón, como marido entonces de doña Blanca de Hebreux, su primera mujer, era rey consorte de dicho reino. Por muerte de doña Blanca recayó su corona en su hijo, el noble, culto y desgraciado don Carlos, príncipe de Viana, habiendo don Juan contraído segundo matrimonio con doña Juana Enriquez, madre del Rey Católico, surgieron graves desaveniencias terminaron en una sangrienta guerra civil, en la cual, Navarra y sus alrededores fueron campo de batalla durante años entre beamonteses y agramonteses: los primeros partidarios de don Juan y los segundos del príncipe.

Los Casenove, tenían dos ramas de su linaje en la zona de combate y una tercera muy cercana a él. En el lugar de Bardos, en el Labourd, hoy Canton de Bidache, alza todavía sus viejos muros la casa palacio de Casenove, muy posiblemente la nativa de Guillermo. Otra, encontramos en Pamplona, donde en su archivo de la Diputación existe un documento del año 1568, litigiado por Berenguer y Sancho de Casanova, hermanos, en que prueban ser hijos legítimos de un Juan de Casanova que demostró anteriormente ser descendiente de las casas y palacios de Echévez y Casanova, en "tierra de vascos". La tercera, se hallaba, y se halla situada en la ciudad de Fuenterrabía, y por estar lindante con el reino pirenaico y enlazadas familias de esa zona con las de Navarra, puede considerarse como zona de combate. La rama de Fuenterrabía era tenida como una de las principales de dicha ciudad y estaban dedicados sus familiares a la carrera del mar, dando la coincidencia posiblemente casual, de que en el siglo XVI figuran un Casanova que se llama Cristóbal y otros que se llama Diego.

Crear, dada la manera de ser de Guillermo de Casenove, que sí como suponemos nació en el reino de Navarra, no hubiera tomado parte en esas guerras civiles, me parece imposible. Sería cosa lógica que él, como navarro y luchador, teniendo en cuenta que Bardos, donde pensamos que acaso nació, era señorío de una línea fundada por Sancho García de Agramonte, feudatario del conde de Foiz que luego afrancesada se hizo famosa con los títulos de duque de Gramont, príncipe de Bidache y conde de Guiche tomara el bando y agramontés, contrario al rey don Juan II, y acaso se hallara en la desgraciada jornada de Aybar, en 1452 en la que el príncipe de Viana cayó prisionero en manos de su padre—, y como consecuencia de ello se viera obligado a abandonar su tierra natal y emigrar a Normandía.

Esto me hace suponer, también como posible, que las luchas con los ladrones a que hace referencia Alonso

de Palencia, fueran luchas sostenidas contra los beamonteses, dado el que unos y otros combatientes tenían, como en casi todas las guerras civiles y en algunas que no son civiles—, mucho de ladrones. Lo cierto es que después de su inicua acción contra los vizcaínos, Guillermo, como súbdito, en su carrera de pirata, del rey Luis XI de Francia, procuró atacar cuanto pudo a las costas y naves de don Fernando, rey de Aragón y Castilla. El Descubridor se formó a su lado, según nos declaran fray Bartolomé y don Fernando Colón, afirmando que pasó con él muchos años y acaso el episodio como corsario a las órdenes del rey Renato de Anjou, por don Cristóbal recordado en su carta de 1495 a los Reyes Católicos, y que debió de tener lugar en la primera mitad de la octava década del siglo XV, lo realizara por delegación de su pariente Guillermo.

Es imposible comprender cómo los que han estudiado a fondo los orígenes de nuestro primer Almirante del Mar Océano, no hayan resuelto este problema hace ya mucho tiempo. Solamente la labor enredadora de fray Bartolomé y don Fernando, inventando la oriunde genovesa del Descubridor, apoyada entusiastamente por una serie de falsificadores italianos, ha podido cegar hasta ahora a los investigadores, en tan terrible forma. Nuestro gran Fernández de Navarrete demostró hace más de ciento cincuenta años que el único documento en que don Cristóbal manifestaban haber nacido en Génova era falso, ya que en él, que no es nada menos que la fundación del mayorazgo de Colón, otorgado el 22 de febrero de 1498, figura la siguiente súplica, que demuestra su falsedad: "Y asimismo lo suplico al Rey y a la Reina nuestros señores, y al Príncipe Don Juan, su primogénito nuestro Señor". Recordemos que el malogrado Príncipe Don Juan había muerto el 6 de octubre del año anterior. Igualmente demostró la falsedad del codicilo militar. Desgraciadamente el inventario de la Sección del Patronato Real de nuestro maravilloso Archivo de Indias de Sevilla, maravilloso por su arquitectura y por su riqueza documental, se redactó pocos años antes de la publicación del trabajo del que fue ilustre director de esta Real Academia, y como consecuencia, esos dos documentos falsos, que al que formó el inventario le parecieron de una autenticidad clara e indiscutible, recalca por él con entusiasmo, siguen confundiendo a los investigadores colombinos a su llegada, que como consecuencia, siguen aferrados a la tesis del Cristóbal Colón genovés.

Se hace preciso por ello si la Real Academia considera probada mi afirmación, hecha el 11 de octubre rogar a la dirección de dicho Archivo señale en las mismas páginas donde aparecen inventariados los citados documentos, su demostrada falsedad.

## VI

### ORIGEN DEL SOBRENOMBRE DE "COLÓN"

Hacia el año 1452, acaso coincidiendo con la desgraciada batalla de Aybar, establecidos en el puerto de

Harfleur, ya de mucho tiempo atrás nido constante de piratas en la costa de Normandía, Guillermo de Casenove. (Parece lógico suponer que si el año 1461, según afirma HARRISSE, era ya vicealmirante del Almirantazgo de dicha región, debió comenzar su vida de corsario ocho o diez años antes). Hombre inteligente, belicoso y bravo, rodeóse, sin duda, de marinos expertos, merced a lo que pronto se hizo, si antes ya no lo era, gran conocedor de la vida del mar. Construyó como ya antes indicamos "una gruesa nave, reforzada en las bandas con fuertes vigas", y con ella se dedicó al corso. El lugar donde organizó su guarida se prestaba a ello, por ser ruta obligada de todo el comercio marítimo del Mediterráneo y de la Península Ibérica con los Estados de Flandes. Su fama se extendió rápidamente por el norte de Francia y los pescadores bretones y normandos le consideraron como un héroe. Dieron por ello en llamarle "Colón", "Coullon" o "Coulón", por las numerosas presas que realizaba, y con estos sobrenombres fue conocido y temido por la marina comercial europea, a excepción— en cuanto a temor — de la de Francia.

Vignaud en "Etudes Critiques sur la vie de Colomb" (Ca. 7), nos afirma que en Francia se ignora de dónde le venía a Casenove tal sobrenombre, y en nota, a este propósito, nos cuenta que a Jal, le producía gran extrañeza que a un corsario de las calidades de Casenove se le denominara "Coulon", que los historiadores franceses traducen erróneamente por "Paloma", en vez de haberle apodado "aguilucho" o "azor". Vignaud nos cuenta también que Charles de la Roncière suponía fuera debido a la gran nave "rápida y ligera" que construyó, que si nos atenemos a la descripción que de ella nos hizo Alonso de Palencia, contemporáneo de Casenove, es difícil pudiera ser rápida y ligera. Al encontrar que ninguna de las explicaciones dadas sobre el origen del sobrenombre me convencía, opté por consultar diversos diccionarios franceses e ingleses, y en ellos encontré la solución.

El Diccionario francés de Littré, al tratar de la palabra "Coulon" nos da las aceptaciones siguientes:

"Un des noms vulgaires de pigeon—Coulon chaud — un des noms vulgaires de tourné-pierre, oiseau.— Coulon de mer, un des noms vulgaires de la mouette.— E. Latin Columbus. Coulon ou Colon était, dans l'ancienne langue le nom du pegeon.

Es indudable que el sobrenombre, en sus varias formas, halagó a Casenove, quién no solo lo aceptó complacido, sino que lo usó detrás de su nombre y apellido. Como "Guillaume de Casenove, dit Coulon" figura en el encabezamiento de varios documentos y hay que agregar que cuando tuvo que signar algún papel de carácter oficial, sólo lo firmó, en grandes letras, con el sobrenombre de "Coullón" (C.a 7).

"Lat, columbus, pegeon. Nom usuel dans les départements du nord de la France, du pigeon. domestique. Coulon de mer, nom sous lequel les pecheurs du Pas de Calais désignent les mouettes.

Hemos de señalar que según el Diccionario inglés



de Oxford, en la costa sur de Inglaterra, al norte del Canal de la Mancha, encontramos que "mouette"— en castellano "gaviota"—, se dice indistintamente "Gull" y "Sea Gull", correspondientes a "Coulon" y "Coulon de mer", y a "gaviota" y "gaviota de mar", de donde claramente "Coulon" como "Coulon de mer". Pero en el Diccionario inglés, se hace una aclaración interesante: que "Gull" es vocablo derivado de "Voileno" de origen céltico del cual derivan también el vocablo del bretón inglés "goeland". Continuando esta investigación he de agregar que en el Diccionario Grand Larousse, confirmando esta cita del vocablo "Goeland", al tratar de él nos dice: "n. m. (mot bas breton signif. mouette). Nom usuel de grosses mouettes"; resulta, por lo tanto, ser masculino. En el Diccionario de Littré, al ocuparse del vocablo "mouette" nos indica que es "s. f. Oiseau de mer de l'ordre des palmipèdes, et á longues ailes, genre Gavia de Bresson: nom donné a plusieurs espèces de genre Larius de Linne, lequel comprend les goélands et les mouettes", Anotemos que es femenino. Y algo después agrega: "Pour établir un terme de comparaison dans cette échelle de grandeur, nous prendrons pour goélands tous ceux qui sont de ces oiseaux dont la taille surpasse celle du canard, et qui ont dixhuit ou vingt pouces de la pointe du bec á l'extremite de la queue, et nous appellerons mouettes tous ceux de ces oiseaux qui sont au-dessous de ces dimensions".

Esta misma diferencia de denominación por tama-



Muerte de Cristóbal Colón en Valladolid, el día 21 de mayo de 1506. (Cadro de F. Ortega).

ños nos la da al tratar de la palabra "mouette" el Grand Larousse asegurándonos, no en pulgadas, sino en centímetros, que varía de 25 a 65. Al tratar de la palabra "Goéland" ese mismo Diccionario fija de 0.25 a 0.70 m. Estas pequeñas contradicciones encuéntrase en todos los diccionarios.

A mi entender las distintas acepciones que dan los dos Diccionarios franceses a la palabra "Coulon", son el resultado de la fusión en una sola, de dos antiguas palabras francesas de distinto significado, origen y género y de parecida ortografía. La una, "Coulon", "Coullon", "Colon", todas con "n" final, de origen céltico, como derivados de la palabra del bajo bretón francés "Goéland", vocablo masculino, equivalente a "grande mouette", y cuyo parentesco con el bretón inglés, antes citado de "Goelann" es indudable. La otra "Coulomp" de origen efectivamente latino, con "mp" finales, derivado ciertamente de "Columbus", sinónimo de "Pigeon" (en castellano "paloma") y de género femenino. (En uno de los documentos que se conservan del almirante Casenove, el escribano que redactó el documento le da el sobrenombre de "Coulomp", a pesar de que en su firma se lee claramente "Coullon" lo cual demuestra que la palabra "Coulomp", hoy desaparecida en el léxico francés, existía en tiempo del almirante).

Por otra parte, parece lógico pensar que si al parecido litoral de los vocablos "Coulon" y "Coulomp" acompaña, como es indudable, un gran parecido físico entre "mouettes", "Goélands", por un lado, y "Pigeons" por otro (gaviota, gaviotones y palomas), a pesar de ser bien distintas en costumbres y de distintas familias avícolas, al fundirse en uno aquellos dos vocablos, posiblemente en la Edad Moderna, el pueblo francés debió agregar a las primeras para diferenciarlas de las segundas, el "de mer", que antes no hacía falta existiera.

Aclarado ya que "Coullon" es derivado del bretón francés "Goéland", se ve clarísima la razón por la cual los pescadores bretones bautizaron con dicho sobrenombre a Guillermo de Casenove. Es fácil suponer cuál hubiera sido la reacción del corsario ante la persona que le hubiera llamado "Pigeon", pues no era precisamente Casenove una inocente paloma. Llamáronle "Coullón" por "Goéland", que en castellano correspondería más bien a "Gavioton" que a "Gaviota".

Gaviotón, gaviota, ave marina voracísima con una vista sumamente penetrable que le permite divisar en sus vuelos a los peces que sobrenadan en el mar, para caer en vertical a hacer cruel presa en ellos. ¿Qué otra cosa hacía Guillermo de Casenove, "dit Coullón", con los desgraciados navegantes que divisaba en la costa cerca su guardida de Harfleur?

#### CONSIDERACIONES FINALES

Demostrado ya el origen del sobrenombre de Colón con que fue conocido el almirante Guillermo de Casenove; demostrado el parentesco que unió a don Cristóbal Colón con Guillermo, con quien convivió muchos años; demostrado que don Cristóbal usó este mismo sobrenombre, con el que fue conocido por el rey don Juan II de Portugal, queda probada la afirmación hecha por mí ante la Real Academia, el 11 de octubre. El apellido del descubridor de América, ninguna relación tiene con Colombo, Colón gallego, Colom, etc; es simplemente el sobrenombre que bretones y normandos dieron a Casenove, de quien lo heredó, o acaso lo usufrutuó al mismo tiempo, nuestro gran almirante del Mar Océano. El origen gascón de Casenove hace presumible fuera también el de su pariente don Cristóbal, y es lógico se tenga por tal mientras no surja un documento auténtico que lo contradiga.

Lamento que Génova e Italia entera tengan un gran desengaño, pero la realidad es que sólo España, Francia y Portugal, están verdaderamente relacionadas con el descubridor de América. La primera por la probable oriundez ibérica del autor, por haberse realizado a expensas de España, bajo nuestros estandartes y en nombre de los Reyes Católicos Fernando e Isabel. La segunda, por haber estado a su servicio durante muchos años como corsario don Cristóbal Colón y ser el vocablo "Colón" del idioma antiguo francés el que como apellido inmortalizó el Descubridor. En cuanto a nuestra hermana ibérica Portugal, de no ser por la estancia de ocho años de don Cristóbal en sus dominios, donde se avicindó, donde se casó, donde nació su hijo don Diego, y donde respiró el ambiente obsesionante de los descubrimientos que llevaban a cabo los portugueses, probablemente nunca se le hubiera ocurrido pasar de capitán de corsarios a Descubridor.

## ESTATUAS Y MONUMENTOS

### A ISABEL LA CATOLICA, «MADRINA DE AMERICA»

**J**UNTO a la figura de Cristóbal Colón, genial descubridor del Nuevo Mundo, estará siempre, parigual a él, el nombre de Isabel la Católica. Justamente denominada "Madrina de América", porque merced a ella, a su comprensión y a la decidida ayuda que prestara a los sueños del futuro Almirante éstos se trocaron en felix y asombrosa realidad al conjuro de la estela de las carabelas colombinas, hasta avistar costas y tierras incógnitas antes del histórico 12 de octubre para el mundo activo de aquellos tiempos.

De gozo y conmueve ese episodio, pictórico y henchido de fe y de esperanza, aunque se quede tan sólo en leyenda, según el que la Reina estuvo dispuesta a empeñar sus joyas con tal de que Colón pudiera disponer de medios para su nobilísimo empeño de conquistar almas para el cielo y súbditos para Castilla, deseo que había más tarde de poner en práctica cuando decía: "Ordeno, pido, imploro piedad para mis nuevos súbditos los indios." En ese sentido admirable se dictaron las famosas Leyes de Indias, ante cuyo texto se han inclinado respetuosos e impresionados hombres eminentes de todos los tiempos y que en nuestros días hicieron decir al presidente Eisenhower, de los Estados Unidos, que nuestra Reina era campeona de las libertades de los pueblos por tan humanitarias leyes a favor de los indios.

Isabel la Católica es honra de España y su figura se agiganta hasta hacer posible algún día su santificación, noble empresa que propició hace años una dama española.

La Reina Isabel, a cuyas dotes de energía y talento, comprobadas, por ejemplo, con la fundación de Santa Fe y en la curiosa promesa que allí hizo, se debe la unidad nacional, consumada a la toma de Granada con la expulsión definitiva del dominio árabe en la Península, tiene en

la Fiesta de la Hispanidad el lugar de honor, por mujer, por santa, por valerosa y por amparadora del genio de Colón, hombre en el que intuyó carácter para conseguir lo que se proponía y a quien defendió, sin vacilaciones, frente a todos los obstáculos, aun pasando por las en cierto modo excesivas imposiciones que éste puso.

Al hablar del Descubrimiento de América surgirá siempre, en primer término, el nombre de esta mujer-reina, a cuya memoria todos rendimos el merecido tributo enaltecedor, porque su vida está llena de bondades y de actos enconiables y porque su influjo fue decisivo en la gesta memorable del alumbramiento de un nuevo mundo.

Y por si no bastase, una vez descubiertas las entonces llamadas Indias occidentales, supo poner sus manos femeninas de cristiana en las a veces rudas conductas de soldados, para que, siguiendo sus instrucciones, salvo casos excepcionales e inevitables, diesen en sus campañas militares la nota idealista y generosa de que está impregnado todo el glorioso período de la conquista que fue a la par acción misionera.

España y los países americanos de nuestro aboengo, e incluso los Estados Unidos de Norteamérica, han sabido honrar la memoria de la Reina española, y en casi todas esas naciones estatuas o monumentos, de los que junto a estas líneas damos cumplida muestra, pregonan la gloria imperecedera de Isabel la Católica, en unión de su esposo Fernando, Reina de Castilla y de León, de Aragón y de Granada, de Toledo, de Valencia, de las Mallorcas, de Sevilla, de Gerona, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Algeciras, de Gibraltar, de Canarias y de tantos otros lugares y, por último, madrina del Nuevo Mundo.

José GUTIERREZ-RAVE



En San Salvador.



En Montreal.



En Buenos Aires.



En el Capitolio de Sacramento (California)



**En Washington.**



**En la catedral de Málaga.**



**En el instituto de Cultura Hispánica, Madrid.**



**La gran Reina española, en San José de Costa Rica**



**En el puerto peruano de El Callao, frente al Pacífico.**



**En el altar mayor de la Capilla Real de la magnífica catedral de Granada.**



**En el paseo de la Castellana, Madrid.**



**Momento de la inauguración en Santo Domingo de la estatua a Isabel la Católica**

# UNA GEOGRAFIA DELIRANTE



## PRIMER VIAJE



## SEGUNDO VIAJE



## TERCER VIAJE



## CUARTO VIAJE



Veinte audaces, seguidos por un grupo mayor de hombres resueltos, a quienes arrastra la sugestión o encadena el deber profesional u obliga otro imperativo, salen de la iglesia de Palos y van entrando uno a uno en tres naves, que son las barcas de la muerte. Bajan éstas por el río Tinto. Pasan junto al monasterio de Santa María de la Rábida. Salvan la barrera de Saltes y se pierden a lo lejos. Pero aun no se las ha tragado el misterio. Aun no comienza la lucha con lo desconocido. El punto inicial de la inexplorada ruta está en el archipiélago de las Canarias.

Habiendo salido de Palos de Moguer un viernes, 3 de agosto de 1492, el día 7 tomaron la isla de Lanzarote, y el domingo, que era día 9, llegaron por la noche a la Gomera, La carabela *Pinta*, gobernada por Martín Alonso Pinzón había sufrido averías durante el breve trayecto. Se desconfiaba de ella, y Colón pretendía dejarla en la Gran Canaria, sustituyéndola con otra si la hallaba. No encontrando ninguna, "hicieron la *Pinta* redonda, porque era latina".

La *Santa María* figuraba como nao. La *Niña*, aun siendo carabela, tenía vela redonda. La *Pinta* conservaba su aparejo latino, pero allí lo dejó. Las tres pusieron su proa hacia el oeste para iniciar la temeraria travesía. Y antes de partir, transformando a la *Pinta*, cerraban el ciclo histórico de la carabela. Mediante aquella improvisación reconocían que sólo podía embestirse el Océano con un mástil de proa que llevase velas redondas, trinquete velacho. Encomendábanse a Dios y prometían cambiar el tipo del casco cuando emprendiesen con detenimiento una nueva expedición.

El jueves, 6 de septiembre, dice el almirante, "partió por la mañana del puerto de la Gomera y tomó la vuelta para ir su viaje. El viernes, que era día 7, estuvo en calma. Y el sábado, día 8, tomó su vía y camino al Oeste". Ya no había tierra. Todo era mar, cielo y esperanza.

Los bien ajustados tablonés de los tres navichuelos que crujían sobre el abismo, llevaban a bordo una audacia suicida que intentó y realizó lo imposible. Cuando la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* se hallaban aún entre la Gomera y Tenerife, vieron por allí tres carabelas de Portugal. Colón creía sentir las asechanzas envidiosas de Don Juan II y el propósito de impedir la empresa. Realidad o cavilación, el hecho es que la gran Península no sabía el secreto de la unión, y que entonces, como siempre, nulificaba con torpeza su heroísmo. Era la casa eternamente dividida contra sí misma. Casa de maldición.

## II

Carabela o navío, un barquichuelo de aquellos era una trabazón flotante de veinte a treinta metros de longitud, por seis u ocho de anchura. La arboladura tenía cuatro palos. Menos de un centenar de toneladas o muy poco más señalaba su porte. ¿La *Santa María*, levatán de aquella escuadra, iba tripulada por sesenta hombres? ¿Cincuenta o sesenta estaban repartidos entre la *Niña* y la *Pinta*?

Oviedo eleva el total a ciento veinte expedicionarios; Fernando Colón reduce su número a noventa. La investigadora Miss Gould Quincy, continuando

los trabajos del archivero señor J. J. Delgado, de D. Andrés Tenorio, de D. Cesáreo Fernández Duro y de Mr. Henri Vignaud, encuentra 87 nombres comprobados. Pero hay tantos datos sobre otros muchos, que cree inferior a la realidad el número de 90. ¿No sería una invención la alta cifra de Oviedo? Los eruditos prosiguen rebuscando papeles.

Se había embarcado casi toda la tribu de Pinzón. Martín Alonso, de Palos, iba como capitán de la *Pinta*, barco que el almirante quiso dejar por inservible, como vimos, y que caminó siempre llevando la delantera, así en el mar sereno de ida como en los turbiones infernales del regreso. Iba Vicente Yáñez, capitán de la *Niña*, el gran explorador que honró el nombre de su hermano Martín Alonso, muerto al concluir aquella primera exploración. Iba Diego Martín Pinzón, el *Viejo*, acompañado de su hijo Bartolomé Martín Pinzón. Iban, por último, Francisco Martín Pinzón y Arias Martín Pinzón. Eran seis Pinzones, y dos de ellos capitanes. Aparte de esta fuerza, poseían la de ser oriundos de la villa de Palos y dominar por lo mismo a los de este puerto que tripulaban la *Santa María*. Venían a continuación los dos Niños, Juan y Pero Alonso, naturales de Moguer. El primero, Juan, era dueño y maestre de la *Niña*, y Pero Alonso, su hermano, piloto de la misma carabela. Había, además de esta familia y de Moguer, un Alonso Niño, hijo del maestre de la *Niña*, un Andrés Niño, sobrino de Juan y de Pero Alonso, un Francisco y un Cristóbal, también sobrinos, y por último, un Bartolomé y un Alonso Pérez Niño.

Juan de la Cosa, maestre de la *Santa María*, que fue uno de los descubridores más ilustres de su siglo y el primero de los grandes cartógrafos, encabezaba el elemento cantábrico, entre cuyos miembros se recuerda a Domingo y Juan de Lequeitio y a Martín de Urtubia.

Había un Juan Rodríguez Bermejo, vecino de Molinos, en tierra de Sevilla, de quien no se sabe a punto fijo si es el mismo *Rodrigo de Triana*, célebre por haber sido el primero que vió tierra el jueves 11 de octubre, a los treinta y cinco días de perderse las del archipiélago africano.

Y siguiendo esta enumeración, que abrevio cuanto es posible, recordaré a Gomes Rascón y a Cristóbal Quintero que según parece eran cooperarios de la *Pinta*, y a quienes se acusaba de maniobras para que se desencajase el gobernario. Iba otro Quintero, de Palos, que era piloto. Iba Juan Bermúdez, natural de Moguer, que descubrió más tarde la isla Bermuda. Iba un Pero Gutiérrez, antiguo repostero de estrados de los reyes. Iba un segoviano, sobrino de Fr. Rodrigo Pérez, que se llamaba Rodrigo de Escobedo, y que llevaba cargo de escribano de la Armada. Iba un Rodrigo Sánchez de Segovia, enviado por los reyes como veedor. Iba un Maestre Alonso, físico de Moguer. Iba un Diego de Arana, cordobés, con el cargo de alcaicil mayor de la Armada, deudo de la Beatriz Enríquez de Arana, en quien Colón tuvo a su hijo don Fernando, el gran bibliófilo. Iba un judío converso llamado Luis de Torres.

Este Luis de Torres, que había vivido con el adelantado de Murcia, llevaba el cargo pericial de intérprete porque "sabía, diz que hebraico, caldeo y aun algo de arábigo". Sin duda, en la corte del rey de Cipango y en la del Gran Kan de Tartaria se encontrarían gentes que

hablasen alguna de las lenguas en que era perito Luis de Torres. Y Colón se proponía reanudar las relaciones que habían quedado interrumpidas desde los tiempos de Marco Polo, si no es que alguien le hubiera dicho en la corte de Doña Isabel que la geografía política del Asia había variado, según constaba por lo menos en la relación de los embajadores de Enrique III al Gran Tamerlán.

El norteamericano Mr. Henri Vignaud asegura que Colón sólo se proponía descubrir las islas del Océano, tesis que no es el momento de discutir, y que ha sido vigorosamente objetada. Pero, dejando lo que se propone, registraré lo que hizo.

Queda fijado el 6 de septiembre como el último día en que se vió tierra de las islas de Gomera y Tenerife. El 7 y el 8 fueron de calma, y hasta en la noche del último, "tomó su vía y camino del oeste". El día 17, después de navegar una distancia de 360 leguas, según *cuenta secreta* que Colón tenía por exacta, llevaban ya cuatro días de ver señales de tierra, pues desde el día 14, a menos de 250 leguas de Canarias, encontraron los de la *Niña* un garjao y un rabo de junco, aves que no se apartan de la costa sino 25 leguas a lo sumo. Aparecieron manchas de hierba muy verde, desprendida de la tierra, señal de isla próxima. La hierba se encontraba cada vez más a menudo. Recogieron un cangrejo vivo, que guardó el almirante. Ya no hubo duda: pronto anclarían. Los aires eran cada vez más suaves, y menos salobre el agua desde que se alejaron de las Canarias. El Almirante dice que "iban muy alegres todos, y que los navíos quién más podía andar andaba por ver primero tierra". Encontraron toninas, y los de la *Niña* mataron una. El Almirante "esperaba en aquel alto Dios en cuyas manos están todas las victorias, que muy presto les daría tierra". Por sobre su cabeza pasó uno de esas aves blancas llamadas rabos de junco, "que nunca duermen en el mar". Y, sin embargo, la tierra no aparecía.

Trescientos diez años después, en 1802, fueron señaladas por allí unas rompientes. Así tomaba realidad la isla que esperaban ver a cada momento los navegantes de aquella exploración. Pero la existencia de las rompientes fué negada con persistencia, como una ilusión de colombinismo, y las rompientes desaparecieron de las cartas geográficas. No había rompientes, ni islas. Los pájaros volaban sobre un vasto archipiélago de hierba flotante, y entre estas verdes acumulaciones de algas, principalmente de sargazo, podían vivir los cangrejos. Todo en aquel inmenso remanso del Océano daba indicios de tierra próxima. No es verdad que la hierba dificultase la navegación, y que esto infundiese temores a los tripulantes, pues tales temores fueron una invención posterior, glorificadora, de la *Vita dell'Ammiraglio*. Colón dice: "Hallaron tanta yerba que parecía la mar cuajada della". Pero no que "la espesura de la yerba detuviese en algún modo los navíos". Y menos aún que "temiesen lo que se cuenta de San Amador, en el mar helado". Otra fué la causa de las inquietudes.

Llegamos al momento, hay que anotarlo, en que la lucha tomó carácter épico. Hasta el 16 de septiembre se había intentado simplemente comprobar una noticia en la que se tenía seguridad completa. Pero lo desconocido empezaba a desmentir los datos de las cartas geo-

gráficas construídas según la ciencia conjetural. A partir de este instante ya no podía sufrir efectos el engaño de la seducción. Desde Colón hasta el último paje, todos veían rodar los dados de una trágica apuesta en la que jugaban la vida. Atisbaban los menores indicios de tierra o de muerte, con los nervios crispados. Los de arriba no hacían sino disimular sus recelos, y los de abajo reprimían los suyos, pero no los ocultaban. Un viento de rebelión sacudía los ánimos, mientras las velas avanzaban con una tranquilidad que parecía nueva perfidia del Océano. Tal vez encerraba un desastre en su serenidad inalterable y tentadora.

Ni un instante caminaron con el rumbo perdido. Llevaron constantemente vía directa, con un mar como espejo y viento en popa. Esto era lo más angustioso. Sólo la firmeza y el prestigio de los jefes podían mantener la confianza. A partir del 16 de septiembre, las peripecias fueron una prueba terrible para el valor de las tripulaciones. Y lo fueron también para la fe que inspiraba hasta entonces todo el proyecto.

Ya desde el 13 de septiembre, al comienzo de la noche, las agujas noruestaban. El hecho parece que no impresionó mucho a los pilotos que lo habían observado. Pero en la noche del 17 al tomarse el norte, "hallaron que las agujas noruestaban una gran cuarta". Colón veía en torno suyo que los rostros se ensombrecían. Corrió un rumor sordo. "Y temían los marineros, y estaban penados, y no decían de qué". Pasada la noche, se mandó marcar el norte, en cuanto hubo amanecido. Ya estaban bien las agujas, Colón, perplejo, daba una explicación que a nadie convencía. El movimiento era de la estrella y no de las agujas.

Pero ya todos tenían clavada la preocupación de aquel fenómeno desconcertante. Los marineros llegaban a esta conclusión, que disipaba todo el prestigio de la autoridad. Entraban en un mundo de encantos y de novedades. Todo era extraño, y hasta la brújula perdía el don de marcar un rumbo cierto. Como cada hecho desconocido podía llevarlos a la ruina total, ya iban desde aquel punto pensando más en la eternidad que en lo contingente, y más los unía la fe que la disciplina. Por el momento, durante el día 17 y el 18, no hubo alarmas, porque en este último día se esperaba llegar a tierra. Casi la tocaban. La bonanza del mar era tanta, que parecía como si bajasen por "el río Sevilla". Y daba placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruidos de señores". Y añade el Almirante, "que parecía el tiempo como de abril en el Andalucía".

Estamos ya en la víspera de la crisis. Es el 18. "Este día, Martín Alonso, con la *Pinta*, que era gran velera, no esp.ró, porque dijo al Almirante desde su carabela que había visto gran multitud de aves ir hacia el poniente, y que aquella noche esperaba ver tierra, y por eso andaba tanto. Apareció a la parte del norte una gran cerrazón, que es señal de estar sobre tierra".

Amaneció el 19 y las naves se acercaban a las invisibles rompientes. La víspera estaban a veinte leguas de ellas. Ese día, a diez solamente. Lloviznaba sin viento. Tierra segura. Islas al norte y al sur. Esta fué la afirmación que se comunciaba de la nao almirante. La voluntad que mostraba Colón "era seguir adelante, hasta las Indias". El tiempo no cambiaba. Había que aprovecharlo. A la vuelta se vería lo que iban dejando atrás.

Por la noche se descubrieron los puntos del pilotaje. Habían caminado 400 leguas según la *Santa María*, 420 según la *Pinta*, 440 según la *Niña*.

El día 20 de septiembre cogían aves de tierra. Llegaban pajaritos de río, cantando. El día 21 vieron una ballena. Otra señal segura de que la tierra no estaba lejos. Las supuestas rompientes se hallaban a cuatro leguas.

Pero todas eran señales y ninguna realidad. Lo único cierto hasta entonces, y que no se ocultaba a los marineros, encerraba un peligro que los sobrecogía. No había soplado viento contrario, o como ellos decían, "no ventaban esos mares vientos para volver a España". Además observando "la mar siempre mansa y llana", cubierta de hierba en tal abundancia que "parecía cuajada de ella", con cangrejos, creíanse en un estanque ilimitado, infinito. . . ¿Qué vientos podían correr sobre aquellas aguas inmóviles? Algo se agitó el aire el día 22, y el 23 se levantó el mar. Las dos señales sacaron a Colón de su angustia y tranquilizaron un tanto a la gente.

El 25 remató el climax de las inquietudes que iban sufriendo desde el día 18. Las cartas geográficas que consultaban Colón y Martín Alonso, señalaban islas en aquellos parajes. El Almirante y su primer capitán hablaban de barco a barco. Las cartas pasaban del uno al otro por medio de una cuerda. Colón y Martín Alonso procuraban explicarse el hecho de no haber hallado ninguna tierra. Sin duda había corrientes que los desviaban hacia la parte del nordeste, y también podía ser que la distancia marcada por los pilotos no fuera exacta. Esto va contra la leyenda, según la cual Colón se reservaba el misterio de la distancia.

Puesto el sol, Martín Alonso miraba el horizonte desde la popa de su navío. De pronto, lanzó un grito, y llamando al Almirante, le pidió albricias. Había visto tierra. Colón, arrodillado, daba gracias a Dios. Martín Alonso cantaba el *Gloria in excelsis Deo* con toda su gente. El canto se repitió desde la *Santa María*. Los hombres de la *Niña* trepaban por el mastel y las jarcias.

Paulatinamente se fué desvaneciendo la ilusión, y aun los más optimistas durmieron esa noche con una nueva zozobra. Las cartas geográficas mentían. Lo desconocido era tan desconocido para Colón como para el más rudo de los marineros. La suerte común estaba en las manos de Dios. Y sólo Dios podía salvarlos, llevándolos a tierra.

Colón insistía en que las islas quedaban atrás. Pero las tripulaciones deseaban verlas adelante. Diariamente había pardelas, alcatraces y rabos de junco. En la hierba creían ver frutas. El 7 de octubre hubo nueva ilusión de tierra. La *Niña* levantó su bandera y tiró la lombarda, por señales. Pero en esta vez la ilusión que se disipaba no tuvo dejos de amargura, porque el 8 y el 9 vieron pasar pájaros. La hierba era fresca; algunos de los pájaros parecían de los del campo. Se acercaba por momentos la hora esperada.

¿Por qué el temor no era igual? El día 10 de octubre, los que sabían contar bien, sumaban más de 700 leguas, y los que no entendían de cálculos, sólo veían que los apartaba de España una masa infinita de mar.

Era el mar de Sargazo, lago elíptico que difata sus aguas dormidas en la extensión del Océano. Sus riberas se forman por la corriente ecuatorial del norte, que se precipita de oriente a poniente, y por la del golfo de Méjico, que saliendo del canal de Bahama, lanza su ímpetu hacia el mar Báltico, desprendiendo una rama que baña las islas Británicas. Ese mar de Sargazo recibe las caricias del alisio, que soplando del nordeste, dió a Colón camino blando y plácido. Pero debe recordarse que en el mar de Sargazo está uno de los dos mayores desiertos del Océano Atlántico. Allí marcan las cartas un centro en el que hay 2,000 kilómetros a cualquier parte que se busque tierra.

Viajar más de ochocientas leguas por mar abierto, sin punto intermedio de referencia, era un hecho de tal manera nuevo que nadie se atrevía a mencionar las cifras del trayecto recorrido. "Islandia, las Islas Azores y las Canarias —dice Humboldt—son los puntos de arribada que han representado el papel más importante en la historia de estos descubrimientos y de la civilización, es decir, en la serie de los medios que los pueblos del Occidente emplearon para extender la esfera de su actividad y para entrar en relación con las partes del mundo ya descubiertas". "Islandia, en efecto, fué el punto de partida de las expediciones hechas por los pueblos del norte en el siglo X. Pero nótese que de Escocia a Islandia hay 445 millas marinas, o sean 625 kilómetros.

De Groenlandia a las Tierras de Baffin hay 130 millas, o 240 kilómetros. Humboldt hace los cálculos de este modo: "La costa septentrional de Escocia dista de Islandia 162 leguas marinas; de Islandia a la extremidad sudoeste de Groenlandia hay 240 leguas; de esta extremidad a la costa del Labrador se miden 140 leguas y 260 a la desembocadura del río de San Lorenzo. La distancia directa de Islandia al Labrador, es de 380 leguas".

De cualquier modo y por cualquiera de estas rutas, el paso de uno a otro continente no presentaba problemas de navegación que estuvieran fuera del alcance de los medios más rudimentarios. Si la acción de los pueblos del norte de Europa en el norte de América pudo ser transitoria, y hasta olvidarse después por completo, esto se debe a otras causas, independientes del aislamiento marítimo.

Como estímulo, el descubrimiento de las islas Azores tuvo una significación inmensa. Y ya queda dicho cómo la ponderaban justamente los portugueses. La isla Mejor fué encontrada en 1431; Santa María, en 1432; San Miguel, en 1444; la Tercera San Jorge y Fayal, en 1449; la Graciosa, en 1453. Créese que Flores y Cuervo habían sido descubiertas en 1449. Dos vecinos de Palos, en conversación que tuvieron con el Almirante cuando éste andaba preparando la empresa, dijeron que habiéndose perdido de la isla de Fayal, "anduvieron ciento cincuenta leguas por el viento de Lebeche, que es el del Sudoeste, y que a la vuelta descubrieron la isla de las Flores, guiándose por muchas aves que van volar hacia allá, las cuales conocieron que no

eran marinas". Ahora bien: las distancias nos dicen la diferencia entre aquellas navegaciones y las que llevaban los expedicionarios de la villa de Palos en su viaje por el mar de Sargazo. "De la desembocadura del Tajo a San Miguel en las islas de los Azores—dice Humboldt—la distancia es de 247 leguas, y de la isla del Cuervo, en las mismas islas Azores, a la Nueva Escocia, hay 412 leguas". Esto quiere decir que los portugueses pudieron haber descubierto el continente americano, andando menos de la mitad de lo que llevaba andado. Colón el día 10 de octubre. Pero bien sabido es que la distancia por sí sola nada significa, en presencia de otros hechos que empujan a los descubrimientos, que los facilitan, y que, para decirlo mejor, los determinan como una consecuencia necesaria de ciertos antecedentes. No pudo haber encontrado Colón un camino más largo, pero tampoco pudo haber habido uno menos difícil, menos expuesto a fracasos y dada la resolución de la iniciativa, menos imponente a la masa de los vacilantes.

Sólo existía otra ruta de resistencia menor. Esta fué la que necesariamente debería encontrarse, tarde o temprano cuando se metodizara el tráfico de Europa con Asia por el cabo de Buena Esperanza. Hablo de la curva que alejándose de las calmas de Guinea, lleva al Brasil o a las Antillas por la corriente ecuatorial del sur. Esta corriente fué seguida por los portugueses, en circunstancias que analizaré adelante, y fué seguida también por Cristóbal Colón en su tercer viaje. Pero queda el primero del navegante genovés como un modelo de audacia y como un hecho que alteraba todas las medidas de lo posible en materia de navegación. La temeridad fué moneda corriente en aquel siglo, y se anticipó a los medios técnicos ofrecidos por los astrónomos y por los constructores para dominar dificultades.

Lo que descubrieron Colón y sus compañeros no fué propiamente un Nuevo Mundo, sino una potencialidad humana en el pueblo español.

#### IV

La historia falsificada dice que Colón tuvo que sobreponerse a la indisciplina y al terror, dominando un motín, y afirma que faltó poco para que perdiera la vida. Añade, finalmente, que sólo la salvó mediante una promesa condicional, resuelta favorablemente por el encuentro de las tierras americanas.

La historia auténtica dice todo lo contrario, y lo demuestra con hechos. Los compañeros de Colón realizaron después proezas mayores, con denuedo nunca superado.

Estos hombres no podían ser los promotores del motín. Tampoco pudieron haber sido ellos quienes lo secundaran ni quienes permanecieran con los brazos cruzados en presencia de una insubordinación peligrosa para el jefe de la expedición.

Más tarde veremos a Martín Alonso, a Vicente Yáñez Pinzón y a Juan de la Cosa. Su actitud en otras aventuras marítimas, es la mejor garantía de la que puede atribuirseles en la ocasión del supuesto motín a bordo.

La adulteración hagiográfica tiene un expositor

en la *Vita dell'Ammiraglio*. He aquí el pasaje respectivo, que tomo de la traducción española consagrada: "Cuantas más señales de tierra veía, tanto más crecía el miedo de la gente y se aumentaba la ocasión de murmurar, y retirados de los navíos, decían que el Almirante, con su loca fantasía, había resuelto hacerse gran señor a costa de sus vidas y peligros, y morir en aquella empresa, y que puesto que ya habían satisfecho su obligación en tentar la fortuna y estaban tan remotos de tierra y de todo socorro más que otros algunos, no debían, siguiendo el viaje, ser autores de su propia ruina, y privarse del tiempo de arrepentirse faltándoles los bastimentos y navíos, que tenían tantos defectos, que no podían salvar hombres que estaban tan dentro del mar, y que nadie tendría esto a mal, antes serían muy estimados, por haberse expuesto a empresa semejante y haberse adelantado tanto y que por el Almirante extranjero, y sin favor, y su opinión reprobada y despreciada por tantos hombres doctos y sabios, no tendría quien le patrocinase, y serían ellos creídos, echando la culpa a su mal gobierno y a su ignorancia, lo cual valdría más que cuantas justificaciones pudiese hacer él en contrario, y no faltaron algunos, que decían que para quitar contien-das echasen en el mar, si no desistía de su intento, publicando después que él se había caído mirando las estrellas y las señales, y que ninguno anduviese buscando la verdad sobre esto, pues no había otro fundamento de su vuelta y salvamento que éstos.

"Continuaban de este modo el viaje, murmurando, doliéndose y aconsejándose todos los días, y el almirante no ignoraba su inconstancia y la mala intención que tenían contra él; pero unas veces con palabras suaves y otras resuelto a morir, los amenazaba con el castigo que haría si impidiesen el viaje, con lo cual templaba alguna cosa sus miedos y maquinaciones, y en confirmación de las esperanzas que les daba, recordaban las señales que habían visto, prometiéndoles que en breve tiempo encontrarían alguna tierra".

Pero vayamos a los hechos.

¿En qué momento estalló el motín legendario?

El *Diario* de Colón es absolutamente mudo a este respecto. Repetiré todas las palabras suyas que pueden contener algún indicio relacionado con la indisciplina y el temor.

Apenas comenzado el viaje, en el asiento del 9 de septiembre, dice el extracto: "Los marineros gobernaban mal, decayendo sobre la cuarta del nordeste, y aun a la media partida; sobre lo cual les riñó el Almirante muchas veces". La riña, por lo demás, parece injusta, pues el 25 de ese mes, Colón reconoce que si no se hallaban las islas pintadas en las cartas, era a causa de las corrientes, "que siempre habían echado los navíos al nordeste". El día 17 de septiembre, cuando se observó por segunda vez que las agujas noruesteaban, "apartándose una gran cuarta", dice Colón que "temían los marineros, y estaban penados, y no decían de qué". El día 23, viendo la mar mansa y llana, murmuraba la gente, diciendo que pues por allí no había mar grande, que nunca ventaría para volver a España". Pero inmediatamente, "alzóse mucho la mar y sin viento, que los asombraba", por lo cual dice aquí el Almirante: "Así que muy necesario me fué la mar alta, que no pareció salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moysén, que los sacaba del cautiverio". Llegamos hasta el 11 de octubre en un estado constante de expectación ansiosa. "Aquí la gente ya no lo podía su-

frir: quejándose del largo viaje: pero el Almirante los esforzó mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indias, y que así lo había de proseguir hasta hallarlas, con la ayuda de Nuestro Señor”.

Es todo lo que dice el *Diario*. En esa misma noche encontraron tierra.

La forma extrema del motín, callado por el Almirante, quien le da las proporciones de un descontento manifestado en alta voz, es la versión de Manuel de Valdovinos, testigo de oídas: “Diz que habían ido en el dicho viaje ochocientas leguas, desde Hierro, corriendo al Oeste, que el dicho Vicente Yáñez y el dicho Martín Alonso se allegaron con los navíos que llevaban al navío que llevaba el dicho Colón, e diz que le dijeron:

—“Señor, ¿a dónde vamos, que ya hemos corrido las ochocientas leguas, y no fallamos tierra, y estas gentes dicen que se van a perder?”

“E que el dicho Colón respondió:”

—“Martín Alonso, hacedme este placer, que venga conmigo este día y esta noche, e si no vos diese tierra antes del día y antes de por la mañana, cortadme la cabeza e volveos luego si no vos la diere, que tiempo ternéis para voiveros.

“E quel dicho Martín Alonso respondió e dixo”;

—“Agora, Señor,” nunca pliegue a Dios que armada de tan gran Rey retroceda no solamente esta noche, sino durante un año”.

Este es el modelo de versión legendaria. Nada falta. Los dos héroes se levantan sobre la debilidad común de los de abajo. Y queda el testimonio de la visión profética del hombre que pide el número preciso de horas para dar tierra. Si la tierra no se encuentra, pueden cortar la cabeza. Pinzón, por su parte, está resuelto a seguir, no unas horas, sino un año entero.

Con el testimonio, también indirecto, que dió Francisco de Morales, la leyenda tiene un nuevo toque, y se perfecciona, pues ante la firmeza del Almirante, los “maestros e marineros le dixerón que no se pusiese en aquello, que no se lo habían de consentir, e que para esto tomaron armas. E el dicho Almirante les dixo que no hiciesen aquello que querían hacer, porque en mallo a él e a sus criados, queran pocos, no harían mucho; pero que tuviesen por cierto que su muerte les sería muy bien demandada por el Rey y la Reina, Nuestra Señora”. . . Después les propuso “que le diesen término de tres a cuatro días, e que navegasen el viaje que llevaban, e si en este tiempo no viesén tierra, que hiciesen la vuelta que quisiesen, e que con este concierto pasaron adelante, siguiendo su viaje, e en aquel término vieron tierra”.

Si el *Diario* de Colón omite este punto, durante la ida, habla de un modo explícito durante el regreso, pues el 14 de febrero de 1493, casi al tocar la isla de los Axores, el Almirante dice de sí mismo que “Dios le había librado a la ida, cuando tenía mayor razón de temer de los trabajos (que pasó) con los marineros y gente que llevaba, los cuales todos a una voz estaban determinados de se volver, y alzarse contra él haciendo protestaciones, y el eterno Dios le dió esfuerzo y valor contra todos”.

Hay la leyenda anticolombina, o, por lo menos, la puramente pinzoniana. En la *Punta* y en la *Niña* no se murmuraba. Avanzaban las dos tranquilamente, cuando la *Santa María* disparó un tiro de lombarda. Pinzón, que iba delante, aguardó y “dixo al dicho Colón:”

—Señor, ¿qué manda Vuestra Señoría?

Y que el dicho Colón le dixo:

Martín Alonso, esta gente que van en este navío, van murmurando, y tienen ganas de volverse, y a mí me parece lo mismo, porque hemos andado tiempo y no hallamos tierra.

Y que el dicho Martín Alonso había dicho antes al dicho Colón:

—Señor, acuerdese Vuesa Merced que en casa de Pero Vázquez de la Frontera os prometí por la Corona Real que yo ni ninguno de mis parientes no habíamos de volver a la villa de Palos hasta descubrir tierra, en tanto que la gente fuese sana y hobiese mantenimientos. ¿Pues agora qué nos falta? La gente va sana, y los navíos, nuevos, y llevamos hartos mantenimientos. ¿Por qué nos habemos de volver?

Estas son *historias viejas*, palabras al aire, interesadas o desinteresadas, pero sin fundamento, de gente que oyó especies disímiles y no supo coordinarlas. Hay entre todos un testimonio precioso por la calidad. Es el de Hernán Pérez Mateos. Habla según le informaron los hermanos Pinzón. Y además del valor que tiene esta fuente, las palabras del testigo denotan lucidez mental, firmeza de criterio y arte metódico en la exposición. Por eso sin duda se respresende su testimonio de la masa vulgar. Hernán Pérez Mateos declara que no save de los hechos sino lo que oyó decir a Martín Alonso y a sus hermanos. Y es “que viniendo a estas partes (la declaración fué rendida en Santo Domingo), la gente que venía en los navíos, habiendo navegado muchos días e no descubriendo tierras, los que venían con el dicho Don Cristóbal (en la *Santa María*), se querían amotinar y alzar contra él, diciendo que iban perdidos. Y entonces el dicho Don Cristóbal Colón había dicho al dicho Martín Alonso Pinzón lo que pasaba, y qué le parecía que debía hacer. Y el dicho Martín Alonso le había respondido:

—Señor, aforque Vuesa Merced a media docena dellos, o échelos a la mar. Y si no se atreve, yo y mis hermanos barlovearemos sobre ellos y lo haremos, que armada de tan altos príncipes no había de volver atrás sin buenas nuevas.

“Y que con esto todos se animaron, y el dicho Don Cristóbal Colón había dicho”:

—Martín Alonso, con estos hidalgos hayámonos bien, e andemos otros ocho días, e si en éstos no fallamos tierra, daremos otra orden en lo que debemos hacer de tamaña navegación. Otros siete días y sobre noches vieron fuego en una tierra, que se decía la Punta Casay, que ahora se llama los Lucayos.

Salvo en la parte cronológica, esta declaración está perfectamente de acuerdo con la primera versión del *Diario*. La gente se quejaba; ya no podía sufrir el largo viaje. Pero las dos atestaciones del *Diario* callan sobre una parte esencial. El movimiento de rebeldía fué reprimido fácilmente, con humorística gracia, por Martín Alonso, que era el hombre más autorizado de la expedición.

El testimonio que rinde García de Vallejo hace ver que Martín Alonso puso fina al incidente dándole un corte andaluz, ingenioso y ameno.

—Agora partimos de la villa de Palos, y ya Vuestra Merced se va enojando. Avante, señor, que Dios nos dará vitoria que descubramos tierra, que nunca Dios querrá que con tal vergüenza volvamos.

A esto respondió el Almirante, según el propio testigo.

—Bienaventurado seáis.

Tales testimonios muestran esa verdad ínfima que contiene el acierto psicológico. Ni Colón, ni Martín Alonso, ni los otros Pinzones, ni los Niños, ni Juan de Cosa, ni sus vizcaínos podían alterarse o temer. Algunos de la *Santa María* murmuraron y empezaron a soliviar tímidos. Colón, “enojadizo y crudo”, como le pinta Gómara, “de recia y dura condición”, según le describe Garibay, carecía del don de gentes. Martín Alonso, hombre también de puño firme, sabía que el puño firme debe reservarse para las ocasiones desesperadas, y que al insubordinado se le somete con una palabra de valor ambiguo, más estimulante que amenazadora, pues dicha esa palabra por quien tiene resolución, basta y sobra.

Vicente Yáñez Pinzón poseía en el mismo grado el arte persuasivo de su hermanito, y lo reveló diciendo:

—¿Hemos andado ochocientas leguas? Andemos dos mil, y entonces será tiempo de platicar sobre el regreso.

## V

Habiendo emprendido la travesía a la altura de los 28 grados, Colón procuró desde un principio mantener invariable su rumbo hacia el oeste. Todo el *Diario* habla del “camino del oeste”, y, salvo desviaciones hacia el noroeste por insensibles vientos contrarios, durante el día 20 y el 22 de septiembre, no varió de rumbo sino cuando el 7 de octubre “acordó dejar el camino del oeste y poner la proa hacia el ouessudoeste, con la determinación de andar dos días por aquella vía”. Así lo hizo el día 8, y el 9 se inclinó resueltamente hacia el sudoeste, pero durante todo el 10 y todo el 11 confirmó la dirección del ouessudoeste. Empezaron a tener mucha mar, más que en todo el viaje habían tenido. Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la carabela *Pinta* una caña y un palo, y tomaron otro palillo, labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña, y otra hierba que nace en tierra, y una tablilla. Los de la carabela *Niña* también vieron otras señales y un palillo cargado de escaramujos. “Con estas señales respiraron y alegráronse todos”.

Puesto el sol, volvió el Almirante a tomar “su primer camino, al oeste”. Las señales de tierra eran tantas y tales, que ya no había duda posible. Y con los ojos cerrados podían arribar, yendo hacia el poniente, cerca de San Agustín, en la península de La Florida.

Pero se inclinaron hacia la izquierda, y tomaron tierra en el archipiélago de las Lucayas, a los 24 grados de latitud próximamente.

Antes de hablar del momento emocionante, único en la historia, que marcó el final de aquel viaje, entre la noche del 11 de octubre y el amanecer del 12, conviene fijar un hecho.

¿Quién dispuso el cambio de rumbo hacia el sudoeste? ¿Fue Colón? ¿Fue Martín Alonso? Los dos bandos disputan. Pero la discusión es inútil. El rumbo fue marcado por unos loros. Y en esto están conformes los adversarios. Dice el Almirante “que las más de las islas que tienen los portugueses, por las aves las descubrieron”. Sabiendo esto, determinó cambiar de rumbo, “porque pasaban gran multitud de aves en la parte del norte al sudoeste, por lo cual era de creer que se iban a

dormir a tierra, o huían quizás del invierno, que en las tierras de donde venían debía de querer venir”. Pero ya este consejo había sido dado la víspera por Martín Alonso, según lo declara Colón: “Esta noche dijo Martín Alonso que sería bien navegar a la cuarta del oeste, a la parte del sudoeste; y al Almirante pareció que no decidía esto Martín Alonso por la isla de Cipango, y el Almirante vía que si la erraban no pudieran tan presto tomar tierra, y que era mejor una vez ir a la tierra firme y después a las islas”.

Al día siguiente las aves se pusieron de acuerdo con Martín Alonso, dándole la razón. Colón las obedecía, y ya muy cerca del archipiélago, emitieron el voto decisivo los papagayos.

—¡Entre tierra andamos! —gritó Martín Alonso—. Estos pájaros no pasan sin causa.

Caminaban las naves a razón de tres leguas por hora. Todos estaban atentos a las señales del mar y del cielo. Como siempre, la *Pinta* llevaba la delantera.

Eran las diez de la noche. Colón estaba sobre el castillo de popa de la *Santa María*. De pronto creyó distinguir una lumbre. Parecía, dijo, que era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba. Llamó el Almirante a Pero Gutiérrez, repostero de estrados del rey, y advertido por Colón, dijo que veía también la luz. Rodrigo Sánchez de Segovia nada vió. Tal vez la luz había desaparecido, o tal vez el interpelado estaba donde no podía ver. Yendo como veedor mayor de la Armada, juzgó prudente no ver por ojos ajenos.

Reunidos los marineros a la hora acostumbrada para cantar la *Salve*, fueron amonestados con el fin de que estuviesen muy atentos, y el Almirante ofreció un jubón de seda al que primero diese fe de ver tierra, recordando además que el beneficiario tendría diez mil maravedís de juro, según la solemne promesa de los reyes.

Pasaron así cuatro horas. A las dos de la madrugada. Martín Alonso “hizo las señas que el Almirante había mandado”. Dice el *Diario*: “Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana”. Es todo. Ni una palabra más para el hombre que se vincula de tal modo con este acontecimiento capital. Rodrigo de Triana es uno de los más famosos desconocidos de la historia. Hasta supónese que el Rodrigo de Triana del *Diario* era el Juan Rodríguez Bermejo, vecino de Molinos en tierra de Sevilla, que figura en algunos testimonios. Francisco García Vallejo menciona a Juan Rodríguez con estas palabras que forman un halo de poesía en torno del inidentificado marinero: “Aquel jueves en la noche aclaró la luna, e un marinero que se decía Juan Rodríguez Bermejo, vecino de Molinos, de tierra de Sevilla, como la luna aclaró del dicho navío de Martín Alonso Pinzón, vido una cabeza blanca de arena, e alzó los ojos, e vido tierra. E luego arremetió con una lombarda, e dió un trueno: ¡Tierra! ¡Tierra! E se lo vieron a los navíos fasta que vino el día.

Juan Rodríguez Bermejo pidió las albricias a Martín Alonso. Y Martín Alonso aguardó a que llegara el Almirante. Este gritó desde su nave:

—Señor Martín Alonso, que habéis fallado tierra.

—Señor, mis albricias no se pierdan—respondió Martín Alonso.

—Yo vos mando cinco mil maravedís de aginaldo.

Preguntaréis por el jubón de seda y por el juro de los diez mil maravedises. Dar el jubón era dar los diez mil maravedises, y éstos se los adjudicó el Almirante, por la luz que había visto a las diez de la noche.

Pasado algún tiempo, corría un extraño rumor entre los marineros. Uno de los que había dado el grito memorable, viéndose defraudado, apostató y se fué a morir entre moros. Colón cargaba con el peso de la pérdida de aquella alma. Oviedo recoge este rumor.

## V I

Detengámonos un momento.

Colón, en su famoso *Diario*, que conocemos por el resumen de Las Casas, consigna el dato ya transcrito: "Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana".

Después de todas las investigaciones hechas en los archivos, ya puede asegurarse que ninguno de los marineros de Colón se llamaba Rodrigo de Triana.

¿Quién era, pues, el primer marinero que vido, tierra, según el *Diario*, y que según el mismo *Diario*, se decía Rodrigo de Triana?

¿Este nombre fué el resultado de una mala copia? ¿Fué un descuido de quien primero lo escribió? ¿O se menciona a un marinero por su apodo?

Desde que empezaron las investigaciones, todos los datos indicaban como más probable que el Rodrigo de Triana del *Diario* era Juan Rodríguez Bermejo.

El testimonio de Francisco García Vallejo impresionó. Cada una de sus palabras contiene evocaciones de poema: la luna que aclara, la vista de la cabeza blanca de arena, el trueno de la lombarda, los dos gritos, la maniobra ordenada para quedar al paio.

El testigo prosigue: "Viernes 11 de octubre, el dicho Martín Alonso descubrió a Guanahaní, la ysla primera. E que desto tanto sabe, e que lo sabe porque lo vido a vista de ojos". Salvo el error de fecha, que no altera el fondo del relato, ni sus pormenores, hay aquí un elemento decisivo.

Algo añade el testimonio que rinde Manuel de Valdovinos: "Que el sol puesto, dixo el dicho Colón a todos los que allí yvan que mirasen por tierra e que la verían, e que toda la gente, subidos por las gavias e por los castillos, miraron hasta que el sol se cerró, e que ninguno hombre de todos los navíos vido tierra, sino el mismo Colón, al poner del sol, e diz que les dixerón: "¿La veis?" "¿No la veis?" E que nunca, ninguno de los que yvan con él la vido. E que al cuarto de la primera rendido, el dicho Colón mandó hacer guardias en las proas de los navíos, e que yendo navegando al otro cuarto, vido la tierra un Juan Bermejo, de Sevilla, e que la primera tierra fué la ysla de Guanahaní".

Diego Fernández de Colmenero habla por lo que se contaba: "Oyó lo contenido de la dicha pregunta a los mismos que venían de dicho viaje, e que del navío del dicho Martín Alonso, un marinero que se decía Juan Bermejo vido la tierra de Guanahaní primero que otra persona, e que pidió albricias al capitán Martín Alonso Pinzón, e que assy descubrió la tierra primera".

Con esto parece quedar todo aclarado. Rodrigo de Triana es Juan Rodríguez Bermejo, de Molinos, en tierra de Sevilla.

Pero la onomástica de los marineros que acompañaban a Colón es de lo más confuso. No siempre sabemos si se nos habla de un apellido, de una procedencia o de un oficio. Vignaud, si mal no recuerdo, hace de un Rodrigo, carpintero de rivera, nada menos que un Ribero, carpintero. A veces hasta los que conocen el polvo de los archivos cometen equivocaciones como la de crear un Fernando Martín Gutiérrez, que es Juan Domínguez, porque, escrito el nombre con unas separaciones y otras aproximaciones—Juan Min Guez—, se ha tomado la J por otra letra antigua, la u por n, el Min por abreviatura de Martín y el Guez por abreviatura de Gutiérrez. Hay equivocaciones todavía más extrañas que sólo puede explicarse un paleógrafo, y que sólo un paleógrafo puede encontrar. El benemérito archivero D. Nicolás Tenorio, autor de la lista más completa de los marineros de Colón que había hasta hace pocos años, leyó Vicente Eguía en donde se ha descifrado el nombre de Bartolomé Roldán por la incansable Miss Gould Quincy, que dedica su vida a buscar los rastros de la tripulación descubridora.

Quando todos creían que Rodrigo de Triana es Rodríguez Bermejo—porque frecuentemente se confundía Rodrigo con Rodrigues, sin z, como escribían entonces, y se llamaba sevillano al de Triana, como de Moguer al de Palos—, resulta que la confusión está muy lejos de haberse disipado.

Hay un Juan Verde de Triana. Y los que conocen estos datos, al preguntarse cómo se llamaba realmente Juan Verde de Triana, también se preguntan cuál era el verdadero nombre de Juan Rodríguez Bermejo. Parece increíble hoy que después de mencionar así a una persona, nos fallen los elementos esenciales del estado civil. Y, sin embargo, así es ¿Juan Verde se llamaba Juan de Triana, o era Juan Verde, vecino de Triana? ¿Juan Rodríguez Bermejo, de Sevilla, era Juan Rodríguez, de Triana? ¿El Verde y el Bermejo servían para distinguir a dos Juanes, que acaso se apellidaban Rodríguez y que eran de Triana?

Para Miss Gould, después de haber vivido tantos años sin abandonar la compañía de aquellos marineros, no sería difícil que Rodrigo de Triana fuese Juan de Triana, vecino de Moguer, o Juan de Sevilla, vecino de Palos, o los dos a la vez. . .

¿Con este marinero tuvo Colón lucha por el juro de las albricias?

Nueva duda.

*Estando Cristóbal Colón en el castillo de popa— escribe Las Casas—, con los ojos más vivos hacia adelante que otro, como que fue más cuidado dello tenía, porque más le incumbía que a todos, vió una lumbre, aunque tan cerrada o añublada, que no quiso afirmar que fuese tierra; pero llamó en secreto a Pero Gutiérrez, repostero de estrados del rey, y díjole que parecía lumbre, que mirase él lo que le parecía, el cual la vido, y dijo que lo mismo le parecía ser lumbre; llamó también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que los reyes habían dado cargo de ser veedor de toda la armada, pero no la pudo ver. Después se vió una vez o dos, y dízque era como una candelilla que se alzaba y bajaba. Cristóbal Colón no dudó ser verdadera lumbre, y, por consiguiente, estar junto a la tierra, y así fué.*

Entonces dió aviso a los veladores de proa para que no se descuidasen. Y la *Pinta*, que llevaba siempre la delantera, "vido la tierra, que estaría dos leguas, a las dos horas después de media noche". Pero los diez mil maravedís de juro fueron adjudicados a Colón, juzgando los reyes que, "pues él había visto primero la lumbre, fué visto ver primero la tierra".

Aquí parece que la lucha se entabla entre Colón y Rodrigo de Triana. Pero Gonzalo Fernández de Oviedo, que escribe años después, y que probablemente se inspira en el rumor público, y no en los papeles de Colón, como Las Casas, hace reclamante del juro a un inidentificado marinero de Lepe, víctima del albalá que para adjudicar el juro de las albricias expidieron los reyes el 24 de mayo siguiente.

El pasaje de Oviedo cuenta los hechos con estos pormenores:

*Andando assí, un marinero de los que yban en la capitana, natural de Lepe, dixo: "¡Lumbre! ¡Tierra!" E luego, un criado de Colón llamado Salcedo, replicó diciendo: "Eso ya lo ha dicho el Almirante, mi señor". Y en continente Colón dixo: "Rato ha que yo lo he dicho, y he visto aquella lumbre que está en tierra". Y assí fué: que en jueves, a las dos horas después de media noche, llamó el Almirante a un hidalgo, dicho Escobedo, repostero de estrados del rey Católico, y le dixo que veía lumbre. Y otro día de mañana, en esclareciendo, y a la hora que el día antes había dicho Colón, desde la nao capitana se vido la isla que los indios llaman Guanahani, de la parte de la tramontana o norte. Y el que vido primero la tierra, quando ya fué de día, se llamaba Rodrigo de Triana, a once días de octubre del año ya dicho de mil e quatrocientos y noventa y dos. . . Aquel marinero que dixo primero que veía lumbre en tierra, tornado después en España, porque no le dieron las albricias, despechado de aquesto, se pasó en Africa y renegó de la fe. Este hombre, segund yo oy decir a Vicente Yáñez Pinzón y a Hernán Pérez Mateos, que se hallaron en este primer descubrimiento, era de Lepe, como he dicho.*

Oviedo distingue. Su leyenda de dos marineros: el de Lepe, que viaja en la *Santa María*, y ve la lumbre; el llamado Rodrigo de Triana, que ve la tierra. El conflicto no surge entre Colón y Rodrigo de Triana, como parece indicarlo Las Casas. Según Oviedo, las pretensiones que se oponen son las de Colón y el marinero de Lepe.

Con los datos encontrados hasta hoy, la seña conocida sólo conviene a Pero Izquierdo, que, acompañado de Alfonso Clavijo y Juan Moguer, había tomado parte en la evasión de Bartolomé Torres, preso por homicidio. Este reo y sus amigos, condenados también a muerte, invocaron el beneficio de la cédula, que mandaba suspender cualquier acción judicial o la ejecución de las penas en favor de los que quisieran ir al viaje de Colón.

Aquí vemos el origen de la leyenda que hace galetotes a los tripulantes de las inmortales carabelas: sólo Colón tiene arrojado para la expedición suicida, y los que le acompañan van cargados de grillos.

Pero la investigación descompone aquella masa humana. Como en todas, hay animosos y cobardes.

Hay buenos y malos. Cuatro hombres representan el elemento que sale de una cárcel. No van forzados, sin embargo. Aceptan los peligros del viaje a cambio de una remisión de culpas.

¿Cuáles son éstas?

Bartolomé Torres ha matado. No conocemos la naturaleza y circunstancias del hecho ejecutado por él.

Sólo sabemos algo que le abona. Por librarle, tres amigos suyos quebrantan la cárcel de Palos y son condenados a muerte.

Uno de los sentenciados es Pero Izquierdo, y ciertos indicios parecen darle derecho a figurar como víctima en el oscuro episodio del conflicto con el Almirante.

## VII

La expedición se encontraba en un archipiélago coralino compuesto de 36 islas, 687 cayos y 2.414 rocas.

A las primeras luces de la mañana del viernes, 12 de octubre, el Almirante saltó a tierra en la barca armada, con los capitanes de la *Pinta* y la *Niña*. Estaban en una isleta, que creyeron oír designar con el nombre de *Guanahani*. Llevaban la bandera real y dos de la Cruz Verde, con las iniciales de los Reyes Católicos. En presencia del escribano Rodrigo de Escobedo, el Almirante tomó posesión de aquella tierra, poblada de gentes desnudas.

Guanahani se ha perdido. Su identificación ha dado lugar a las más gratuitas conjeturas. Geógrafos historiadores y aficionados se engolfan en sutilísimas disertaciones. Después de estudiar el archipiélago y de señalar con la exactitud más minuciosa todas sus partes los especialistas han logrado formar cinco candidaturas a la preeminencia de isla del descubrimiento. Estas candidaturas son la del Gato, la de Samana, la de Mayaguana, la de Gran Salina y la de Watling. El comodoro Alexander Slidell Mackenzie es el paladín del Gato: Don Martín Fernández de Navarrete, el de Gran Salina; el marino inglés Becher defiende los derechos de la isla de Watling; el capitán G. V. Fox sostiene los de Samana, y el historiador brasileño Varnhagen aboga por Mayaguana.

Colón había dicho: "Esta isla es bien grande, y muy llana, y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que place de mirarla". Había hablado también de "una gran restinga de piedras que la cerca todo al rededor". Y por último había observado que "entre medias queda hondo y puerto para cuantas naos hay en toda la cristiandad", aunque "la entrada dello es muy angosta".

Era necesario encontrar una isla que tuviera laguna, restinga y puerto. . . A unas les falta gran laguna; a otras, restinga entera; a todas, puerto de tal capacidad. No importa. La laguna se ha secado. Para restinga basta con media o cuarta, pues el Almirante no bojó acaso toda la isla. Y respecto del puerto, hay que hacer un margen para las hipótesis colombianas.

Al acercarse el Tercer Centenario fué preciso

elegir entre todas las candidaturas viables y hacer una consagración definitiva. Había espíritus que dudaban. Los grupos de hombres resueltos y afirmativos presentaban razones muy sólidas en favor de la isla predilecta, pero ninguna de estas razones era concluyente. ¿A qué isla inclinarse para el otorgamiento del premio jubilar?

“Ces difficultés n'étaient pas faites pour ébranler le *Herald* de Chicago, déterminé à réussir là au tant d'excellents esprits avaient échoué—dice Mr. Harrisse en una de sus sátiras colombinas—, Le journalisme a des raisons que la raison ignore, et l'ordre fut donné d'expédier incontinent une caravelle bien équipée, avec tout ce qu'il faut pour écrire. Nous ne savons pas si on embarqua aussi une somnambule, mais, de fait, vingt-quatre heures après avoir appareillé du port de Nassau, le navire qui portait le journaliste et sa fortune arriva en ligne directe sur le lieu même. C'est dans l'île Watling, par 23 degrés 28 minutes de latitude nord et 74 degrés 28 minutes 8 seconds de longitude ouest, méridien de Greenwich”.

Los expedicionarios de Chicago levantaron un monumento y dejaron una inscripción con las siguientes palabras:

ON THIS SPOT  
CHRISTOPHER COLUMBUS  
FIRST SET FOOT ON THE SOIL OF  
THE NEW WORLD  
ERECTED BY THE  
CHICAGO HERALD  
JUNE, 15, 1890

¡En este lugar desembarcó el almirante! El diario de Jerópolis—o Porcópolis, como llama Paul Bourget a Chicago, cometiendo una incorrección gramatical—señala el punto con tal precisión que situó su monumento a ciento ochenta y dos metros—ni uno más ni uno menos—del sitio en que Colón pisó por primera vez las tierras del Nuevo Mundo, Mr. Harrisse dice: “Peut-être y virent-ils encore l'empreinte de ses pas”.

## VIII

Abandonemos estas frivolidades. En el Gato, en Samana, en Watling o donde fuera, Colón tenía un problema que nos interesa seguir.

¿A qué parte del mundo había llegado?

Desde el 12 de octubre de 1492 hasta su muerte—acaecida en Valladolid, catorce años después, y cuando ya había conocido todas las Antillas, el delta del Orinoco, parte de la costa de Venezuela y la de la América Central por el lado del mar Caribe—, Colón persistía en afirmar que esos países pertenecían al mundo de Marco Polo. La extensión del Océano Pacífico no tuvo existencia para él, ni podía tenerla. Pero tampoco admitió que se levantase a su vista el muro de insospechadas realidades que los contemporáneos miraban con curiosidad y duda, como se mira todo lo desconocido y enigmático.

Colón hizo de sus noticias un sistema, y el sistema se convirtió en obsesión. Torturando los hechos, procuraba empeñosamente mantener un engaño del que todos

salieron menos él.

No era en Lisboa, ni en Sevilla, ni en Salamanca, donde más bien pudo haber abandonado su falsa representación del Universo. Era en aquel Mundo Nuevo, que él nunca vió como tal. A cada instante renovaba con insistentes afirmaciones una actitud, que si en principio era comprensible, y se comprende, pocos años después nadie lograba entender. Esto es literalmente exacto. Y voy a presentar hechos que lo demuestran con palmaria evidencia.

El domingo, 21 de octubre de 1492, andando entre aquellas islas, “que no podría ver por menudo en cincuenta años”, pretendía rodear una de tantas, llamada por él la Isabela, para hablar con el rey de ella y ver si lograba haber una gran cantidad de oro que tenía, como le aseguraban. Pero su mayor empeño no era éste, sino “partir para otra isla grande mucho”. Colón dice: “Creo que debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman Colba—y era Cuba—, en la cual dicen que ha naos y mareantes”. . . Después de que visitase esa isla y la de Bohío, una de las más grandes, y en hallando recaudo de oro y de especias, iría sin tardanza a la tierra firme y a la ciudad de Guisay—la Quinsay de China—para que lo más pronto posible recibiese el Gran Can las cartas de los Reyes Católicos.

El martes 23 de octubre dice Colón: “Quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo que debe ser Cipango”. . . Y el día 24 habla de un modo igual: “Esta noche, a media noche, levanté las anclas de la isla Isabela, del cabo del Isleo, que de la parte del norte, a donde yo estaba posado, para ir a la isla de Cuba”. Esta isla de Cuba, afirma “es la isla de Cipango, de que se cuentan cosas maravillosas, y en las esferas que yo ví, y en las pinturas de mapamundos, es ella en esta comarca”.

Pero el día 30, Cuba es tierra firme para Colón. Y el Rey de aquella tierra tenía guerra con el Gran Can, al cual llamaban Cami. El día 1o. de noviembre, Colón habla de este modo: “Y es cierto questa es la tierra firme, y que estoy ante Zaylo y Guinsay, cien leguas, poco más o menos, de lo uno y de lo otro, y bien se muestra por la mar, que viene de otra suerte que fasta aquí no ha venido, y ayer, que iba al norueste, fallé que hacía frío”. El P. Las Casas, desesperado, pone una nota diciendo: “Esta algarabía no entiendo yo”.

Pero saltemos diez años, esto es, del 1o. de noviembre de 1492 al 7 de julio de 1503. Escribe entonces en la isla Jamaica la célebre carta de relación de su cuarto y último viaje, durante el cual descubrió y exploró las costas de Centroamérica en el mar Caribe, y proponiéndose manifiestamente dejar perfecta obscuridad sobre su derrotero, declara que de los 150 individuos que le acompañaban, aun habiendo entre ellos “muchos suficientes para pilotos y grandes marineros”—son sus palabras—, “ninguno podía dar razón cierta de la ruta que tomó la ida y a la vuelta”. Arrastrados por vientos y corrientes, navegando por mares que, según él, eran desconocidos de todos, enfermo el descubridor durante la travesía, ninguno podría decir debajo de qué parte del cielo se habían encontrado. Sólo él sabía el *secreto*, pues sólo había “una cuenta y razón cierta de astrología”.

¡Sólo él sabía en dónde estaba Veragua! En la carta de relación: calla que anduvo quitando mapas y apuntes a los pilotos y marineros. A pesar de sus diligencias, uno de estos hombres, llamado Diego de Porras, pudo conservar su registro, modelo de exactitud, por el que se conoce aquel viaje aun en sus más pequeños pormenores. Y la carta de Colón queda como un testimonio de la perturbación extraña a que había llegado con su prurito de negar la evidencia geográfica.

Concluída la exploración de la América Central, los navegantes tocaron de arribada en la isla de Cuba. Colón calló este nombre y empleó el de Tierra de Mago, lindante con la de Catayo, suponiendo que así nadie se enteraría de su ruta. Ya para entonces hasta los pajes de las armadas sabían que Cuba no era tierra firme; pero Colón persistía en una nomenclatura engañosa. Todavía negaba el carácter insular de Cuba, fundándose en declaraciones notariales que había arrancado nueve años antes a los pilotos del segundo viaje, amenazándoles con penas corporales y pecuniarias para afirmar lo que ignoraban, puesto que no habían bojado toda la tierra de Cuba. Pero si esta afirmación juramentada, que, careciendo de base experimental, era nula cuando se hizo, nueve años después acusaba insania en quien la mantenía, pues ya desde 1500 corrían por Europa cartas geográficas en que constaba la forma insular de Cuba. Y es curioso que el autor de la primera de estas cartas, Juan de la Cosa, fuera uno de los que en 1494 tuvieron que ceder a la presión del Almirante para declarar sobre hechos no comprobados.

En esta misma relación de 1503—no igualada por su incoherencia y exaltación—afirma el Almirante que uno de los parajes de la América Central en que ha echado anclas dista diez jornadas del río Ganges. Andando esas diez jornadas se encontraba un mar en el que había naves con lombardas, gentes vestidas y guerreros armados de espada y coraza. "Parece que estas tierras están con Veragua, como Tortosa con Fuenterrabia o Pisa con Venecia".

No habiendo podido llegar hasta el Ganges, guardaba el secreto de la navegación. ¡Sólo él conocía la ruta!

## IX

Retrocedamos a los dos viajes anteriores. Durante el segundo, se hizo, el 12 de junio de 1494, la declaración referida sobre Cuba, con el apercebimiento de que se cortarían la lengua al que en cualquier tiempo dijese cosa diferente.

El tercer viaje de Colón dió principio en Sanlúcar de Barrameda, el día 30 de mayo de 1498. El Almirante llegó frente a una desembocadura del río Orinoco, y viendo la impetuósísima corriente que se precipitaba en el mar, dijo recordando los libros de las *Maravillas del Mundo*: "La Sacra Escritura testifica que Nuestro Señor hizo el Paraíso Terrenal, y en él puso el árbol de la vida, y dél sale una fuente de donde resultan en este mundo cuatro ríos principales: Ganges en la India, Tigris y Eufrates en (¿el Asia anterior?), los cuales aparta la sierra y hacen la Mesopotamia y van a tener en Persia y el Nilo, que nace en Etiopía y va en la mar en Alejan-

dría".

El Orinoco era el cuarto río. "Grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal". . . Se refiere a todos los indicios recogidos desde el primer viaje. El mundo no es redondo, sino puntiagudo, como pera. A partir de cien leguas de las islas Azores, los navegantes empiezan a subir. Las aguas noruestean, y es por eso. La temperatura, que debería corresponder a la del otro hemisferio, se hace cada vez más suave. Los hombres no son lanudos y negros como los de Guineez, sino más blancos que en cualquiera otra parte de las Indias, donde tienen la piel cobriza. "Yo no tomo quel Paraíso Terrenal sea en forma de montaña áspera, como el escrebir dello nos amuestra, salvo qué sea en el colmo, allí donde dije la figura del pezón de la pera, y que suba poco a poco, andando hacia allí desde muy lejos, se va subiendo a él".

No queda sino una alternativa. "Si aquel río, de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo".

Toda la geografía de Colón se cifra en estas palabras, que repite con frecuencia, y que cierran su testamento de explorador en 1503: "E el mundo es poco; el enjuto dello es seis partes; la séptima solamente cubierta de agua; la experiencia ya está vista, y la escrebí por otras letras, y con adornamiento de la Sacra Escritura (en el *Libro de las Profecías*, extraño monumento de exaltación mística), con el sitio del Paraíso Terrenal, que la Santa Iglesia aprueba".

Persiste en una "razón cosmográfica", que había sido todo el fundamento de su acción práctica, y que es de la mayor importancia para darnos cuenta de la ofuscación que le impide ver tierras distintas de las de Asia en las que va explorando.

He aquí su argumento: "Digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo, y que un grado de la equinoccial está 56 millas y dos tercios; pero esto se tocará con el dedo".

Ahora bien: no era el vulgo quien afirmaba que el mundo tenía más espacio. Esto lo afirmaban los sabios, por razones que dejaban fuera de discusión, como una vetustez inadmisibile, las 56 millas y dos tercios de Colón. Precisamente el vulgo estaba con el Almirante, y los técnicos, en el otro bando.

Desde mediados del siglo IV antes de Jesucristo, los griegos habían aceptado la esfericidad de la tierra, que se enseñaba en las escuelas, demostráronse con tres pruebas. Era la primera la eliminativa, por la que se excluían la forma cónica, la discoide, la paralelepípeda y otras. Empleábase también la prueba aproximativa del buque visto desde lejos. Pero la prueba final y decisiva era la de la proyección de la sombra de los eclipses. Los árabes tuvieron como favorita la prueba astronómica de la elevación de las constelaciones del hemisferio hacia cuyo polo se aproxima el viajero.

Una cuestión muy atendida y que preocupa a los observadores, era la de la medida del arco de meridiano para determinar la circunferencia de la tierra. Los resultados difieren, y, reducidos a kilómetros, van desde 74.000 que es el de Aristóteles, hasta el de 37,800 de Ptolomeo.

Si Colón hubiera sido versado en letras clásicas y hubiera podido estudiar directamente los autores anti-

guos, habría hecho un análisis personal de la cuestión. Tal vez hubiera tenido vacilaciones para emprender su viaje, a no ser que sólo se propusiera visitar las islas del Océano, como lo afirma Vignaud en su *Histoire de la Grande Entreprise*. Con todo, después de realizar el descubrimiento, la multiplicidad de cálculos lo habría llevado acaso a una actitud menos absoluta en presencia de las tierras occidentales. Pero Colón se había limitado a una lectura rápida y nerviosa de la *Imago Mundi*, obra del cardenal Pierre d'Ailly, escrita a principios del siglo XV, que prolongaba la extensión del Asia. Según el *Almagesto* de Ptolomeo, había 180 grados desde el extremo de la Península Ibérica hasta el extremo de las Sinas, midiendo hacia el levante. "Colón, engañado por una larga serie de falsas conclusiones—dice Humboldt—, aumentó este espacio hasta 240 grados. La costa oriental de Asia, por la que suspiraba, parecía avanzar hasta la Nueva California; bajo el meridiano de San Diego. Según esto, esperaba no tener que recorrer sino 120 grados de longitud, en vez de los 231 que realmente separan el rico centro mercantil de Quisay, en China, de los últimos extremos de la Península Ibérica".

Mucho se ha discutido la parte que en los planes de Colón haya podido tener el célebre astrónomo florentino Toscanelli. El erudito González de la Rosa sostuvo que no es histórica la supuesta correspondencia sostenida por Toscanelli con Cristóbal Colón. Esta tesis ha sido después mantenida con gran vigor por Mr. Vignaud en algunas de sus obras. No es el caso de exponer la cuestión. Baste decir que no era necesaria la opinión de Toscanelli para que Colón hubiera aceptado las bases en que fundó su empresa.

Existía una corriente, que podríamos llamar de *aproximación*, entre las tierras que Colón buscaba y las que iba a dejar. La *manzana* de Behaim, por ejemplo, era una interpretación del partido *proximista*. Colón navegaba ya mientras Behaim hacía su globo en Nuremberg. Pero los dos respiraron el mismo ambiente y leyeron los mismos libros: los dos acaso coincidían en insuficiencia de conocimientos y de métodos.

La medida del grado era una cuestión capital, y ya vimos que Colón le reducía considerablemente. El cálculo erróneo procedía del astrónomo árabe Alfagrán. En la *Vita dell'Ammiraglio*, libro atribuido a Don Fernando Colón, se lee: "Lo que hacía creer más al Almirante que aquel espacio fuese pequeño, era la opinión de Alfagrano y los que le siguen, que pone la redondez de la tierra mucho menor que los demás autores y cosmógrafos, no atribuyendo a cada grado de ella más que 56 millas y dos tercios, de cuya opinión infería que, siendo pequeña toda la esfera, había de ser por fuerza pequeño el espacio que Marino dejaba por desconocido, y en poco tiempo navegado, de que infería asimismo que, pues aun no estaba descubierta la fin oriental de la India, sería aquel fin el que está cerca de los otros por occidente". El error que sirvió para descubrir, fué más tarde causa de perturbaciones mentales que confinaban con la locura. "Adviértese—dice Humboldt—en lo poco que nos ha quedado de los escritos de Colón, así en lo que conservó su hijo como en su correspondencia con los soberanos y personas de la corte de Isabel, y en el bosquejo de la obra de las *Profecías*, que lo que más atormentaba su imaginación y lo que buscaba con mayor

empeño en las obras de los antiguos y en los cosmógrafos más inmediatos a su siglo, era la proximidad entre la India y las costas de España, el conocimiento de la grande extensión de Asia por el oriente, el número de islas ricas y fértiles que rodeaban las costas orientales del continente asiático, la pequeñez absoluta de nuestro planeta y la relación que en general presenta el área de las tierras y de los mares en la superficie del globo"

Si Colón hubiera querido ver las realidades situadas fuera de su sueño, habría atendido a trabajos como los que ejecutaban Antonio de Nebrija para determinar exactamente la milla romana, y habría adquirido la evidencia del considerable error en que incurre Alfagrán cuando da al grado una medida calculable sobre estas unidades. Pero Colón era tan poco cuidadoso tratándose de números, que a su vez confundió las millas romanas con las italianas.

Sería inhistórica puerilidad exigirle que al encontrarse en Cuba por primera vez, hubiera reducido a cifras la distancia que lo separaba del Japón, y que estando a 4,250 millas marinas de las costas occidentales de la Península Ibérica, supiese que le faltaban más de 7.000 millas para llegar al Japón, contándose como se cuentan 11.355 entre Lisboa y aquella isla, por el canal de Panamá.

Con iguales datos, o con los mismos que tenía Colón, otros navegantes tomaban una actitud bien distinta. Y en la propia España, sin salir de su gabinete, Pedro Mártir sonreía y el buen cura Bernáldez movía la cabeza cuando Colón les hablaba de su Cipango, de su Mago y de su Catay. Aquello estaba muy distante, y era un juego aceptar las proximidades que Colón soñaba, ya por mar, ya por tierra.

Hay que tender a la verdad íntegra. Si el Almirante fué, sin duda, inferior a la obra que realizó, hubo en él potencialidades íntimas que lo levantaron sobre sus insuficiencias de investigador, sobre sus desviaciones de místico insano, sobre sus asperezas de logrero y sobre sus faltas a la caridad como hombre. Sin darse cuenta, y aun contra su voluntad muchas veces, deja escapar las inspiraciones de su poderoso numen. Unificado con la naturaleza, la interpreta y la exalta con voz apasionada. El *Diario* del primer viaje, la relación del tercero, y, sobre todo, la del cuarto, dan testimonio de un poeta, informe y fragmentario, pero igual en grandeza a los más excelsos. Colón puede ser comparado sin desventaja a cualquiera de los cantores orientales de la Naturaleza. Su prosa descriptiva conmueve tanto como los pasajes más renombrados de la Biblia y de Homero. El barón de Humboldt, que era también un inspirado, fué acaso quien mejor cuenta se dió de esa parte antes desconocida del Colón íntimo, héroe glorificado por otros títulos que son falsos.

El Almirante, descubridor inconsciente del Nuevo Mundo, ha sido también el inconsciente fundador de una literatura genuinamente propia del Atlántico, adormecido en el mar de Sargazo, tempestuoso en la corriente del golfo de Méjico, asfixiante en el Ecuador térmico, de furias infernales en el Caribe; el fundador de una literatura que demanda genio para pintar la sonrisa del mundo antillano y la desconocida majestad que sobrecogió al viajero el día en que sus naves fueron azotadas en el golfo de Paria por el ímpetu colosal del Orinoco.



# Cristóbal Colón

## BIOGRAFIA DE KUNK-WAGNALLS

### CAPITULO I

#### “NON PLUS ULTRA”

La figura toscamente dibujada de una nave virando de vuelta al Mediterráneo en el estrecho de Gibraltar; y, debajo de esa figura, el lema *Non plus ultra* (“No más allá”). Tal era el concepto de la Europa medieval con respecto al océano Atlántico.

Conjuntamente con la desaparición de las antiguas limitaciones geográficas, Francis Bacon, hacia fines del siglo XVI, marca el cambio radical que se había originado en el mundo moderno:

El hecho de que pequeñas embarcaciones, al igual que cuerpos celestes, naveguen alrededor del mundo, constituye la felicidad de esta era. En estos tiempos ellos emplean justamente el *plus ultra* (más allá) donde los antiguos usaron el *non plus ultra*.

No fue Colón el primero que conmovió la creencia prevaleciente de que el gran desierto de agua al oeste de las Columnas de Hércules se hallaba cerrado aun para el más bravo marino, que el mismo se hallaba infestado de monstruos ante cuya furia debía zozobrar hasta la nave más gallarda, que no había otras tierras más allá de su peligrosa profundidad. Un viajero italiano, descendiente de una familia de mercaderes, condujo la mente de los geógrafos hacia un nuevo campo de especulación ante el cual se desmenuzaron gradualmente estas antiguas leyendas. El relato de las aventuras de este viajero, llamado Marco Polo, abrió el camino a futuros exploradores. No se arriesgó por las aguas del Atlántico, pero ya, doscientos años antes que Colón, se abrió camino por tierra, hacia Asia, penetrando ese continente pleno de misterios por una ruta orientada hacia el este desde el Mediterráneo. El relato que trajo consigo de las maravillas de Catay y de su gobernante, Kublai Kan, inflamó la imaginación de los hombres en forma jamás alcanzada en la historia de la exploración.

Hubo ciertamente mercaderes que sospecharon vagamente la existencia de una tierra desconocida.

Pero, en su mayor parte, el mundo europeo demostró escepticismo hasta que Marco Polo, al regresar de su maravilloso viaje a ese gran reinado oriental, por él denominado Catay, transformó la duda en creencia. No era solamente el relato de gloriosas aventuras lo que originó tal cambio; su narrativa estaba respaldada por un cúmulo tal de evidencias que aquéllos que habían concurrido para burlarse de él, se quedaron para escuchar y creer.

Marco Polo describió el país que yacía entre Europa y este maravilloso reinado entre lo conocido y lo hasta entonces desconocido. Y aquí comenzaron las desazones de espíritu para los cartógrafos, sus angustias de siglos, hasta que la extensión geográfica del mundo fue finalmente determinada en 1930 a raíz de la expedición del almirante Byrd al polo sur.

La historia de los viajes de Marco Polo, aun mutilada y modificada (a través de numerosas traducciones) por la distorsión de nombres que había dado a los lugares visitados por él, por las enmiendas de estudiosos modernos bien intencionados, se destaca hoy día como el primer ensayo adecuado de una verdadera representación del rostro de la tierra, la primera tentativa por abrirse camino a través de antiguas teorías teológicas que habían permanecido indiferentes frente al testimonio de viajeros. Sin embargo, en los días de Marco Polo, su relato estuvo muy lejos de lograr una aceptación universal. Sus descripciones eran tan asombrosas que, para muchos, resultaba una especie de barón de Munchausen mucho antes de que este inimitable aventurero conquistara un lugar en el mundo de la sátira y de los cuentos de hadas.

El retorno de Marco Polo a su antiguo hogar en Venecia es, en muchos aspectos, tan dramático como cualquiera de las historias que tenía para contar. Bronceado por el sol, cubierto por la extraña vestimenta de los tártaros entre los cuales había vivido durante tantos años, andrajoso a causa de su largo viaje, se presentó (un verdadero Rip Van Winkle) ante su familia y sus amigos, quienes hacía mucho tiempo lo habían dado por muerto. Cuando este andrajoso y canoso forastero

sostuvo que era Marco Polo todos se rieron de él. Pero el héroe de tantas aventuras, el confidente del mismo Gran Kan, permaneció impávido ante esta recepción. En cambio, ideó un plan que, a su juicio induciría a sus burlones parientes a reconocer su vínculo familiar.

Ofreció un magnífico banquete al que todos fueron invitados. Una riqueza y esplendor orientales fueron las características del asombroso ceremonial del que participaron sus curiosos e incrédulos parientes. El andrajoso pordiosero los acogió con gran dignidad, cubierto de lujosos atavíos. Una vez terminado el primer plato del banquete, ordenó que sus ropas fuesen hechas pedazos y apareció en otras aún más esplendorosas. Varias veces fue repetida esta operación para asombro de su parentela. Por último apareció ante ellos vestido como un caballero veneciano. Con un gesto teatral pidió los harapos que lo cubrían al regreso de su largo viaje. Rompiéndolos en pedazos, extrajo de ellos piedras preciosas de tal valor que sus convidados quedaron asombrados. Fue recién entonces (no se nos informa) si su vestimenta veneciana o su despliegue de riquezas los habían convencido) que los comensales reconocieron al hombre que se encontraba ante ellos y lo aclamaron como a su, hacía tiempo perdido pariente.

El libro de los viajes de Marco Polo no fue escrito como consecuencia de un determinado impulso de comunicar sus aventuras. Prefirió tener vivencias antes que escribir sobre ellas. Sucedió, empero, que algún tiempo después de su famoso banquete, Marco Polo fue hecho prisionero de guerra y arrojado a la cárcel donde permaneció durante un año. Fue a raíz de una afortunada casualidad que un compañero de encierro, enormemente entretenido por los relatos de Marco Polo, se propuso poner por escrito la totalidad de las hasta entonces deshilvanadas narraciones. Aliviado así de la penosa tarea inherente a la pluma y tintero, Marco Polo volvió a contar la historia de sus viajes, la que fue registrada por su amanuense admirador.

En primer término fueron relatados los viajes del padre y del tío de Marco. Eran mercaderes pertenecientes a una noble casa de Venecia. Por etapas graduales estos dos hombres llegaron a Catay mientras se encontraban en una expedición comercial. Aquí Kublai Kan los agasajó, escuchó con concentrada atención todo lo que tuvieron que contarle acerca de Europa, y finalmente expresó el deseo de que su pueblo se convirtiese a la fe cristiana. Por cuanto ni el padre ni el tío de Marco Polo reunían condiciones para esta tarea, a pedido del Gran Kan regresaron a Europa en procura de misioneros. Al cabo de dos años lograron hallar dos sacerdotes que se manifestaron complacientes en acometer la enorme tarea que se les ofrecía. Empero, ambos sacerdotes, desanimados por las dificultades del viaje o la naturaleza repugnante de los países bajo el dominio del Gran Kan, eventualmente se echaron atrás. Impertérritos, los dos mercaderes comenzaron de nuevo, acompañados esta vez por Marco Polo. Atravesando regiones hasta ese entonces desconocidas y que por muchos años no volverían a ser cruzadas por europeos, los viajeros llegaron a China por la ruta de Persia, a través del desierto de Gobi.

Marco Polo, a la sazón joven, ansioso, ambicioso, e interesado en todo lo que lo rodeaba, de inmediato

emprendió la tarea de aprender cuanto le fuese posible acerca de esta tierra maravillosa. El Gran Kan, impresionado por su energía y entusiasmo, lo tomó a su servicio, despachándolo a algunas de sus distantes provincias donde se esperaba que enderezara cualquier maraña que hubiese en los asuntos de estado. Tan observador y habilidoso era el joven veneciano que, con frecuencia, a su regreso de estos viajes podía contar al Kublia Kan muchas cosas que éste desconocía acerca de su propio imperio.

Naturalmente, el éxito de Marco Polo en estas expediciones aumentó el respeto y admiración de que gozaba. Se convirtió en un personaje de decidida importancia y riqueza entre este extraño pueblo.

Pasó el tiempo y Marco Polo comenzó a hastiarse del oriente. Su memoria se hallaba repleta de recuerdos de las maravillas que había visto y sus arcas estaban colmada con los tesoros que había acumulado. Ansiaba llevarse toda esta riqueza consigo a Venecia, pero esta ciudad parecía hallarse muy distante y comenzó a desesperar de volver a verla.

Se presentó entonces una oportunidad. El Kan de Persia había perdido a su esposa y ésta, en su lecho de muerte, había expresado la voluntad de que aquél contrajese nuevo enlace con una mujer oriunda del pueblo mongólico de donde procedía la moribunda. Se halló a una novia de diecisiete años de edad, sumamente hermosa, que era todo lo que podía apetecer un hombre, aunque fuese un Kan. Sobre Marco Polo recayó la orden de escoltar a la novia a la presencia de su futuro esposo. El viaje duró dos años y cuando la novia llegó finalmente a destino su prometido había fallecido y un nuevo gobernante ocupaba su lugar. Afortunadamente este último pareció contentarse con la hermosa mujer que le había traído Marco Polo. Una vez celebrado el matrimonio real se le permitió a Polo el regreso a Venecia como compensación por los servicios prestados.

Siguiendo con la historia de las exploraciones, poco tiempo después de Marco Polo surgió sir John Mandeville, quien compiló una crónica excelente de viajes por todo el mundo conocido de esos días. Su libro, así como el de Marco Polo, ejerció una poderosa influencia sobre la mente de la gente en cuanto a la posibilidad de aventurarse exitosamente por aquellas regiones del mundo que aún existían únicamente en la imaginación de un romancero o en alguna fábula de abuelas. Esta influencia recibió un impulso natural a raíz del advenimiento de Gutemberg y su trascendental invento: la prensa de imprimir. No obstante, aún prevalecía la antigua idea tal como fuera representada por el rudimentario grabado de la nave que regresaba al Mediterráneo. Las aventuras y descubrimientos de Marco Polo habían tenido lugar en el Oriente. Nadie había penetrado aún los ilimitados secretos de las aguas que se extendían hacia el occidente, más allá del peñón de Gibraltar, a pesar de que algún barco costero podría haberse dirigido al sur a lo largo de la costa africana, o hacia el norte hasta Escandinavia o hasta la Última Thule, Islandia.

Fue esta navegación costera del Atlántico lo que concentró la atención a mediados del siglo XV, del príncipe Enrique el Navegante, Gran estudioso de todo lo que se había logrado antes de su tiempo en materia

de exploraciones, el príncipe Enrique concibió la idea de llegar a Asia desde Portugal, navegando hacia el sudeste. Procedió a equipar naves, y expedición tras expedición, se aventuraron a lo largo de la costa africana, acrecentando poco a poco el conocimiento marítimo de esos días con lo que penosamente se iba logrando no sólo en esa costa, sino también en las Madeiras, las Canarias y las Azores, esas islas semi-míticas que yacían hacia el occidente en vastas aguas desconocidas. Finalmente los esfuerzos del príncipe Enrique por llegar a Asia, se vieron coronados por el éxito, tal como había esperado, al doblar el cabo de Buena Esperanza, Empero, ello tuvo lugar después de la muerte de este gran navegante portugués, y se debió a la decidida prosecución de sus planes, primero por Bartolomé Díaz y luego por Vasco de Gama.

Pero nadie había pensado en llegar a Asia, la Catay y el delicioso libro de Marco Polo, siguiendo una ruta occidental. El que la tierra era redonda no lo dudaban los científicos y estudiosos del siglo XV, Y a partir del siglo VI anterior a la era cristiana, este punto de vista era aceptado como la única explicación plausible de los diversos fenómenos físicos y astronómicos que se habían observado. Es cierto que algunos de los teólogos cristianos (San Crisóstomo, por ejemplo), habían expresado su oposición a esta teoría. En cambio, la misma era sostenida por otros, entre ellos San Isidoro y San Agustín.

En el siglo VIII el venerable Beda anunció su convicción de que la tierra y todos los cuerpos celestes eran esféricos, respaldando su creencia con hechos y argumentos que no fueron refutados seriamente por ninguno de los estudiosos o científicos que lo sucedieron. Siendo éste el concepto prevaleciente en cuanto a la forma del mundo, parece extraño ahora que nadie hubiese concebido la idea de cortar el nudo gordiano geográfico navegando hacia el Occidente a través del Atlántico. Los hombres esperaban llegar a Catay y al Gran Kan navegando hacia el sur. ¿Por qué no emprender viaje hacia el oeste en procura de esta tierra de ilimitados tesoros? Sin embargo, para lograrlo se necesitaba la osada imaginación de un hombre para quien lo desconocido constituía un cebo más bien que un obstáculo.

Hasta ese entonces, Enrique el Navegante y los exploradores que lo habían acompañado, se habían adelantado hacia el sur, centímetro a centímetro, a lo largo de la costa africana. Mediante pacientes esfuerzos estaban así ensanchando los límites de los conocimientos geográficos y esperaban llegar, tarde o temprano, hasta el propio Gran Kan. Los descubrimientos específicos que puedan atribuirse al príncipe Enrique no tienen gran importancia. A pesar de ello, fue su espíritu el que inyectó nueva vida a las actividades marítimas de sus días. Casi podría decirse que las exploraciones de mayor envergadura que habrían de producirse en el futuro se debieron a su entusiasmo y fe, así como a su ayuda práctica. Al igual que la mayoría de los hombres cuya visión trascendió la ignorancia reinante en la era en que vivieron, el príncipe Enrique sembró la semilla que otros cosecharían más adelante.

Su padre, el rey Juan, había hecho mucho para convertir a Portugal en una gran potencia, y durante

su vida había alentado a Enrique para que continuase en todas las maneras posibles, con sus exploraciones. En su lecho de muerte instó al Navegante a que no abandonase sus tentativas por agregar nuevos territorios a sus posesiones.

Los métodos seguidos por Enrique para la consecución del gran ideal de su padre no fueron realizados al azar, ni tampoco con un mero espíritu aventurero. En realidad guardaban una notable semejanza con las expediciones científicas de nuestros días. La meta perseguida por el príncipe Enrique era incrementar el conocimiento de los hombres tocante al mundo en que vivían. Con tal fin fundó una escuela naval para el estudio de la geografía, en la que se enseñaba todo lo conocido acerca de la materia, además de asignaturas tan prácticas como la preparación de mapas, el arte de la navegación, y el empleo de la brújula.

Siempre con la esperanza de descubrir nuevas tierras, el príncipe Enrique organizó una flota la cual, según se decía, estaba compuesta por los mejores barcos de su época. El creador de esta flota, a pesar de estar inspirado por un elevado ideal, no se mostraba dispuesto a correr el riesgo de perder cualesquiera beneficios materiales que pudiesen recaer sobre él o sobre su país como resultado de sus exploraciones. Por lo tanto se preocupó por obtener una bula papal concediendo a Portugal la propiedad de todas las tierras que fuesen descubiertas a raíz de sus esfuerzos.

Sería difícil exagerar la beneficiosa influencia del príncipe Enrique sobre los asuntos marítimos de su época. Eminentemente científico en sus aspectos, sus enseñanzas y ejemplo hicieron mucho por privar de sus terrores a lo ignoto. Fue en su escuela naval que muchas de las ridículas supersticiones de su tiempo fueron reemplazadas por una apreciación razonable de la realidad del mundo que yacía justamente más allá del conocimiento inmediato de Europa. Bajo su enseñanza los marinos fueron perdiendo el temor a la realización de largos viajes. Dispersando sus vagos recelos infundió coraje y conocimientos prácticos a muchos de sus acompañantes relativos al arte de la navegación. Si éstos no alcanzaron la meta por el esperada, por lo menos quedó allanado el camino para los que los sucedieron. No intentaron sondear las regiones desconocidas; la hora no había llegado aún para izar velas y emprender viaje por un océano sin límites que había sido pintado por la tradición y los temores imaginarios de la humanidad, como algo increíblemente peligroso, casi seguramente fatal. Esta proeza quedaba reservada para el más grande de los viajeros contemporáneos del príncipe Enrique (o, en ese aspecto de todos los tiempos) Cristóbal Colón.

## CAPITULO 2

### DESDE LA PUERTA DE SAN ANDRES

Era un muchacho de cara pecosa, rubio, de ojos azules, alto, ancho de hombros, y de porte bien erguido. Con él, sus dos hermanos, ambos de menor edad; el más joven, por sus maneras y su aspecto físico, predestinado a convertirse en un estudioso de gabinete más que en un activo hombre de mundo; el otro, un pequeño hombrerito, activo, ansioso, o sea del tipo que se torna en un práctico conocedor de la vida.

A mediados del siglo XV estos tres niños jugaban en la calle Vico Dritto di Ponti Cello, una de las más pintorescas de Génova, aún existente con su caprichosa arquitectura y pequeñas casas angostas y altas como lo estaban hace cuatro siglos. El mayor de los tres hermanos que vivían en aquella calle, en esa lejana época, era Cristóbal Colón, primogénito de Domingo Colón, el cardador de lana, y Susana Fontanarosa.

Domingo Colón tenía un negocio próspero no sólo en su oficio, sino también en otras actividades comerciales fuera de Génova, siendo la principal de ellas la explotación de una taberna en Savona. El hogar de la familia Colón y lugar de nacimiento de Cristóbal, sin embargo, no se encontraba en un suburbio genovés, sino en esa curiosa callejuela de antiguos rascacielos, la Vico Dritto, dominada por la antigua y extraña Puerta de San Andrés. Los viajeros que visitan esa calle hoy día quedan impresionados no sólo por su angostura, sino también por la altura de sus casas algunas de las cuales tienen hasta ocho pisos, de modo que el panorama general ofrecido a la vista tiene cierta semejanza con el de un diminuto desfiladero.

No existe seguridad respecto a la casa exacta en que nació Colón, pero una persistente tradición local indica que la morada en la cual él y sus hermanos pasaron su juventud era la que ostenta el número 37, cercana a la Puerta de San Andrés que actualmente está poco menos que en ruinas. En cuanto a la fecha de nacimiento de Cristóbal, el año 1451 parece ser más favorecido que otros por sus biógrafos, aún cuando varios de éstos se muestran inclinados a fijar este interesante evento casi unos veinte años antes de dicha fecha.

La Italia en que creció Cristóbal Colón estaba atravesando un pintoresco período de arte y novelería. Ni los historiadores ni los poetas se cansan jamás de contar sus maravillas; tampoco han dejado exhaustas las posibilidades ofrecidas por dicho país en cuanto a espléndidos cuentos de aventuras. El hogar del joven Cristóbal se encontraba en una calle abigarrada, plena de casas multicolores. En el primer piso de cada una de estas moradas había una tienda en la que se exhibían mercaderías tales como frutas, hortalizas, vinos y vestidos. En el puerto había embarcaciones de todos los países conocidos del mundo: barcos destinados al comercio, pertrechados para largas expediciones, de guerra, pestquequeros, etcétera.

Génova era una ciudad de contrastes. No obstante su deslumbrante colorido, sus ruidos, su suciedad y su confusión, contaba con iglesias, maravillas de gracia y majestad, donde se guardaban inapreciables obras de arte de los grandes maestros.

Italia había conocido a los Médici y más adelante conocería a los Borgia. Había redescubierto la belleza y el mundo había participado de su prodiga riqueza. Estudiosos y artistas, raramente igualados desde entonces, se codeaban por las calles con campesinos cuya superstición e ignorancia no conocían límites. La gran masa del populacho se hallaba familiarizada con la brújula y la magia negra. Los crédulos temían lo que no podían comprender. Aún tendría que hacerse sentir la influencia liberadora del conocimiento organizado, cada vez más profundo, de la tierra tal como ella es, pero dicha influencia se encontraba allí, potencialmente, en las na-

ves ancladas en el puerto.

En la época en que los tres hijos de Domingo Colón vivían en Vico Dritto, Génova atraía, quizás en mayor grado que cualquier otra ciudad del mundo, al marinero del Mediterráneo. Lo romántico y la aventura constituían el tópicos de las conversaciones diarias en sus muelles, en sus tiendas, en sus calles, y en sus tabernas. La imaginación evoca el interés, la avidez con que los tres niños de Colón deben haber recogido la chismografía de los mercaderes que volvían a Génova, y compartido las esperanzas y ambiciones de aquéllos que habían zarpado de ese pequeño puerto marítimo en procura de nuevos descubrimientos en el gran mundo hacia el oriente y el occidente de Italia.

Durante este período Cristóbal se desempeñaba como aprendiz en el negocio de su padre, tanto en la misma Génova que el niño aprendió sus primeras letras y de allí, habiendo demostrado aptitud para estudios vinculados a asuntos marítimos, pasó a la universidad de Pavia.

En esta ciudad Cristóbal se familiarizó con aquellas ciencias que, más adelante tanto beneficio habrían de reportarle durante sus viajes: la cosmografía, la astronomía. Y luego, después de una brevísima permanencia en la universidad, el niño (puesto que aun no había cumplido los 14 años de edad) retornó a Génova a raíz de los reveses comerciales de su padre.

Pero Cristóbal no prolongó su estadía en Génova ni en la taberna de su padre en Savona. En cambio, se hizo por primera vez a la mar y durante casi una década a partir de entonces, son confusos y contradictorios, en mayor o menor grado, los informes relativos a su vida como marino. Es probable que haya desempeñado cierto papel en los combates navales librados por el duque de Calabria a fin de recuperar, para su padre, el duque René de Provenza, el reinado de Nápoles. Eventualmente, después de numerosos viajes entre puertos a lo largo del Mediterráneo, Colón se encontró en Lisboa, la meta ansiada por los marineros de la Europa de esa época.

Más o menos para ese entonces, ya sea antes de llegar y radicarse en Lisboa, o poco más tarde, Cristóbal hizo un viaje hacia el norte que lo llevó hasta Islandia. Su hijo y futuro biógrafo, de nombre Fernando, cita el siguiente párrafo en una de sus cartas:

En el mes de febrero y el año de 1477 navegué a un punto tan lejano como la isla de Tile (Thule), una distancia de cien leguas, y a esta isla, que es tan extensa como Inglaterra, los ingleses acuden con mercaderías; y cuando me encontraba allí el mar no se hallaba helado a pesar de que había mareas sumamente altas, tanto que en algunas partes el mar se elevaba 25 brazas y descendía otro tanto, dos veces al día.

La descripción se ajustaba, sin duda, a Islandia, y uno se pregunta si de algún modo fortuito, encontrándose en esta "Isla de Tile", Colón oyó algo acerca de las exploraciones hechas por Eric el Rojo y Leif Ericson por las costas de Groenlandia y Vinlandia.

Pero los viajes de Eric y su arriesgado hijo habían tenido lugar alrededor de quinientos años antes de que Colón visitara Islandia, y por cuanto los recuerdos de

los mismos, si es que existían, estaban viciados por la vaguedad que rodeaba a una antigua leyenda, no es probable que un joven—Colón no era más que en eso en aquellos tiempos—hubiese escuchado relatos de estos viajes primitivos hacia el ignoto occidente. Si hubiera estado familiarizado con los descubrimientos de los vikingos, seguramente hubiera hecho uso de esta información en sus argumentos empleados más tarde para justificar la proyectada ruta hacia el oeste a través del Atlántico. Pero como nunca se refirió en manera alguna a las sagas islandesas que contenían relatos de estos antiguos viajes, y como, además, eligió la ruta del suroeste a través del Atlántico en lugar a la del noroeste seguida por Leif Ericson, se hace difícil creer la suposición de que Colón recogiera algunas provechosas murmuraciones durante su permanencia en Islandia tocante a las tierras vistas y olvidadas, así como los océanos atravesados por los valientes escandinavos de antaño.

De regreso en Portugal no pasaron muchos días antes de que Cristóbal hiciese un descubrimiento que habría de ejercer una profunda y duradera influencia sobre todas sus empresas futuras. Hasta ese momento no existe constancia, ni tradiciones, de que hubiera en su vida nada parecido a un romance. En Génova, trabajaba duramente como aprendiz en el negocio de su padre; en la universidad de Pavia se hallaba demasiado absorbido por estudios abstrusos como para notar ni el vuelo de ni el color de un pájaro, y durante sus viajes por el Mediterráneo había vivido tan activa y agitadamente que no le había quedado tiempo para la clase de amorío que lo esperaba en Portugal, pues fue precisamente aquí donde conoció a Felipa Muñiz Perestrello, la mujer que sería luego su esposa.

En ese entonces Cristóbal se encontraba en la flor de su juventud. Era rubicundo, de cabello rojizo, grande y poderoso; de cuerpo, y poseía cierta seriedad y entusiasmo que daban vida a su fisonomía, distinguiéndolo de los jóvenes apuestos corrientes. El héroe y la heroína cambiaron miradas por primera vez mientras se encontraban en misa. Inmediatamente después fueron presentados entre sí por un amigo común. Cristóbal no perdió nada de tiempo en declarar su admiración y afecto por la joven dama; audacia y apuro éstos que, en cierto modo, desconcertaron a los parientes de la hermosa mujer.

Se trataba de la antigua historia de siempre tan cara para innumerables romanceros. Felipa pertenecía a una familia aristocrática, mientras que Colón era nadie. Era un extranjero, un joven sin recursos apreciables que había sido atraído a Lisboa como tantos otros jóvenses de esos días, acuciados por la promesa de grandes aventuras. Pero doña Felipa era la hija nada menos que de Bartolomé Perestrello, a quien el príncipe Enrique el Navegante había nombrado gobernador hereditario de esa deliciosa isla de las Madeiras llamada Puerto Santo.

Fue esta una oportunidad brillante para el osado joven genovés quien la supo aprovechar al casarse con la bella señorita a pesar de la oposición de toda su parentela.

Fue a raíz de este matrimonio que Cristóbal trabó contacto inmediato y en cierto modo íntimo con las actividades del Gran Navegante, Aunque Bartolomé, en quien había recaído el nombramiento original del prín-

cipe Enrique, hacía mucho que había fallecido, su familia había continuado su vinculación "hereditaria", con los asuntos de Puerto Santo.

En consecuencia, poco después de su casamiento, Cristóbal y su esposa hicieron su primer viaje a dicha isla. Esta era uno de los recientes descubrimientos resultantes de las muchas exploraciones del príncipe Enrique, y sus primeros colonos habían sido establecidos allí por el padre de Felipa. Se trataba de una tierra idealmente preciosa, de clima semitropical, y plena de todo el encanto y variedad brindada por una vegetación exuberante.

Establecidos aquí en su nuevo hogar, la vida de la joven pareja se desarrollaba en forma totalmente tranquila y, luego, sumamente provechosa, puesto que fue durante su permanencia en Puerto Santo que Cristóbal prosiguió los estudios geográficos que desde hacía tanto tiempo embargaban su mente. A fin de atender sus necesidades pecuniarias inmediatas se dedicó a la preparación de mapas, negocio en el cual había concentrado su atención intermitentemente durante los intervalos de las actividades más agitadas representadas por sus viajes por el Mediterráneo y las costas occidentales desde Europa y Africa. Pero ahora existía la oportunidad de realizar una cuidadosa tarea de investigación y abordar con firmeza las diversas cuestiones prácticas que forzosamente tendría que confrontar el explorador en ciernes de tierras lejanas.

Por intermedio de su esposa, Cristóbal se posesionó de muchos de los documentos y cartas que habían llegado a manos de Perestrello mientras se encontraba al servicio del príncipe Enrique el Navegante. Aparte de este cúmulo de información proveniente de la lectura de estos viejos papeles, existía una fuente mucho más fértil de conocimientos prácticos a aprovecharse, los relatos de viajes lejanos hechos por muchos de los marinos que recalaban en Puerto Santo.

Se trataba de una existencia ideal para un hombre dotado de la imaginación y la sagacidad especulativa que conducen a nobles hazañas, llevándolo luego a esa gran empresa a la que se dedicó Colón con entusiasmo, ya que fue precisamente en Puerto Santo donde adquirió la fe que jamás lo abandonaría, la que finalmente le permitió salvar todos los obstáculos y que culminó con el descubrimiento de un nuevo mundo.

## CAPITULO 3

### LA VOLUNTAD DE CONQUISTA

El mundo marítimo de aquellos días estaba pleno de leyendas y tradiciones cuyos ecos alcanzaron la activa época de Isabel y de Shakespeare, en Inglaterra:

Donde de vastos antros y vanos desiertos,  
Erizadas canteras, rocas y colinas cuyas  
cabezas tocan el cielo. . .

Y de los caníbales que entre sí se devoran,  
Y de antropófagos y hombres cuyas cabezas

Crecen por debajo de sus hombros.

Hasta las islas Madeira tenían su linda leyenda para darles un toque romántico. Cuenta esta leyenda que en los lejanos tiempos de Eduardo III de Inglaterra una joven y hermosa dama, prototipo de las heroínas, estaba condenada a casarse con un noble que, naturalmente, era el elegido de la familia de aquella, pero que de ninguna manera se ajustaba al ideal de la propia dama. Como sucede siempre en estos casos, esta joven había entregado su corazón a alguien que reunía todas las virtudes propias de un héroe.

Robert Machin se llamaba el caballero y por cuanto su amor por Ann Dorset era bien conocido por los padres de la dama, y además se lo consideraba de un temperamento atolondrado y licencioso, se buscó la manera de encarcelarlo hasta que se hubiese consumado el odioso casamiento con el noble. Pero los planes de los parientes suelen a veces fracasar. Después de haberse desposado el malvado noble con la preciosa Ann, Robert, el héroe de la historia, fue liberado de la prisión. Para asombro de todos, tan pronto hubo obtenido su libertad reunió una banda de amigos suyos quienes habían jurado reparar el mal, y lograron secuestrar a la infeliz novia mientras paseaba por el parque de su esposo, ubicado justamente en las afueras de la ciudad de Bristol. Hecha la captura, Ann fue llevada aprisa a bordo de un buque en el canal de Bristol, zarpando con su amante hacia el suroeste. Era su intención llegar al puerto más próximo de Francia, pero para su desgracia, la nave se encontró con un fuerte huracán contra el cual resultó imposible ganar terreno.

Durante trece días los amantes fueron arrastrados fuera de su ruta por el viento, llegando finalmente a un mar desconocido, lejano de los puertos de Francia, España y Portugal que, de acuerdo con sus cálculos, se encontraría en dirección suroeste con respecto a las Columnas de Hércules, frente a algún punto de la costa africana. De esta manera, piloteados por los vientos y las mareas llegaron a una isla desconocida que a ellos les pareció el mismo paraíso, tan pleno de trinos de pájaros se hallaba el aire, tan vistoso colorido ofrecía la costa con sus arbustos y enredaderas en flor. (En realidad, los antiguos historiadores una vez que hubieron comenzado con las admirables cualidades de esta isla ubicada en el lejano Atlántico, dieron rienda suelta a su imaginación y crearon una fauna y una flora dignas de la envidia del más entusiasta naturalista).

De esta manera todo resultaba tan hermoso y maravilloso como se hubiera podido desear, por lo menos al principio. Se tendió un campamento y se trazaron los planes para una colonia permanente en la acogedora isla. Y luego, como suele suceder cuando los romanceros toman parte en estos asuntos, surgió otra devastadora tormenta, resultando destruída la nave que había transportado a los amantes, así como todas las provisiones con que contaban para su sustento.

A raíz de estas manifestaciones de ira divina, un terror devorador se apoderó del corazón de Ann provocando su muerte. Y luego en un lapso de cinco días, su amante resultó convertido en piedra, siendo enterrado junto a ella.

Posteriormente a este trágico acontecimiento sus amigos lograron construir una nave (ies maravilloso como pueden lograrse tales cosas en el mundo mágico de

las novelas! ) y al cabo de muchas vicisitudes pudieron desembarcar en la costa de Marruecos. Allí fueron presuntamente capturados por piratas (siempre a la pesca de tal clase de presa en esos días) y, pasando de manos de un caudillo a otro, finalmente encontraron a un piloto español a quien relataron la historia, con toda su secuela de maravillas, acerca de la misteriosa isla ubicada al oeste. Por intermedio de dicho piloto la historia llegó, eventualmente, a oídos del príncipe Enrique de Portugal el que, entusiasmado por la misma, izó velas y descubrió Madeira.

Tenemos luego esa maravillosa Isla de las Siete Ciudades, vista periódicamente por los habitantes de las Canarias, a unas noventa leguas al oeste de Madeira. Estos isleños declaraban que siempre que la atmósfera acusaba diafanidad podía verse en el horizonte una isla que abundaba en altas montañas. Tan persistente era esta historia que el emperador rey de Portugal aprontó una expedición; pero siempre, justamente cuando los marinos abrigan la certeza de que habían llegado a ella, la isla los eludía, desvaneciéndose en el aire. A pesar de la imposibilidad del rey portugués de desembarcar en la isla persistió la creencia de su existencia. Se explicó que se trataba de la Isla de las Siete Ciudades por cuanto siete obispos habían huído de España durante las guerras entre los españoles y los moros invasores, y al llegar a la isla habían fundado siete ciudades suntuosas, las cuales ¡ay! aún esperan ser descubiertas.

Otra isla esquiva que jamás ha permanecido en su sitio el tiempo suficiente como para ser descubierta y anexada a alguna potencia europea, recibió el nombre de San Brendan, obispo islandés del siglo VI. Estaba, además, la isla Brasil, al oeste del cabo de San Vicente, conjuntamente con las islas de San Jorge, Isola, Di Man y Royllo, todas ellas islas de ensueño y, al igual que el afamado y fabuloso continente perdido de la Atlántida, ricas en promesas, exigiendo ser descubiertas en los días en que los inquietos marinos de Italia, España y Portugal buscaban una ruta corta y fácil que los condujese a las glorias y riquezas tan maravillosamente descritas por Marco Polo.

Con toda seguridad Cristóbal Colón se hallaba familiarizado con estas historias del mar; todo marino que desembarcaba en Puerto Santo sabía uno o más de estos cuentos para contárselos. Pero Colón era un hombre demasiado dado a la investigación en la ciencia de sus días como para basar su teoría de las posibilidades de descubrimiento hacia el occidente, en la irresponsable imaginación de un marinerero.

La mejor de estas historias es una que concierne al propio Colón. Este asombroso ejemplo de cuento marinerero (ya que tiene todas las características de chismografía y nada más) se denominaba *La Historia del piloto perdido*. Al parecer, este piloto formaba parte de un grupo de cinco naufragos que lograron llegar a la bahía de Funchal en la isla de Madeira. Sucedió que Cristóbal Colón había dejado su hogar en la vecina isla de Puerto Santo para pasar una breve temporada en Funchal. Mientras vivía allí tuvo ocasión de presenciar la llegada a puerto de estos desdichados marinereros, y siendo de naturaleza hospitalaria, los acogió en su casa. Empero, como consecuencia de sus prolongadas privaciones, enfermedades y falta de alimentos, esto marinereros se en-

contraban demasiado débiles como para sobrevivir mucho tiempo después de su arribo a Madeira. Fueron muriendo uno tras otro hasta que quedó solamente el piloto, llamado Alonso Sánchez.

Alonso subsistió algunos días después de la muerte de sus compañeros, en estado de delirio la mayor parte del tiempo. Poco antes de producirse su muerte mandó llamar a su anfitrión y le contó todo lo que les había sucedido a él, y a sus compañeros (originariamente habían formado parte de una tripulación de diecisiete hombres) en su fatídico viaje por el Atlántico.

De esta historia surgiría que Alonso había zarpado de un puerto de España para dirigirse ya sea a Inglaterra o a Flandes. Una vez traspasado Gibraltar se había enfrentado con un terrible huracán al cual no había podido vencer. Durante veintiocho días él y sus hombres se encontraron a merced del viento y de las olas, y al cabo de este período se hallaron a la vista de algunas islas en una región del Atlántico totalmente desconocida para ellos. Desembarcaron en una de ellas a fin de reaprovisionarse de agua y alimentos. Allí, dijo el piloto, había observado salvajes de un tipo jamás visto o acerca de los cuales se hubiera tenido noticias. Estos salvajes, contaba, se hallaban desnudos y es de suponer que eran pacíficos ya que ayudaron a Alonso y a sus hombres a reparar su nave e iniciar el viaje de regreso a su patria.

Esa era la historia. Si tiene algún fundamento bien podría ser como un impulso vigoroso y decisivo para la elaboración de la teoría de Colón en cuanto a la existencia de una ruta hacia el oeste que permitiría llegar a la India y hasta Catay, teoría que llevó consigo desde las Madeiras para exponerla ante los hombres sabios de la corte portuguesa.

Lisboa era el punto de iniciación de las expediciones marítimas en aquellos tiempos. El rey Juan, sobrino de Enrique el Navegante, era el soberano reinante al producirse el regreso de Colón desde Puerto Santo y tenía la reputación de acoger generosamente a aquellos que acudían con planes para la extensión de los dominios portugueses. De esta manera, cuando Colón llegó ante la corte (fue ayudado, podemos estar seguros, por su vinculación personal a través de su esposa Felipa, con las actividades póstumas del príncipe Enrique) no experimentó dificultad alguna en ser escuchado por el rey Juan.

Sin embargo, ese monarca, a pesar de mostrarse interesado y hasta impresionado con los planes que le fueron presentados, refirió todo el asunto a tres de sus consejeros, Rodrigo, maese José el Judío, y el obispo de Ceuta. Por lo tanto, Colón desarrolló sus teorías ante este triunvirato, apoyándolas con su propia experiencia práctica como marino, y fortificando su alegato con argumentaciones derivadas de la lectura de libros de viajes tales como los de Marco Polo e *Imago Mundi* de Petrus Alliacus, obispo de Cambri, cuyo último libro disfrutaba de considerable popularidad en esa época.

En realidad, fue de esta obra que Colón extrajo sus principales argumentos para probar cuán sumamente simple sería alcanzar las Indias siguiendo una ruta occidental transatlántica. El mundo marítimo situado a nuestro oeste, dijo Colón, no es de manera alguna extenso por la sencilla razón de que solamente una séptima par-

te de la totalidad del mundo está constituido por agua, siendo tierra las seis partes restantes. En consecuencia, habiendo tan poca agua para atravesar, la costa oriental de Asia debe encontrarse a sólo unos pocos días de viaje hacia el oeste de Portugal.

El principal baluarte de la creencia de Colón en cuanto a este asunto, provenía, tal como puntualizara a los tres sabios de la corte del rey Juan, del libro *Imago Mundi*, que a su vez derivaba nada menos que de una autoridad como los Apócrifos, 2 Esdras, VI 42, 47, que dice:

Al tercer día Vos ordenasteis que las aguas debían juntarse en la séptima parte del mundo: seis partes habéis secado y así la habéis mantenido con la intención de que plantadas y cultivadas, algunas podrían ser vivos. . . Al quinto día Vos dijísteis con respecto a la séptima parte donde se habían juntado las aguas, que ella produciría criaturas vivientes, aves y peces: y así sucedió.

Tenemos luego a Roger Bacon, famoso fraile y científico del siglo XIII, fuertemente respaldado en Aristóteles, quien fuera citado, en términos parecidos, en *Imago Mundi*. En apoyo de su idea por científicos contemporáneos, Colón pudo producir una carta y un mapa del gran cosmógrafo italiano Toscanelli (duplicando en gran parte la información obtenida de la misma fuente por el propio rey Juan) en los que se confirmaba ampliamente la teoría de que la costa oriental de Asia podía ser alcanzada rápida y fácilmente por cualquier nave que zarpara hacia el occidente a través del Atlántico.

Colón era un buen abogado de su causa. Tenía una elegante presencia, un desempeño convicente, debido, más que a cualquier otra causa, a su creencia sincera y entusiasta en sus propias ideas. Por temperamento era profundamente religioso. Los dogmas de su fe eran para él realidades vivientes que jamás cesaban de inspirar su conducta, y este fervor espiritual se había extendido ahora a su confianza ciega en la misión que encaraba: la de descubrir las tierras y los pueblos al otro lado del Atlántico, y colocarlos bajo el dominio benigno del cristianismo. Pero los hombres con quienes razonaba no se ajustaban, en manera alguna, a su forma de pensar. Desde un principio se mostraron escépticos, y así permanecieron hasta el fin. En lo que les concernía, el proyecto de este marino italiano era totalmente desca- bellado y no merecía ser considerado.

Empero, no sucedió lo mismo con el rey Juan. Pensó que podía haber algo en la idea de este hombre. ¿Por qué no someterlo a una prueba práctica antes de ajustar cuentas con él? Hechas estas reflexiones, el rey hizo preparar secretamente una carabela que envió en un viaje de prueba hacia el oeste. Pero la expedición carecía de una personalidad dirigente. No había un entusiasta a bordo que inspirase a la tripulación al grado debido de fe en su difícil aventura. En consecuencia, al cabo de unos pocos días regresaron con cuentos alarmantes acerca de los peligros que habían encontrado, y de la imposibilidad de continuar un viaje tan desca-

bellado.

Se trataba de un ardid sumamente vil, realizado por un rey a un forastero que solicitaba su ayuda y, cuando Colón tuvo conocimiento del mismo, abandonó su idea de procurar interesar a la corte portuguesa respecto de sus planes. La muerte de su esposa en tales circunstancias agregó otra razón para abandonar Portugal y buscar patrocinio en otra parte. Los vínculos familiares significaban mucho para Colón, y la pérdida de Felipa le causó un profundo dolor. Portugal ya le resultaba intolerable de modo que se dirigió a España en 1485 conjuntamente con su único hijo, Diego, nacido unos pocos años antes durante su permanencia en Puerto Santo.

En camino hacia la corte española, habiendo primero confiado al pequeño Diego a la hermana de su esposa que vivía en la localidad de Huelva, Colón logró interesar en sus planes al conde de Medinaceli, y por su intermedio finalmente logró una audiencia con la Reina Isabel. Lamentablemente para Colón en esos momentos España estaba atravesando la turbulenta época que marcaba el final del dominio moro. La guerra se hallaba a la orden del día. Fernando se mantenía activo en el campo de batalla sitiando a la ciudad de Loja, mientras que la reina Isabel se encontraba igualmente activa apoyando la campaña detrás de las líneas de combate. No había tiempo para escuchar los ruegos de un entusiasta en procura de barcos para navegar hacia el oeste a través del Atlántico. ¿Podía concebirse algo más inoportuno desde el punto de vista de una petición?

Durante el inevitable período de espera, no obstante, Colón trabó amistad con diversas personas quienes más tarde le resultaron de gran ayuda. Entre éstas figuran los frailes dominicanos de Salamanca, con quienes discutió sus teorías, saludable ejercicio intelectual que trajo como resultado el abandono de ciertas extravagancias y el refuerzo de puntos de vista que necesitaban ser ampliados.

Surgió luego otro amor.

En la ciudad de Córdoba vivía Beatriz, hermana de dos marinos amigos de Colón. Era joven, fascinante, comprensiva, y Colón, como cualquier otro héroe, tenía necesidad de simpatía. Un apasionado amor surgió entre ellos del que nació su segundo hijo, Fernando. Años más tarde Colón se refirió a este amorío de sus primeros días en España, en el siguiente párrafo de su testamento:

Y yo ordeno a él (Diego) proveer lo necesario para Beatriz Enríquez, madre de D. Fernando, mi hijo, de modo que ella pueda vivir honestamente, tratándose de una persona con la cual tengo una obligación muy grande. Y esto deberá llevarse a cabo para satisfacción de mi conciencia, ya que este asunto pesa sobremanera sobre mi alma. La razón de ello no es propio que sea escrita aquí.

Amoríos y el buen consejo de los padres dominicanos, tal fue la cosecha reunida por Colón durante los cansadores meses de espera. Cuando finalmente logró una audiencia con la reina, sólo consiguió que ella lo refiriese a otro grupo de sabios, quienes trataron sus teo-

rías en forma muy análoga a la del comentado triunvirato portugués. Todo tenía que ser repasado de nuevo. ¿Cómo podía ser tan ciega la gente siendo todo tan sencillo? Existía el segundo verso de Esdras, el testimonio del fraile Bacon, Toscanelli y Marco Polo. ¿Cómo podían poner en duda el relato de tales autoridades? Verdaderamente él, Cristóbal Colón, no podía dudar.

Los contratiempos sólo sirvieron para reforzar su fe en su misión. De modo que dejando a sus dos niños a cuidado de Beatriz, en Córdoba, regresó a Portugal para encontrarse con su hermano Bartolomé quien junto con Bartolomé Díaz acababa de completar un viaje exitoso al cabo de Buena Esperanza. Desde los días de su juventud en Vico Dritto, estos dos hermanos habían compartido el sueño de explorar las regiones ignotas de la tierra, y ahora que Bartolomé se encontraba de regreso de su largo viaje al Cabo, Cristóbal se mostraba ansioso por lograr su ayuda para la realización del fantástico plan de alcanzar Catay navegando a través del Atlántico.

¡Afortunadamente Bartolomé no tenía nada de escéptico estúpido! Compartía en cuerpo y alma las teorías de su hermano Cristóbal, por lo que fue comisionado por éste para exponerlas ante los sabios de la corte inglesa mientras que Cristóbal, sin esperanza de hallar patrocinio en España, adoptó la resolución de dirigirse de inmediato a la corte del rey de Francia. Así se separaron: Bartolomé para encaminarse a Inglaterra y Cristóbal a Córdoba. Habiendo llegado a esta ciudad se le unió su hijo Diego, y juntos emprendieron el viaje a pie hasta el pequeño pueblo de Huelva.

Los caminos eran malos en esos días, y no había carretas para suministrar oportuna ayuda al cansado caminante. Únicamente la gente rica tenía la comodidad de viajar montada en mulas o en las lentas carretas del país, y, para ese entonces. Luego de las largas antepasadas cumplidas en las cortes de Portugal y España, Colón se hallaba lejos de poder considerarse comprendido entre los ricos. A pesar de ser fornido y de encontrarse acostumbrado a las privaciones y al trabajo rudo, ese viaje (con Diego, doliente de los pies y fastidioso, al que debía confortar y ayudar) constituyó una prueba para su gran resistencia.

De esta manera padre e hijo, a medida que se aproximaban al pueblo de Andalucía llamado Palos, sintieron la imperiosa necesidad de reposo y alimentos. Afortunadamente, Colón recordó que en dichas vecindades había uno de esos hospitalarios lugares donde el viajero, no importa su grado de pobreza, podía tener la certeza de hallar reposo y una buena acogida dentro de paredes. No se trataba de una hostería ni de una mansión privada, sino del monasterio franciscano de Santa María de la Rábida.

Colón y su hijo se detuvieron en el portal del monasterio y preguntaron al guardián, el cual les ofreció un poco de agua, donde podían descansar hasta tanto se encontrasen en condiciones de proseguir viaje. No era corriente que se presentasen visitantes golpeando a la antigua puerta cubierta de hiedra en procura de admisión y el fraile, cuyo deber consistía en resolver tales asuntos resultó tan impresionado con su primera ojeada de Colón, su distinguido porte, su conversación cortés y dulce, que rápidamente le acordó la hospitalidad pedida.

Se requirió la presencia del prior del convento, Juan Pérez de Marchena, quien pronto se encontró conversando acerca de una variedad de asuntos con su insólito huésped. Fray Juan Pérez era un hombre que había especulado no poco acerca de los problemas geográficos que estaban siendo discutidos, cada vez en mayor grado, entre sus eruditos contemporáneos. Pronto pudo apreciar que Colón era un extranjero, uno de esos italianos tan fervorosos en la búsqueda de aventuras en tierras lejanas, y cuando escuchó el gráfico relato de su huésped concerniente a sus viajes a lo largo, de la costa africana y a la última Tule del noroeste, su interés se manifestó cada vez en grado mayor en el hombre en sí y en sus planes para lo futuro.

Cuando fray Juan Pérez oyó que estos planes involucraban el inaudito riesgo de un viaje hacia el oeste a través de los desconocidos peligros del Atlántico su entusiasmo resultó enormemente estimulado. "¡Qué! — se preguntó el buen fraile para su colete—, ¿éste don Cristóbal estaría dispuesto a dar al rey de Francia la gloria de ayudarlo a hacer sus grandes descubrimientos? ¡Jamás! La gloria pertenece a nuestros propios soberanos de España". Tocante a la objeción de Colón de que no había podido obtener una audiencia favorable con Fernando e Isabel, fray Juan, le aseguró que el momento de enderezar las cosas había ahora arribado y que él, fray Juan, estaba seguro de que podría lograr una audiencia favorable para todo lo que don Cristóbal tuviese en su pensamiento.

De modo, pues, que por el momento Colón quedó persuadido en el sentido de desistir de su viaje a Francia y de quedarse como huésped de la Rábida. Mientras tanto, fray Juan Pérez consultó con algunos de sus amigos científicos respecto al tema de exploraciones oceánicas: Entre ellos se encontraba García Fernández, un médico de Palos quien se hallaba tan versado en geografía, matemáticas y astronomía como en la administración de píldoras y pociones; y además Martín Alonso Pinzón, el hombre más rico de Palos y que en el pasado había sido un navegante de no poco renombre. El buen prior no tuvo dificultad alguna en interesar a estos dos hombres en los planes de este fascinante viajero italiano. Y al efecto Pinzón se comprometió a llevar el asunto a la atención de los reyes de España.

Pero más todavía; sucedía que fray Juan Pérez había sido confesor de su majestad la reina Isabel y, a instancia de sus amigos, no perdió tiempo en escribirle dándole noticia del huésped que residía en La Rábida, implorándole en nombre del honor de España, que escuchase con benevolencia los puntos de vista de este notable hombre respecto al asunto de la expansión de los dominios españoles.

Fue enviado un mensajero con la carta del fraile y se logró una respuesta en menos de quince días. Su majestad recordaba muy bien a Colón, al parecer, y le complacería sobremanera recibirlo una vez más y oír sus planes acerca de un viaje de descubrimiento en dirección a occidente. Una respuesta tan rápida y definitiva no dejaba nada que desear. Fray Juan se mostraba jubiloso y don Cristóbal francamente maravillado por este vuelco súbito en su suerte.

Demás está decir que el proyectado viaje a Francia quedó abandonado. El ansioso círculo de amigos en

Palos y La Rábida aunaron su discernimiento y sus recursos para renovar el evidentemente raído vestuario de Colón, y éste emprendió viaje para su nuevo encuentro con la realeza española, pero esta vez no iba a pie sino cómodamente sentado en una mula.

Evidentemente la suerte había cambiado totalmente para Colón. Con anterioridad, cuando había buscado el apoyo de los monarcas españoles, la guerra para expulsar a los moros se estaba arrastrando lenta y penosamente. Pero ahora el cuadro había cambiado totalmente. La caída de Granada era inminente; los moros habían sido vencidos y España ya comenzaba a regocijarse a raíz de la victoria que tenía asegurada sobre el invasor extranjero.

Fue en este momento auspicioso que Colón llegó ante Fernando e Isabel en su campamento tendido ante los muros de Granada. Era un momento de júbilo por la terminación exitosa de la guerra en procura de la unidad española. Combatientes, cortesanos y al propia realeza compartían la alegría contagiosa brindada por la ocasión. Por fin España se hallaba libre de los odiados árabes, el moro se hallaba prácticamente expulsado. Nada parecía imposible. Nada podría resultar más apropiado ahora que una empresa que tuviese como meta la expansión de las colonias españolas.

Meses antes la reina Isabel había escuchado con simpatía el alegato de Colón, y de haber sido más propicias las condiciones en ese entonces, sin duda alguna habría tomado medidas para llevar a cabo lo que se le proponía con tanta elocuencia. Ahora que España se encontraba libre, Isabel se mostraba por demás complaciente en desempeñar el papel de generosa patrona. Los sabios del reino, al serles solicitado su consejo, no se mostraron contrarios al proyecto de modo que las cosas quedaron arregladas.

España equiparía la expedición requerida por Colón, ¿pero en que consistían sus exigencias personales? Aquí las negociaciones chocaron contra un obstáculo ya que Colón tenía decididamente fijada sus exigencias y éstas, proveniente de un extranjero quien al parecer carecía de respaldo y de dinero, asombraron a la augusta corte ante al cual defendía su caso. En primer término reclamaba Colón para sí, sus herederos y sucesores en perpetuidad, el derecho y título al cargo de Almirante de Castilla sobre los mares Oceánicos. Le correspondería la designación de virreyes y generales de las tierras y continentes que pudiese descubrir. Para él y sus herederos reclamaba además el diezmo de todas las piedras preciosas, especias y otros productos adquiridos dentro del ámbito de su almirantazgo. Por otra parte debía recibir la octava parte del producido de cualquier expedición que le tocase equipar.

La corte demoró considerar todas estas peticiones; la realeza sonreía con incredulidad y durante un tiempo pareció como si el proyecto terminaría en un fracaso total. Colón se mostró obstinado y hasta se preparó a considerar de nuevo su primitivo plan de viajar en procura del patrocinio de la corte francesa. Empero, las autoridades españolas cedieron con ciertas modificaciones de menor cuantía en la petición de Colón.

Así fue que el 17 de abril de 1492, en la ciudad de Santa Fe ubicada en la llanura de Granada, Fernando e Isabel firmaron un documento que tuvo como resulta-

do los más vastos alcances que jamás se habían registrado.

## CAPÍTULO 4

### SUEÑOS CONVERTIDOS EN REALIDAD

Una cosa era lograr la sanción real para el viaje, y otra totalmente diferente hacer zarpar la expedición. Colón pudo haberse mostrado arrogante en su demanda de ser reconocida su persona como conductor de una partida de exploradores, pero contemplado el panorama a través de cuatro siglos de distancia, sus cálculos de los requerimientos en cuanto a equipo parecen haber sido por demás modestos. Sin embargo, sin contar con alguna ayuda y tratándose de un extranjero, indudablemente, no habría podido obtener las tres pequeñas naves (se las denominaba carabelas) que había pedido de no haber sido por la familia Pinzón que tomó una parte activa en todos estos preparativos. Fue en gran parte debido a sus esfuerzos que las tres carabelas quedaron finalmente equipadas quedando ancladas en el puerto de Palos listas para izar velas en su viaje hacia lo desconocido.

Allí se encontraban, como cáscaras de nuez, las dos más pequeñas carentes de puente y todas con forma de cuchara de modo que era imaginable pensar que la más leve ola las haría bailar como trompos. Eran la *Santa María*, de cien toneladas de registro y buque insignia de Colón; la *Pinta*, de cincuenta toneladas y comandada por Martín Alonso Pinzón; y la *Niña*, de cuarenta toneladas al mando de Vicente Pinzón.

¿Pero donde se encontraba la tripulación de esta diminuta flota? Por lo general los marineros se mostraban reacios a confiarse en una empresa tan precaria como la que tenía pensada este entusiasta aventurero genovés, y fue sólo con la ayuda real que pudo inducirse a un grupo suficiente de hombres a acompañarlo.

La nómina final de la tripulación enrolaba en total ciento veinte hombres que zarparon del puerto de Palos el 3 de agosto de 1492, al mando de Colón. Se trataba de españoles, en su mayor parte, de un temperamento suficientemente rudo y temerario. Había un representante oficial de la corona española, y además, un médico y un cirujano. Entre la tripulación figuraban dos extranjeros solamente: un inglés, Allard de Winchelsea, y un irlandés, William de Galway.

Según las fascinantes descripciones de Marco Polo, la historia de sir John Mandeville, las teorías de fray Bacon, y los cálculos de los Apócrifos, Japón era la primera tierra que este puñado de aventureros podía esperar tocar y, tal como calculara Colón, Japón no se hallaba muy distante. Se trataría de un viaje corto; la tripulación podía contar con ello.

Pero transcurría día tras día sin que se avistase tierra en el lejano horizonte. Los tripulantes, escépticos después de las dos primeras semanas de viaje, comenzaron a dar muestras de descontento de muchas maneras quejándose por la pérdida de las comodidades disfrutadas en Palos, las que vistas retrospectivamente, se destacaban seductoras en toda oportunidad en que se les daba por maldecir el hacinamiento y el ruido imperante

en estas bailarinas carabelas. Por otra parte comenzaron a ocurrir accidentes, tales como el desprendimiento del timón de la *Pinta*.

De modo que para aquietar a sus hombres y asegurarles que no se hallaban tan distantes de sus hogares, Colón recurrió a la táctica de anunciar un menor número de leguas navegadas cada veinticuatro horas que las realmente registradas por sus observaciones. De esta manera, cuando hubo comprobado que sus carabelas habían recorrido sesenta leguas diarias, anunciaba cuarenta y ocho; veinticinco en veintidós, y así sucesivamente.

Esta estratagema tuvo éxito durante algún tiempo y luego, afortunadamente, día a día comenzaron a aparecer signos de tierra: grandes cúmulos de algas, ramas de árboles, pájaros (en su mayor parte pelícanos y gaviotas). Y más tarde, a medida que los días se iban convirtiendo en semanas y octubre ya se encontraba sobre ellos, pudieron observar pájaros terrestres.

A pesar de estos signos favorables, magnificados como lo fueron por la elocuencia de su entusiasta comandante, la tripulación se tornaba cada vez más impaciente, y pareció como si sus poderes persuasivos no pudieran servir para evitar su retorno a España. Más adelante, al llegar las cosas a su peor punto, surgió el éxito. El 11 de octubre, de acuerdo con un extracto hecho por Las Casas, decía Colón en su diario:

La tripulación de la *Pinta* vió una caña y un palo que parecían haber sido trabajados con una herramienta de hierro, una planta de las que crecen en la tierra, y una tabla. La tripulación de la *Niña* observó otros signos de tierra, y un gajo cargado de frutas. Estos signos provocaron aliento y todos se sintieron contentos.

Navegaron durante unas horas más y después de medianoche un marinero de la *Pinta*, Rodrigo de Triana, anunció que había divisado tierra. La *Pinta*, que era la más veloz de las carabelas, se había adelantado a la *Santa María*. Pero el propio almirante, de pie en el alcázar de su nave a las diez de esa misma noche, había visto una luz "pero tan insignificante", nos dice, que no podía estar seguro de que se encontrara en tierra.

Estos informes suscitaron una gran conmoción en las tres pequeñas naves. La oscuridad impidió la positiva e inmediata corroboración de lo sostenido por Rodrigo de Triana y el propio almirante, pero toda duda quedó despejada en la mañana del 12 de octubre ya que se descubrió tierra a una distancia de dos leguas. Acortando velas los aventureros se aventuraron, de acuerdo con lo consignado en el diario, "próximos a una pequeña isla, una de las Lucayas, denominada Guanahaní por los indígenas". La tradición popular ha identificado a Guanahaní como la isla de San Salvador, una de las Bahamas.

Agrupándose ansiosamente por la borda del lado de tierra, la tripulación alcanzó a observar una muchedumbre en la costa a la que se estaban aproximando las naves; y, cuando juzgó que se hallaba lo suficientemente cerca, el almirante, portador del estandarte real de España, subió a un pequeño bote conjuntamente con Martín Alonso Pinzón y su hermano Vicente. A golpes de remo fueron llevados a la costa y Colón desembarcó

exhortando a sus camaradas para que "fuesen testigos de que él, antes de ningún otro, tomaba posesión de esa isla para sus soberanos el rey y la reina, haciendo las declaraciones pertinentes que, en forma más dilatada, se consignan por escrito".

Los pobladores de la isla se agruparon alrededor de los extraños forasteros mientras tenía lugar esta ceremonia, después de lo cual se aproximaron más y quedaron satisfechos en el sentido de que estos visitantes de su isla eran, después de todo, seres humanos. El propio Colón describe este encuentro con las palabras siguientes:

Quando vi que se mostraban amistosos para con nosotros, y percibí que sería más fácil convertirlos a nuestra santa fe mediante métodos pacíficos más bien que por los violentos, les regalé algunas gorras rojas y sargas de cuentas para usar alrededor del cuello, y otras menudencias de escaso valor, con las cuales se mostraron muy complacidos y maravillosamente allegados a nosotros. Más tarde vinieron nadando hasta los botes trayendo loros, ovillos de hilo de algodón, jabalinas y muchas otras cosas que intercambiaron por los artículos que les dimos, tales como cuentas de vidrio y campanillas para halcones, cuyo comercio fue llevado a cabo con el máximo de buena voluntad. Pero, en términos generales, parecía tratarse de gente muy pobre. Todos andan totalmente desnudos, incluso las mujeres, aunque solo vi a una niña entre ellos.

Todos a quienes vi eran jóvenes, no mayores de treinta años de edad, bien conformados, de agradables facciones; llevaban corto el pelo, que era áspero como el de cola de caballo, el que peinaban hacia la frente, excepto por una pequeña porción que dejaban colgar por la parte posterior de la cabeza y que jamás cortaban. Algunos se pintan de negro, lo que les da un aspecto similar al de los nativos de las Canarias, ni negros ni blancos; otros se pintan de blanco; otros de rojo, y otros con cualesquiera colores que puedan encontrar. Algunos se pintan la cara y otros la totalidad del cuerpo; otros únicamente los ojos, y otros la nariz.

Carecen de armas y, por otra parte, no se hallan familiarizados con ellas, ya que les mostré espadas que tomaron por la hoja y se cortaron como consecuencia de su ignorancia. No tienen hierro, ya que sus jabalinas son de madera, aunque las puntas de algunas llevan hueso de pescado u otras cosas.

Son todos ellos de buen tamaño y estatura, de elegante conformación. Vi a algunos con cicatrices de heridas en el cuerpo y, mediante señas, pedí se me explicara la causa de las mismas. Igualmente por señas me indicaron que venía gente de otras islas vecinas y procuraban hacerlos prisioneros, lo cual los obligaba a defenderse. Pensé entonces, y todavía lo creo, que esa gente provenía del continente. Me parece que estos indígenas son ingeniosos y que serían buenos sirvientes, y soy de opinión que muy fácilmente se convertirían al cristianismo, ya que no parecen te-

ner religión alguna. Con gran rapidez aprenden las palabras que se les pronuncia. Si Dios quiere tengo intenciones de llevar a seis de ellos conmigo para Su Alteza, de modo que puedan aprender nuestra lengua.

No vi bestia alguna en la isla ni tampoco ninguna otra clase de animales excepto loros.

Al alba, grandes multitudes de hombres vinieron a la costa, todos jóvenes y de excelentes cuerpos, muy hermosos; su cabello, sin rizos, lacio y áspero como cerda de caballo; todos con frentes y cabezas más anchas que cualquier pueblo, visto anteriormente por mí; sus ojos, sumamente grandes y hermosos; su piel no era negra, sino del mismo color que la de los habitantes de las Canarias, que es una circunstancia muy natural por encontrarse en la misma latitud que la isla de Ferro. Sin excepción, todos tenían miembros rectos; su abdomen no era prominente y sus cuerpos estaban bien formados.

Vinieron hasta el barco en canoas fabricadas de un solo tronco de árbol, trabajado en forma admirable considerando el país; algunas de estas canoas eran lo suficientemente grandes como para llevar cuarenta o cuarenta y cinco hombres; otras variaban en tamaño, habiéndolas hasta para transportar a un solo individuo. Remaban en forma notablemente rápida, con un remo semejante a una pala de panadero. En caso de volcarse la canoa, todos ellos saltan alagua y nadan hasta enderezarla, vaciándola mediante las calabazas que llevan consigo. Vinieron cargados de ovillos de algodón, loros, jabalinas y otros artículos demasiado numerosos para detallar, los que intercambiaban por cualquier cosa que se nos ocurriese darles.

Para comenzar, todo transcurría en forma agradablemente amistosa entre los indígenas y los españoles, idilio éste del lejano Catay que sobrepasaba hasta la imaginación de Colón. Se permutaban chucherías por una parte, por "ovillos de algodón, loros, jabalinas y otros artículos demasiado numerosos para detallar" por parte de los nativos.

Surgió luego la más importante de las preguntas: ¿tenían estos inocentes isleños oro en alguna forma? "Observando a algunos de ellos con pequeños trozos de este metal en sus narices", escribe Colón, "deduje, mediante señas, que yendo hacia el sur, o navegando alrededor de la isla en esa dirección, se hallaría a un rey que poseía oro en enormes cantidades". Fue imposible recoger una información más concreta y algo disgustado con este aspecto de su descubrimiento, Colón finalmente dejó la isla de San Salvador, "con la determinación de seguir adelante, y verificar si puedo alcanzar Cipango".

Cipango era Japón, y por cuanto Colón estaba siguiendo las directivas de Marco Polo, estaba seguro que todo se estaba desarrollando exactamente como lo había planeado.

Durante diez días después de haber dejado a Guanahaní, Colón navegó por entre las Bahamas. Jamás había visto tal cantidad de islas tan hermosas, y cuanto más las observaba tanto más se convencía de que aquí

se encontraban aquellas tierras proveedoras de especias tan exactamente descritas por Marco Polo. Luego vino Cuba, y aquí, para su regocijo, seguramente se encontraría Japón. Ostras perlíferas abundaban por la costa, y los nativos le dijeron o, por lo menos, esa es la manera en que interpretó lo que oyó, que esta isla formaba parte del continente asiático, y que un rey, no lejano del lugar donde había desembarcado Colón, se había encontrado en guerra durante un año con el propio Gran Kan.

Todo esto era excelente, tal como correspondía según las teorías del almirante, pero, ¿donde se encontraban las maravillosas ciudades descritas por Marco Polo, y el oro, y las especias? Por más que buscara, no encontró nada que valiese la pena. Unos pocos y miserables anillos nasales no eran, precisamente, presentes adecuados para llevar a su Graciosa Majestad de España. No constituía, en realidad, la tierra de sus sueños, y para mayor decepción suya, tenía que bregar con la falta de satisfacción entre sus hombres, los que, naturalmente, se hallaban a la búsqueda del abundante tesoro que según se les había dicho sería para ellos. Pero lo peor fue que el hombre en quien Colón había depositado toda su confianza, Martín Alonso Pinzón, desapareció con la *Pinta* con la intención, como el almirante tenía el derecho a suponer, de volver a España y reclamar como propio el gran descubrimiento de esta costa oriental de Asia.

En cierto modo todo esto era desalentador, pero una creencia entusiasta en su propio destino siempre inspiró a Colón al contemplar las cosas con esperanza. Que Pinzón volviera a España si lo deseaba; Cipango, el Gran Kan, Catay, quedaban aún para ser identificados. Además, Colón era el portador de costosos regalos y una carta dirigida al Gran Kan, y éstos debían ser entregados personalmente por él, y las islas entre las cuales se encontraban navegando yacían a lo largo de la costa del gran continente descrito por Marco Polo.

Con esta idea fijada firmemente en su mente, el 6 de diciembre llegó a la isla de Haití, o la Española, tal como la denominara. Nuevamente aquí oyó hablar, entre los nativos, de una región en la que abundaba el oro y que ellos denominaban Cibao. Ahora bien, Cibao sonaba en forma tan parecida a Cipango que, según pensó Colón, por fin sería alcanzada la meta de su viaje. El diario de Colón se toma elocuente respecto a la escena ante sus ojos, un paraíso terrenal:

La isla se muestra elevada por sus numerosas montañas y picos. . . sumamente hermosa, de miles de formas variadas, accesible, y llena de árboles de innumerables variedades, tan altos que parecen tocar el cielo: y se me ha dicho que jamás pierden su follaje. El ruiseñor y miles de variedades de pájaros pequeños cantaban en el mes de noviembre cuando yo me encontraba allí.

Un lindo escenario no era cosa de despreocuparse: Colón jamás dejaba de apreciarlo cuando se enfrentaba con él, pero, después de todo, se trataba de oro con lo que contaban los que lo respaldaban en España. El asegurarles acerca de la posibilidad de hallar oro en estas islas constituía una urgente necesidad que no podía eludir. De modo, pues, que en toda oportunidad que conversaba con los nativos el tema era siempre el oro.

Más tarde averiguó que este metal precioso abundaba en una isla a cien leguas de distancia. Se hablaba también de otra isla en que era todo oro, y de algunos donde los nativos 'reunían oro, lo tamizaban, y lo convertían en barras'. Un viejo indio con quien se encontró Colón durante sus investigaciones por la Española le habló de estas maravillas, pero en forma extremadamente vaga respecto al lugar donde podía hallarse. A pesar de ello, Colón se mostró inclinado a creerle. Sin duda alguna había oro por aquí, montones de oro, islas de oro; ¿no era ésta, después de todo, la tierra de Marco Polo, las inmediaciones de Catay, el dominio del Gran Kan?

Pisándole los talones a estos gratos sueños surgió una catástrofe por demás desagradable: el naufragio de la nave capitana, la *Santa María*, mientras se encontraba navegando a lo largo de la costa de Haití. A pesar de los esfuerzos de la tripulación para salvar a la nave averiada, ésta permaneció varada por un banco de arena resultando finalmente destruída por los golpes de las olas contra su frágil casco.

Resultaba ahora imperioso llegar a España lo más pronto posible. Colón odiaba privarse del placer y gloria de presentar las saluciones reales al Gran Kan, pero todo ello podía esperar a su retorno.

Habiendo naufragado la más grande de sus naves, la *Santa María*, y encontrándose fuera de su alcance la *Pinta*, sólo le quedaba la *Niña* para conducir de regreso a España a su propia tripulación y la de la *Santa María*, pero esa nave era demasiado pequeña para tal fin. Resultaba necesario dejar a un gran número de hombres, de modo que con la madera de la malograda *Santa María*, Colón hizo construir un fortín, denominado La Navidad, en la isla La Española. Este fortín fue provisionado con suficientes alimentos como para abastecer a un grupo de cuarenta y dos hombres durante un año. Había, además, bastantes armas y municiones para defenderse en caso de ataque de los nativos, pero tal contingencia no era concebible, ya que desde un principio se habían mostrado amistosos. Su jefe, Guacanagari, había ayudado entusiastamente a Colón al perderse la *Santa María*, y nuevamente al construirse el fortín La Navidad. Este Guacanagari era un buen amigo, el que, según registra el diario de Colón, "demostró gran afecto hacia el almirante, y fue con profunda pena que se separó de él, especialmente cuando vió que se hallaba a punto de embarcarse. Uno de los indios dijo al almirante que aquél había ordenado que se erigiese su estatua en oro, de tamaño natural, y que la misma debía ser terminada en el plazo de diez días".

A pesar de esta promesa, Colón se despidió rápidamente del afable cacique, obsequiándole una camisa en recuerdo de su amistad, regalo no del todo inapropiado a juzgar por la descripción del vestuario de Guacanagari. Y de esta manera, luego de una breve demora provocada por la calma reinante, el almirante de todas las Indias izó velas rumbo a España, dejando en tierra a los cuarenta y dos hombres de la tripulación de la *Niña* y la *Santa María* para montar guardia sobre la nueva posesión, La Española, hasta su regreso.

No hacía mucho que la *Niña* había iniciado su viaje de regreso cuando el vigía divisó a la *Pinta*. Por cuanto ambas naves estaban navegando en aguas poco profundas y recostadas contra la costa de Haití, pronto

se pusieron a la par, y luego Pinzón presentó sus excusas por haber desertado del almirante unos días antes. Del diario de Colón se deduce que Pinzón había resultado un estorbo, pero por cuanto su familia desempeñaba un papel importante, para no decir decisivo, en lo que respecta a la financiación de la expedición, Colón se vió forzado a tolerarlo de la mejor manera posible.

Sin embargo, había algunas cosas con las cuales no podía contemporizar. Parece que Pinzón, después de haberlo abandonado, había capturado a cuatro hombres y a dos mujeres jóvenes y los estaba llevando consigo a España para venderlos allí como esclavos. Tan pronto como supo de su presencia a bordo de la *Pinta*, Colón ordenó la liberación de estos cautivos y su regreso a su tribu. En su propia nave, la *Niña*, había un grupo de nativos también, pero ellos se encontraban allí por su propia voluntad y, dicho sea de paso, se habían mostrado ansiosos de navegar con un hombre tan maravilloso como el almirante. ¿Esclavitud? No, esta inefable calamidad no había tocado aún a estas agradables islas descubiertas por él, de modo que no estaba dispuesto a tolerarla.

Ya resuelto el asunto de los cautivos indios, y habiendo la *Pinta* y la *Niña* salido de las peligrosas aguas a lo largo de la costa de Haití, ambas carabelas izaron velas rumbo al este. Vientos favorables y un mar tranquilo las favorecieron hasta su alejamiento de las islas y ya bien adelantadas en su viaje a las Madeiras frente a la costa de Africa. Luego, encontrándose aún al sur de Portugal, encontraron una violenta tormenta y por poco ambas carabelas no compartieron el destino de la *Santa María*. Dice el diario en su versión extractada preparada por Las Casas:

Desde la puesta del sol hasta el amanecer trabajaron incansablemente contra fuertes vientos y un mar furioso; aclaró tres veces en el NE., lo cual, en opinión del almirante, era un signo de violenta tempestad desde ese sector o el opuesto. Corrieron toda la noche con los mástiles desnudos, y más tarde izaron poca vela y recorrieron trece leguas (cincuenta y dos millas). Durante el día el viento amainó algo, para luego reiniciarse con mayor violencia; el mar estaba terriblemente agitado y revuelto provocando gran cabeceo a la nave. Adelantaron trece leguas y media (cincuenta y cinco millas).

Durante la noche aumentó la intensidad del viento, y el oleaje era tremendo, cruzándose y golpeándose las olas entre sí de modo que la nave se sumergía y no podía safarze de ellas. La vela trinquete fue izada muy baja a fin de librar a la nave en cierto modo de su peligrosa situación; navegaron así durante tres horas, recorriendo veinte millas, y cuando aumentaban el viento y el oleaje no les quedaba otro recurso que dejarse llevar. Al propio tiempo la *Pinta*, en la que se encontraba Martín Alonso, comenzó a correr viento en popa, y prontamente la perdieron de vista, aunque ambas carabelas se hicieron señas entre sí con luces, hasta que la furia de la tormenta impidió que se divisaran. El almirante navegó toda la noche siguiendo un rumbo ENE.,

recorriendo trece leguas (cincuenta y dos millas).

Todos esperaban morir, tan furioso era el huracán. Su peligro aumentó a causa de la insuficiencia de lastre en la nave, ya que sus provisiones se hallaban en su mayor parte agotadas, y carecían de vino y agua, cuyas deficiencias el almirante había omitido suplir mientras estaba en las islas por su deseo de reservar su tiempo para descubrimientos, y esperaba tomar lastre en la isla donde se encontraban las mujeres que tenía intención de visitar. Todo lo que la tripulación podía hacer en la emergencia era llenar de agua de mar todos los barriles de que podían disponer, y de esta manera lograron cierto alivio.

Aquí el almirante consigna las circunstancias que le hicieron temer que nuestro Señor permitiría que perecieran, y otras que le daban esperanza de que habría de permitir que llegasen salvos a tierra de modo que no se perdiese la importante información que llevaban para el rey y la reina. Parece que tenía el más ferviente deseo de que se conociese su gran descubrimiento para así convencer al mundo de que sus aseveraciones habían sido correctas y que había logrado lo que se había propuesto hacer. El mero pensamiento de no cumplir con esto le provocó una intensa inquietud y continuamente se mostraba aprensivo por cuanto el más pequeño detalle podría hacer malograr toda su empresa. Atribuye esto a su falta de fe y confianza en la Providencia Divina, pero se reconforta reflexionando acerca de las muchas gracias que Dios le había prodigado al permitirle superar todas sus adversidades y obstáculos en Castilla, y lograr su gran descubrimiento. . .

Con estos pensamientos y la consideración de otros maravillosos favores que había experimentado, dice que no debe temer a la tempestad; pero agrega que su aprensión y angustia mental no habrán de permitirle descansar; además, continúa, aumentó su ansiedad al reflexionar sobre el estado de sus dos hijos que había dejado estudiando en Córdoba, los que quedarían huérfanos en un país extraño, y el rey y la reina, ignorantes de los servicios que les había prestado mediante el viaje, no sentirían inclinación alguna por proveerlos de lo necesario.

En vista de ello, y a fin de que sus altezas tuviesen conocimiento de que nuestro Señor había conferido éxito a la empresa al permitirles el descubrimiento de las Indias, y de que en esos lugares no prevalecían tormentas (lo que resultaba aparente a juzgar por las plantas y árboles que crecían hasta la misma orilla del mar), ideó un método de ponerlos al tanto de las circunstancias del viaje en caso de que pereciesen en la tormenta. Dicho método consistió en un relato de las mismas en un pergamino, solicitando encarecidamente a quien lo encontrare que lo llevase a los reyes de España.

El pergamino fue arrollado en una tela encerrada y atado fuertemente; se lo colocó luego dentro de un gran barril de madera, arrojándolo al mar; nadie de la tripulación sabía de qué se trataba aunque todos pensaron que se trataba de algún acto de devoción.

Siguieron luego violentos chubascos, y el viento giró hacia el oeste, lo que les permitió navegar viento en popa, con la vela del trinquete únicamente, durante cinco horas; el mar se hallaba sumamente agitado

y pudieron navegar dos leguas y media hacia el NE. La vela mayor había sido recogida por temor de que fuese totalmente arrancada por los golpes del viento.

Afortunadamente, carecieron de fundamento los recelos del almirante y sus hombres. Amainó la tormenta que por poco los habría enviado al fondo del mar, y poco después llegaron a Portugal. Su recepción, tal como lo consigna el diario de Colón, fue muy poco cordial. En un principio uno de los gobernadores portugueses amenazó arrestar a Colón. Pero ni dignatarios envidiosos, ni amigos traicioneros, ni mares tormentosos estaban destinados a desbaratar el triunfal retorno del almirante a la tierra de Fernando e Isabel.

Ayudado finalmente por el rey de Portugal, quien lo recibió con los más altos honores, Colón partió de Lisboa el 12 de marzo, y a mediodía del 15, como dice su diario, "cruzó la barra de Saltes en España, y llegó al puerto del cual había zarpado el 3 de agosto del año precedente", dando término así a un viaje cuyos resultados no tienen parangón en los anales de la humanidad.

## CAPITULO 5

### TRIUNFO Y TRAGEDIA.

El arribo del almirante de todas las Indias despertó el más delirante entusiasmo entre el pueblo de Palos y los puertos marítimos vecinos. En ese entonces la corte de Fernando e Isabel se encontraba en Barcelona, y el victorioso explorador marchó hacia allí con toda la ponpa y ceremonial propios de una expedición tan ilustre como la que había conducido hacia el ignoto mundo occidental.

El señor Cristóbal de Génova (ahora Don Cristóbal de España) era propenso a la colorida ostentación. No subestimaba su propia habilidad y era franco en su convencimiento de que estaba desempeñando el papel principal en los asuntos mundiales. Acababa de conducir el estandarte real de España a un Nuevo Mundo, agregando así riqueza y territorios de desconocida magnitud a los dominios españoles. Además, traía noticias de países tan ricos en oro y toda clase de tesoros que su relato parecía mucho a un cuento de *Las mil y una noches*. En los anales de España no podía hallarse nada que se comparase a esta expedición. En consecuencia, se dirigió a la corte española con toda la utilería artístca sugerida para una ocasión tan memorable.

Por lo tanto, ataviado con el deslumbrante esplendor de su uniforme de almirante, Colón marchó a la cabeza de una alegre procesión cuya característica central era el grupo de nativos de las Indias Occidentales que habían viajado desde sus hogares en el paraíso terrenal (así lo denominaba el explorador) ubicado en las islas frente a la costa de Cipango y Catay. También figuraban en la procesión los marineros curtidos por las inclemencias del tiempo que habían hecho el viaje de España a las islas y regreso, todos con un porte arrogante, faltando únicamente los cuarenta y dos hombres que habían sido dejados de guardia en La Navidad, en los dominios de Guacanagari, y el puñado de tripulantes que habían quedado con el traicionero Don Martín Alonso.

Llevadas por la procesión había maderas provenientes de árboles extraños a los ojos de los españoles, jaulas de mimbre llenas de loros, y diversos otros pájaros y bestias, no habiendo constancia de las especies a que pertenecían. Había curiosos fardos de algodón, material este que, anteriormente, sólo se obtenía de la India, y que ahora se exhibía triunfalmente como evidencia de que el intrépido almirante había llegado a dicho país. Y luego, siendo ello más significativo que todo el resto y sugestivo de las buenas cosas aún por venir, estaban las piezas de oro que el almirante y sus hombres habían podido obtener de los nativos a raíz del intercambio de mercaderías hecho en las costas de la isla La Española.

No era mucho, en verdad, pero dondequiera que fuese la pequeña procesión, a través de las angostas calles y plazas de Palos y luego de Barcelona, corría el rumor de que estos ornamentos de oro eran una mera indicación de las incontables masas de este metal que esperaban al aventurero en este nuevo mundo del occidente.

Como una campaña de publicidad para reunir reclutas de futuros viajes hacia el oeste, la procesión constituyó un éxito. No muchas generaciones de España habían atestiguado un triunfo tan maravilloso, y cuando el almirante se presentó ante sus patronos reales, fue recibido con los honores que sólo se reservan para los más grandes héroes y estadistas. Cabalgaba Colón junto al rey, siendo recibido como si se tratara de un grande de España, y, a pesar de ser italiano de nacimiento, se le otorgó el título de Don. Realmente, el pequeño pecoso de Vico Dritto se había convertido en un gran personaje.

Y ahora, sentado próximo al trono de Fernando e Isabel, quienes lo trataban con el máximo de cortesía y hasta con amistad, procedió a relatar a sus majestades la maravillosa historia de todo lo que le había acontecido en las islas que yacían justamente fuera del dominio del Gran Kan. Es cierto, admitió, que no había traído consigo un gran tesoro, ni tampoco había sido su buena fortuna saludar personalmente al Gran Kan en nombre de los reyes. Pero poseía prueba absoluta de que había penetrado esta mítica costa oriental de Asia, y se encontraba en buen camino de verificar las maravillosas historias de Marco Polo y otros, para la gran gloria y provecho de sus majestades.

Pero el tiempo apremiaba. El rey de Portugal se había enterado del éxito de esta expedición, y era probable que ese inescrupuloso monarca ya estuviese preparando una expedición a Catay y todas aquellas islas con tesoros que, por derecho, pertenecían a España.

Este corto período de triunfo, honor y festividad marcó la cúspide en la vida de Colón. Fue su mayor experiencia de felicidad. Su extraordinaria empresa lo colocaba a la vanguardia de aquellos que habían contribuido materialmente al acrecentamiento del conocimiento humano acerca del mundo en que se vivía, y el futuro resplandecía con la promesa de una repetición de su éxito.

Después de arduos meses de penurias, navegando desolados mares, era el héroe del momento. Todo el boato de España fue reunido para honrarlo, y la ostentación era algo que a Colón le agradaba sobremanera. En un escrito Fernando e Isabel se habían dirigido a él

en estos términos: "Del rey la reina a Don Cristóbal Colón, su almirante de los mares oceánicos y virrey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias". Un grupo de jinetes había sido enviado adecuadamente engalanados para recibirlo al llegar para celebrar su entrevista con sus majestades. Orgullosamente cabalgaba Colón al lado del rey recibiendo los atronadores tributos de las multitudes a través de las cuales debían seguir su camino. Cruzando su rostro habitualmente grave se advertía sonrisa tras sonrisa de satisfacción. Por una vez, a pesar de toda su dignidad, el niño que en él llevaba gozaba ante esta espontánea ovación.

Contemplada a través del tiempo, el resto de la vida de Colón parece un descenso.

Sufrimientos, desengaños, humillaciones y pobreza habrían de ensañarse con él. Pero esta era su hora y la aprovechó al máximo. El grave, a la vez que cortés almirante hablaba, y el rey Fernando y la reina Isabel escuchaban sus encantadoras historias.

Isabel no circunscribió sus intereses por entero a los beneficios que podría derivar su reinado como consecuencia de los descubrimientos de Colón. Su imaginación se centralizaba en los nativos del nuevo mundo. Famosa, y con toda justicia, por sus sentimientos humanitarios, la reina se había opuesto siempre a la dureza en el trato acordado a los pueblos conquistados. Hasta los moros, contra quienes España había guerreado durante tantos años, habían hallado misericordia en ella. También había objetado la Inquisición y sus consiguientes horrores. En esta oportunidad instó a Colón acerca de la necesidad de tratar con bondad cristiana a estos nuevos y extraños súbditos suyos, buscando alguna manera de asegurar su conversión a la fe católica.

No es sorprendente que Colón se mostrase desmedidamente alegre durante estas breves vacaciones. Había hablado familiarmente con los reyes de España; había logrado títulos altisonantes; le correspondía el diezmo de las tierras que descubriese; le había sido otorgado un escudo de armas. Dondequiera que fuese era seguido por una multitud de admiradores. Historias de sus aventuras recibieron la más amplia difusión. Pedro Mártir, en una carta a un amigo, comenta en los siguientes términos, la excitación de la gente acerca de las maravillosas noticias de la tierra de las puestas de sol:

Me dices, mi amable Pomponio, que saltaste de alegría, y que tu deleite se mezcla con lágrimas al leer mi carta certificándote la existencia del hasta ahora escondido mundo de los antípodas. Tú has sentido y actuado como un hombre avido de saber, puesto que no puedo concebir alimento más delicioso que tales noticias para una mente cultivada e ingeniosa. Siento una maravillosa exaltación de espíritu cuando converso con hombres que han regresado de estas regiones. Es algo así como la obtención de dinero para un avaro. Nuestras mentes, maculadas y envilecidas por las preocupaciones corrientes de la vida y los vicios de la sociedad, se elevan y resultan aliviadas por la contemplación de hechos tan gloriosos.

Todo era por demás impresionante y convincente. Realmente, este marino genovés merecía todos los ho-

nores con que había sido abrumado. Y, sin duda alguna, con lo mejor de su grandilocuencia Colón nodía arrastrar con todos los que se le opusiesen.

Por supuesto, en la corte tenía sus detractores, aquéllos que se burlaban de sus éxitos. Lo que este ignorante italiano ha hecho, decían, tarde o temprano tenía forzosamente que ser llevado a cabo por algún otro. Es una cosa perfectamente simple, fácil de realizar, y cualquiera puede hacerla. ¡Manténgase uno navegando hacia occidente y se encontrará en Catay! Así hablaba un cínico comensal en un banquete ofrecido a a Colón por el cardenal arzobispo de Toledo.

Y entonces, así reza la historia, el almirante sonriendo a este crítico y aceptando su desafío, pidió que le fuese trarido un huevo.

"Ahora bien—dijo Colón— ¿quien puede hacer que este huevo se mantenga erecto sobre una de sus puntas, sin soporte alguno?"

Probaron un comensal tras otro, pero sin éxito.

Dijo entonces Colón: "Una cosa perfectamente sencilla, verán ustedes, pero ninguno lo ha logrado. Ahora que les muestre cómo se hace, ustedes también podrán realizarlo".

Hablando así, procedió a golpear una de las puntas del huevo, y de esta manera pudo mantenerlo derecho sobre la superficie de la mesa.

Pero no se requería pruebas de esta naturaleza para impresionar a la reina Isabel. Desde un principio había admirado a Colón y simpatizado con él. Frente al fracaso de lograr otros medios, había empeñado las joyas de la corona para equipar la expedición que lo había llevado antes que nadie, al descubrimiento de occidente.

¡Y ahora, una segunda expedición! Por cuanto sus majestades se hallaban calurosamente de acuerdo con la misma, y debido a que Colón era inmensamente popular, y las aventuras y riquezas parecían hallarse al alcance de cualquiera que tuviese la suerte de asociarse con él, no hubo dificultad alguna esta vez en lograr él, número requerido de hombres y naves.

Así para el 24 de septiembre de 1493 todo estaba listo y el almirante Don Cristóbal izó velas en procura de la isla La Española con una flota bajo su mando, consistente de tres grandes galcones y catorce carabelas. La tripulación de estas naves ascendía a mil quinientos hombres, y llevaban consigo los animales y materiales que el almirante consideró que serían necesarios para colonizar el mundo occidental! Entre los animales figuraban cabras, cerdos, ovejas y aves.

En esta oportunidad doce misioneros acompañaban a la expedición ya que la reina Isabel había demostrado un gran interés en el bienestar espiritual de estos nuevos súbditos suyos en las Indias. En verdad la Reina había insistido en que los nativos debían ser tratados con toda cortesía y bondad ("bien y cariñosamente") orden esta que hubiera evitado a los colonos un sin fin de miserias e infortunios si hubiese sido cumplida cabalmente.

Cuando un héroe aclamado como tal proyecta un viaje provechoso a través de regiones con las cuales ya se encuentra familiarizado resulta, una cosa totalmente diferente de la aventura de un visionario que emprende viaje por mares desconocidos en procura de tierras mítica-

cas. Colón había dejado de ser un mendicante de la corte española en procura de las necesidades mínimas para su viaje. Los reyes se esforzaron por suministrarle todo lo que pudiese necesitar y, por otra parte, fueron tantos los hombres que se presentaron, ansiosos por compartir sus aventuras y ganar alguna parcela de las nuevas tierras, que hubo dificultades en resolver quiénes debían ir y quienes quedarse. Sin embargo, hubo algunos que lograron esconderse a bordo de una u otra de las naves hasta que las velas fueron echadas al viento y ya no había peligro de ser desembarcados. Dicho sea de paso, éste fue el primer viaje a través del Atlántico que registró la presencia de polizontes entre los pasajeros.

El rey no sólo autorizó a Colón a tomar posesión de cualesquiera naves que deseara de las que se hallaban surtas en el puerto, sino que también le dió facultades para incautarse de las provisiones y armas que le apeteciesen de cualquiera de los barcos que gustase. Al parecer no había límite para la ansiedad real por ayudar a Colón en esta segunda empresa. Se emitieron mandamientos formales contra cualquier forma de interferencia con la tarea de preparación. En cuanto al costo del viaje, se entregaron al tesorero de la expedición las dos terceras partes de los diezmos de la iglesia, así como el dinero que pudiera lograrse con la venta de propiedades incautadas a los judíos expulsados del país. A Colón se le dió esta vez el comando único de la expedición: ya no habría nuevos conflictos con respecto a la autoridad de la misma.

Para su retorno a La Española Colón eligió una nueva ruta. Esta vez navegó más hacia el sur, ruta que lo llevó a varias islas nuevas, Domínica, Marigalante, Puerto Rico. Luego, bordeando la costa norte de La Española, el 25 de noviembre llegó a La Navidad. Allí lo esperaba un cuadro horroroso, que no era del todo inesperado. Poco antes de arribar a La Navidad, se había hecho un desembarco en la costa. Se hallaron dos cadáveres, uno con una soga al cuello, y el otro con ataduras en los pies. Ninguno pudo identificar a los cadáveres, pero surgió una sospecha y cuando se halló una ruina desolada donde otrora se encontraba el fortín de La Navidad, ya resultó evidente el destino fatal de los desdichados marineros que el año anterior habían quedado en el Nuevo Mundo.

Las costas pintorescas de La Española parecían cualquier cosa menos el portal de ese paraíso terrenal soñado por el almirante. Había ambiente de misterio. Terrores desconocidos acechaban en los bosques. Se hicieron disparos de cañón desde la nave del almirante, y al cabo de cierto rato apareció cautelosamente una canoa llena de nativos, para regresar luego en forma presurosa a la caleta en donde había estado escondida.

Colón desembarcó. No quedaban ni vestigios del fortín, excepción hecha de un montículo de tierra chamuscada y ennegrecida por el fuego. Entre las ruinas se hallaron trozos de cuero cubiertos de verdín, tiras de ropas y botones. De manera, pues, que el mensaje era fácil de interpretar: los defensores de La Navidad habían sido masacrados por los nativos y no quedaban ninguno para contar lo que había pasado.

¿Guacanagari? Después de mucho instarle, uno de los nativos escondido entre los árboles que dominaban el demolido fortín, fue persuadido para que

contestara las preguntas del almirante. Se supo así que había habido una revolución entre los propios indios, durante la cual dos reyes vecinos, Caonabo y Mayrini, habían atacado al fortín La Navidad, demoliéndolo totalmente y matando a todos sus defensores. Pero, ¿y Guacanagari? No, Guacanagari había peleado a favor de los españoles, ya que se había comprometido a ser su protector para siempre. ¿Acaso no era amigo personal del almirante? En verdad, Colón había contado cómo este amable cacique "lo quería tanto que era maravilloso".

Más adelante, su confianza en la lealtad de Guacanagari resultó confirmada por el descubrimiento de que la propia aldea del cacique había sido totalmente quemada por el salvaje Caonabo.

Pero la culpa de lo acaecido no recaía enteramente en los indios. Se conocieron nuevos detalles de la historia y, en base a ellos, parecía que tan pronto hubo iniciado su regreso a España Colón, los hombres de La Navidad habían abandonado toda restricción, engañando y maltratando a los nativos en todas las ocasiones e invirtiendo así, en las mentes de los mismos, la buena opinión que se habían formado en un principio en lo tocante al hombre blanco. Como consecuencia de tal actitud, Caonabo, jefe de una tribu particularmente guerrera, había atacado a la guarnición, no quedando vivo ninguno de sus componentes.

De esta manera pereció la primera colonia española en América, y la corrosiva memoria de ello fue causa de una desconfianza mutua en todas las negociaciones entre españoles y nativos. Había desaparecido la primera vislumbre de confianza y buena voluntad. Al parecer, Guacanagari y sus hombres se mostraban lo suficientemente amables, pero su entusiasta recepción de los regalos y la amistad de los españoles era ya cosa del pasado. En cambio, nacía entre los propios españoles una creciente y profunda antipatía hacia los indios que tan despiadadamente habían terminado con sus camaradas. Después de todo, argumentaban, estos nativos eran meros salvajes, y como tales no merecían ser tratados como seres humanos.

Esta opinión fue confirmada por lo que Colón y sus hombres habían hallado al llegar a La Navidad en su segundo viaje, una experiencia horripilante y que no era probable que condujese a un ambiente de cordialidad entre los nativos y los europeos. Luego, mientras realizaba un crucero entre las islas Marigalante, Guadalupe y Antigua, la flota tuvo un encuentro con una raza de caníbales. No hubo batallas campales, pero varios españoles fueron muertos con flechas envenenadas luego de haber caído en emboscadas. Esta no era la clase de tratamiento que era de esperar de los habitantes de un paraíso terrenal.

Explorando a toda prisa una de estas islas, Colón halló chozas en las cuales había miembros humanos que colgaban del techo, listos para ser incorporados a la comida familiar. Otros detalles relatados por las primitivas crónicas poseen un sabor de crudo realismo, demasiado fuerte para los gustos modernos. En verdad, todo ello había resultado enteramente diferente de las condiciones ideales vistas y registradas en el memorable primer viaje de la *Santa María*, la *Pinta*, y la *Niña*, y el re-

sultado era desilusionante en el mejor de los casos. Unido al destino del fortín de La Navidad, se produjo, inevitablemente, una siembra de cizaña que obliteró en su totalidad el encanto arcádico registrado por Colón respecto a su primer descubrimiento del Nuevo Mundo del occidente.

Pero ni siquiera el descubrimiento de canibalismo en el paraíso terrenal provocó la desilusión en ese incansable escritor, Pedro Mártir, quien con tanto entusiasmo siguió las actividades de Colón. Escribió Mártir:

España está desplegando sus alas, aumentando su imperio, y extendiendo su nombre y gloria hasta los antípodas. . . De dieciocho naves despachadas por mi soberano para acompañar al almirante Colón en su segundo viaje al hemisferio occidental, doce han regresado portadoras de algodón, enormes árboles cuya madera es apta para tinte, y muchos otros artículos que para nosotros son preciosos, los productos naturales de ese mundo desconocido hasta ahora; y, aparte de todas las demás cosas, una cantidad no pequeña de oro.

¡Oh, maravilloso Pomponio! Sobre la superficie de ese mundo se encuentran masas rojizas de oro nativo, de un peso que uno teme mencionar. Algunas llegan hasta las doscientas cincuentas, y se espera encontrar otras de un tamaño aún mayor a juzgar por lo insinuado por los nativos cuando elogian su oro a nuestra gente.

Ni los Lestsigones ni los Polífemos que se alimentan con carne humana ofrecen ya dudas. ¡Escucha. . . pero guárdate de que surjan horrorosamente ante ti! Al dirigirse Colón de las islas Afortunadas, ahora denominadas Canarias, a La Española, la isla primera en que desembarcó, volviendo su proa un poco hacia el sur arribó a innumerables islas habitadas por hombres salvajes, a quienes llamaron caníbales, o caribes, los cuales, si bien van desnudos, son guerreros de gran coraje. Pelean hábilmente con arcos y cachiporras, y poseen canoas construidas con árboles vaciados, de mucha capacidad, con las que hacen furiosas incursiones a islas vecinas habitadas por gente más tranquila. Atacan a las aldeas, llevándose los hombres para devorarlos.

Sin intimidarse por estos hechos desalentadores y teniendo presente que debía dejar mil o más colonos en La Española, Colón abandonó las desoladas ruinas de La Navidad y, navegando a lo largo de la costa, llegó a un punto excelente para una nueva colonia, que denominó Isabel. El oro fue el factor decisivo esta vez y la búsqueda de este metal fue la razón que motivó todos sus viajes futuros. Le habían dicho que no lejos de Isabel, entre las grandes montañas que constituían un panorama tan espléndido para la pequeña colonia, había un país que producía oro. De modo que, mientras los colonos se encontraban atareados construyendo casas y trazando las calles de Isabel, otros exploraban esas montañas promisoras, llamadas Cibao por los nativos, volviendo triunfalmente con polvo y mineral de oro que, según decían, habían hallado en los lechos de los arroyos de las montañas.

Esta era una gran noticia, por cuanto la reina

Isabel había advertido expresamente a Colón que debían buscar oro por sobre todas las cosas, ya que las arcas de España, exhaustas después de las prolongadas guerras con los moros, se encontraban en urgente necesidad de reposición. Pero ahora todo estaría bien. ¡El Nuevo Mundo había acudido al rescate! Fue así que doce naves fueron despachadas de vuelta a España desde la colonia de Isabel, para tranquilizar a Su Majestad tocante al éxito de esta segunda expedición, y para obtener de ella equipo y refuerzos adicionales.

La carta enviada por Colón a Sus Majestades tenía poco que decir respecto a nuevos descubrimientos, pero sí mucho acerca de dos asuntos que embargaban la mente de los componentes de la colonia Isabel, a saber: oro y enfermedades.

Dirá Ud. a Sus Altezas, aunque yo les he escrito a tal efecto, que mucho deseaba haber podido enviarles una mayor cantidad de oro con esta flota, proveniente del que se espera obtener aquí, pero la mayor parte de nuestra gente que se encuentra aquí ha caído enferma: además, esta flota no puede permanecer aquí por más tiempo, por una parte por el gran gasto que ocasiona, y, por la otra, por la circunstancia de que el momento es propicio para que aquellas personas que pueden traer las cosas tan necesarias para nosotros, puedan ir y regresar: ya que, si demoran su partida, aquellos que deben volver no podrán hacerlo para mayo.

Aparte de lo expuesto si deseo comprometerme a ir a las minas y ríos ahora, con la gente de aquí que se encuentra bien, tanto en el mar como en la colonia en tierra, enfrentaría muchas dificultades y hasta peligros, por cuanto a fin de cubrir una ruta tan larga y llegar allí para cuando fuera necesario recoger el oro, tendrían que ser llevadas grandes cantidades de provisiones, imposibles de ser cargadas en los hombros, y, además tampoco hay bestias de carga aquí que podrían ser utilizadas para tal fin: y, aparte de esto, los caminos y pasos tampoco se encuentran en condiciones, aunque he comenzado a prepararlos para hacerlos transitables.

También sería por demás indeseable dejar aquí a los enfermos en un lugar abierto, en chozas, con las provisiones y equipo que hay en tierra, puesto que a pesar de que estos indios puedan haber demostrado su sencillez y falta de malicia a los descubridores, y así lo demuestran todos los días, a medida que se mezclan con nosotros, no parece que sea una buena idea el arriesgar a perder a esta gente y a las provisiones. Esta pérdida la podría provocar un indio que, con un trozo de madera ardiente, prendiese fuego a las chozas, ya que siempre se encuentran en movimiento, por lo menos mientras la colonia permanezca abierta y sin defensa.

Las enfermedades se habían constituido en uno de los problemas principales. Muchos de los hombres se encontraban enfermos a raíz de las largas semanas de alimentación en el mar; muchos como consecuencia del clima insalubre de Isabel. Había otros, también, que simulaban estar enfermos esperando, de esta manera, li-

brarse de la indignidad de ser ocupados en la construcción de la colonia.

Se trataba del mismo problema que John Smith habría de encarar mucho más adelante, con motivo de sus esfuerzos por establecer una colonia, y Colón enfrentó a los miembros rebeldes de su expedición en forma muy parecida a la empleada exitosamente por Smith. Puesto que un caballero no comía menos que un trabajador, resolvió Colón, correspondía que aquél trabajase como los otros por su comida. Podrían mostrarse indignados estos orgullosos aventureros, pero era necesario que obedeciesen órdenes, o, de lo contrario, perecerían. Ello eligió firmeza y diplomacia: Colón poseía ambas cualidades.

Mientras tanto, habiendo establecido su colonia en Isabel, Colón prosiguió a lo largo de la costa, navegando con rumbo sur hacia una isla cuya fama había llegado a sus oídos hacía algún tiempo, y que los nativos denominaban Jamaica. Pero, contrariamente a lo informado, no había oro allí. Por otra parte, bien valía la pena visitarla. Los indios que la habitaban poseían una inteligencia y físico superiores a los de cualquier otra tribu encontrada hasta ese entonces por Colón, pero no se mostraban particularmente amistosos. Cuando los españoles se aventuraron por su costa, su primera recepción fue una lluvia de flechas.

Desde Jamaica, Colón navegó hacia el norte en dirección a Cuba. Aquí los nativos aseguraron a Colón que jamás persona alguna había llegado al extremo de su isla. Para un hombre que estaba comenzando a tornarse ansioso por contemplar ese continente prometido de de Asia, aquella novedad era sumamente reconfortante. Seguramente aquí se encontraba la avanzada de Catay (China) o posiblemente la gran isla de Cipango (Japón). Cuanto más lejos iba el maravillado almirante, tanto más se convencía de que, por fin, había alcanzado la meta hacia la cual apuntaban todas sus teorías. Estaba seguro, por ejemplo, que en un lugar se estaba aproximando a la parte oriental del cabo de Buena Esperanza. En verdad, no había hallado ninguna de las maravillosas ciudades descritas por Marco Polo, pero eso era fácilmente explicable por la inmensidad del territorio de Catay. Desde este nuevo punto de vista, La Española se convertía en Cipango, y esta Cuba, o Juana (como la denominara) sería indudablemente el continente.

De esta manera, para darle un toque impresionante de finalidad que confirmara estas cosas, se extendieron declaraciones juradas, redactadas por el notario que acompañaba a la expedición, en las que los comandantes de las diversas carabelas estamparon gravemente sus firmas. Además se convino que a cualquiera que, habiendo rubricado estas declaraciones juradas, más adelante repudiase su firma, se le cortarían la lengua como castigo. Por otra parte, si se trataba de un oficial, se le aplicaría una multa de diez mil maravedíes; y si, en cambio, era un marinero, recibiría cien latigazos.

No deja de extrañar, entonces, que después de este asombroso asunto de las declaraciones juradas (una de las maneras más raras de sostener una teoría) se produjese el súbito y completo resquebrajamiento físico y mental del sobrecargado almirante. Durante muchos días permaneció en lo que describe como un estado de letargo semejante a la muerte. En este estado fue llevado

de regreso a la nueva colonia Isabel, donde permaneció hasta que su hermano Bartolomé vino de España para reunírsele. Hacía seis años que los dos hermanos no se habían visto. Bartolomé, comisionado por Colón, había partido de Lisboa para proponer un viaje de exploración hacia el occidente, primero a Inglaterra y luego a Francia. Fue mientras se encontraba en París que tuvo la primera noticia del exitoso retorno de su hermano de su viaje a las Indias. Había tratado de acompañarlo en su segunda expedición, pero llegó poco después de haber zarpado Colón de Palos. De modo que aquí se encontraba, oportunamente a mano, cuando más se lo necesitaba, y con él habían tres naves que llevaban abastecimientos necesarios para la pequeña colonia de La Española. Resultó un encuentro por demás dramático y afectuoso, y fue indudablemente la inesperada llegada de su hermano favorito lo que provocó la cura de la extraña afección que aquejaba a Colón.

Minas de oro y el arte de guerra de los salvajes fueron dos tópicos ansiosamente comentados por los dos hermanos. Luego, una vez perfeccionados sus planes, se delegó en Bartolomé la tarea de vigilar los asuntos de la nueva colonia, mientras que Colón reanudaba sus exploraciones de La Española.

Como resultado de ciertos descubrimientos en el interior de este paraíso, el almirante se estaba formando la idea de que esta tierra no era Cipango, después de todo, pero que podría ser Ofir, esa maravillosa región mencionada en las Escrituras y afamadas por las inagotables minas de oro pertenecientes al rey Salomón. Muchos eran los indicios que puntualizaban hacia esa posibilidad, y Bartolomé, compartiendo el entusiasmo de su hermano, prontamente cambió su cuartel general de Isabel, a una parte de la isla con mejor acceso a las minas de oro, fundando así la ciudad de Santo Domingo.

Viendo que todo se estaba desarrollando satisfactoriamente, y dada su ansiedad por llevar a Su Majestad la reina Isabel la noticia de sus maravillosas minas de oro, el almirante, acompañado por Aguado, uno de los conductores de la expedición, emprendió viaje hacia España en dos carabeas llevando consigo alrededor de doscientos colonos que añoraban su patria, llegando a Cadiz el 11 de junio de 1496.

## CAPITULO 6

### CADENAS

Un hecho significativo de los cambios que lenta pero seguramente se estaban registrando en la fortuna de Colón fue que a su arribo a Cádiz, a la terminación de su segundo viaje al occidente, vestía hábito de franciscano. Uno de los rasgos de su carácter era un instintivo sentido de lo dramático. De suerte, pues, que a su llegada a Cádiz ya no vestía las suntuosas ropas pertenecientes a su rango de Almirante del Mar Océano, puesto que no retornaba a su patria, como había esperado, con el triunfal anuncio a flor de labios acerca de esa mítica costa oriental de Asia. Aquellas extrañas declaraciones juradas que, en retrospectiva, parecen ser obra de una mente enferma, tampoco fueron exhibidas.

En cambio, el almirante se vió forzado a informar acerca de los diversos hechos desastrosos que le habían

acontecido a su retorno a la isla La Española, el paraíso terrenal; particularmente la pérdida de esos hombres que habían sido dejados en tierra para asegurarse las glorias y la riqueza potencial que otrora había prometido tan confiadamente a sus graciosas majestades.

Con tales pérdidas y nada de valor concreto para mostrar como justificativo de su segundo viaje, no había ni tiempo ni inclinación para entradas triunfales. Fernando e Isabel, sin embargo, fueron lo suficientemente cordiales como para alentarle a hacer planes para su regreso a la isla La Española, donde debería iniciar nuevas investigaciones entre las islas y continentes adyacentes. Algo tenía que hacerse. Después de todo estos viajes de descubrimientos eran empresas comerciales y hasta ahora ni oro ni tesoros habían sido hallados en cantidad suficiente como para justificar el desembolso de dinero necesario para las dos expediciones. En cierto modo la gloria era algo apetecible; el honor de descubrir este mundo occidental aumentó indudablemente la fama e importancia del dominio español. Pero se necesitaba algo más tangible y esta necesidad le fue recalcada a Colón por los soberanos.

Colón tenía espléndidas historias acerca de las minas de Ofir, islas de oro sólido y todas aquellas innumerables leyendas con que había sido recreado por sus amigos indios. Pero con estos cuentos fascinantes no podían pagarse los gastos de la costosa expedición bajo su mando, y Colón se vió forzado a buscar otra fuente inmediata de entradas. No había oro, por lo menos hasta ese entonces, pero había mano de obra nativa que podría convertirse en ganancia inmediata en el mercado español.

Algún tiempo antes de abandonar la Española y guiado por la idea de que al traficar con la mano de obra nativa se convertiría no sólo en una buena inversión comercial, sino que eventualmente sería la manera de civilizar y elevar a los propios nativos, Colón había enviado a Sevilla seis cargamentos de indios para ser vendidos como esclavos. Además, en su informe a los reyes, el almirante había abogado por esta clase de tráfico humano.

Empero, Isabel, finamente humana y de un carácter profundamente religioso, desde un principio rehusó dar su consentimiento a los planes de Colón para la venta de esclavos. Por edicto real los esclavos enviados a España fueron devueltos a La Española, y cuando más adelante se registró un aumento en dicho tráfico a pesar de la protesta real, se suplicó la intervención del Papa, principalmente a instancias del beato Las Casas, quien había acompañado a Colón en su tercer viaje a Haití y, más adelante, había de convertirse en su biógrafo. Finalmente, el Papa intervino en favor de los indios.

Sin embargo, todo esto tuvo lugar años después de las primeras experiencias de Colón en su esfuerzo por tornar financieramente provechosas sus expediciones. El estigma de fomentar la esclavitud en las Indias Occidentales no debería ser esgrimido en forma tan acérrima en su contra. En su trato personal con los nativos, Colón había demostrado siempre un espíritu equitativo y humanitario. La esclavitud que preconizaba no se caracterizaba por crueldad ni rigores innecesarios. Pero, en manos de otros, pronto se convirtió en el flagelo de las islas y trajo como consecuencia una situa-

ción de miseria y horror raramente equiparada en la historia.

A causa de la perplejidad y dificultades de estos asuntos, transcurrieron casi dos años antes de que Colón consiguiese preparar su tercera expedición al Nuevo Mundo. Cuando izó velas el 30 de mayo de 1498, su flota constaba de seis naves, siguiendo Colón con la esperanza, jamás abandonada, de descubrir el continente asiático. Todavía abrigaba la certeza de que había estado costeando Cipango en sus viajes anteriores a las Indias Occidentales. Pero ahora se dirigía a Catay.

Antes de zarpar de España había jurado que la primera tierra que descubriera en este viaje sería honrada con el nombre de La Trinidad. De esta manera, cuando apareció una isla de buen tamaño frente a la costa oriental de Sudamérica, recibió dicho nombre, cuya designación era extrañamente apropiada a causa de la prominencia de tres picos que avistó la pequeña flota de carabelas a medida que navegaban en procura del puerto más cercano.

¡Y luego, por fin, el continente el 10 de agosto de 1498! Pero para Colón, cavilando acerca de las ciudades majestuosas descritas por Marco Polo y los demás viajeros que habían penetrado hasta el corazón de Asia, esta tierra no tenía aspecto de un continente. Sólo parecía una especie de isla pobre, ni siquiera la mitad de promisoramente comparada con La Española, o Cuba y Jamaica, que tanto habían cautivado su imaginación. No obstante, Colón la denominó isla Santa.

Manteniéndose con rumbo hacia el occidente, el almirante finalmente entró en el golfo de Paria. Aquí las poderosas corrientes de agua que encontró brindaban amplia e indudable evidencia de la presencia de grandes ríos que corrían desde el interior, y parecían ofrecer una prueba inequívoca del largamente buscado continente.

Esta impresión resultó reforzada por todo lo que se vió mientras se seguía la costa durante unos días más. Una marcada diferencia observada por Colón entre esta tierra y el "paraíso terrenal" de La Española, era el aspecto de los nativos. Eran de un color mucho más claro que los indios de La Española. Además, mucho más hostiles, mostrando muy poca de la amistad de los nativos de las islas al norte de Paria. Había luego otras diferencias, tales como la abundancia de monos que chillaban en las ramas de los árboles, y de ostras prendidas a los arbustos sobre la costa.

En cuanto al panorama, nada podía haber sido tan exóticamente admirable para la mente de Colón como la vista que ante él se ofrecía. No es extraño, recordando el fervor de su imaginación, que estuviese desarrollando una nueva teoría, la que descartaba totalmente a Catay de sus sueños, o sea la de que por fin había llegado al verdadero Jardín del Edén, la cuna de la humanidad. Siendo éste el Edén de las Sagradas Escrituras, también debía ser el continente.

No era cosa de todos los días que hasta un Colón descubriese el verdadero Jardín del Edén, y uno se extraña, en cierto modo, al comprobar que, con esta maravillosa visión, ya que no parece ser otra cosa que una visión, que se desarrollaba ante sus ojos, el entusiasta explorador no se preocupase por verificar los diversos puntos consignados en el relato de las Escrituras Sagra-

das. Por lo contrario, tan pronto como se convenció de de la identidad de esta nueva tierra, se dirigió hacia el norte, sucumbiendo a su ansiedad por volver a visitar las colonias de Isabel y Santo Domingo en la Española.

Casi dos años antes había dejado a su hermano Bartolomé a cargo de los asuntos de la isla, y a juzgar por los informes recibidos antes de zarpar de España, sabía que no había resultado fácil la tarea de mantener el orden entre los nativos y reprimir la creciente desobediencia entre los colonos. Sus peores temores se confirmaron al arribar a Santo Domingo. Los asuntos de la colonia habían degenerado rápidamente, hasta alcanzar un estado de anarquía y se necesitaron medidas drásticas para enderezar las cosas.

Y luego llegaron noticias desalentadoras de España. En su último viaje a la madre patria, Colón había llevado consigo a un gran número de colonos descontentos y ahora que se encontraban allí se quejaban incesantemente de las privaciones y sufrimientos que habían experimentado en la Española. Hablaban con sorna de los descubrimientos de los que había hecho alarde Colón, y no perdían la oportunidad de insistir ante el gobierno español con sus reclamos por las pérdidas incurridas al acompañar al almirante en sus aventuras.

Por otra parte, fue justamente en esa época que llegaron noticias de España del exitoso viaje de Vasco de Gama a la India, cuya expedición había tenido a Lisboa como punto de partida, en el verano de 1497. Contrastando con los informes sobre descubrimientos en las Indias Occidentales, los hallazgos de Vasco de Gama resultaban verdaderamente maravillosos. No sólo había visitado grandes ciudades del Indostán, donde había conversado con poderosos gobernantes y tomado medidas para formar alianzas comerciales permanentes con ellos, sino que había traído consigo grandes cantidades de cosas valiosas, como oro, piedras preciosas y especias, en tal cantidad que, en comparación, las "promesas" de riqueza y los escasos aros de oro para la nariz y orejas llevados a España por Colón, parecían algo digno de lástima.

Tan persistentes llegaron a ser las quejas de los colonos, que los soberanos españoles resolvieron enviar un emisario a La Española con plena autoridad para hacerse cargo de la isla y efectuar una investigación a fondo de las condiciones imperantes en dicho punto, a fin de ratificar las acusaciones hechas contra Colón.

Francisco de Bobadilla, caballero de la orden de Calatrava, fue el hombre elegido para esa tarea. Portando consigo todos los documentos necesarios para probar su autoridad, Bobadilla llegó a Santo Domingo el 23 de agosto de 1500. A pesar de que el almirante y sus dos hermanos, Jaime y Bartolomé, ayudados indudablemente por el joven Las Casas, acababan de imponer orden en una situación caótica, Bobadilla tomó medidas de inmediato para instalarse en el puesto de autoridad. En seguida se convirtió en el centro de atracción de todos los descontentos de la isla y se encontró diariamente ocupado en escuchar quejas, prometiendo la justicia reclamada por los colonos.

Existe toda la razón para creer que Bobadilla no había sido comisionado para deponer a Colón de la eminente posición donde lo habían llevado las concesiones del gobierno español, pero en este punto los docu-

mentos que Bobadilla llevaba consigo eran lo suficientemente vagos como para ofrecerle la oportunidad que buscaba. Hombre ambicioso de autoridad, Bobadilla se vanagloriaba de hacer sentir su poder y no tuvo que esperar mucho una oportunidad para satisfacer sus instintos. El primero de los hermanos de Colón que cayó en sus garras fue Jaime, quien fue prontamente encarcelado. Luego le tocó el turno al propio almirante, a su regreso de Santo Domingo, después de una ardua y exitosa campaña contra los colonos rebeldes de la parte occidental de la isla. En lugar de ir a su encuentro, Bobadilla ordenó su captura, después de lo cual fue puesto en cadenas. Más adelante le correspondió a Bartolomé ser tratado en forma igualmente sumaria.

Del cúmulo de quejas contra los hermanos resulta difícil descubrir definitivamente cuáles fueron las causas motivantes de una medida tan severa contra ellos. Evidentemente Bobadilla era uno de esos enérgicos funcionarios que actúan primero y piensan después. Cuando llegó el momento de consignar las causas de su manera de actuar, declaró que había encarcelado a los tres hermanos por cuanto estaban incitando a los nativos de la isla para que se rebelasen en contra de la soberanía de Fernando e Isabel. No había, por supuesto, pruebas para apoyar esta acusación, y la razón estaba, forzosamente, en contra de la misma. Pero Bobadilla se hallaba, al parecer, bastante satisfecho con lo que había hecho, y no perdió tiempo en enviar de regreso a España a sus tres prisioneros ilustres, cargados de cadenas y en forma por demás ignominiosa.

Empero, no todos los colonos prestaron su conformidad al trato acordado a Colón por el fogoso Bobadilla. Al subir el almirante a la nave que habría de llevarlo a España, el capitán de la misma se vió agobiado por la situación en que se encontraba un hombre tan honrado y querido por los que lo conocían y solicitó el privilegio de liberarlo de las cadenas que lo sujetaban. Sin embargo, a esto se rehusó Colón. Estas cadenas, dijo, habían sido su recompensa por todo lo que había hecho y sufrido en el mundo occidental para la gloria de España, y era su deseo mostrarlas como eran a sus graciosas majestades Fernando e Isabel. Ya su imaginación, fiel a su inclinación hacia lo teatral, había creado en su mente el dramático espectáculo de su retorno.

## CAPITULO 7

### EL ULTIMO VIAJE

Las cadenas, entonces, no fueron retiradas, y durante todo el largo viaje desde La Española los tres hermanos permanecieron esposados. Sin embargo, en cierto sentido su vuelta a España constituyó un triunfo.

Erguido como siempre, su cara tostada y arrugada por los muchos viajes a través de mares desconocidos, su cabello cayéndole sobre los hombros, su profunda y ardiente mirada rígidamente fija ante sí, el almirante del mundo occidental abandonó el barco que lo había traído tan ignominiosamente de regreso y se encaminó por las calles de Cádiz hasta la casa que la había sido asignada para esperar allí el llamado que habría de llevarlo ante sus augustos protectores, Fernando e Isabel.

Al igual que ocho años antes, al hacer su entrada triunfal como descubridor del Nuevo Mundo del Occidente, el populacho bullía en las calles para recibirlo. Pero ya no se escuchaban las exclamaciones de júbilo, el aplauso ni la alegría. Los rumores y las calumnias se habían ensañado con la reputación del almirante durante su ausencia, y el pueblo se hallaba dispuesto a tratarlo con desprecio y hasta con oprobio.

Los hombres y mujeres de hace cuatrocientos años no estaban acostumbrados a reprimir sus emociones. Iban a tratar al orgulloso forastero con el desprecio y el odio que se merecía. Pero la visión patética de este vencido anciano, quien, después de todo, había logrado y sufrido tanto, convirtió su enemistad en un sentimiento que se manifestó primero en un elocuente silencio, y luego en francos sollozos de piedad.

Esta expresión de sentimiento no se circunscribió únicamente al populacho gaditano. Una escena aún más notable aguardaba al encadenado viajero en el salón de audiencias del histórico palacio de la Alhambra. Allí fue citado Colón mediante un mensajero especial de Su Majestad, para recibir el tributo de aprecio de la corte real, en reconocimiento de sus inolvidables servicios prestados al Estado.

Isabel había tenido noticias de la deshonra, prisión y cadenas con que había sido premiado este hombre a quien tanto admiraba y favorecía, e imperiosamente ordenó que Colón y sus dos hermanos fuesen liberados de sus cadenas y que de inmediato acudiesen a la corte para recibir la seguridad de su bienvenida.

Es más probable que la reina haya sido informada de una carta dirigida por Colón, durante ese triste viaje de regreso a España, a una mujer que había sido nodriza del príncipe Juan y que se la sabía entre los amigos de la reina. Decía la carta:

Si pluguiera a sus altezas quitar el fundamento a un dicho común entre aquellos que conocen mis esfuerzos, que la calumnia de la gente me ha ocasionado más daño que el bien derivado del mucho servicio y la conservación de su propiedad (la de sus altezas) y dominio, ello sería una caridad y sería restaurado mi honor, y de ello se hablaría por todo el mundo por cuanto la empresa es de naturaleza tal que diariamente debe forzosamente tornarse más famosa y gozar de más alta estima.

Bien podemos creer que las injurias soportadas por Colón resultaron grandemente atenuadas por las bondadosas palabras de esta noble mujer; hasta Fernando, quien siempre se había mantenido fríamente alejado de los designios y entusiasmos de este almirante suyo, quedó emocionado por la compasión que le inspirara todo ello, la manera extraña e inhumana con que uno de los hombres más grandes de su época, puesto que Fernando reconocía la grandeza de Colón a pesar de no mostrarse siempre deseoso de satisfacer sus exigencias, había sido recompensado por todo lo que había hecho.

Y sucedió que, como nos cuenta el biógrafo:

Isabel lo recibió con lágrimas en los ojos, y luego, este sufrido anciano, cuyo espíritu orgulloso y dominante había soportado durante largo tiempo tantos agravios e insultos, se abatió completamente. Se echó a los pies de los soberanos en una agonía de lágrimas y sollozos.

De esta manera Colón fue rehabilitado por el agasajo real y popular, al menos exteriormente. Cuando se trató de los asuntos más prácticos, tales como remuneración, títulos y viajes futuros, los ruegos del almirante no fueron recibidos con la misma simpatía que había despertado en ocasiones anteriores. Persistía la situación desagradable de que si bien sus tres viajes habían rendido frutos desde el punto de vista del descubrimiento de tierras desconocidas, y que parecía existir una gran probabilidad que esas tierras fuesen las avanzadas del maravilloso continente donde reinaba el Gran Kan, Colón no había podido lograr suficientes pruebas tangibles como para tentar la corona española para que respaldase otra de sus costosas empresas.

Colón no era ni Pizarro ni Cortés. Los conquistadores de Perú y México aún no habían navegado por los mares españoles. Cuando ellos vinieron, sus conquistas rendirían una ganancia inmediata más allá de los sueños de los exploradores más optimistas. Pero, lamentablemente, en este tiempo surgía Vasco de Gama, y su fama podía eclipsar a la de Colón. Portugal estaba alborozado con el rendimiento material de la exitosa expedición comandada por este explorador. Vino a representar una especie de reto nacional a España. Lo que Portugal había alcanzado también debía alcanzarlo España; no el mero hallazgo de varias islas de menor cuantía, habitadas por salvajes, sin tesoros en suficiente cantidad como para colocar a España en un pie de igualdad con su vecino rival.

Este era el sentimiento reinante, y Colón, por cuyas venas fluía sangre de intrépido marino y explorador tan ardiente en su vejez como lo había sido desde el comienzo de su trayectoria en Vico Dritto, adoptó la firme determinación de satisfacer las nuevas exigencias con otros viajes de descubrimiento.

Declaró que alcanzaría el reinado descrito por primera vez por Marco Polo, y ahora por Vasco de Gama, siguiendo una ruta más fácil que la realizada anteriormente por cualquiera de ellos. Esa ruta continuaba siendo hacia el occidente. Allí había encontrado y hecho suyo, en nombre de sus majestades españolas, el portal que conducía a estas maravillas de Catay y Cipango. En base a su conocimiento de esas islas distantes estaba convencido que hallaría un estrecho a través del que podría conducir su expedición hasta la tierra soñada. Para llevar a cabo su plan, una vez más imploró la ayuda del gobierno español.

Nuevamente los sabios escucharon la persuasiva argumentación del almirante. No sabemos si se sonrieron al hablarles del Jardín del Edén, el Quersoneso de oro, los que, según les aseguraba Colón, se habían hallado al alcance de sus manos. Nadie podía contradecir a este hombre respecto a viajes maravillosos y sueños aún más fantásticos. Existía la posibilidad de que, en alguna u otra forma, estuviese encerrada la verdad en lo que les contara. Bien valía la pena probar una vez más.

Ante persona tan obsesionada, la manera más fácil podría ser, quizás, concederle por lo menos una parte de sus exigencias; pero era indispensable evitar que interfiriese en los asuntos de la colonia en La Española. Respecto a este punto los sabios se mostraron firmes. Ya había habido suficientes trastornos en esa isla tinta en sangre, y algunas personas de reconocida

importancia declararon que gran parte de las dificultades obedecía a la falta de autoridad del propio Colón. En efecto, todos los informes coincidían en que las cosas se encontraban en un estado caótico en esa parte del mundo. Los nativos chocaban constantemente con sus amos españoles, y hasta entre los propios colonizadores había rivalidades y envidias. Dijeron los sabios, entonces, que Colón podía volver al mundo occidental para descubrir el estrecho de que hablaba, pero que no lo haría en carácter de virrey. Es más, no debería permitírsele entrar al puerto de La Española.

De suerte que así se resolvió, y el 11 de mayo de 1502 zarpó de Cádiz, por última vez, con cuatro pequeñas carabelas y una tripulación de ciento cincuenta hombres. Su hermano Bartolomé viajaba con él y ahora, por primera vez, llevaba a su hijo menor, Fernando, de catorce años de edad, quien más adelante, cuando ya todos estos hechos pertenecían al pasado, había de escribir la historia de su padre.

Fue a la edad de catorce años que el propio Colón había zarpado de Génova en su viaje de prueba como marino, y en vista del fuerte afecto paternal que siempre demostró hacia sus dos hijos, es fácil imaginar el intenso interés y placer que debió de haber sentido al llevar a Fernando a la escena de sus propias aventuras gloriosas. Tampoco era dable imaginar que un muchacho de catorce años iría a experimentar las aventuras maravillosas, dolorosas y trágicas como las que aguardaban a este vivaz Fernando al zarpar ese día de primavera conjuntamente con su padre y su tío Bartolomé.

A pesar de la prohibición de los consejeros, Colón no pudo resistir la tentación de hacer escala en La Española a su llegada a las Indias Occidentales. Su excusa fue que una de sus carabelas debía ser sometida a reparaciones. Desembarcó justamente cuando la flota de Ovando, gobernador de la isla, estaba lista para zarpar para la madre patria, cargada esta vez del oro que había sido obtenido de los nativos en esclavitud. Experimentado marino, Colón había notado signos del acercamiento de uno de esos violentos huracanes que barren con todo lo que se les opone en estos mares occidentales. De modo que previno al gobernador que no saliese del puerto hasta que hubiese pasado el peligro. Empero, su advertencia fue desoída.

La llegada de Colón había despertado, en verdad, los antiguos sentimientos de animosidad, y se le ordenó que abandonase la isla de inmediato. Así lo hizo y consiguió hallar un puerto seguro para su pequeña flota. Pero la escuadra de Ovando, consistente en veintiocho naves, prosiguió viaje y veinte o más de ellas fueron enviadas al fondo del mar por la furia de la tormenta. El único barco que finalmente arribó a España llevaba cuatro mil piezas de oro, parte de un pago que se debía a Colón. Fue con una fruición muy natural frente a este capricho de la fortuna, en un momento en que todo parecía cubierto por un manto lúgubre, que años más tarde Fernando relató esta circunstancia tan venturosa para su padre.

Dejando La Española a popa, las cuatro carabelas de Colón se dirigieron ahora hacia el oeste a la mayor velocidad posible, bordeando la costa de aquella isla, tocando Cuba y luego dirigiéndose directamente al sur, a Honduras. Por segunda vez el almirante se encontraba en el continente, aunque, no hay seguridad de que tuviese

conocimiento de este hecho.

Sin embargo, observó algo, y en estas circunstancias (todavía se sentía mortificado por lo que recientemente había sucedido) el descubrimiento fue muy bien recibido. Por fin había alcanzado una raza de seres humanos semicivilizada. Utilizaban, por ejemplo, cuchillos y hachas de cobre. Tenían piezas de alfarería hermosamente trabajadas y decoradas. Esta gente, en contraposición con los salvajes desnudos de Guanahaní, llevaba ropas de algodón de colores alegres y, según Fernando, las mujeres de Yucatán se cubrían tan cuidadosamente como las moras de Granada. Si Colón hubiese dejado el mar y viajado hacia el interior una distancia relativamente corta, habría encontrado las maravillas de Uxmal y Palenque, cuyos alardes arquitectónicos figuran ahora entre los mejores de las afamadas glorias de la antigüedad americana. Y más allá se encontraban las riquezas y las densamente pobladas ciudades que al cabo de unos pocos años habrían de rendir sus tesoros a Hernán Cortés.

Pero nuevamente creía Colón que se encontraba en las avanzadas del gran imperio de Catay, y que para alcanzar la meta de sus sueños lo que tenía que hacer era descubrir un pasaje a través de estas islas (puesto que aún las consideraba islas) para llegar al continente. De esta manera, con sus cuatro carabelas siguió la costa hacia el sur, encontrando por el camino nuevos signos de la existencia en el interior de una raza india diferente y más altamente civilizada. Pero los nativos continuaron asegurándole que si seguía la dirección que había tomado, sin duda alguna hallaría un "lugar angosto" entre los dos mares. Y primero, decían, hallaría maravillosas minas de oro, no lejos de este "lugar angosto".

¡Ya no podía existir ninguna duda! Todo se estaba desarrollando exactamente como la había declarado Colón. La gente con la que hablaba usaba ornamentos de oro de un tamaño mucho mayor que cualquiera hallado previamente en las islas; grandes láminas de oro colgaban de sus cuellos, y no era difícil lograr que se desprendiesen de estos tesoros a cambio de las inservibles baratijas que los marinos españoles siempre poseían en gran cantidad. Y las casas a lo largo de la costa no eran endebles chozas de corteza de árbol y de juncos, sino estructuras de "piedra y cal" con pinturas y tallados en sus paredes.

Considerándolo, esto resultaba aún mejor que el Edén del viaje anterior. Así le parecía a Colón; pero sus hombres, finalmente se cansaron de los monótonos cruceros a lo largo de esta costa infestada de mosquitos. ¿Dónde estaban las ciudades y los incalculables tesoros que Colón les había prometido? ¿Y dónde estaba ese "lugar angosto" entre dos grandes mares, al otro lado del cual se encontraba la tierra de Marco Polo?

¿Y si ese "lugar angosto" fuera tierra en lugar de agua, qué podría hacer con sus carabelas? Estas últimas, por otra parte, comenzaban a mostrar signos del trajín de estos accidentados viajes. La tripulación estaba ansiosa de volver a la patria. Siete años antes Colón podría haber tenido éxito en disipar sus temores y, mediante su contagioso entusiasmo, en alentarlos para seguir adelante. Sin duda su edad y las numerosas desgracias comenzaban a hacerse sentir al extremo que el elegante porte de su elocuencia habían perdido su poder de persuasión. No había nada que hacer excepto ceder

a las demandas de los tripulantes. Sin embargo, había visto lo suficiente como para convencerse que, en un futuro viaje, podría dirigirse directamente a ese esquivo estrecho que le conduciría al continente occidental de Asia. Pero ahora, a regresar a la patria lo más rápidamente posible.

De Veragua, tan cerca, ¡si lo hubiese sabido!, del "lugar estrecho", el istmo de Panamá, Colón navegó directamente al norte, siendo su intención, no importa qué obstáculos pudiesen presentarse bajo la forma de inamistad de Ovando, recalar en La Española antes de zarpar directamente hacia España. Pero la pericia marinera del almirante le falló en esta ocasión. Las pequeñas naves, debilitadas por los embates del mar Caribe, y con la mayor dificultad alcanzaron la costa de Jamaica, donde fueron arrojadas destrozadas, finalizando así sus días.

Completamente abatida su salud, atormentado por el reumatismo, con escasos recursos a su disposición, Colón ya no podía seguir adelante. Aprovechando lo mejor de esta mala situación, los cascos de dos de las carabelas naufragadas fueron arrastrados a la playa, colocándoles una especie de techo. A este precario abrigo fue llevado Colón, ahora un anciano incapacitado, contando únicamente con la ayuda de Fernando y Bartolomé para reconfortarlo.

Naturalmente, hubo dificultades con la tripulación de las carabelas abandonadas. Los descontentos marineros se quejaban que Colón los había engañado, que podrían haber estado de regreso en España si no hubiese sido por sus ridículas fantasías. A medida que transcurrían los meses, estos quejosos iniciaron un motín organizado contra Colón, y de no haber sido por la energía de Bartolomé la situación de aquél hubiera sido realmente grave. Pero, al parecer, las dificultades de esta naturaleza agrandaban a Bartolomé quien formando un grupo de fieles adictos, logró capturar a los cabecillas del complot contra su hermano y de esta manera conjurar eficazmente el amenazado vuelco de su autoridad.

Luego vino el inevitable choque con los nativos. Lamentablemente para Colón, éstos se mostraban aún inquietos como consecuencia del mal trato, que habían sufrido a manos de Porras, uno de los dirigentes rebeldes entre los marineros naufragos, y ahora que estaban seguros de la incapacidad del almirante y de la discordia existente entre los tripulantes, resolvieron vengarse. Esta venganza no fue de naturaleza activa, por lo menos al principio, pero adoptó la forma de una porfiada negativa de proveer los alimentos que hasta ese entonces habían suministrado a los naufragos invasores de su isla.

Con el puñado de hombres en quienes podía confiar, era manifiestamente imposible que Bartolomé atacase y sometiese a estos nativos hostiles. Únicamente el almirante podía salvarlos, un anciano, pobre e inválido, tirado en su cama en una choza improvisada en las ardientes arenas de Jamaica.

Pero Colón, no obstante encontrarse físicamente desgastado y enfermo, no había perdido nada de su vigor mental. Próxima a él en la pequeña cabina de una de sus carabelas había una pequeña biblioteca de preciosos volúmenes entre los cuales figuraba un libro de cálculos astronómicos del formidable Regio Montanus. Después de todo, no había nada que Colón amase más

que la astronomía. El estudio de las estrellas y de sus movimientos, la luna y sus variaciones, se adaptaban bien a la tendencia mística de su mente. Durante mucho tiempo había rumiado estos asuntos relativos a los hemisferios celestes, y, providencialmente, recordó que justamente alrededor de esa fecha habría un eclipse de luna. Verificando su memoria con las predicciones registradas de Regio Montanus, halló que el eclipse tendría lugar en determinada tarde de la semana siguiente.

En vista de este inminente hecho, envió mensajes a los diversos jefes de las tribus de la isla, diciéndoles que deseaba conferenciar con ellos sobre asuntos de gran importancia, en esa fecha determinada. Las invitaciones fueron recibidas con asombro, pero los jefes indios se reunieron en el lugar y la hora indicados.

Hallaron a Colón de pie y erguido a la entrada de su pequeña choza en la playa, ataviado con el ropaje más majestuoso de su pertenencia, esperando dirigirles la palabra. Y así lo hizo, hablándoles de las mercedes que había tenido del Ser Supremo y puntualizándoles que todos los desastres que le habían acaecido últimamente a sus acompañantes se debían al hecho de no haber obedecido. Un castigo similar por desobediencia sería ahora impuesto a los indios si persistían en no proveer a los españoles los alimentos y ayuda necesarios.

Como signo de este poder divino, Colón les dijo que esa misma noche, mientras estuviesen contemplando el cielo iluminado por la luna, ésta perdería gradualmente su luz y todo quedaría en total oscuridad hasta que los indios prometiesen reanudar sus relaciones amistosas con los españoles. A medida que hablaba Colón comenzaba a desarrollarse el hecho celeste pronosticado. Gradualmente comenzó a desvanecerse la luna hasta que el eclipse fue total. En la oscuridad, el almirante, borrosamente dibujado, permanecía erguido y rampante ante ellos. Y entonces se quebró la resistencia de los salvajes. Siempre habían temido a Colón, reconociéndole una calidad que no podía hallarse en otros hombres; pero aquí, al parecer escrita con la mano de Dios, había una prueba de su poder, y a partir de ese día los nativos le obedecieron.

Habiendo aquietado a los indios este oportuno eclipse lunar, quedaba aún el problema de hacer conocer a los colonos de La Española los aprietos en que se hallaban Colón y sus hombres. Afortunadamente, la distancia entre Jamaica y La Española no era grande, pero se necesitó tiempo y más de una heroica tentativa para llegar de una isla a la otra mediante las canoas nativas. Y aún después de llegado el mensaje al gobernador Ovando no se logró un socorro inmediato. La hostilidad personal de Ovando hacia Colón era lo suficientemente amarga como para evitar que despachasen barcos y provisiones para aliviar a la expedición que se hallaba abandonada en una costa desierta, y no fue sino hasta que los indignados colonos de La Española se quejaron de la bárbara actitud del gobernador, que finalmente fueron enviadas dos carabelas para socorrerla. En ellas el almirante y su gente fueron traídos a La Española. Desde aquí, horrorizados por la anarquía que prevealecía en ese "paraíso terrenal" y que desde entonces se convertiría en sinónimo de todo lo cruel y sanguinario que podía ser el trato con la raza indígena por parte de los conquistadores blancos, pudieron continuar con verdadera alegría su viaje a España, llegando al puerto de Sanlúcar de Barrameda el 5 de noviembre de 1504.

## S U M A R I O

	Pág.
1. "NON PLUS ULTRA" . . . . .	48
Ideas medievales acerca del Atlántico. – Modificación debida a los viajes de Marco Polo por el Asia. – Búsqueda de una ruta más corta a la India. – Tarea precursora del príncipe Enrique el Navegante y su colegio naval. – Una generación de osados marinos.	
2. DESDE LA PUERTA DE SAN ANDRES . . . . .	50
Infancia de Colón en Génova. – Juventud en la universidad de París. – Primeros viajes. – Su viaje a la lejana Islandia. – Su casamiento con Felipa Muñiz Perestrella. – Se radican en Madeira. – Nacimiento de su primogénito Diego.	
3. LA VOLUNTAD DE CONQUISTA . . . . .	52
Colón escucha muchos relatos marinos. – Lee a Marco Polo y a Petrus Alliacus. – Concibe su gran idea. – Trata de interesar al rey Juan de Portugal. – Fallecimiento de su cónyuge. – Encuentro con la madre de su segundo hijo, Fernando. – Llama a las puertas del convento de La Rábida en España. – Conquista el apoyo de la reina Isabel.	
4. SUEÑOS CONVERTIDOS EN REALIDAD . . . . .	57
Partida del puerto de Palos con tres pequeñas carabelas. – Aquietando los temores de la tripulación. – Descubrimiento de la isla Guanahaní. – Llegada a la isla La Española. – Vana búsqueda de oro. – Naufragio de la carabela <i>Santa María</i> . – Cuarenta y dos marineros dejados en La Navidad. – Terrible tormenta. – De regreso a salvo al puerto de Palos.	
5. TRIUNFO Y TRAGEDIA . . . . .	61
Recepción real para el Almirante de los Mares del Sud, en Barcelona. – Culminación de su carrera. – La segunda expedición. – Descubrimiento de Puerto Rico. – Colón halla asesinados a sus cuarenta y dos marineros en La Navidad. – Descubrimiento de Jamaica. – Regreso a España con nostálgicos colonos y muy poco oro.	
6. CADENAS . . . . .	65
Recepción menos cordial en esta oportunidad. – Esclavitud decretada para los nativos del nuevo mundo. – Tercera expedición. – Descubrimiento de Sudamérica. – Envío de Bobadilla para investigar los cargos contra Colón. – Arresto del Almirante y su envío a España cargado de cadenas.	
7. EL ULTIMO VIAJE . . . . .	67
Isabel libera a Colón y lo recibe en la Alhambra. – Zarpa nuevamente con su hermano Bartolomé y su hijo Fernando. – Toca Cuba y la costa de Honduras. – Naufragio en Jamaica. – Enfermo y desvalido. – Llega a La Española y regresa a España.	

# LA PRIMERA GEOGRAFIA DE CENTROAMERICA

JUAN LOPEZ DE VELAZCO  
CELEBRE COSMOGRAFO CRONISTA  
1571-1574

## TABLA DEL DISTRITO DE LA AUDIENCIA DE GUATIMALA

### Descripción del Distrito de la Audiencia de Guatemala y Declaración de la Tabla precedente.

El distrito de la audiencia de Guatemala, incluyendo en sí las provincias de Soconusco, Chiapa, Verapaz, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, comienza en el meridiano 83° u 84° de longitud del meridiano de Toledo, y va corriendo al poniente 13° ó 14° a que responderán doescientas treinta o doscientas cincuenta leguas de largo leste oeste hasta el meridiano 96° ó 97° de longitud, por donde parte términos con la Nueva España y las provincias de Chiapa y Tauasco; norte sur tendrá 9° ó 10° desde 8° de altura hasta 18° ó 19°, a que responden ciento cuarenta o ciento cincuenta leguas por donde es más ancho, y cincuenta o menos por donde es más angosto, quedando fuera del dicho distrito la provincia de Yucatán, que aunque al principio estuvo en su distrito y cae más cerca della que de México, se ha vuelto a poner en distrito de la audiencia de la Nueva España por ser más conveniente a causa de la mar.

Hay en el distrito desta audiencia diez y nueve pueblos de españoles, los catorce o quince ciudades, y en todos como dos mil doscientos o dos mil trescientos vecinos españoles, los novecientos o mil de ellos encomenderos, y como mil pueblos de indios en que debe de haber como ciento veinte mil indios tributarios, repartidos en novecientos o mil repartimientos.

Al principio de su fundación, que fué el año de 43, se llamó esta Audiencia de los Confines, porque cuando se fundó la primera vez, se mandó asentar en los confines de Guatemala y Nica-

ragua, sin señalarse pueblo cierto. Asentóse primero por el licenciado Maldonado en Honduras, en la ciudad de Gracias a Dios, y año de 48 la pasó el licenciado Cerrato a Santiago de Guatemala, de donde se volvió a quitar el año de 63 por parecer que se podría excusar, y al fin se volvió a fundar en la dicha ciudad el año de 67, por la falta que hacía en aquella provincia: provéense en su jurisdicción cuatro gobernaciones con título de S. M., que son Soconusco, Honduras, Nicaragua, y Costa Rica, y tres alcaldías mayores, que son Zonzonate, Zapotitlan y la Verapaz; hay tres cajas reales en todo este distrito, cada una con sus oficiales de la Hacienda, y tres casas de fundición.

El estado eclesiástico del distrito de esta audiencia está dividido en cinco obispados, que son el de Guatemala, Honduras, Nicaragua, la Verapaz y Chiapa, en los cuales todos hay como quince o diez y seis monesterios, siete de Dominicos, tres o cuatro de Franciscanos, y los demás de la Merced.

El temple de todas estas provincias en general, conviene en ser caliente y húmedo por la mayor parte, más y menos en algunas, y todas casi fértiles de maíz, agí, cacao, miel, cera y frísoles, y dispuesta para trigo en algunas partes, aunque en pocas se siembra, y en muchas hay abundancia de oro y minas de plata en diversas partes y algodón; hay muchos y muy buenos desembarcaderos y puertos en este distrito, como de todo se hará particular mención en sus lugares.

## Descripción de la Gobernación de Guatemala.

La provincia que propiamente es dicha de **Guatemala**, que es la más principal de las que entran en el distrito de la audiencia que en ella reside, por la parte del oriente parte términos con la provincia de Nicaragua por un río que entra en la bahía de Fonseca, en 92º y casi 12º de altura, a la ribera del cual está **Xerez de la Frontera**, que por otro nombre se llama la **Chuluteca**, y va corriendo al norueste derecho hasta **Teucigalpa**, cerca de donde nace el río della; y desde allí vuelven los confines de la dicha provincia de Guatemala, partiendo término con la provincia de Honduras, casi al norueste, hasta 15º de altura que se junta con los términos de las provincias de la Verapaz y Chiapa, volviendo leste oeste al poniente hasta dar en el río Yutla, que entra en la mar del Sur en 95º de longitud y 14 1/2 de altura, por donde se divide de la provincia de Soconusco; por manera que de largo tendrá, por la costa que va corriendo desde la dicha bahía derecho casi al norueste, sesenta y cinco o setenta leguas, y de ancho norte sur á veinte y cinco y a treinta leguas, y menos en algunas partes.

En toda esta provincia hay cinco pueblos de españoles, dos ciudades y los demás villas, y en todos habrá como mil trescientos vecinos españoles, los trescientos o poco más encomenderos, y los demás pabladores, mercaderes y oficiales, y como trescientos pueblos de indios, y en ellos como cuarenta o cuarenta y cinco mil indios tributarios, repartidos en otros trescientos repartimientos poco más o menos, que rentan cada año valor de veinte mil pesos. Es toda esta provincia diócesis del obispado de Guatemala, en que hay noventa y ocho curatos, doctrina de clérigos y tres o cuatro conventos de Santo Domingo con ocho o diez doctrinas; dos o tres de San Francisco con siete ú ocho, y uno de la Merced con cuatro o seis: tiene el gobierno desta provincia la audiencia, y hay en ella oficiales y Caja Real y casa de fundición.

Descubrió esta provincia año de 22 Pedro de Alvarado, con poder de Hernando Cortés, cuando andaba conquistando la Nueva España, el primer gobernador desta provincia, cuyo nombre en lengua de los indios della quiere decir **Arbol podrido**, o lugar de muchos árboles por la fertilidad que hay dellos en su comarca.

El temple de la mayor parte desta provincia es templado, antes más caliente que frío; la tierra buena, fértil de maíz, agí, frísoles, algodón, y trigo en abundancia en las partes templadas que lo comen los indios de mejor gana que el maíz, y ayuda a los años pobres de maíz, y el

maíz a los de trigo, que por ser diferentes cosechas pocas veces falta todo, aunque por la humedad de la tierra el trigo ni otras semillas no se pueden conservar de un año para otro; y así para guardarlo hasta el postrer tercio del año ha de ser en espiga: dáse también cebada, melones, pepinos, uvas, garbanzos, lentejas y otras legumbres de España, como son cebollas, aunque se hacen pequeñas, y ajos, que al principio se les volvían las cabezas como cebollas, y era la cuasa meterlos mucho debajo de tierra: hay muchos membrillos, granadas, duraznos, manzanas y peras, todo agro de naranjas, sidras y limones y otras frutas: hay licores, copal, que es como anime y bálsamo, y en una sierra que se continúa con Honduras hay cantidad de zarza-parrilla razonable hay muchas vacas y yeguas de que es la más ordinaria grangería en esta tierra; las vacas por la corambre, y cueros curtidos al pelo, aunque por estar los puertos lejos es la ganancia poca, y las yeguas porque las echan al asno para el bestiaje mular por el aprovechamiento de las arrierías para las mercaderías, que se llevan de puerto de Caballos: carneros se crían pocos, y así se traen más de tres mil cada año del valle de Guaxaca y no valen a más de a seis reales, y está a más de cien leguas de allí, y con todo eso vale arroba y media de carneor un real, y veinte libras de vaco otro, y una gallina de Castilla otro tanto: el vino vale la arroba siete ducados por estar los puertos lejos. En toda esta provincia hay abundancia de materiales para edificios, de piedra, cal, yeso, buenas maderas de pinos, ceibos, encinas, nogales, cipreses, y cedros muchos y grandes: hay en esta provincia muchas pesquerías de ríos, en los cuales y en la mar hay muchos y buenos pescados.

Los indios de esta provincia están repartidos en cuatro lenguas o naciones, que son: **Pipiles**, que hablan lengua mexicana corrompida, que, aunque es la que más se usa, es la más grosera y tosca; **Popolopas**, **Apís**, **Apayes**; los cuales todos están ya en policía y hacen buenas casas y crían ganados, y hay en ellos carpinteros, torneros, albañiles y otros muchos oficios.

### Descripción Particular de los Pueblos en esta audiencia.

#### Santiago

La ciudad de **Santiago de Guatemala**, en 93º de longitud del meridiano de Toledo, del cual distará 1610 leguas, por un círculo mayor y 14º y 3/4 de altura, y setenta leguas de Chiapa al nornordeste, y cuarenta de San Salvador al sueste, y sesenta de la villa de San Miguel, es

pueblo de quinientos vecinos, los setenta encomenderos y los demás pobladores y tratantes: hay en su jurisdicción ciento treinta o ciento cuarenta pueblos de indios, y en ellos como veinte y dos mil indios tributarios, repartidos en otros tantos repartimientos como encomenderos: reside en esta ciudad la Audiencia Real desde el año de 68, en la cual hay un presidente, tres oidores y un fiscal, con los demás oficiales de la Hacienda, tesorero y contador y casa de fundición, y la iglesia catedral desde el año de 1534, sufragánea al arzobispado de México; y hay en ella un monasterio de Dominicos de veinte religiosos y más de ordinario, y otro de San Francisco de quince o veinte, y otro de la Merced de doce o quince: hay un hospital de españoles que hizo el primer obispo Marroquín, que tendrá dos mil ducados de renta, y otro de indios, que hicieron los frailes dominicos, que de limosnas tiene ya cuatrocientos ducados de renta.

Pobló esta ciudad con poderes de Hernando Cortés, Pedro de Alvarado, año de 24 día de Santiago (a lo que se entiende de quien tomó nombre), al principio entre dos volcanes, que que están en espacio de dos leguas, de los cuales, el que estaba más cerca de la ciudad, habiendo llovido mucho, reventó día de Nuestra Señora de Septiembre del año de 45 y salió de una creciente grande y furiosa que se llevó la media ciudad, y entre mucha gente que pereció fué también Doña Beatriz de la Cueva, mujer del dicho Pedro de Alvarado, primer gobernador, y por esta inundación se pasó media legua de allí al **valle de Xocotenango**, donde agora está, que quiere decir **valle de fruta**, por la mucha que hay en él. Está la ciudad bien edificada de buenas casas bien labradas, porque hay mucha abundancia de buenos materiales, de mucha madera de pino y encina y ciprés, y mucha piedra, cal, yeso, teja y ladrillo: hay en su comarca buenos molinos para molienda.

La comarca y tierra de esta ciudad es apacible de temple, ni fría ni caliente, y así es abundosa de trigo, que se coge mucho, y de maíz, y todas las frutas y hortalizas de España, sino sean viñas, como queda referido en lo general de la provincia.

Cuando se mandaron poner en libertad los indios, hizo el licenciado Cerrato un pueblo junto a la ciudad, de los que había en ella, que se llama Santa Fe, en que habrá como ochocientos vecinos indios, todos oficiales de diferentes oficios, muy españolados y ladinos, y útiles y provechosos para la república; los cuales, en agradecimiento de haber conseguido libertad por mano del dicho licenciado, le han instituído una capellanía en el monasterio de

Santo Domingo, donde está encerrado, y le hacen cada año unas solemnes exequias.

#### Pueblos de indios de la Ciudad de Santiago de Guatemala.

**Petaitan:** tiene tributarios.  
**Istatan:** tiene treinta y cinco tributarios.  
**Uetlán:** cuarenta y cinco tributarios.  
**Xacaltenango:** quinientos tributarios.  
**Istapalatengo:** tiene cien tributarios.  
**Aguacatlan.**  
**Apandeca:** tiene cien tributarios.  
**Joanagacapa:** veinte tributarios.  
**Chalchuitlan.**  
**Quecalzoanta:** tiene sesenta tributarios.  
**Coloma:** veinte tributarios.  
**Chuchil:** cincuenta tributarios.  
**Tecpanyuinclar:** tiene ciento cincuenta tributarios.  
**Uspantean.**  
 La mitad de **Catiquipaque:** veinte y cinco tributarios.  
**Ataco:** tiene ciento sesenta tributarios.  
**Zacualpa.**  
**Guebetenango:** tiene quinientos tributarios.  
**Amatitan:** tiene ciento setenta y seis tributarios.  
**Amatitan:** tiene veinte tributarios.  
**Tipiac:** tiene cincuenta tributarios.  
**Atiquipaque:** tiene treinta tributarios.  
**Istapa:** cuatro tributarios.  
**Comiaco y Topimaca:** ochenta tributarios.  
**Cacaotean:** tiene veinte tributarios.  
**Nanantla:** tiene treinta tributarios.  
**Texutla:** ciento veinte tributarios.  
**Gueymango:** cien tributarios.  
**Bacaco:** veinte tributarios.  
**Moyutla:** doscientos cincuenta tributarios.  
**Cinancantlan:** cien tributarios.  
**Tacuba:** tiene cien tributarios.  
**Nopicalco.**  
**Zacapula:** tiene ochenta tributarios.  
**Acaxutla:** tiene veinte tributarios.  
**Iztapa:** tiene veinte y cinco tributarios.  
**Icapa:** tiene ciento sesenta tributarios.  
**Zacapula:** tiene ochenta tributarios.  
**Suchitepec:** tiene ciento sesenta tributarios.  
**Zacatepec.**  
**Tetechan.**  
**Chipilapa:** diez tributarios.  
**Amayuca:** tres tributarios.  
**Gueymango:** cincuenta tributarios.  
**Xoxutla:** tiene treinta y siete tributarios.  
**Ciacatepea:** setecientos tributarios.  
**Nestiquipaque.**  
**Coatlan.**  
**Amistlan.**

Tecoaco: tiene cuarenta tributarios.  
Quecaltepeque:  
Cacaguastlan: doscientos tributarios.  
Cequinala: tiene cuarenta tributarios.  
Xocotenango: tiene cien tributarios.  
Nitla: tiene ciento cincuenta y cinco tributarios.  
Luquitlan: trescientos tributarios.  
Zumpango: doscientos tributarios.  
Zumpango.  
Pazeco y Totepeque: cuarenta tributarios.  
Xutiapa: ochenta tributarios.  
Icalco.  
Icolco: tiene cuatrocientos tributarios.  
Icotepeque: tiene sesenta tributarios.  
Icatepeque' tiene sesenta tributarios.  
Yupitepeque: tiene quinientos veinte tributarios.  
Colutla: tiene sesenta tributarios.  
Guacacapan: cuatrocientos tributarios.  
Ayllon: tiene ciento sesenta tributarios.  
Naolingo: tiene doscientos tributarios.  
Ucumacintla: sesenta tributarios.  
Teguntepeque.  
Tezcoaco.  
Izquine: tiene veinte y cinco tributarios.  
Acatenango.  
Coceentla: tiene veinte tributarios.  
Cacalutla: tiene cien tributarios.  
Malacatepeque: tiene ochenta tributarios.  
Cacapa: tiene ochenta tributarios.  
Icuatlan: cien tributarios.  
Tasisco: trescientos tributarios.  
Chandelgueue: cincuenta tributarios.  
Chiquiotla: tres tributarios.  
Cocumatlan.  
Aguacatlan: doscientos tributarios.  
Tepemiel: tiene veinte y cinco tributarios.  
Suchitepeque.  
Cuila: doscientos noventa tributarios.  
Amatenango: setenta tributarios.  
Motolcintla: ciento treinta y ocho tributarios.  
Quecaltenango: doscientos tributarios.  
Quecultepeque: veinte y cuatro tributarios.  
Nema: treinta y cinco tributarios.  
Xalotepeque: quinientos tributarios.  
Chichimula: ciento cincuenta tributarios.  
Alotepeque: ciento treinta tributarios.  
Suchitepeque: doscientos ochenta tributarios.  
Jicalapa: tiene sesenta tributarios.  
Cozumalauapar: sesenta tributarios.  
Azumalauapar: sesenta tributarios.  
Quequel: diez tributarios.  
Zapotitan: tiene ochenta tributarios.  
Cacaguastem: doscientos tributarios.  
Tacolne: tiene treinta tributarios.  
Jumuitepeque.

Cacatepeque y Astuncalco: dos mil tributarios.  
Istalabaca, Camobaque: tributarios.  
Chamaltenango.  
Aguachapa.  
Cicapa: tiene ochenta tributarios.  
Ixlostepeque: tiene ciento sesenta tributarios.  
Chiquimula: ciento sesenta tributarios.  
Mascote.  
Mustenango: cuatrocientos cincuenta tributarios.  
Ocuma: cuarenta tributarios.  
Atuan: tiene mil tributarios.  
Capotitan: tiene mil tributarios.  
Comapa.  
Pajacó.  
Macagua y Mecameos: cien tributarios.  
Tacusalco: tiene cien tributarios.  
Tonicapa.  
Miaguatlan: seis tributarios.  
Ocotenango: cincuenta tributarios.  
Chuhicastenan: cuatrocientos tributarios.  
Chequimula: cuatrocientos tributarios.  
Citala: cuarenta tributarios.  
Macagua: ochenta tributarios.  
Cacuálpilla: tiene veinte tributarios.  
Yocotenango: ciento veinte tributarios.  
Comalatoa: seiscientos tributarios.  
Acatenango.  
Jupelingo: cincuenta tributarios.  
Misco: ciento setenta tributarios.  
Quecaltepeque: noventa tributarios.  
Chancocote.  
Pinola: cien tributarios.  
Quezaltenango.  
Acatenango: ochenta tributarios.  
Quiahuistlan: veinte tributarios.  
Tlacingo: ochenta tributarios.  
Tequepanatitan: mil tributarios.  
Tecpan, Guatemala: cuatrocientos tributarios.  
Copulco.  
Comitean: veinte tributarios.  
Tecocistlan: seiscientos tributarios.  
Atezcatepa: tiene cien tributarios.  
Camotlan: cien tributarios.  
Xuayon: sesenta tributarios.  
Coatlan.  
Los Esquipatas.  
Xitaulco: cuarenta tributarios.  
Totvapa: sesenta tributarios.  
Uzumacintla: cuarenta tributarios.  
Chimaltenango y Atilan: treinta y cinco tributarios.  
Niquitean: veinte tributarios.  
Cocalchiname.  
Acatepeque: tiene diez tributarios.  
Cochumatlan.  
Petapa.

**Xacapa:** mil tributarios.  
**Istalauaca:** cien tributarios.  
**Cilaquíe:** ochenta tributarios.  
**Anetla.**  
**Alotepeque.**  
**Chicuitlan.**  
**Bohon.**  
**Cumpango.**

#### **San Salvador.**

La ciudad de **San Salvador**, que en lengua de indios se llama **Cuzcatlan**, por un pueblecillo de indios que está cerca dél, en 92º 1/2 de longitud del meridiano de Toledo y 13º de altura, cuarenta leguas de la ciudad de San Miguel al nornorueste, y doce de la villa de la Trinidad, tendrá hasta ciento cincuenta vecinos; los sesenta o setenta encomenderos, y los demás pobladores y oficiales, y en su jurisdicción ochenta o más pueblos de indios, y en ellos como diez mil indios tributarios repartidos en sesenta repartimientos: no hay corregidor en esta ciudad, sino alcaldes ordinarios, y en lo espiritual es del obispado de Guatemala; hay en ella un monasterio de Dominicos que tiene la doctrina de los indios. La tierra de la comarca es llana, más caliente que fría; fértil de maíz que se coge dos veces al año, trigo hay poco, y mucho algodón, y bálsamo más que en otra parte, y liquidambar, y abundancia de los frutos de la provincia y de España: hay muchas encinas, aunque de bellotas amargas que son buenas para los ganados; hay nogales y no viñas; hay cedros muy grandes y ceibos para canoas. Los edificios de esta ciudad son buenos, por la abundancia que hay de materiales de madera, piedra, cal, teja y ladrillo. Media legua de este pueblo nace un río, entero desde su nacimiento, de agua tan caliente que no se puede sufrir, y sirve de baños para diversas enfermedades: no hay huertas en esta ciudad porque no hay río cerca, aunque en el que hay, hay molindas buenas. El camino de este pueblo a Guatemala es áspero de sierras y pantanos, aunque se anda bien con recuas.

#### **Pueblos de Indios de esta Ciudad.**

**Tecoyluca:** de S. M.  
**Istetepeque.**  
**Panchemalco.**  
**Opico.**  
**Ateo.**  
**Metapa:** tiene cien tributarios.  
**Xalocinagoa:** sesenta tributarios.  
**Cacatecoylula:** tiene cuatrocientos tributarios.  
**Xayatepeque:** tiene cien tributarios.  
**Terlinquetepique:** cincuenta tributarios.  
**Quauzinahua:** sesenta tributarios.  
**Ateo:** noventa tributarios.  
**Cencontepea:** tiene doscientos tributarios.

**Xalatenango:** tiene ciento veinte tributarios.  
**Ciguatopeque:** tiene doscientos tributarios.  
**Chacalnigo:** tiene cuarenta tributarios.  
**Quecaltepeque:** doscientos tributarios.  
**Potonico:** trescientos cincuenta tributarios.  
**Gueimoco:** doscientos veinte tributarios.  
**Silobascoy:** doscientos veinte tributarios.  
**Maicalco:** tiene doscientos ochenta tributarios.  
**Tecomallan:** cuarenta y seis tributarios.  
**Tequeatepeque:** tiene ochenta tributarios.  
**Gualcapa:** tiene cuarenta tributarios.  
**Nomolco:** tiene doscientos tributarios.  
**Tepecomle:** ochenta tributarios.  
**Chulteupan:** veinte tributarios.  
**Nexapa:** treinta y cinco tributarios.  
**Guacotique:** ciento setenta tributarios.  
**Teculocelo:** tiene trescientos tributarios.  
**Cacalucla y Capollan:** sesenta tributarios.  
**Calcumeaysinacantepeque:** cuarenta tributarios.  
**Perulapa:** tiene ciento sesenta tributarios.  
**Perulapa:** doscientos tributarios.  
**Tequepa:** tiene ochenta tributarios.  
**Macagualujaca:** tiene cuarenta y dos tributarios.  
**Teutepeguayxicalapa:** cuarenta tributarios.  
**Icucar:** tiene ochenta tributarios.  
**Macagua:** tiene ciento veinte tributarios.  
**Chalchuapa:** tiene setenta tributarios.  
**Coatepeque:** treinta tributarios.  
**Atempamacagua;** cuarenta y cinco tributarios.  
**Macagoa:** ochenta tributarios.  
**Quecaltepeque:** cuarenta y ocho tributarios.  
**Tepecontlo, Echironga:** ciento cuarenta tributarios.  
**Metapa:** cien tributarios.  
**Tequecaquanco:** setenta y cinco tributarios.  
**Tonala:** diez tributarios.  
**La mitad de Coyo:** sesenta tributarios.  
**Tepeagoa:** ciento cuarenta y tres tributarios.  
**Macagoas:** cien tributarios.  
**Langui:** tiene setenta y cinco tributarios.  
**Apocopa:** tiene sesenta tributarios.  
**Icucar:** tiene sesenta tributarios.  
**Coquitlan:** tiene siete tributarios.  
**Tespa:** veinte tributarios.  
**Ateupa:** treinta y cinco tributarios.  
**Chinameca:** doscientos cuarenta tributarios.  
**Tenangos y Montepeque:** setenta tributarios.  
**Tecachico:** tiene sesenta tributarios.  
**La mitad de Coyo:** ciento ochenta tributarios.  
**Tequeconchongo:** ciento treinta tributarios.  
**Olocinga:** ciento cuatro tributarios.  
**Cuxutepeque:** cuatrocientos tributarios.  
**Terrutla:** ochenta tributarios.  
**Oyoquilla y Coyuétitan:** trescientos tributarios.

**Tequecaquenco:** tiene cincuenta tributarios.  
**Tequecaquanco:** cincuenta tributarios.  
**Enceatan:** tiene ciento sesenta tributarios.  
**Aguateocan:** quinientos cuarenta tributarios.  
**Xalocinagoa:** cincuenta y cuatro tributarios.  
**Arcacao:** tiene doscientos tributarios.  
**Tonacatepeque:** doscientos veinte tributarios.  
**Xilopango:** ochenta tributarios.  
**Coyapango:** veinte tributarios.  
**Cicacalco:** ciento cuarenta tributarios.  
**Tepeagua:** tiene cincuenta y dos tributarios.  
**Hucialtepeque:** tiene catorce tributarios.  
**Quinhitotot:** tiene ciento veinte tributarios.  
**Cuzcatan:** tiene ciento setenta tributarios.  
**Chicongueja:** cincuenta y seis tributarios.  
**Xalocinogoa:** cincuenta y dos tributarios.  
**Citala:** tiene ciento sesenta tributarios.  
**Cincantlan:** ochenta y seis tributarios.  
**Istepeque:** setenta y cinco tributarios.  
**Sequechuctepeque:** ciento veinte tributarios.

### La Trinidad.

La villa de la Trinidad en lengua de indios. **Zonzonate**, pueblo de españoles, en 92º y 1/2 de longitud y 12º de altura, veinte y seis leguas de Santiago de Guatemala al susueste y doce de San Salvador, cuatro leguas del puerto de Ajacutla, tendrá cuatrocientos vecinos españoles, mercaderes y tratantes en el cacao y otras cosas, y ninguno dellos encomendero, porque los repartimientos de esta comarca son todos de la jurisdicción de Santiago: es una de las alcaldías mayores que se proveen en el distrito de la audiencia de Guatemala con título de S. M., y en lo espiritual es del obispado de Guatemala; es doctrina de clérigos; y curado muy rico: hay en él un monesterio de frailes de Santo Domingo.

Pobló este pueblo Pedro Ramírez de Quiñónez, oidor de Guatemala año de 52, por orden de la Audiencia; va en crecimiento este pueblo cada día por la contratación de cacao; está en la comarca de los **Icalcos**, junto al río de **Zonzonate** de quien tomó nombre, que en lengua de indios quiere decir **cuatrocientos aguas**: tiene su asiento en un llano barrancoso en que hay huertas buenas de hortalizas y melones escogidos; hay muy buenas casas de teja y adobes porque no hay buenos materiales; eran al principio de paja, y por haberse quemado dos veces se dió orden como fuesen de teja los tejados. La tierra de su comarca es muy caliente; caen muchos rayos en ella, y hay grandes truenos, y es muy fértil de frutos de la tierra y de España, y señaladamente de cacao, más que otra tierra ninguna, de que se saca por el puerto de

Acaxutla, que está tres leguas della, cada año en cantidad de trescientos mil ducados: no consienten andar ganados dentro de esta provincia en veinte leguas que tendrá de contorno, por los cacaguatales, y así se proveen de carne de fuera de la provincia: hay caza en ella de conejos, como en lo general se refiere, y en el río moliendas y buen pescado.

El camino desde Santiago á esta villa es áspero y de muchas piedras, y hay en él dos ríos caudalosos, que se pasan dos o tres veces; el uno se llama de los **Esclavos**, por unos indios que fueron esclavos y está cerca dél, y el otro **Aguachapa**, por un pueblo de indios por do pasa de este nombre.

### San Miguel

La villa de San Miguel, pueblo de españoles en la provincia de Guatemala, 92º de longitud y 12º 1/4 de altura, veinte y dos leguas de San Salvador al sueste, y veinte de la **Chuluteca** o **Xerez de la Frontera**, dos leguas de la mar por la bahía de Fonseca: habrá en esta villa como ciento treinta españoles, muchos dellos no residentes: no hay corregidor en ella sino Alcaldes ordinarios, y es de la diócesis del obispado de Guatemala, doctrina de clérigos, y en su jurisdicción habrá como ochenta pueblos de indios, y en ellos como cinco mil indios tributarios, repartidos en sesenta repartimientos.

Fundó este pueblo el capitán Avilés, por comisión de Don Pedro de Alvarado, en un llano; tiene junto de sí un arroyo pequeño y buenas fuentes; las casas son buenas y bien edificadas; la tierra de la comarca es más caliente que fría, tanto que no se da trigo en ella, y así no hay necesidad de moliendas; dáse con fertilidad el maíz y cacao, y las demás frutas y semillas referidas en general de esta provincia; hay balsamo y liquidambar, y descubriéronse en su comarca buenas minas de plata, aunque dificultosas de labrar por el agua: para ir de San Salvador a esta villa se pasa un río caudaloso que se dice **Lempa**, por una barca que es de un vecino de San Miguel, y el río entra en la mar del Sur a seis leguas de la villa.

### Pueblos de Indios de esta Ciudad.

**Culuyacacingo.**

**Moleo:** tiene veinte tributarios.

**Lequepatique:** cincuenta tributarios.

**Herea:** tiene veinte tributarios.

**Agoacatique.**

**Goaltochia:** tiene setenta tributarios.

**Xugaxua:** tiene ochenta tributarios.  
**Mayocacaquin:** tiene cuarenta tributarios.  
**Cirama.**  
**Langatique.**  
**Legruacume:** tiene setenta tributarios.  
**Gotora:** cien tributarios.  
**Gualama.**  
**Lila.**  
**Capayambal.**  
**Xeribaltique:** tiene ciento cincuenta tributarios.  
**Calcoyuca:** tiene doscientos tributarios.  
**Inquaiquín:** tiene sesenta tributarios.  
**Toropian:** tiene cuarenta tributarios.  
**Umitique:** sesenta tributarios.  
**Pencatique:** veinte y cinco tributarios.  
**Exoroaquin:** sesenta tributarios.  
**Capagoatique:** ciento veinte tributarios.  
**Pocachinameque.**  
**Xequilisco:** tiene doscientos tributarios.  
**Tecomin:** tiene veinte tributarios.  
**Xerigual:** ciento veinte tributarios.  
**Taloatique:** treinta tributarios.  
**Oloaquim.**  
**Camaygualquin:** tiene cuarenta tributarios.  
**Goalcho:** tiene sesenta tributarios.  
**Chilangue y Oloaquin:** ciento cincuenta tributarios.  
**Angriatique y Amatique:** cincuenta tributarios.  
**Aluaxocoro:** sesenta tributarios.  
**Acicala.**  
**Yaya.**  
**Mecotique:** cuatrocientos tributarios.  
**Bolocoluna:** tiene cincuenta tributarios.  
**Olontique:** tiene cincuenta tributarios.  
**Anaycoa:** tiene treinta tributarios.  
**Guascatique.**  
**Capaigaantique.**  
**Caucapera.**  
**Ucelucaln:** tiene cuatrocientos tributarios.  
**Tocorrostique:** ochenta tributarios.  
**Guataoxia:** cincuenta tributarios.  
**Cholpetique:** sesenta tributarios.  
**Moncagria:** cien tributarios.  
**Tocorrostique:** ochenta tributarios.  
**Griataoxiao:** cincuenta tributarios.  
**Tangoloña:** cuarenta tributarios.  
**Oxuca:** ciento cincuenta tributarios.  
**Pacaquima:** ciento cincuenta tributarios.  
**Xuayaca:** setenta tributarios.  
**Aramecina:** sesenta tributarios.  
**Omocingai.**  
**Guietos.**  
**Torola:** tiene cien tributarios.  
**Tepetaoquin:** cien tributarios.  
**Culuayxamaragua:** sesenta tributarios.  
**Tamimalco.**

**Xocutique:** cincuenta tributarios.  
**Isla de Comixagoa.**  
**Amapal.**  
**Xocoara:** setenta tributarios.  
**Chinamecinamo:** veinte tributarios.  
**Mianguera:** cien tributarios.  
**Cescu:** tiene ciento cincuenta tributarios.  
**Cingualtique:** treinta tributarios.  
**Gecembra:** sesenta tributarios.  
**Perequin:** ochenta tributarios.  
**Exualaca:** ochenta tributarios.  
**Torrotique:** sesenta tributarios.

#### Xerez de la Frontera.

La villa de **Xerez de la Frontera**, en lengua de indios la **Choluteca** y **Malalaco**, pueblo de españoles en la provincia de Guatemala, en 91° y 2/3 de longitud de Toledo y 12° y 1/3 de altura, en los confines de Guatemala y Nicaragua y Honduras, veinte leguas al levante de la villa de San Miguel camino de Nicaragua y veinte y cuatro de la ciudad de Leon; es pueblo de treinta vecinos españoles y en su jurisdicción. . . . . pueblos de indios, y. . . . . indios tributarios; es del obispado de Guatemala, doctrina de clérigos.

Fundó este pueblo un caballero de Xerez, que se llamaba don Cristóbal de la Cueva, por mandado de Don Pedro de Alvarado, y llámole Xerez de la Frontera por ser él natural de esta ciudad en España, y dícese la Choluteca por estar junto a un río de este nombre, que en tiempo de corrientes es muy furioso: tiene su asiento en un llano grande; tierra fértil de maíz y de algodón, aunque no se da trigo en ella, y así son los vecinos pobres, y su principal caudal son las estancias de ganado mayor, porque menor no le hay a causa de ser la tierra caliente y falta de yerba menuda, que todo es cabaña braca y cenagosa, y la tierra muy montuosa: hay algunas minas de oro en su comarca en el cerro que llaman de San Juan.

#### Hidrografía y Descripción de la Costa de Guatemala.

Diez o doce leguas antes de llegar a la ciudad de Guatemala, una legua apartada del camino real que va para México, está la gran laguna de **Atitlán**, de diez leguas de bojeo y tres o cuatro de travesía, la cual es tan hondable que no se le halla fondo, ni se le conoce desagadero; no tiene pescado por estar en tierra fría, más de cangrejos muy buenos.

La costa desta provincia por la mar del Sur, que va corriendo casi al noroeste, es costa

limpia de bajíos y peligros y no brava; navegase en todo este tiempo y siempre costa a costa: está el principio della el **puerto de la Choluteca** que cae junto a la bahía de Fonseca, y aunque no es puerto frecuentado de navíos, se reparan en él, y hay aparejo para la fábrica dellos.

La **bahía de Fonseca**, con seis o siete islas dentro, en que entran cuatro ríos, la boca della en  $11^{\circ}$  y  $3/4$  de altura, descubrióla Gil González de Avila año de 22, y llamóla así en gracia del obispo de Burgos, Fonseca, que en aquel tiempo era presidente de Indias.

La isla **Petronila**, dentro de la bahía de Fonseca, llamada así por Gil González de Avila, en memoria de una sobrina del obispo de Burgos, de quien se dió nombre a la dicha bahía.

**Puerto de Acaxutla**, en  $13^{\circ}$  grados de altura, tres leguas de la villa de la Trinidad, es el principal puerto de esta provincia, por donde entra y sale toda la contratación que en ella se hace para Nueva España y el Perú.

La **bahía de Guatemala**, diez y siete leguas de Acaxutla y diez o doce leguas de la ciudad de Guatemala al sudoeste en  $13^{\circ}$  de altura, o cerca.

**Río de Xicalapa**, siete leguas de la bahía de Guatemala al poniente, cuyo nacimiento es entre Aguacatenango, pueblo de indios de la provincia de Chiapa, y Tecoluclo de la provincia de Guatemala; pasa por Nautlan y Caltenango.

Por la parte del norte no alcanza esta provincia costa ninguna, porque no allega a la mar; pero cuarenta leguas de Guatemala, en el río que llaman de **Golfo Dulce**, tiene un desembarcadero que llaman el puerto del Golfo Dulce, donde se descargan las mercaderías de España que vienen hasta allí, costa a costa desde puerto de Caballos, y desde allí se llevan en arrierías a las ciudades de Guatemala, San Salvador, y la villa de la Trinidad, hasta donde el camino en partes es bueno, y en partes no tal, aunque lo más dél poblado ya de ventas.

#### Descripcion de la Provincia de Soconusco.

La provincia de **Soconusco**, en el distrito de la audiencia de Guatemala, por el norte y mediodía tiene por términos la serranía de Chiapa, y por el occidente los confines de la Nueva España y obispado de Guajaca, entre los meridianos  $93^{\circ}$  y  $97^{\circ}$  de longitud del de Toledo, y entre el paralelo  $14^{\circ}$  ó  $15^{\circ}$  de altura hasta  $16^{\circ}$  ó  $17^{\circ}$ ; por manera que tendrá de largo y ancho como treinta y cuatro leguas.

Hay en ella solo un pueblo de españoles y treinta y tres pueblezuelos de indios en que debe haber como dos mil tributarios.

Es la tierra y provincia más occidental de las que caen en el distrito de la audiencia y obispado de Guatemala; es toda tierra muy caliente, a causa de estar cerca de la costa de la mar del Sur, y con esto es tierra sana en que caen muchos rayos: hay en ella muchos monos, grandes florestas, muchos ríos y fuentes; es muy fértil de todo lo que en ella se siembra, salvo de trigo que no se dá en ella principalmente; se dá mucho el cacao de que es la principal contratación de esta provincia, y así andan muchos tratantes a la contratación dello: aunque en lo llano y bajo desta provincia hay sitios muy buenos para poblaciones, los indios viven en las montañas por amor de el cacao, que se dá mejor en la tierra montuosa, cálida y aguanosa. Han venido en mucha disminución los indios desta provincia, a lo que dicen, por la vejación y molestia que se les ha dado con la exacción del caso: dan los dos mil indios tributarios que hay en esta provincia cuatrocientas cargas de cacao en cada un año, y cada carga de veinte y cuatro mil almendras, que es lo que comúnmente lleva un indio a cuestras. Fué esta provincia antiguamente la más ilustre y de la gente más esforzada que hubo en el imperio de Motezuma, y así ha quedado en memoria de los naturales, que vino a conquistarla con ejército de ochocientos mil hombres, y que habiendo hecho alto los primeros en cierto paso, tardó de pasar todo el campo catorce días y que agotaron los ríos por do pasaron, y que veinte mil indios que había en esta provincia la defendieron catorce lunas, hasta que Motezuma se volvió, habiendo perdido mucha gente, dejando esculpida su efigie en una piedra grande, en un repecho de un río, en memoria de haber llegado allí, y el suelo donde tuvo su campo empedrado de lasas grandes, que afirman que tenía de contorno más de doce leguas.

#### Gueguetlan.

El pueblo de españoles que hay en esta provincia se llama **Gueguetlán**, en que habrá sesenta vecinos españoles y ninguno encomendero; es del obispado de Guatemala, y reside en él el gobernador de aquesta provincia; es pueblo mal edificado; hay muchas aguas en su comarca y frutas de la tierra, porque de España no hay ninguna.

#### Hidrografía de Soconusco.

La costa que tiene de la mar del Sur, corre al noroeste cuarta al norte, siete leguas del río de Ayutla; al occidente está el río Coatlan, y

de Ayutla; al occidente está el río Coatlan, y desde el comienzo una isla de arena que va corriendo al largo de la costa, al occidente, más de diez o doce leguas.

**Río Coapanarealte**, que es el río de Soconusco, seis leguas más al occidente del río Coatlan.

**Río Colatl**, tres leguas más al poniente del río Coapanarealte.

**Río Hastatlan**, cuatro leguas al occidente del río Cocolatl.

**Río Pighigialt**, cuatro leguas al occidente del río Aztatlan.

**Río Amatituc**, dos leguas y media del río Pighigialt, a la boca del cual y del precedente está una isla de arena, a lo largo de la costa cuatro o cinco leguas.

**Río Quicatlan**, dos leguas del río Amantutuc, al occidente, desde el cual hasta el río Xapatlan, que está del cinco leguas al occidente, corre otra isla de arena a lo largo de la costa.

#### Descripción de la Provincia. de Chiapa.

La provincia de Chiapa, del distrito de la audiencia de Guatemala, está desde el meridiano 96° de longitud de Toledo hasta 98° poco más o menos, y por el norte se junta con la provincia de Tauasco, y por el mediodía con Soconusco, y por el oriente con Verapaz o Honduras, y por el occidente con Nueva España y obispado de Antequera; de manera que leste oeste tendrá de largo esta provincia treinta o cuarenta leguas. Hay en ella un solo pueblo de españoles, y como doscientos cincuenta vecinos; hay muchos pueblos de indios en ella, y el más principal es Chiapa, de quien tomó nombre la provincia, en los cuales afirman que habrá de veinte y seis mil indios arriba: es en lo temporal esta provincia del distrito de la audiencia de Guatemala, y no hay en ella gobernador, corregidor ni alcalde mayor, porque tiene privilegio para que se gobierne por alcaldes ordinarios. Es toda ella distrito de un obispado que se dice de Chiapa, y en toda la diócesis hay solo un monasterio de Domínicos; es sufragáneo a México.

El temple desta provincia es bueno, aunque declina más a frío que caliente, y así es fértil de mucho trigo, maíz y de todos ganados, aunque carneros no hay muchos hasta agora; dánse bien en ella todas las frutas y hortalizas de España, y mucha **tecamachaca** y **liquidambar**. En el medio de esta provincia, en una sierra y tierra la más alta de toda su comarca, dos leguas de un pueblo de indios que se llama **Chamula**, hay una fuente que de seis en seis horas, dos veces al día y dos de noche, crece como la mar hasta

hasta salir tanta agua della que puede moler un molino, y decrece hasta quedarse casi sin agua. Los caminos para entrar en esta provincia son ásperos y malos, de muchos ríos, aunque la tierra della es llana.

#### Ciudad Real.

Llámase el pueblo de españoles que hay en esta provincia, **Ciudad Real** de Chiapa, en 84° de longitud del meridiano de Toledo, del cual distará por un círculo mayor 1.659 leguas, y en 13° y 2/3 de altura, setenta leguas de Guatemala hácia el norueste, y sesenta y cinco leguas al sur de Tauasco. Hay en ella como doscientos vecinos españoles poco más o menos; gobiérase por alcaldes ordinarios por privilegio, como queda dicho, y reside en ella la catedral de un monasterio de frailes Domínicos que hay. Fundó este pueblo Luis Mazariego, natural de Ciudad Real en España, a cuya causa lo nombró así, y fundola por orden de Hernando Cortés, viniendo con el adelantado Montejo: hay buenas casas y bien edificadas en ella, porque hay abundancia de buenos materiales, madera, piedra, cal, teja y ladrillo.

#### Descripción de la Provincia de Verapaz.

La provincia de la **Verapaz**, en el distrito de Guatemala, por la parte del oriente confina con la provincia de Honduras y principio de la de Yucatán, por el norte con Soconusco, por el sur con la provincia de Guatemala, y por el poniente con Chiapa. Es provincia de hasta veinte y cinco o treinta leguas de travesía, y estará de la ciudad de Guatemala como treinta o treinta y cinco; no hay en ella pueblo de españoles ninguno, y de indios debe haber como diez y siete y en ellos como cuatro mil indios tributarios o pocos más: es sujeta esta provincia a la audiencia de Guatemala en lo temporal, y es toda ella diócesis de un obispado, cuya catedral aun no está erigida, ni hay en toda la diócesis más de un monasterio de frailes domínicos en un pueblo de indios.

Fundóse en esta provincia un pueblo que se llamó **Munguia** y después se volvió a despoblar: el temple de esta provincia es participante en partes de frío y de calor, y el suelo casi todo montoso y de muy continuas lluvias: cógese en ella maíz, y en los más pueblos dos veces al año; hay frísoles, algodón, y en algunas partes cacao, pastel, copal y liquidambar y zarzaparrilla, pero no buena por ser de tierra húmeda: crífanse gallinas de la tierra y de Castilla en gran cantidad.

Hubo antiguamente en esta provincia muchos

pueblos de indios, más de los que hay agora, los cuales se ocupan en hacer cal, teja, ladrillo y loza, y en cazar por los montes unos pájaros de que se sacan plumas de colores, que contratan en otras provincias para hacer las imágenes de pluma que los indios hacen, y después de haber pelado los pájaros que toman los vuelven a soltar porque no se disminuya la grangería.

#### Descripción de la Gobernación y Provincia de Honduras.

La provincia de Honduras, del distrito de Guatimala, por la parte de levante lo más oriental della, que es el cabo de Gracias a Dios, está en 83° de longitud, desde donde va corriendo leste oeste al occidente más de ciento cincuenta o ciento sesenta leguas entre los paralelos 13° y 16° 1/2 de altura hasta el meridiano 93° por donde, por el occidente, parte términso con las provincias de Guatimala y la Verapaz; por el mediodía la divide por Nicaragua el río de Yare, que corre por el paralelo 13° hasta cerca de Valladolid, por donde se junta con Guatimala, y después va partiendo términos con Nicaragua por el dicho río, que va por el sobredicho paralelo a salir a la mar del norte por las provincias de Taguzgalpa; de manera que tendrá de largo esta provincia más de cien leguas, y de ancho más de ochenta. Hay en ella seis pueblos de españoles, los cuatro ciudades, y en todos como doscientos cincuenta, o trescientos vecinos, y según otros trescientos cincuenta, la mitad dellos encomenderos, y en su comarca doscientos veinte o doscientos treinta pueblos de indios, y en todos como ocho o nueve mil indios tributarios: es gobernación sujeta a la audiencia de Guatimala, y toda ella diócesis de un obispado sufragáneo a México, y en todo él hay como dos monesterios, uno de Domínicos y otro de la Merced.

Toda esta provincia es casi conforme en la calidad y temple della, porque aunque toda por la mayor parte es serranía de sierras muy altas y muchos y grandes montes, en especial de encinas, es más caliente que fría por la costa, y dentro en la tierra, por Gracias a Dios y Comayagua, es más fría que caliente; y hay muchos ríos caudalosos y muy buenos valles y pastos para toda suerte de ganados grandes y menores, y así hay muchos caballos, yeguas y vacas, ovejas, cabras y gallinas: cógese en ella abundancia de trigo, maíz, agí, miel, frisoles y otras frutas, y legumbres de la tierra y de España; hay minas de plata y oro.

Los indios al tiempo de su descubrimiento eran idólatras; andaban vestidos; son mentirosos, noveleros, haraganes, y que no curan de

tener más de lo que de presente han menester, y así son muy pobres y desventurados. Los caminos desta provincia son ásperos por el sitio de la tierra, que es fragosa y llena de montañas y serranías y de muchos ríos malos de pasar en tiempo de aguas, pero bien se andan con árrias. Provéese esta gobernación de mercaderías por Puerto Caballos, y cuando faltan en él se traen de Guatimala por tierra.

#### Descripción Particular de los Pueblos de esta Gobernación.

##### Valladolid

La ciudad de Valladolid, y en lengua de indios Comayagua, por un valle donde está que se dice así, en 91° 1/4 de longitud y 13° 1/3 de altura, veinte y dos leguas de Gracias a Dios, y treinta de San Pedro, tendrá cien vecinos españoles; en su comarca y jurisdicción habrá cincuenta y seis pueblos de indios, y en ellos como dos mil seiscientos tributarios: es del distrito de la audiencia de Guatimala y reside en ella la catedral desde el año de 58 ó 69 que se pasó a ella de la ciudad de Truxillo, donde el principio se asentó, por ser Truxillo mal sana y peligrosa de corsarios a causa del puerto: reside en ella el gobernador, y los oficiales en San Pedro: hay en esta ciudad un monesterio de la Merced.

Pobló esta ciudad el capitán Alonso de Cáceres por mandado de D. Pedro de Alvarado; tiene su asiento en un llano entre dos ríos que pasan por los lados, tomándola en medio entrambos, de buen agua y mucho y buen pescado y sano, y de uno se saca agua para servicio de la ciudad; las casas son de adobes y teja, aunque hay mupiedra y madera en su comarca; en las riberas de los ríos hay muchos y buenos molinos, y el suelo, cielo y temple de su comarca es muy bueno, claro y sano, y la tierra muy buena por un valle en que está, de cuatro leguas en torno, de buen temple, fértil de trigo y de maíz, donde se crían toda suerte de ganado, de que hay muchas estancias, y así vale la carne barata, y el trigo, que se saca de aquí para Truxillo, Puerto Caballos y San Miguel: hay mucha yerba y muy buena para los ganados, y es el aire tan saludable para ellos, que no les cae gusano en herida ninguna que tengan: hay liquidambar en su comarca, y de las frutas de la tierra, y de las que se han llevado de España, se dan en abundancia y toda hortaliza.

##### Pueblos de Indios de esta Ciudad.

Guaxaqui: hay en él cien tributarios.  
Aramaní: tiene sesenta tributarios.

**Tablabe:** tiene sesenta tributarios.  
**Chucuit:** tiene veinte y cinco tributarios.  
**Oricapala:** tiene cincuenta tributarios.  
**Simulaton:** tiene ochenta tributarios.  
**Culaco:** tiene cincuenta tributarios.  
**Alamany.**  
**Xinacla.**  
**Zeite.**  
**Cecao.**  
**Agoatepeque:** tiene cincuenta tributarios.  
**Opatoro:** setenta tributarios.  
**Almaniame:** tiene sesenta tributarios.  
**Poryngla:** cincuenta tributarios.  
**Totumbra.**  
**Agalteca.**  
**Tapale.**  
**Agoacao:** cincuenta tributarios.  
**Goatala:** cincuenta tributarios..  
**Blua:** ciento cuarenta tributarios.  
**Tambla:** setenta tributarios.  
**Lopatrequi:** tiene sesenta tributarios.  
**Tamara.**  
**Xoxonal.**  
**Reritucayretimula:** cien tributarios.  
**Cacaoterique:** setenta tributarios.  
**Yngugula:** cincuenta tributarios.  
**Moyen:** tiene treinta tributarios.  
**Comayagua:** tiene ciento cincuenta tributarios  
**Teguiपालpa:** tiene ciento cincuenta tributa-  
 rios.  
**Legi**  
**Legtiquimaxay,**  
**Egoagara:** ochenta tributarios.  
**Cunaren:** tiene cien tributarios.  
**Guarabuqui:** setenta tributarios.  
**Caygalajcalanbala:** tiene ciento veinte tributa-  
 rios.  
**Rorotecaexsurla.**  
**Inquibiteca.**  
**Laxamany.**  
**Tengusquin.**  
**Cororu.**  
**Comayagua.**  
**Erila.**  
**Teupachute.**

#### Gracias a Dios

La ciudad de **Gracias a Dios**, desta gobernación, en 14<sup>o</sup> y 1/2 de altura, treinta leguas de Valladolid al sueste, y otras treinta de San Salvador, habrá en él como cincuenta españoles, los treinta y cinco encomenderos; es del distrito de Guatemala y del obispado de Honduras, y hay en él un monesterio de la Merced, y en su jurisdicción hay sesenta y un pueblos de indios, y en ellos como tres mil tributarios.

Pobló este pueblo, a lo que se entiende, Don

Francisco de Montejo, que después fué adelantado de Yucatan; hay teniente de gobernador y alcaldes ordinarios en la ciudad: la comarca della es de tierra más fría que caliente, y no muy sana, y cógese en ella mucho trigo; y la principal grangería es crianza de mulas y ganado y trigo que se lleva para San Salvador, de que hacen vizcocho para puerto de Caballos: su asiento es una ladera pedregosa; tiene agua dentro de la ciudad, y por bajo della corre un río razonable en que hay huertas y molinos; no hay oro ni plata en su comarca; los caminos son fragosos y malos.

#### San Pedro.

La villa de **San Pedro**, en 15<sup>o</sup> 1/4 de longitud once leguas de Puerto Caballos, de muy mal camino, y treinta de Comayagua y otras tantas de Gracias a Dios; hay en ella cincuenta vecinos españoles, y en su comarca como treinta pueblos de indios, en que habrá como setecientos tributarios; es en lo temporal de la audiencia de Guatemala, y residen en ella los oficiales reales de esta provincia, por ser Puerto de Caballos muy enfermo; en lo espiritual es de la diócesis del obispado de Honduras.

Pobló este pueblo el capitán Alonso Ortíz, en tiempo y por comisión de Don Pedro de Alvarado; tiene su asiento en una montaña rozada, y las casas son de tapias: es pueblo muy enfermo para niños principalmente, que no se crían en él por ser le tierra muy húmeda y llena de aguas y montañas, cenagosa y el cielo muy oscuro, y muy malos serenos; pero es la tierra, fértil, de mucho maíz y cacao, miel y cera, muchas vacas, yeguas, porque puercos y ovejas no los hay por ser la yerba muy brava: hay muchas aves y mucha fruta de la tierra y todo agro de España, que no se dan otras frutas: hay cerca de este pueblo una laguna en que están unas isletas pobladas de árboles, las cuales se andan mudando en el viento de unas partes a otras.

#### Puerto de Caballos:

La villa de **San Juan del Puerto de Caballos**, en 15<sup>o</sup> grados de altura, once leguas de San Pedro y cuarenta de Truxillo por mar; habrá en el pueblo como veinte casas no más, que todas casi son de factores de mercaderes y negros de servicios, a causa de que el sitio es muy enfermo y húmedo y de muchos mosquitos, por estar en playa y muy cerca de montes, y así los oficiales reales residen en San Pedro, y acuden allí al despacho de los navíos: no hay pueblo de indios ninguno en su comarca por ser tan mal

sana. Es de la gobernación y obispado de Honduras.

El puerto es bueno, aunque es bahía asentada entre dos ciénagas llenas de montes, y habiendo muchos nortes pueden los navíos irse a una laguna anconada de agua salada, que se dice la **Caldera**, pegada al mismo puerto, adonde, aunque encallen no corren peligro por ser lama; descargan allí los navíos las mercaderías de que se proveen la gobernación de Honduras, por tierra, y la de Guatemala, a donde se llevan en barcos, por el golfo Dulce; inviernan cuando es menester, aunque la agua tiene mucha broma.

Las mercaderías de que se proveen las gobernaciones de Honduras y Guatemala se meten por este puerto; la punta de este puerto es baja, llena de arcabucos, y la playa de arena blanca; entrados en ella se surgirá un poco abajo del pueblo, en ocho o nueve brazas.

### Truxillo

La ciudad de **Truxillo**, el primer puerto que las naos toman yendo de España a Guatemala, está en 88° de longitud y 16° de altura, cuarenta leguas por mar de Puerto de Caballos, y sesenta de Comayagua, de despoblado, y una legua de la mar del Norte: habrá en él cien vepañoles, los tres o cuatro encomenderos no más, porque en veinte y cuatro pueblos de indios que puede haber en la comarca no hay seiscientos tributarios, y así la mayor encomienda no pasa de doscientos ducados de valor: hay un teniente de gobernador y alcaldes ordinarios; es de la diócesis del obispado de Honduras desde 1558, y antiguamente fué cabeza dél y desta gobernación, de donde se mudó todo a Comayagua, por estar más en la comarca y ser tierra más sana.

Pobló esta ciudad Francisco de las Casas año de 23, en un asiento fuerte por la naturaleza: el sitio que está es un alto, cerrado de una barranca tejada y por arriba cercado de tapiería, adonde se sube desde la mar por una calzada hecha a mano, y arriba en lo alto, en un llano, al pie de una sierra do hay agua mucha y buena, tiene cuatro falcones en la puerta, que se cierran de noche por temor de corsarios franceses de que es muy infestada, y otras dos piezas de bronce en lo alto, y cuatro o cinco de hierro.

Está entre dos ríos, uno llamado **Río Grande** al oriente, que se llega a reconocer yendo a Truxillo desde el cabo de Camarón, y otro al poniente del pueblo: el temple de la tierra es calurosa y toda ella áspera, sino sea el valle de **Papayela** que está cinco leguas dél al sur, y tiene treinta leguas o más de largo hacia **Olancho**, todo de tierra llana y de buen temple y fértil,

por el cual pasa un río caudaloso que se dice de **Huaguan**, que desagua en la mar del Norte junto a Truxillo, cuyas riberas están bien pobladas de cacaotales y estancias y atos de vacas, que se crían por la corambre, aunque la carne dellas es la más estimada, y hay tantas que valen a doce pesos, y las yeguas otro tanto, por haber gran número de caballos, y muy buenas ovejas, y cabras pocas por el poco aprovechamiento que hay; de los puercos caseros hay muchos y bravos que se han hecho cimarrones muchos, y muchos venados y pescados de la mar y ríos; mucho maíz, cacaué y muchas frutas de España y de la tierra, mucha y muy buena zarzaparrilla; y oro se coge, aunque no mucho por los pocos negros que hay.

El edificio de las casas es de tapia y adobes, porque falta piedra, aunque no madera: hay alrededor de la ciudad a la entrada della una yerba muy fresca, que en comiéndola las bestias mueren della.

El puerto de Truxillo se llama **Juan Gil** y es muy bueno, aunque no tiene barra sino bahía muerta abrigada de todos los vientos, y así pueden estar en él todas las naos que quieren con un prois en tierra, porque es muy hondable y capaz, y aunque no tiene ríos tiene buena agua dulce, y no se descarga en él sino lo que es menester para la ciudad, porque lo demás pasa al Puerto de Caballos.

Para entrar en él, viniendo del cabo de Camarón viaje de España, se ven tres medanos de arena en la costa antes de llegar a la punta de Truxillo, y la tierra adentro las sierras de Santa Cruz; y al nordeste sueste con la punta de Truxillo está la isla **Guanaxa**, por cima de la cual parece la tierra alta sobre la punta de Truxillo que es baja, y tiene la playa de arena blanca, y sobre Truxillo está una sierra alta, grande, que se llama sierra de **Guaymoreta**, y a la caída della por la mar está una cabaña, que parece haza de trigo cegada, y al pie de la dicha sierra está el pueblo: para entrar en la bahía dél se ha de llegar a la punta que es fondo, y seguir enfrente del pueblo en ocho o nueve brazas.

### Olancho.

La villa de **San Jorge de Olancho**, pueblo de españoles, cuarenta leguas de Comayagua, pueblo de cuarenta vecinos españoles del obispado y de la dicha gobernación de Honduras; en la jurisdicción y comarca de este pueblo hay como diez mil indios tributarios en. . . . . pueblos; hay teniente de gobernador y alcaldes ordinarios; es de la gobernación y obispado de Honduras: la tierra en que está es más fría que la de los otros pueblos de la provincia, y aunque

es tierra muy montañosa, en algunos valles que tiene se coge mucho trigo y maíz, y en algunos ríos della oro alguno, especialmente en el que se dice de **Guayape**, que está doce leguas de la villa, y antiguamente se sacó dél en gran cantidad más que de otros ningunos; y así solamenthan quedado en él como cincuenta negros que andan a sacarlo de Comayagua y Olancho.

### **Hidrografía y Descripción de la Costa de la Provincia de Honduras.**

Para navegar desde España a Honduras, se han de poner en la Española, en el cabo de Tiburón, desde donde se gobierna al noroeste cuarta del oeste hasta doblar la Navaza, desde donde, gobernando al oeste se prolongará la isla Xamayca, por la banda del norte hasta la punta del Negri- llo, que es lo más occidental de aquella isla, desde la cual se navegará una senladura de treinta leguas al oeste, y desde allí la vuelta del oessudueste hasta tomar sonda en el cabo de Camarón, que es en el principio de la dicha provincia de Honduras. Para venir de Honduras a España, partiendo de Truxillo, se viene en demanda del cabo de San Anton, que es lo más occidental de la isla de Cuba, hasta reconocerle y pasar la Habana.

**Golfo de Honduras**, es toda la mar que hay desde cabo Delgado hasta donde se junta Yucatan con la costa de Honduras, que es por la provincia de la Verapaz en 16<sup>o</sup> de altura, de donde hasta la punta de las Higueras llaman, la mar que hay, el golfo de Goanojos.

**Golfo de Goanojos**, es donde va corriendo la costa hasta Truxillo, lesteoreste.

Hay en esta mar los puertos, cabos y ríos siguientes.

**Punta de Higueras**: en 16<sup>o</sup> de altura.

**Golfo Dulce**: junto a punta de las Higueras, al oriente della, veinte y dos o veinte y tres leguas de la ciudad de Gracias a Dios norte-sur y cuarenta o cuarenta y cinco de Guatimala al sudueste.

**Playa Baja**: ocho o nueve leguas de Golfo Dulce al levante.

**Río Cozumba**: entre playa Baja y cabo de Tres Puntas, cinco o seis leguas dél.

**Cabo de Tres Puntas**: en 15<sup>o</sup> y 3/4.

**Puerto de Caballos**: en 15<sup>o</sup> 1/3, como arriba queda descrito, desde donde para Truxillo se gobierna al nordeste hasta doblar la isla Utila, y desde allí a Truxillo.

**Río de Ulua**: la boca dél en 15<sup>o</sup> y 1/3 que encima de San Pedro se dice río de Balahama.

**Río Pachi**: cuatro o cinco leguas de la ciudad, de Tres Puntas al oriente, el cual viene desde Yamala.

**Río Bajo**: cinco o seis leguas del Puerto de Caballos al poniente, que nace en el valle de Naco.

**Puerto de la Sal**: tres islas en triángulo junto a una punta que está en 15<sup>o</sup> y 1/2 de altura.

**Río Balohamo**: seis o siete leguas más al oriente de Puerto de la Sal.

**Triunfo de la Cruz**: un cabo de tres puntas que está en 15<sup>o</sup> y 2/3.

**Río Bajo**: seis o siete leguas del Triunfo de la Cruz, al oriente, enfrente de la boca, tres isletas en triángulo.

**Río Hulma**: catorce o quince leguas de Truxillo al poniente, su nacimiento treinta leguas al sur de la villa de San Jorge del valle de Olancho.

**Río Xagua**: una isleta arrimada á la costa del poniente, seis leguas de Truxillo al poniente, como queda descrito arriba en la ciudad.

**Punta de Truxillo, ó Cabo Delgado**, y por otro nombre de Honduras, en 16<sup>o</sup> y 1/4; es baja y tiene la playa de arena blanca.

**Hutila**: isla del golfo de Honduras en 16<sup>o</sup>, cuatro ó cinco leguas de largo leste-oeste: desde aquí para Truxillo se gobierna al sueste, cuarta del leste, y para Puerto de Caballos la punta del sudueste.

**Guanaxa**: isla del golfo de Honduras, cuatro leguas en torno, el medio della en 16<sup>o</sup> y 2/3 nordeste sudueste con la punta de Truxillo; es isla montosa que hace en medio una quebrada.

**Helen**: una isleta arrimada á la de Guanaxa, al norte de la punta del poniente.

**Guayaba**: isla en el golfo de Honduras, tres leguas de largo leste-oeste; el medio della en 16<sup>o</sup> y 1/3: dicen que hay en esta isla una mina de Cristal.

**Río de Sant Elifonso**: en medio de cabo Delgado y cabo de Camarón.

**Cabo de Camarón**: en 16<sup>o</sup> y 1/4; tiene un placel grande delante de sí de más de veinte ó veinte y cinco leguas á la mar, y junto á la tierra está la isla de San Andres con algunos cayos, por entre los cuales y la tierra hay canal fundable y pueden entrar bien navios: desde el dicho Cabo de Camarón hasta Truxillo hay trece ríos todos caudalosos y grandes. Vase en demanda de este cabo desde la isla Xamayca, cuando se vá á Honduras, y habiendo llegado á él, hasta tomar sonda para salir della é ir á Truxillo, se gobernará el este, cuarta del sudueste, hasta el río Grande que está antes de Truxillo.

**San Millán**: una isleta junto al bajo del Cabo de Camarón seis o siete leguas dél al norte.

**Bahía de Cartago**: una bahía grande, llena de islas, el medio della en 15<sup>o</sup>.

**Islas de los Bajos**: una isla grande, que está en medio del bajo grande que sale desde la punta del Camarón.

**Bahía-honda:** como puerto, que tiene una isla á la entrada y ocho leguas de la bahía de Cartago al levante.

**Puerto de los Reyes:** doce leguas y media al noroeste.

**Quixines:** una punta entre Bahía-honda y Puerto de los Reyes.

**Islas Viciosas,** tres isletas en la mar del Norte en 15° y 3/4.

**Quita-sueño:** un bajo en la mar del Norte, en frente del cabo de Gracias á Dios de la costa de Honduras, en 15°.

**Roncador:** un bajo de la mar del Norte al nordeste de cabo Gracias á Dios en 15° y algo más.

**Cabo de Gracias a Dios:** en 14° y 1/3.

**Golfo de Nicuesa:** una ensenada redonda, con islas en medio, pasado el cabo de Gracias á Dios al sur cerca dél.

**Río de Yare:** en 13° algo más, el que divide esta gobernación de Honduras de la de Nicaragua, y viene corriendo por este paralelo cerca de cien leguas a la tierra adentro.

#### Descripción de la Provincia y Gobernación de Nicaragua.

La provincia y gobernación de Nicaragua parte términos con la provincia de Guatemala por los términos de la Choluteca, que está en 92° de longitud del meridiano de Toledo, desde donde vá corriendo al oriente, hasta juntarse con Costa Rica, como ciento veinte ó ciento cuarenta leguas, cuyos términos son inciertos por esta parte á causa de no estar muy descubierta la provincia de Costa Rica. Por la parte de mediodía tiene por términos la costa de la mar del Sur, que corre leste—oeste, cuarta al noroeste; de manera, que norte—sur tendrá desde 13° y 1/2, á que responden como setenta ú ochenta leguas, hasta las corrientes del río Yare, que corre desde cerca de la provincia de Guatemala al leste hasta la mar del Norte, por el cual río se divide esta provincia de la de Honduras, aunque por aquí los términos dellas no son muy distintos ni sabidos.

Hay en esta gobernación cinco pueblos de españoles, los cuatro ciudades, y en todos como trescientos cincuenta vecinos españoles, y cantidad de pueblos de indios, aunque de los que son no se tiene relación entera.

Es toda gobernación diócesis de un obispado, que se intitula del nombre de la provincia; hay en ella oficiales, tesorero y contador.

Costeó esta provincia primero que otro Gil González de Avila, año de 1522, por mandado de Pedrarias de Avila, gobernador que era de Panamá, y llamáronla así por un gran rey que

había en ella deste nombre, y despues envió el mismo Pedrarias á Francisco Hernández, que pobló en ella algunos pueblos.

La tierra por la mayor parte es calurosa, á causa de ser lo más della costa de la mar del Sur, aunque hay algunas partes frías, y lo más della es tierra llana, fértil y abundosa de maíz, cacao, algodón y de todas suertes de comidas; pero no trigo ni otras frutas de España, sino uvas muy buenas, higos y granadas.

Hay ganado, vacas, yeguas, y puercos muchos, cabras y ovejas no: los caminos para entrar en ella en tiempo de aguas son trabajosos, y en tempo de seca son llanos y buenos: provéese de mercaderías y cosas de España, por la mar del Sur, de Panamá, y también, aunque no tanto, por Puerto de Caballos y por el Desaguadero: del Nombre de Dios para Granada, tiene en la mar del Sur cinco puertos.

#### Descripción Particular de los Pueblos de esta Gobernación.

##### Leon.

La ciudad de Leon de Nicaragua, en 90° de longitud y 11° y 1/2 de latitud, diez y seis leguas de la ciudad de Granada al noroeste, y doce del Realejo, puerto de la mar del Sur; habrá en ella como ciento cincuenta vecinos españoles, encomenderos los ciento y los demás pobladores y tratantes: en su comarca hay más de cien pueblos y repartimientos de indios, y en ellos como cinco mil quinientos tributarios; es del distrito de la audiencia de Guatemala y cabeza de esta gobernación, adonde de ordinario reside el gobernador, oficiales y Caja Real, y la iglesia Catedral desde el año de 1537 que se erigió en ella: hay un monesterio de la Merced.

Pobló esta ciudad Francisco Hernández año de 23 en nombre de Pedrarias de Avila, gobernador de Panamá: su asiento es en tierra llana junto á la laguna grande de Granada; son las casas razonables de tapias y adobes, porque no hay piedra ni cal, aunque hay mucha madera.

El temple de sus comarcas es más caliente que frío, y la tierra toda montuosa y llena y regada de muchos rios y buenas aguas: fértil de maíz, cacao y algodón. La laguna, en cuya ribera está, llega á las casas de la ciudad, y tiene de largo quince leguas y ocho y diez en ancho; crece y mengua como la mar, y hay en ella muchos pescados y caimanes que, en el invierno, cuando está sin olas la laguna, se llegan á la ribera donde hacen daño y también matan algunos. Desagua esta laguna en la de Granada por un salto muy grande, por el cual no se puede pasar de la una á la otra, aunque entrambas se navegan con ca-

noas: á la parte del sur de la ciudad dos leguas della, á la orilla de la laguna, está un volcán grande que de ordinario echa humo de sí.

#### **Pueblos de Indios de Esta Ciudad.**

**Cúauma:** tiene cuarenta tributarios.  
**Olocoton:** veinte y cuatro tributarios.  
**Sutraua:** sesenta tributarios.  
**Mahometongo:** treinta y cinco tributarios.  
**Mabitra:** seis tributarios.  
**Molaceoyale:** treinta tributarios.  
**Huegalpa:** treinta tributarios.  
**Mauti:** cuatro tributarios.  
**Cindega:** veinte tributarios.  
**Xocotega:** veinte y un tributarios.  
**Zapotega:** diez y ocho tributarios.  
**Cindega:** cien tributarios.  
**Gualtebeo:** cien tributarios.  
**Muntey:** treinta y cinco tributarios.  
**Coayatega:** ochenta tributarios.  
**Igoaltega:** veinte y dos tributarios.  
**Andegazumba:** cuarenta tributarios.  
**Deacocaco:** cuarenta tributarios.  
**Sutiaua:** ciento sesenta tributarios.  
**Guacama:** cuarenta tributarios.  
**Utega:** ciento veinte y cinco tributarios.  
**Cindega:** sesenta y cuatro tributarios.  
**Pecoltega:** setenta tributarios.  
**Comayna, Magalpa:** tiene doscientos tributarios.  
**Coyatega:** cien tributarios.  
**Ayagalpa, Emigalpa:** sesenta tributarios.  
**Cocoayagua, Egoayagua:** setenta tributarios.  
**Mescaléz:** catorce tributarios.  
**Malacala:** cincuenta y cinco tributarios.  
**Amatega:** diez tributarios.  
**Goaltebeo:** treinta y siete tributarios.  
**Tepancinga:** veinte y dos tributarios.  
**Colima:** ochenta tributarios.  
**Mazagalpa:** setenta tributarios.  
**Utega:** veinte y dos tributarios.  
**Tepusatega:** cien tributarios.  
**Teciotega:** cien tributarios.  
**Tosta:** noventa y cuatro tributarios.  
**Teotega:** cuarenta y cinco tributarios.  
**Cuicuma:** veinte tributarios.  
**Condegaixo, Anasastegui:** doscientos tributarios.  
**Teotega:** cincuenta tributarios.  
**Chinandega:** ciento sesenta tributarios.  
**Totogalpa:** veinte y cuatro tributarios.  
**Joanagasta:** setenta y ocho tributarios.  
**Joanagastilla:** veinte y cuatro tributarios.  
**Macatega:** cuarenta y cuatro tributarios.  
**Chichigalpa:** ochenta tributarios.  
**Tecotaca:** diez tributarios.  
**Zumbaznaga:** diez y seis tributarios.

**Chamalpan:** noventa tributarios.  
**Totamistega:** veinte y dos tributarios.  
**Agagalpa:** cien tributarios.  
**Astatega:** sesenta tributarios.  
**Pangoa:** treinta tributarios.  
**Cindega:** tiene cuarenta y cinco tributarios.  
**Mabito:** diez y ocho tributarios.  
**Nabiti:** tiene once tributarios.  
**Nepuemo:** diez tributarios.  
**Tencosalpa:** treinta y cinco tributarios.  
**Nandayamo:** veinte y ocho tributarios.  
**Ayatega:** treinta tributarios.  
**Telia:** tiene cien tributarios.  
**Pocoltega:** tiene diez y ocho tributarios.  
**Acolotega:** tiene setenta tributarios.  
**Noloaque:** tiene trece tributarios.  
**Cocogira.**  
**Nicoya.**  
**Nicoya:** cuatrocientos tributarios.  
**Chira:** tiene sesenta tributarios.  
**Managua:** cien tributarios.  
**Tustega:** doce tributarios.  
**Cindega:** ochenta tributarios.  
**Yoalteacende:** sesenta tributarios.  
**Limay:** cuarenta y cuatro tributarios.  
**Ayatega:** diez y seis tributarios.  
**Husgalpa:** veinte y dos tributarios.  
**Xocogalpa:** ocho tributarios.  
**Olomega:** tiene veinte tributarios.  
**Matrarejo:** tiene veinte y seis tributarios.  
**Diriondo:** veinte y cuatro tributarios.  
**Matrare:** cien tributarios.  
**Alateca:** diez y ocho tributarios.  
**Cindega:** ochenta tributarios.  
**Estanguiz:** treinta y tres tributarios.  
**Nequeneme:** cuarenta tributarios.  
**Dematinio:** sesenta tributarios.  
**Capotega:** tiene veinte tributarios.  
**Nabitraoaponao:** sesenta tributarios.  
**Mamatí:** veinte tributarios.  
**Paynaltega.**  
**Archiuina:** sesenta tributarios.  
**Toscoaga:** doce tributarios.  
**Tonaltega:** cuarenta tributarios.  
**Mabitianagarando:** veinte tributarios.  
**Mabitia:** veinte y dos tributarios.  
**Nagarote:** treinta tributarios.  
**Pomonagarando:** tiene doce tributarios.  
**Tolgalpa:** tiene treinta tributarios.

#### **Granada.**

La ciudad de **Granada**, en 90° de longitud, 11° y 1/2 de altura, diez y seis leguas de la ciudad de León, casi al sudeste della, y treinta y nueve de Nicoya, y veinte del puerto del Realejo, es pueblo de doscientos vecinos, que la mi-

tad deben ser encomenderos, y en su comarca hay como cien repartimientos ó pueblos de indios, en que debe haber como seis mil quinientos ó siete mil tributarios; es de la gobernación y obispado de Nicaragua; no hay monesterio, porque uno que había se despobló.

Pobló esta ciudad Francisco Hernández, en nombre de Pedrarias de Avila, gobernador de Panamá, año de 23 ó 24; está en tierra sana y y más caliente que fría, y fértil y abundosa de maíz, algodón, cacao, miel, cera, y otros mantenimientos y comidas. Tiene su asiento en un llano, riberas de una gran laguna de agua dulce que tiene de boj más de cien leguas, y más de treinta ó treinta y cinco de travesía; hay mucho pescado en ella, y un género de sábalos muy grandes: desagua esta laguna en el mar del Norte, de la cual está treinta leguas, y por della y por su desaguadero se proveé toda la provincia de Nicaragua de las cosas que se llevan de España al Nombre de Dios, adonde ván y vienen con fragatas, que se hacen muchas en esta laguna, aunque la navegación della hasta la mar del Norte no se tiene por muy segura.

En la jurisdicción de esta ciudad, cerca della, tres leguas del volcán de Masaya, está un pueblo de hasta cuarenta indios, los cuales se provéen de agua de una laguna que llaman de Lindyrí, que es el nombre del pueblo, la cual tiene tres leguas debajo, y está metida dentro de la tierra entre unos riscos de peña tajada, á la cual se descende por más de cien escalones, que los indios han hecho de unas piedras en otras, por donde bajan y suben las indias cargadas con sus vasijas y grande destreza y peligro de caer; es el agua muy buena, delgada y fría, y en ella no hay ningún género de pescado ni otra cosa viva: quieren decir los naturales que hubo allí un volcán que se hundió y quedó hecha aquella laguna.

Hay cerca de la ciudad algunos volcanes, y entre ellos el de Masaya, que por su grandeza y profundidad es cosa notable en el mundo: púedese subir hasta lo alto dél á caballo porque no es muy alto; tiene la boca dél en circuito más de media legua, desde la cual hay más de doscientas brazas en hondo, de pared derecha y tajada en piedra viva hasta una plaza que se hace tan ancha como la boca, y en medio della otra boca, la cuarta parte de ancha que la primera, por la cual, desde lo alto se alcanza á ver el fuego que anda dentro en lo más profundo de la segunda boca, hasta donde, según se puede alcanzar, dicen que habrá otras cuarenta ó cincuenta brazas: el fuego que se vé dentro anda con gran ruido y con unas hondeadas de fuego como de agua en la mar, por donde parece que debe ser algun licor ó metal lo que allí arde; echa de cuando en cuando algunos borbollones

de cisco que se quedan en el llano donde está la primera y más profunda boca; han echado algunso, que han bajado allá, calderas y otros vasos para sacar del licor que arde, y todo lo consume y derrite el fuego, cuyo resplandor es tanto, que de noche los pueblos comarcanos de dos y tres leguas se alumbran con él y se puede leer una carta.

Cuatro leguas de esta ciudad estaba un pueblo de indios que se llamaba **Mombacho**, junto á un volcán pequeño que el año de 70, con una tormenta muy grande de viento y agua que hizo, una noche reventó, y un lado dél cayó todo encima del pueblo, de manera, que de toda la gente que había en él no escapó sino un solo vecino de la ciudad de Granada que se llamaba Caravallo, y dos indias viejas; quedando seis ó siete españoles con todos los demás indios enterrados. Por el otro lado salió tan gran tempestad de agua y piedra que en más de seis leguas por aquella parte hizo grande daño en los cacaotales y estancias de ganados.

#### Pueblos de Indios de esta Ciudad.

**Yatan:** tiene diez y ocho tributarios.

**Diriega:** tiene cuarenta tributarios.

**Milagalpa:** treinta y cinco tributarios.

**Macatepeque:** cincuenta tributarios.

**Xinotepeque:** sesenta tributarios.

**Achomba:** diez tributarios.

**Xalteua:** diez tributarios.

**Apapalota:** sesenta tributarios.

**Xoxoatia:** tiene nueve tributarios.

**Capulao:** veinte y seis tributarios.

**Mohomo:** cuarenta tributarios.

**Moaogalpa:** cincuenta y cinco tributarios.

**Guatepeque:** sesenta y un tributarios.

**Miratia:** diez tributarios.

**Guatpetonala:** setenta y cinco tributarios.

**Minarote:** cuarenta tributarios.

**Riombo:** veinte y un tributarios.

**Masaya:** ciento cincuenta tributarios.

**Xalteua:** tiene treinta tributarios.

**Diriomo:** sesenta tributarios.

**Nambacho:** tiene ochenta tributarios.

**Nambarina:** sesenta tributarios.

**Xalteua:** tiene quince tributarios.

**Managua:** cien tributarios.

**Xalteba:** diez tributarios.

**Montiua:** ciento diez tributarios.

**Marimalte:** tiene once tributarios.

**Deria:** setenta y siete tributarios.

**Xinotepec:** sesenta tributarios.

**Loma:** cuarenta tributarios.

**Marimalte:** diez tributarios.

**Diriomo:** cuarenta tributarios.

**Xalteba:** diez tributarios.

**Diriamba:** cien tributarios.  
**Nomotiba:** cien tributarios.  
**Mandayme:** cien tributarios.  
**Masitande:** treinta y cinco tributarios.  
**Tipitupa:** veinte tributarios.  
**Managoa:** tiene diez tributarios.  
**Coagalpa:** setenta tributarios.  
**Coyagalpa:** treinta tributarios.  
**Mayales:** trescientos tributarios.  
**Niquenohomo:** ciento veinte tributarios.  
**Xalteua:** tiene quince tributarios.  
**Marinalte:** cuarenta tributarios.  
**Mandapio:** noventa tributarios.  
**Mandach.**  
**Delderia:** sesenta tributarios.  
**Beriombo:** treinta y siete tributarios.  
**Mandayme:** cincuenta y un tributarios.  
**Nicaraguay:** ciento catorce tributarios.  
**Guatigalpa.**  
**Xalteba:** catorce tributarios.  
**Masaya:** ciento diez tributarios.  
**Xalteba:** cinco tributarios.  
**Nicaragua:** cien tributarios.  
**Mandaame:** ochenta tributarios.  
**Minarote:** treinta tributarios.  
**Cagoalpa:** veinte tributarios.  
**Cagualpa y otros pueblos:** trescientos tributarios.  
**Managua:** veinte y cinco tributarios.  
**Isla de Nicaragua:** ciento cuarenta y cuatro tributarios.  
**Nicaragoa:** tiene noventa tributarios.  
**Managoa:** treinta tributarios.  
**Mazagalpa:** cincuenta y cinco tributarios.  
**Atotone:** veinte y siete tributarios.  
**Xalteua:** cuarenta tributarios.  
**Chicogalpa:** treinta y siete tributarios.  
**Xalteua:** treinta y cinco tributarios.  
**Nandayo:** veinte y siete tributarios.  
**Nicaragica—Anata:** treinta tributarios.  
**Xalteua:** ocho tributarios.  
**Tenamy:** veinte y nueve tributarios.  
**Xalteba:** tres tributarios.  
**Nicaragoa:** diez tributarios.  
**Nanda-Maxalata:** cincuenta tributarios.  
**Nicopasaya:** cien tributarios.  
**Salteba:** veinte tributarios.  
**Agocaco:** treinta y seis tributarios.  
**Chuigalpaitica:** setenta tributarios.  
**Polgalpa.**  
**Nenderí:** tiene trescientos tributarios.  
**Capandi:** ochenta tributarios.  
**Delderia:** ochenta tributarios.  
**Xicogalpa:** cuarenta y cinco tributarios.  
**Monagalpa:** diez y seis tributarios.  
**Solfcita:** cuarenta y cuatro tributarios.  
**Mahometombo:** veinte tributarios.  
**Cagoatoto:** seis tributarios.

**Mastega:** ciento treinta tributarios.  
**Cacaloaque:** ciento cincuenta y tres tributarios.  
**Poteca:** tiene setenta tributarios.  
**Ayatega:** treinta tributarios.  
**Pozoltega:** sesenta tributarios.  
**Teceatega:** setenta tributarios.  
**Totoaque:** veinte y tres tributarios.  
**Abangasca:** cuarenta tributarios.  
**Coayaco:** ciento quince tributarios.  
**Mazagalpa:** sesenta tributarios.  
**Delderia, y Coatepec:** ciento quince tributarios.  
**Monímbo:** doscientos cincuenta tributarios.

Tiene á seis leguas, en la mar del Sur, el puerto de San Juan, que por unos bancos de arena que tiene en la barranca no se puede salir siempre dél, y así no acuden á el navios.

### Nueva Segovia.

**Nueva Segovia,** ciudad de españoles en 80° de longitud y 11° y 2/3 de altura, treinta leguas de Granada al oes—nordeste, y otras treinta de Leon hácia el norte, tendrá cuarenta vecinos españoles; es de la diócesis de Nicaragua: la tierra en que está es montaña toda, y así el temple es más frío que de otra parte desta gobernación, aunque la mayor parte es caliente como queda dicho; sácase en ella mucho oro: de los pueblos de indios que hay en su comarca no hay relación.

### Nueva Jaen.

La **Nueva Jaen,** ciudad de españoles, junto á la laguna de Granada por donde comienza á salir, della el rio que llaman el **Desaguadero,** que está treinta leguas de la mar: hay pocos españoles en ella, y en su jurisdicción y comarca pocos indios; es de la diócesis de este obispado de Nicaragua; cógese en ella algun cacao. El **Desaguadero** se navega con fragatas como caravelas, que van y vienen desde Granada al Nombre de Dios con mercaderías de España, de que se provee la gobernación toda.

### El Realejo.

La villa del **Realejo,** en 91° de longitud, y 11° y 1/2 de altura, once leguas de León de Nicaragua y veinte y cuatro de la Choluteca, junto á la mar: hay en él como treinta vecinos españoles; es de la diócesis de Nicaragua, pueblo rico por la contratación del puerto que tiene; está en tierra caliente, sin trigo como las demás de Nicaragua, y abundosa de frutas de la tierra y ganados de vacas y gallinas. Tiene á una legua el puerto que llaman de la **Posesión,** y comunmente del **Realejo,** el rio abajo al sues-

te, el cual es de los más seguros puertos que hay en la mar del Sur y acuden á él muchos navíos de Nueva España, Guatimala y Panamá, por donde se sacan gallinas, maíz y miel: hácese asimismo en el dicho puerto muchos navios por la seguridad de él y aparejo de madera que hay para ellos.

### **Hidrografía y Descripción de la Costa de esta Provincia de Nicaragua.**

La costa va por la mar del Sur desde Costa Rica, al oes—noroeste, y en esta mar, de Mayo para Septiembre, reinan unos particulares vientos que se llaman **Suestes**, que suelen ser muy bravos y recios; hallándose en la mar con ellos en especial de noche cuando con el fresco, son más recios y más peligrosos.

Hay en esta costa los puertos, puntas, islas y ríos siguientes:

**Isla de Santa María** en la costa del sur de Nicaragua, al levante del cabo de Borica como siete ú ocho leguas.

**Cabo de Borica** en 9<sup>o</sup> y 1/3 de altura.

**Golfo de Hosa**, entre el Cabo de Borica y punta de San Lázaro en la mar del Sur, costa de Nicaragua.

**Punta de San Lázaro**, en 9<sup>o</sup> y 1/3 de altura,

**Isla del Cabo**, al occidente de la punta de San Lázaro.

**Golfo de San Lucas de Nicoya**, hasta punta Delgada diez y siete ó diez y ocho leguas de entrada en la tierra.

**Punta Delgada** en la costa de Veragua, en 9<sup>o</sup> de altura.

**Cabo de Velas**, trece ó catorce leguas de punta Delgada al Noroeste.

**Golfo de las Yeguas**, en la costa de Nicaragua al Poniente del Cabo de Velas.

**Bahía y Puerto de Santo Domingo**, en Nicaragua en 10<sup>o</sup> y 1/4 de altura.

**Cabo de Santa Catalina**, la parte occidental de la bahía de Santiago.

**Golfo de Picas**, en 9<sup>o</sup> de altura y 11<sup>o</sup> de longitud.

**Puerto del Realejo**, que por otro nombre dicen de la **Posesión**, junto á la villa del Realejo, como allí queda descrito.

### **Nicoya.**

El pueblo de **Nicoya**, en los confines de Nicaragua y Costa Rica, en 89<sup>o</sup> de longitud y 12<sup>o</sup> y 1/2 de altura según relaciones de particulares, y según las cartas en 10<sup>o</sup> y algo más, cuarenta y cuatro leguas de la ciudad de Granada, y ocho leguas de la isla de Chira; no hay españoles de

asiento en él, sino solo los que vienen de paso á embarcarse en el puerto de **Paro**; es corregimiento y pueblo de indios, en que hay, con los de la isla de Chira, cuatrocientos tributarios que son de la Corona Real, Antiguamente ponía la audiencia de Panamá corregidor en este pueblo, por haberse pacificado por capitanes proveídos della, hasta el año de 73 que se incorporó en Costa Rica, y mandó que el Gobernador della ponga un Teniente en este pueblo, en el cual pone un vicario el Obispo de Nicaragua, en cuya diócesis cae. Los tributos de este pueblo entran en la Caja Real de León de Nicaragua.

El asiento de este pueblo es entre unas sierras cercado todo alrededor dellas, con que conviene á ser el sitio muy caliente como lo demás de la provincia de Nicaragua: es la comarca abundosa de miel, cera, algodón, maíz frísoles, dantas y puercos de la tierra; no hay ganado de España, sino sean algunos caballos y yeguas que los indios tienen para su servicio; hay muchas mulas, gallinas de Castilla y frutas de la tierra, mameis, plátanos, ciruelas, aguacates y piñas.

Son los indios de este pueblo, leales y obedientes á las justicias, pero muy pobres porque son haraganes y amigos de holgar; tienen por grangería hacer cantidad de chicuvites de palma, que son unos vasos pequeños con sus tapaderos, todos pintados de negro, y muchas jícaras pintadas; tributan maíz y de las otras cosas que hay en la tierra, y telas blancas de hilo y algodón.

En la jirisdicción y comarca de este pueblo, que será de siete ú ocho leguas en contorno, hay otros cuatro pueblos de indios encomendados en vecinos de la ciudad de Granada y dos estancias que tributan con este pueblo.

### **Isla de Chira.**

En el golfo de Nicoya, que cae todo en la jurisdicción de Nicoya, está la **Isla de Chira** en 9<sup>o</sup> y 1/2 de altura, ocho leguas de la ciudad, las cinco hasta la mar y las otras por el agua; hay en ella catorce indios casados, tributarios, y al pié de cuarenta mujeres, todos del Rey, que le tributan cuatrocientas piezas de loza, de que hacen gran cantidad, no con tornos, sino á manpuesto, alisándola sobre la mano con huesos de pescados. Hay en esta isla un puerto razonable, y otro en la costa que se dice **puerto de Paro**, por donde se sacan para Panamá y otras partes las mulas y otras cosas que se crían en la tierra.

### **Descripción de la Provincia y Gobernación de Costa—Rica.**

La provincia y gobernación de Costa-Rica, la más oriental de las que se cuentan en la parte

de las Indias de la mar del Norte, y de las que caen en el distrito de la Audiencia de Guatimala, se comprende entre el meridiano 83<sup>o</sup> de longitud, por donde parte términos con la provincia de Panamá, y 87 ú 88<sup>o</sup> por donde se junta con Nicaragua entre el paralelo 8<sup>o</sup> y 12<sup>o</sup> ó 13<sup>o</sup>; por manera que tendrá de largo leste-oeste desde el río Belen, que la divide de Veragua, ochenta ó cien leguas de línea recta, que de viage, dicen los descubridores que son muchas más hasta los Chomes, indios de Nicoya, y norte-sur como sesenta ó setenta leguas más ó menos por partes, aunque tampoco los términos por donde se junta con Honduras están averiguados.

El primero que entró en esta provincia fué el capitán Garavito, con poder de Pedrarias de Avila, gobernador de Panamá, á quien mataron los indios; y después año de 61, la Audiencia de Guatimala, presidiendo Landecho, envió á poblarla al licenciado Caballon, que hizo dos pueblos en ella, y después fue Juan Vazquez de Coronado, que murió en la mar volviendo á ella por gobernador; hay en ella dos ó tres pueblos de españoles, pequeños. El suelo de esta provincia en partes es llano, aunque por ordinario es montoso; el temple della es bueno ni de mucho calor ni frío; la tierra sana y fértil, así de los frutos della como los que de España se han plantado; críanse en ella muchos venados, puercos monteses del ombligo en el espinazo; hay en ella muchas muestras de oro en todas partes, y algunas minas de plata aunque no muy ricas.

Divídese esta gobernación en ocho ó nueve provincias, cuatro á la parte del sur y cuatro á la del norte; en todas hay tres pueblos, de españoles, y cantidad de indios en pueblos, y en poblaciones de que no se tiene relación por no estar la provincia pacífica; en cuya costa hay nueve puertos, cinco a la mar del sur y cuatro en la del norte.

#### Provincia de Garavito.

En la parte de la provincia de Costa-Rica que está de la cordillera, que la divide á lo largo para la mar del Sur, entrando en ella por los términos de Nicoya fin de la gobernación de Nicaragua, la primera provincia es la que llaman de **Garavito**, dicha así de su descubridor: el suelo della es de montaña, y valles amenos y abundosos de frutas, caza, y pescado; hay poco oro en ella, y salinas en la costa de la mar de que se proveen esta provincia y otras: la gente della es valiente y lucida, porque tienen mucha y muy buena ropa; está en esta provincia, á lo que se entienda de las relaciones, Aranjuez, pueblo de españoles.

#### Aranjuez.

La villa de **Aranjuez**, pueblo de españoles en la provincia de Costa Rica, cinco leguas de los indios Chomes, pueblo de indios de Nicoya, que es donde comienza esta gobernación en la comarca de Garavito, que cae á la mar del Sur; tendrá tres ó cuatro vecinos. El pueblo ó puerto de Landecho, dicho así en memoria del Licenciado Landecho, presidente de la Audiencia de Guatimala, una legua de la mar del Sur, de veinte casas de españoles.

#### Provincia de Pacaca.

La provincia de **Pacaca**, después de Garavito á la costa de la mar del Sur, es la tierra toda montañosa, abundosa de caza, frutas y pescados, y la gente como la de Garavito; está en esta provincia la ciudad de Cartago.

#### Cartago.

La ciudad de **Cartago**, á la parte del sur, en la provincia de Costa Rica, treinta y siete ó cuarenta leguas de Nicoya, y veinte de la mar del Sur, es pueblo de sesenta vecinos españoles, asiento de los gobernadores de esta provincia. Poblóle el Licenciado Caballon, por orden de la Audiencia de Guatimala, y llamóle Garci-Muñoz, que era su naturaleza en España, y poblóle once lagunas del puerto de Landecho, de donde le mudó Juan Vazquez de Coronado, nueve leguas la tierra adentro, al valle de Cerrí en esta provincia de Pacaca, que antes estaba en la de Garavito, y así que quedó veinte leguas de la mar y con el nombre de **Cartago** que le puso el dicho Juan Vazquez de Coronado.

#### Provincia de Aguarco.

La provincia de **Aguarco**, se sigue luego tras de la Pacaca, en la costa de la mar del Sur de la gobernación de Costa-Rica yendo hacia Panamá; es la mayor provincia de esta tierra, y de muchos valles, y ríos en ella de aguas muy delicadas, y así la más fértil y fructuosa de esta gobernación, y á donde se dan con gran fertilidad todas las cosas de España como es trigo, naranjas, sidras, higueras y toda hortaliza; tiene oro y hánse hallado en ella enterramientos de indios con cantidad de piezas de oro; los indios della son inclinados á la labor del campo y tienen mucha ropa.

#### Provincia de Quepo.

La provincia de **Quepo**, de la dicha goberna-

ción de Costa-Rica, está más á Panamá y al leste de Aguarco; su comarca es de muy grandes campos y muy llenos de caza de diferentes maneras; es fama que en la costa della hay perlas buenas, aunque los naturales no las estiman sino sean las nacares para unas corazas que dellas hacen. No es tan poblada esta provincia como las de atrás, pero son los indios bravos y belicosos, y llámanlos los **Palenques** por unos maderamientos con que tienen cerrados los pueblos, á causa de la continua guerra que tienen con los comarcanos.

#### **Uricachiuqui.**

**Urica-he-chiuqui**, provincia, y parte última de la gobernación de Costa-Rica, por la mar del Sur, por donde se junta con la provincia de Panamá; no hay relación de la grandeza ni calidad della.

#### **Los Botos.**

Por la mar del Norte, la primera provincia de esta gobernación, entrando en ella por Nicaragua, es la que llaman de **Los Botos**, que cae sobre el río del Desaguadero de Nicaragua; es algo baxa y de muchos pantanos, y así es pobre de pan y mantenimientos, porque el mayor de que se sustentan los indios de la tierra son raíces de cacabí que siembran y de que hacen sus cosechas y labranzas, y hay maíz y batatas.

#### **Provincia de Turrialva.**

La provincia que llaman de **Turrialva**, en la dicha gobernación de Honduras, está pasada la de los Botos, caminando desde el occidente al oriente hácia el Nombre de Dios: es tierra más alta, y de muchos indios valientes y soberbios y bien vestidos, y hay fama que hay mucho oro en ella.

#### **Provincia de Suerre.**

La provincia de **Suerre** está en la parte y costa de la mar del Norte que llaman de Turrícia, caminando hácia el Nombre de Dios hasta llegar a las espaldas de los volcanes que están en la cordillera que pasa por medio de la gobernación leste-oeste, y dista el uno del otro doce leguas; es tierra y comarca este de muchos árboles de frutales de la tierra muy buenos; tiene buenos ríos donde se ha hallado y halla mucho oro, que los indios tienen en mucho, y hacen dello por fundición brazaletes, orejales y bezotes, y demás de esto tienen mucha ropa y muy buena.

#### **Provincias de Quaca, Tariaca y Ocoaca.**

Las provincias de **Quaca, Tariaca y Ocoaca** son provincias muy templadas de frío y calor, y en esto semejantes á la tierra de la otra parte de la cordillera que mira á la mar del Norte; hay en ella muchos valles, sierras y lomas, y quebradas en que hay muchos nacimientos de oro, principalmente en la provincia de Ocoaca hasta el río de la Estrella, donde por maravilla hay río alguno que no tenga rastro de oro.

#### **Castillo de Austria.**

El **Castillo de Austria**, pueblo de españoles en esta gobernación de Costa-Rica, parece haberse fundado en la parte de la mar del Norte por el Licenciado Juan de Estrada, clérigo, en una entrada que hizo en esta provincia con el Licenciado Caballon por orden de la Audiencia de Guatemala, presidiendo en ella Landecho; pero despoblóse luego.

#### **Puertos de esta Provincia.**

En la mar del Sur, yendo del occidente hacia el poniente, el puerto de Nicoya, que pertenece más á Nicaragua, y seis leguas más adelante el puerto de Landecho, y diez leguas de allí el puerto de Palmas, y treinta más adelante el puerto que llaman de la Herradura, y más adelante el golfo de Osarques, y más adelante isla de Coco.

En la mar del Norte, á diez leguas de los términos de Nicaragua ú Honduras, el puerto de San Juan que es el Desaguadero; cinco leguas adelante el río que llaman de Suerre, y el Minerillo, que aunque no sirva para navíos grandes es bueno para fragatas y otros vasos menores; ocho leguas más adelante está el puerto de San Gerónimo, y tras el las bocas del Lago, y luego Veragua.

Por la costa del norte, corre la costa leste-oeste desde el río Belen, cuya boca está en 10<sup>o</sup> y 1/4 de altura, veinte y cuatro ó veinte y seis leguas hasta el golfo de Cariaco, y desde allí otras tantas al nornorueste hasta el Puerto de San Juan, y desde allí norte-sur hasta el río de Yari otras tantas ó más: hay en esta costa los ríos, puertos, bahías, islas y cabos siguientes:

**Río de Veragua** y de la **Concepción** en la provincia de Costa-Rica en la mar del Norte, junto á Veragua, al oriente della, seis ó siete leguas del río de Belen, al poniente leste-oeste.

**El Escudo**, una isleta en frente del río de

Veragua, una ó dos leguas apartada de la tierra en la costa de la mar del Norte, aunque algunos dicen que no es isla, sino que lo parece.

**Bahía de San Gerónimo**, en la provincia de Costa-Rica en 10<sup>o</sup> de altura, y dentro della unas islas.

**Golfo de Cariaco**, y junto dél un pueblo de este nombre con algunas isletas en medio, en 10<sup>o</sup> y 1/2.

**Punta Blanca**, en la costa del norte entre el golfo de Cariaco y el río Suerre.

**Suerre**, río y pueblo de Costa-Rica en la mar del Norte en 10<sup>o</sup> y 3/4.

**Río de los Bagres**, al norueste del río Suerre, dos ó tres leguas.

**Río de los Anzuelos**, al norueste del río de los Bagres, dos ó tres leguas.

**Río de Vazquez**, en Costa-Rica, junto á la boca más austral del río del Desaguadero, que está en 11<sup>o</sup> y 1/4.

**San Juan**, pueblo y puerto del Desaguadero en la provincia de Costa-Rica en la mar del Norte, el pueblo en 11<sup>o</sup> y 2/3.

**Río de Alfárez**, en la provincia de Costa-Rica ú Honduras, al norte del pueblo y puerto de San Juan y río del Desaguadero, nueve ó diez leguas.

**Río Moro**, en la provincia de Nicaragua de Honduras ó Costa-Rica en medio del río de los Alfárez y del río de Ayerepa.

**Río de Ayerepa**, en Honduras ó Costa-Rica al sur del río Hiare como cuatro ó cinco leguas.

**Río de Hiare**, entre la provincia de Honduras

y Costa-Rica la boca del en. . . y su nacimiento en los confines de Nicaragua, Guatemala y Honduras, desde donde corre hasta la mar del Norte más de diez leguas, casi leste-oeste.

#### **Costa del Sur de esta Provincia de Costa-Rica.**

**Río de Parita ó de París**, en 9<sup>o</sup> de altura.

**Punta de Guerra**, norte-sur del río de Parita, en 8<sup>o</sup> y 1/3.

**Cabo de Santa María**, leste-oeste de Punta de Guerra en 8<sup>o</sup>.

**Golfo de Chica**, adelante de Cabo de Santa María.

**Sabaco**, isla de la mar del Sur en el golfo de Chica, junto al cabo de Santa María, una legua y legua media de largo leste-oeste.

**Isla de Santa María**, en el golfo de Chica, en la parte más occidental del leste-oeste de la isla de Sabaco.

**Coyba**, isla en el golfo de Chica, al norte de la isla de Santa María, una legua ó dos.

**Cabo Blanco**, en Costa-Rica, á la mar del Sur en 9<sup>o</sup>.

**Isla de Santa Marta**, una isleta, la mayor de tres ó cuatro, en la mar del Sur de Costa-Rica, norte-sur de cabo Blanco, á dos y á tres y á cuatro leguas dél.

**Puerto Escondido**, en Costa-Rica en la mar del Sur, entre unos baxios y tres isletas que están en 9<sup>o</sup> y 3/4.

**Para el calor**



**es lo mejor**

**ALEGRE SU MESA Y DELEITE SU PALADAR**

**Santa  
Cecilia**



**DE CALIDAD INALTERABLE!**



**TODO ANFITRION  
EN CENTROAMERICA  
SIENTE ORGULLO  
EN SERVIR...**

## ***Flor de Caña***

**PORQUE ES UN LICOR  
VERSATIL CON EL QUE  
PUEDEN PREPARARSE UNA  
GRAN VARIEDAD DE  
BEBIDAS DELICIOSAS.**

# AHORRO NACIONAL CON RESPALDO MUNDIAL



El producto de su esfuerzo rendirá mucho más  
GUARDANDO SUS AHORROS en lugar SEGURO,  
donde además obtiene un 6 1/2 o/o de interés anual.  
TENEMOS MAS DE 600 OFICINAS EN 80 PAISES  
AHORRO NACIONAL CON RESPALDO INTERNACIONAL



FIRST NATIONAL CITY BANK  
SUCURSAL MANAGUA

# potencia en ACCION... CAT D5



en el Caterpillar D5 usted siempre tiene a mano una gran reserva de potencia extra en su motor de 93 H.P., para esas labores de despale, apertura de trocha o remolcar la más difícil carga sobre cualquier suelo. El Cat D5 construido para asegurar una larga vida en pleno servicio, proporciona a usted mayor rendimiento y más economía en su mantenimiento. Un Caterpillar D5 está a su disposición donde su Distribuidor



**CATERPILLAR**

Caterpillar, Cat y  son marcas de Caterpillar Tractor Co.

**NICARAGUA MACHINERY COMPANY**

MANAGUA TEL. 24451    LEON TEL. 031-3114    CHINANDEGA TEL. 0341-632



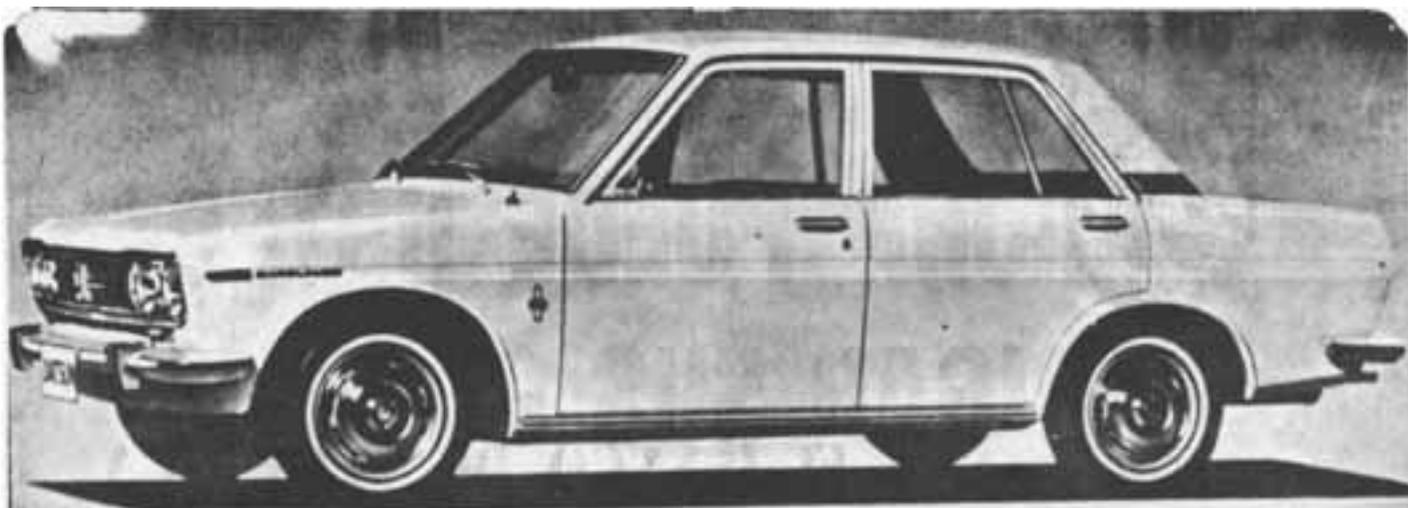
## EL BANCO DE AMERICA

le ofrece toda clase de servicios bancarios a toda hora del día laborable. Desde las siete de la mañana a las siete de la noche siempre hay un BANCO DE AMERICA abierto para servir a usted.

— Abra una cuenta de ahorros en el BANCO DE AMERICA en la sucursal que más le convenga y verá cuán pronto su dinero aumenta gracias a los intereses que percibe y a la comodidad que el BANCO DE AMERICA le brinda para efectuar sus depósitos.

El BANCO DE AMERICA trabaja con los nicaragüenses para un común progreso.

# BANCO DE AMERICA



1300, 77HP.  
1600, 96HP.

# DATSUN

**CORRE CON EL  
OLOR A GASOLINA**

*EL DATSUN 1300 y 1600 tienen: cuatro puertas \* llantas blancas \* copas de lujo \* doble bocina \* radio \* lavador de parabrisas a chorro \* limpia parabrisas de dos velocidades \* tapón de gasolina con llave \* luces de retroceso \* doble faro delantero \* tapicería de Vinilo \* circulación de aire forzada \* etc. Aire Acondicionado Con grandes facilidades de NUESTRA SALA DE EXHIBICION Y VENTAS EN CARRETERA NORTE, Km. 4 Y MEDIO*

*pago. Solamente en DISTRIBUIDORA DATSUN, S. A., 4 1/2 Carretera Norte, contiguo a Embotelladora MILCA — Teléfono: 40451 - 40452*

*DIDATSA ofrece también vehículos de carga de 1, 2 y 7 Ton.*

**VISTASE ELEGANTE**

**Mejores Trajes**

**Gómez**

**Managua, Nic.**

bajo

la dirección de un técnico  
graduado  
en Habana, Cuba.

**ACABADO GOMEZ  
ACABADO PERFECTO  
¡Compárelo!**

Ave. Bolívar  
Tels. 2-30-50 - 2-77-02

La Refinería Nicaragüense del Azúcar, por medio de un Proceso Higiénico y moderno, decolora las soluciones, reduce la ceniza que contiene y eliminando la opacidad de sus impurezas, ha llegado

a producir en Nicaragua, en escala comercial, el Azúcar Refinada SAN ANTONIO, un azúcar tan superior como la mejor del Mundo, orgullo de la industria centroamericana.

# NICARAGUA SUGAR ESTATES LTD.

AZUCAR  
**SAN ANTONIO**  
REFINADA

RINDE MAS  
PORQUE ENDULZA MAS



Fabricada en Nicaragua